
3 1761 09546698 3


LA
CASA
DE
PERO
HERNANDEZ.
CASTELLO

LA CASA

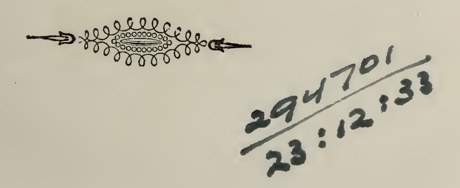
DE

PERO-HERNANDEZ.

LEYENDA ESPAÑOLA.

Por D. Miguel Agustin Principe. y Vidaud

ADORNADA CON GRABADOS.



MADRID,
IMPRENTA DE DON BALTASAR GONZALEZ,
Calle de Hortaleza, n. 89.

1848.

Al Sr. D. Agustin Cortés,

en prueba de buena memoria y de afectuoso cariño:

su ahijado

Miguel Agustin Príncipe.

Adviértese en nuestra literatura contemporánea un vacio deplorable, los traductores con sus versiones del francés han monopolizado los folletines y las publicaciones recreativas. ¿Por qué yace desatendida y desdeñada la novela en la patria de Quevedo y de Cervantes? ¿Será que la índole del injenio español no se acomode fácilmente á las condiciones de este género de escritos? ¿Nos faltan por ventura ya en el estado presente de nuestra sociedad, ya en nuestra historia, ya finalmente en nuestras creencias los elementos necesarios para la obra del novelista? ¿Por qué pues no se escriben novelas en España? Cuestiones son estas dignas de mas detenimiento del que por ahora podemos dedicarlas, pero ya que la ocasion se nos presenta, apuntaremos algunas observaciones que á propósito de ellas se nos ocurren en este instante. Importa ante todo consignar, que es un error y error grande la opinion de los que achacan la escasez de novelas á la dificultad que presenta este género de literatura; cierto que es acaso el trabajo en que mas se gasta la imaginacion, que pide una comprension propia y genuina de los caracteres ideales, colorido exacto en sus formas, originalidad, sensibili-

dad esquisita, conocimiento de la verdadera filosofía del corazon, vigor y flexibilidad de injenio, criterio y erudicion, gala en el lenguaje, soltura y facilidad en el manejo de los diferentes estilos que deben alternar; pero lejos de consistir la escasez de novelas en la falta de estas dotes, hallámoslas manifestadas en la mayor parte de las contemporáneas y en las producciones dramáticas modernas, que por su origen, sus medios y sus fines, tienen tan íntima conexion con las obras de aquel género; ni podia ser otra cosa, pues fuera injusto negar á los españoles el injenio de que tan distinguidas pruebas tienen dadas en el mundo literario, así como de sus disposiciones y aventajados dotes para las obras de pura invencion. Otras deben ser las causas y otras son en efecto á nuestro modo de ver, de la falta casi absoluta de novelas originales.

Es ciertamente muy notable, que cuando las letras parecen salir de su postracion en nuestro pais, remontándose un tanto, la novela yace abandonada y sin que apenas de año á año den á luz nuestras prensas, una que otra original, cuyo nombre haya llegado á sobrevivir al primer mes de su publicacion.

Mientras la novela ha contado para su elevacion en los tiempos modernos, en Inglaterra con Walter Scot, en los Estados Unidos con Cooper, en Alemania con Yfland, en Italia con Manzoni, en Francia con Dumas y Sué, en España no existe un solo autor que haya aspirado al título de novelista. Sin contar los muchos escritores de merecida reputacion con que nos gloríamos, no pasa mes sin que en los periódicos ó en el teatro se presenten otros nuevos, con trabajos por mas de un concepto notables; á pesar de esto, raro es el que elije el género novelesco para darse á conocer; de aquí que al paso que contamos con un rico y variado teatro moderno, que puede competir con el de

cualquiera otro pais, no tenemos una coleccion de novelas originales, y es bien corto el número de las que merecen ser leidas.

¿Cómo se esplica pues este abandono? ¿nace de la índole especial de nuestras tradiciones ó de nuestras costumbres? ¿habremos de convenir en que nuestras crónicas y creencias no se prestan á la novela? pero lejos de esto ¿donde puede tener mejor cabida y ser mas útil, trascendental y verdaderamente filosófica la novela histórica, que en un pais que como el nuestro ha sido teatro de graves sucesos, escena de guerras civiles y estranjeras, donde las civilizaciones, las razas y las creencias se han sucedido incesantemente en el espacio de catorce siglos? Nuestra historia carece de unidad, de método y de claridad, como la sociedad de que es hija; por consiguiente su conjunto es oscuro é incompleto: ademas, como en los variados sucesos de nuestro pais, ha mediado, generalmente con tan mala fé, la intervencion estranjera, como el despotismo auxiliado por la teocracia, ha cortado, especialmente en los tres últimos siglos, los vuelos á la libertad, carecemos de detalles, no poseemos biografias y si existen algunas crónicas particulares, son solo panegíricos ó diatrivas y no cuadros animados del espíritu y costumbres de épocas determinadas. Resultan por estas razones inmensos vacios en las obras históricas, vacios que el novelista puede llenar investigando lo pasado, para lo cual existen datos preciosos y copiosisimos en nuestros monumentos artísticos y literarios. La novela histórica entre nosotros puede llegar á ser, á lo que creemos, un complemento de la historia. No solo no carece la de nuestro pais de elementos para la novela, sino que á juzgar por estos debiamos ejercer con ella un monopolio en toda Europa, si se desentrañaran las poéticas crónicas de esa lucha de setecientos

años, entre dos pueblos distintos en carácter, en religion y en idioma.

No nos hallamos ciertamente en tan ventajosa posicion respecto á la novela de costumbres, por la razon obvia de no tenerlas propias en la actualidad; pero si carecemos de ellas, no por eso creemos que deje de haber materiales aplicables, tesoros inagotables de peripecias y contrastes de seguro efecto, en el estado de transicion porque vamos pasando, en la lucha entre las costumbres que se van y las que llegan, entre lo nuevo que se propaga y lo antiguo que se resiste á dejar el puesto.

Para nosotros la estraña escasez del género novelesco que se advierte en España, no obstante que el injenio, la historia, las tradiciones y las costumbres españolas se prestan á él sobremanera, se esplica claramente. La novela, que en medio de ser el ramo de literatura que requiere mas trabajo, no es el mas glorioso para el escritor, quien á menos costa puede conquistar aprecio y admiracion dedicándose á obras de mas importancia y trascendencia, es el que menos recompensa consigue entre nosotros, y de aquí que los escritores que se dedicarian con empeño y decision á su cultivo, prefieren escribir para el teatro donde al menos alcanzan un premio sus tareas. Las causas de esta diferencia estriban en la poca inteligencia, generalmente hablando, y en la ambicion mal entendida de los editores, que han preferido á la adquisicion de obras españolas, pésimas traducciones de originales no leidos en su propio idioma, popularizando asi, casi mas que en su mismo pais, producciones hasta del último novelista francés y estragando de una manera estraordinaria el gusto del público. No falta quien diga que los editores hacen bien, si despachan lo mismo ó mejor las traducciones que las obras originales; pero ade-

mas de que carecemos de datos para juzgar hasta que punto es exacta esta asercion, la preferencia que el público da á las novelas estranjeras, no es mas que un efecto de ese mismo abuso de traducir, familiarizando á los lectores con los escritores de fuera y haciéndoles poco menos que mirar con desprecio las producciones de los españoles. No puede negarse que estos han estado últimamente poco felices en el cultivo de la novela; pero ni debe atribuirse á incúria ó falta de esmero y disposicion, ni tampoco á que carezcamos en nuestro pais de calma y sosiego como otros creen, pues que nuestro teatro se ha aumentado en medio de las agitaciones de la época, sino únicamente á la falta de práctica de los escritores; un buen novelista no se improvisa, ¡cuantas producciones de los mas acreditados autores estranjeros pasaron en un principio completamente despreciadas y desapercibidas! Entre nosotros los que han escrito en este género, ó han querido alcanzar al momento resultados imposibles y les ha faltado tiempo, ó se han desaminado, y los lectores por su parte han querido exigir de ellos repentinamente lo que en las obras estranjeras con que estan familiarizados, ha sido resultado de muchos años de práctica.

Por otra parte los folletines, ese gran elemento de la novela en la prensa francesa, que influye á veces mas que las doctrinas de los periódicos en la alza ó baja de suscriciones, están destinados entre nosotros á reproducir servilmente las producciones de los novelistas franceses, que cualquiera de nuestros diarios se apresura á traducir, sin exámen ni conocimiento de la obra y que suele ser copiada por todos los demas al pié de la letra, con las mismas omisiones, disparates y erratas. Ha habido periódico que ha pagado al editor francés una cantidad crecida por poder publicar

una novela con algunos dias de anticipacion á los demas; pero no sabemos de ninguno que erigiéndose en protector de nuestras letras y dando un ejemplo de verdadero patriotismo que no seria ciertamente perdido, se haya propuesto no publicar una sola novela que no sea original. Y adviértase que admiradores como somos de lo bueno , donde quiera que existe, apreciamos el mérito de muchas novelas contemporáneas estranjeras, y el trabajo de los que con sus traducciones enriquecen nuestra literatura; pero cuando el contagio es tan general, cuando es tal el prurito de traducir sin eleccion ni discernimiento obras de ningun mérito ó que si le tienen le pierden en manos de malos traductores, cuando estos han contribuido á la desmoralizacion, á la exaltacion peligrosa de las ideas, á los estravios lastimosos de la juventud, á la decadencia y humillacion de nuestra literatura, tiempo es de que volviendo los ojos hácia ella busquemos en sí propia los elementos que posee, los frutos que puede dar, sin mendigar en las naciones vecinas esas novelas que en gran número se han trasladado á nuestro idioma; justo es levantar la voz contra esta preferencia indebida que sirve de desaliento á nuestros injenios y populariza entre nosotros usos y costumbres de otros paises menos moralizados.

Esta concisa pero verídica reseña del estado de la novela y de los obstáculos que se oponen á su progreso, bastará para dar á conocer cuan dignos de aprecio son los esfuerzos de los autores que llevados de su entusiasmo por la literatura nacional, hacen desinteresadamente que de vez en cuando, salga á luz alguna que demuestre no está muerto el genio en nuestro pais. La leyenda que se halla á continuacion de estas páginas lo prueba evidentemente , y para desempeñar el encargo que se nos ha dado de decir algo acerca de

las vicisitudes porque ha pasado su publicacion, encargo en que nos hemos escedido, apuntando al correr de la pluma varias ideas sueltas sin el órden y sin la claridad apetecibles, como apuntadas de lijero, parécenos lo mas oportuno copiar la siguiente nota, con que el autor anunció en el SEMANARIO, *La casa de Pero Hernandez.*

«Esta leyenda comenzó á insertarse dos veces en dos distintos periódicos, uno político y otro literario (1), y una vez y otra vez fué preciso suspenderla, dejando colgada la lectura de tan maravillosa historia, por haber cesado á los pocos dias las publicaciones en que salia á luz. Disgustado el autor con estos percances habia determinado olvidarla para siempre, y esto con tanto mas motivo cuanto menos fácil le es anudar con el acierto debido el hilo de sus ideas interrumpido por largo espacio de tiempo, no acordándose ya á estas horas ni del plan que tenia trazado, ni del fin ú objeto predominante á que dirigia sus miras al dar principio á su narracion; pero el *Director Literario* de el SEMANARIO PINTORESCO se ha empeñado con tanta eficacia en reclamarla para sus columnas, que ha sido necesario complacerle y tomar de nuevo la pluma, no solo porque así lo exigia la debida correspondencia á tanta amabilidad, sino porque no existiendo el peligro de que el SEMANARIO concluya antes que la *Leyenda* en cuestion, ha desaparecido el motivo que se oponia principalmente á la tercera reaparicion de La casa de Pero-Hernandez.»

A los contratiempos que se referian en esta nota hay que añadir otro mas que todavia ha sufrido la novela; contóse en un principio con que sus dimen-

(1) EL PUBLICISTA y EL PENSIL DEL BELLO SEXO; tambien la copiaba en sus columnas EL TIEMPO de Cádiz.

siones serian menores, vióse luego que el cuadro habia menester de mas anchura hasta el punto de no poder tener cómoda cabida en el tomo del periódico en que habia vuelto á ver la luz pública, y sufrió otra nueva suspension. Los suscritores á él fueron indemnizados con usura, y los de la SEMANA PINTORESCA reciben la leyenda por completo como regalo ofrecido en el prospecto de esta publicacion; tal es la historia de esta obra tantas veces empezada y tan digna de ser concluida.

Ni nuestra edad, ni nuestro escaso nombre literario nos autorizan para formular aquí un juicio crítico de este libro, escrito por uno de los mas laboriosos y concienzudos autores contemporáneos, cuyo flexible y variado talento ha logrado repetidos triunfos, como escritor dramático en *El conde D. Julian* y en *Cerdán*, como historiador en *La Guerra de la Independencia*, como poeta lírico en el *Devocionario poético*, como autor satírico en *Tirios y Troyanos*, como literato estudioso, en fin, en muchas otras producciones, ya en prosa ya en verso, que le han granjeado una justa y envidiable nombradia. Pero si no nos es lícito entrar en el exámen de esta produccion, conveniente será, ya que hemos tomado la pluma, dar al lector una ligera idea de la obra que tiene en sus manos. Por lo que respeca á la parte literaria, parece haberse propuesto el SEÑOR PRINCIPE escribir una especie de libro de caballeria, con todas sus maravillosas aventuras, pero sin repugnar á la verosimilitud y en cuanto puede buenamente conciliarse este género de obras con el espíritu de la época actual; por lo que toca á la intencion moral de la novela, consiste en presentar triunfante al inocente y al desvalido de las artes de la iniquidad y del poder combinadas: entre las figuras que se presentan en accion, distínguense por la habilidad y esme-

ro con que estan dibujadas, el bravo y avisado Diego Perez, el inicuo y poderoso conde de Irache, la inocente y desgraciada Catalina, el siniestro Cura del pueblo, el terrible y vengador Mulhacen, la bella y sensible Aldonza, el honrado duque de Olmedo y la interesante Irene: á estos elementos por sí solos sobradamente á propósito para dar á la fábula todo el interés apetecible, únense la misteriosa casa de Pero-Hernandez que se ansia conocer desde la primera página, llegando á las últimas sin adivinar lo que encierra dentro de su recinto, hasta que al autor le place sacar de su ansiedad al lector, y la mágia particular del lenguaje y del estilo, de digresiones y de pensamientos originales, de candidez y de talento que saborea el lector con suma delicia, sin que sienta un momento cansada su atencion; lejos de esto, la imajinacion descansa alegre con esta leyenda, que es un cuento, si cuento puede llamarse; sin sofismas, ni sistemas, ni revoluciones sociales, ni predicaciones políticas, pero con un encanto que hace que el lector al acabar la novela vuelva á abrir el libro para distraerse de nuevo, hallando casi tanto agrado en la complicacion de las aventuras como en la originalidad del estilo, que se distingue por lo fácil é infinitamente dócil, pues se amolda con estraordinaria flexibilidad al capricho del autor.

En suma, nosotros tenemos la leyenda de Sr Principe por una de las mas apreciables y amenas producciones que recientemente se han ofrecido al público, y la estraordinaria aceptacion con que en sus diferentes apariciones ha sido recibida, apoya nuestra opinion. El autor se propone desarrollar mas adelante en una segunda parte el pensamiento que ha presidido á la fábula y revelar el resorte principal de los misteriosos acontecimientos y maravillosas aventuras de la casa de Pero-Hernandez, resorte que nadie prevee to-

davia y que con su portentoso poder é inmensa influencia, justifica perfectamente las mas inverosímiles situaciones de la leyenda; en el complemento de ella aparecerán tambien con su carácter verdadero algunos de los personages que ahora figuran en distinta posicion que la que les es propia. Nosotros que conocemos el estraordinario interés de la parte que el Señor PRINCIPE tiene pensado añadir á la leyenda en cuestion, deseamos que las ocupaciones del autor no impidan la realizacion de su proyecto.

Aquí daremos fin á estas líneas, demasiado numesas para una advertencia, no sin acusarnos antes de habernos alargado insensiblemente mas de lo que pensabamos, llevados del vehemente deseo que tenemos de que se llame sériamente la atencion sobre la necesidad y conveniencia de fomentar en España la novela nacional y de que se ejerciten en esta tarea los injenios que se sientan con aptitud para ella; seguros de que esa misma prensa diaria que hoy parece desdeñar en sus folletines las obras originales, será bien pronto la primera en acogerlas.

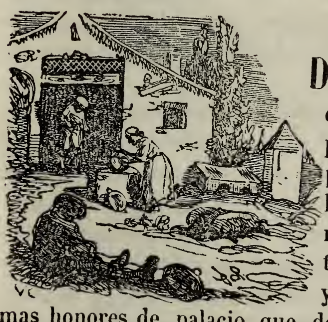
ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.



LA CASA
DE PERO-HERNANDEZ.

CAPITULO PRIMERO.

El cual sirve de introduccion, ó si os place mejor, de preámbulo.



DICE la crónica que en cierta poblacion de España (cuyo nombre no pude leer, por estar borrada la parte del manuscrito que lo contenia) existia un vasto y antiguo edificio con mas honores de palacio que de casa particular, el que no obstante eso, y á pesar de sus jigantescas

proporciones , se llama simplemente la casa de *Pero-Hernandez* , nombre espantoso y de mal agüero á los oidos de los vecinos , los cuales le designaban tambien con los títulos de *alcázar terrible, casa de maldicion , morada de espectros y recinto del demonio.* Magnífico asunto para una composicion poética por el gusto del siglo , y para hacer lucir á esos bardos que no perdonan ocasion de dedicar sus laudes al diablo , á las calaveras y á los vestiglos, maldiciendo tres ó cuatro veces en cada estancia , y buscando una compensacion á su falta de genio en contrastes los mas caprichosos y en pinceladas de brocha gorda. Yo que soy tan aficionado á este género como saben bien mis amigos , he determinado aprovechar la oportunidad que ese asunto me ofrece para invadir el terreno de la poesía prosáica, escribiendo una *leyenda* que no haya mas que pedir. Yo á la verdad ignoro cómo voy á salir de mi empresa ; pero adelante y pecho al agua , pues como dice el adagio español , *el que no se arriesga , no pesca.*

Digo, pues , que la casa de *Pero-Hernandez* era un edificio vastísimo y de sombría catadura, en el cual estaban confundidas las arquitecturas de todos los tiempos , aunque la crónica no dice cuál de ellas preponderaba. Situado á un estremo del pueblo , no habia un alma que se atreviera á acercársele. Sus paredes están cubiertas de musgo y de maleza , y la planta cercada de escombros y ruinas. La golondrina no hizo nunca mansion debajo de sus aleros , ni se vió

que les confiase su nido: solo las aves nocturnas, como el murciélago, la lechuza y el buho, gozaban el privilegio de no caer muertas cuando se aproximaban á aquella terrible mansion. Deshabitada desde tiempo inmemorial, no tenia dueño entre los particulares, ni el fisco se habia atrevido á reclamarla como suya. Las noticias que de ella habia eran muchas, pero contradictorias, siendo lo único que se sabia con seguridad, que en tiempos de remota fecha la habia poseido un hombre de infausta memoria, llamado *Pero-Hernandez*, el cual habia mandado en su testamento que nadie penetrase en aquel sombrío recinto, so pena de quedarse dentro por toda la eternidad el que osase faltar á la prohibicion. Algunos hombres de corazon á prueba de bomba, aunque no habia bombas en aquel tiempo, fueron tan necios que despreciaron el aviso, y entraron y no salieron.

El último de los atrevidos que penetraron en la casa, apareció la mañana siguiente asomado á una de las ventanas por donde entraban y salian las lechuzas, los murciélagos y los buhos. El pueblo observó desde lejos á aquel hombre, y le vió triste, desfigurado, espantoso, fijos los ojos en los que con angustiosa curiosidad le miraban, privado todo él de movimiento, y sin dar el mas leve indicio de vida. Llena la gente de terror, conjuróle en nombre de Dios y de los santos, pero sin acercarse, dijese lo que habia visto y qué era lo que hacia allí, con todo lo demas que le ocurriese; pero el asomado no con-

testó una palabra, ni dió otra respuesta que hacer la señal de la cruz, y retirarse á continuacion, como arrastrado por una fuerza invisible. El vecindario no se atrevió á preguntar mas, ni aun á dirigir la vista á aquella espantosa ventana. Cuando vino la noche, no hubo un solo morador en el pueblo que pudiese cerrar los ojos. En todas las casas se oyeron ruidos parecidos á cosa del otro mundo, y solo cesaron cuando la gente que los oia estaba cansada de rezar.

A la mañana siguiente volvió á aparecer el asomado á la misma hora y en el mismo sitio, inmóvil, desfigurado, espantoso y con la vista fija en el pueblo, en los mismos términos que el dia anterior, repitiéndose la escena de interrogarle y conjurarle la angustiada gente, y la de santiguarse él y retirarse en seguida. El mismo espanto en los vecinos del pueblo; los mismos ruidos por la noche en todas las casas; la misma necesidad de recurrir á la oracion para hacerlos cesar.

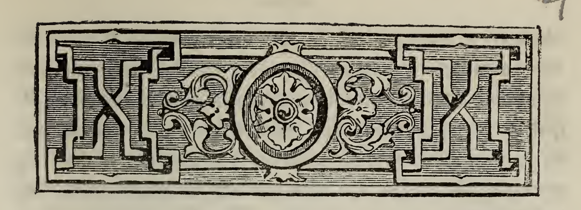
Salió el sol al dia siguiente, y volvió á aparecer en la ventana aquel hombre siniestro. El horror y el espanto acabaron de apoderarse de la poblacion.

«¿Por qué habrá entrado ese hombre en esa casa maldecida? ¿Qué nos quiere decir con su espantosa mirada? ¿Qué significa asomarse todos los dias á la misma hora? ¿Si se habrá convertido en centinela del otro mundo para espiar la poblacion hasta que llegue su fin? Por última vez te conjuramos en nombre de Dios que nos digas qué es lo que haces ahí, qué es lo que quieres, qué significa tu aparicion.»

Asi decia la gente. El asomado continuó inmóvil por espacio de tres minutos, y luego se santiguó tres veces seguidas, y despues alzó los ojos al cielo, y habiendo permanecido en esta actitud por espacio de otros tres minutos, vióse aparecer sobre su cabeza la cabeza de otro hombre mas desfigurado y espantoso que él, y luego la cabeza de otro hombre todavía mas espantoso, y últimamente la calavera de un horrible esqueleto, que hizo helar la sangre en las venas á cuantos le miraban, obligándoles á cerrar los ojos: tan espantosa fué la tal vision.

Cuando la gente volvió á mirar, habian desaparecido de la ventana el esqueleto y los hombres, sin que despues de este dia volvieran á presentarse. Los ruidos sin embargo continuaron de noche por espacio de mucho tiempo, y solo á fuerza de oraciones y de plegarias consiguieron los vecinos, segun costumbre, hacerlos cesar en sus casas. No sucedió lo mismo en la de *Pero-Hernandez*. Todas las noches se oia en ella un ruido espantoso de grillos y cadenas, y aun voces sepulcrales que de vez en cuando pronunciaban distintamente, con un sonido imposible de describir, el nombre del dueño de la casa y el de los tres desgraciados que se habian atrevido á penetrar en ella, los mismos puntualmente que se habian asomado á la ventana sucesivamente el último dia de la aparicion.

El esqueleto no podia ser otro que el mismo *Pero-Hernandez*: en esta persuasion estaba todo el pueblo.



CAPITULO II.

El Escudero.

Año y medio habia transcurrido despues de la cuádruple y horrible aparicion, sin ocurrir novedad que sea digna de contarse, salvo los ruidos de grillos y cadenas que todas las noches y á una misma hora se oian en aquella casa espantosa. Ocurrió entonces la llegada al pueblo de un oficial aventurero (*alferez* dice la crónida), el cual despues de una ausencia de catorce años durante la cual se habia distinguido notablemente en sus escaramuzas con los moros, volvia al hogar doméstico con una comision misteriosa y con el deseo de

abrazar á sus padres, qué á la cuenta debian de ser ya viejos Lo eran tanto en efecto, que cuando el oficial llegó al pueblo, se halló con la novedad de que padre y madre eran muertos, prueba inconcusa de ancianidad y decrepitud, porque como dice la crónica, la vejez no consiste en la edad, sino en tener la muerte mas próxima. No dice la historia si el oficial era alto ó bajo, delgado ó robusto, de mucha ó de poca edad, siendo tal su descuido ú omision en punto á enterarnos de sus señas, que ni aun de su nombre hace mencion, contentándose con llamarle simplemente *el alferez*, y con atribuirle la nota de militar valiente, cualidad tan esencial en los de su profesion, como en la muger el recato. Tampoco dice si lloró ó no lloró cuando recibió la noticia de la muerte de sus padres en el momento mismo en que con tanta ansia se dirigia á abrazarlos, lo cual es tanto mas de estrañar, cuanto entreteniéndose en pequeñeces que nada hubieran perdido en omitirse, no era cosa de pasar por alto el sentimiento que el alferez hizo ó dejó de hacer cuando supo la infausta noticia.

Hace, empero, mencion de una circunstancia, que para nuestro propósito es la mas esencial, puesto que sin ella nos seria imposible pasar adelante con el cuento; y es, la de haber venido á la poblacion acompañado de un asistente como se dice ahora, ó de un *escudero*, como le apellida la crónica, del cual hace una descripcion tan completa y circunstanciada, que desde luego se conoce, aunque el autor nada indica, que el

tal sugeto vá á ser en gran parte el protagonista de esta rara y peregrina historia. Acaso por esta circunstancia se muestra el cronista tan descuidado ú omiso respecto á lo demas, pues sabido es cuanto influye tener fija la imaginacion en un objeto en hacernos olvidar los que le rodean. Sea de esto lo que se quiera, y ora se atribuya á olvido, ora á artificio, la conducta del historiador, este pinta y retrata al escudero con todos sus pelos y señales, como mas arriba hemos dicho. «*Era muy garrido é muy mozo* (son espresiones copiadas literalmente), *é muy decidor otrosí, é llamábase Diego Perez, é tenia crecido corazon, é muy mucho le queria el bueno de su señor. Ca era de gentil talante y apostura, é muy leal servidor, espejo de escuderos, tamaño como un Hércules, é de grand actividat. La color rubicunda; luenga la melena. Si mucho su señor le queria, él muy mucho amaba á su señor, é tambien á un su can, seyendo los dos uña é carne.*» Aquí hay alguna anfibologia, puesto que no se manifiesta con precision de quien de los dos era el can, si del criado ó del amo, ni cual de los tres simpatizaba con otro de los restantes en términos de parecer carne y uña, pudiendo entenderse lo mismo del oficial y del asistente, que de este ó aquel y del perro. Pero por lo que sigue despues y por el contesto de algunos párrafos en que vuelve á hacerse mencion del animalito, se vé con evidencia que el dueño del perro era Diego, y Diego tambien el que tanto amaba á su can, mereciendo á este la mas leal correspondencia. Lo demas que refiero de Diego, se reduce á acabar su retrato, si bien

el manuscrito no permite leer algunas particularidades preciosas, tales como el pueblo de donde era natural, el arreo ò vestimenta que llevaba, y otras del mismo tenor: vacío sensible por cierto y que yo no me atrevo á llenar, por no incurrir en alguna inexactitud indigna de la historia. Una sola frase he podido leer con claridad, reducida á decir que el tal Diego Perez era de vez en cuando amigo de burlarse de todo el mundo: *é á las vegadas burlon.*

Era, pues, Diego Perez un mozo de gentil donaire, y tan amante de su amo como de su perro, con todo lo demas que llevamos referido; el cual se alojó con su amo en casa del alcalde, á consecuencia de haber hallado el alferez cerrada la puerta de la suya con motivo del fallecimiento de sus padres.

Era el alcalde tio del oficial, y no es posible describir el placer que uno y otro sintieron al abrazarse despues de tan larga ausencia. Dió cuenta el recienvenido, y cuenta muy minuciosa, de todas sus correrías, de sus hechos de armas, de los peligros en que se habia visto, de su serenidad y valor en los combates, y de una multitud de hazañas que, como es de suponer, recibirian notable aumento de tan imparcial historiador. Que el alcalde escucharia con la boca abierta cuanto el sobrino narraba, escusado es decirlo, y escusado tambien manifestar que comieron y bebieron juntos como de dia de fiesta. Diego los acompañó tambien á ruegos del alcalde, y no fué su conversacion lo que menos contribuyó al placer y regocijo. Por la

tarde salieron á pasear, retirándose á casa apenas se puso el sol por el mucho frio que hacia, siendo como era entonces el mes de diciembre, y en estremo rigoroso el invierno. El oficial departió con el alcalde y con su muger todo el rato que duró el paseo, y Diego con su perro y con la hija del alcalde, *criatura donosa é apuesta, é que tenia Aldonza por nombre.* La muchacha gustó tanto de los chistes y lindísimo humor de Diego, que cuando volvieron á casa, no era ya la Aldonza que de ella habia salido: tanto la habian prendado las bellas ocurrencias del escudero.

Todas estas particularidades y otras muchas que omito, las trae asimismo la crónica. No parece sino que el historiador se veia en la precision de llenar un folletin ó cosa por el estilo, segun lo minuciosamente que las refiere y lo mucho que estira el asunto. Que eso lo hiciera yo, nada tendria de particular, pues todo periodista hace lo mismo; pero incurrir en semejante defecto un cronista tan grave y tan formal, es cosa que no puede sufrirse.

Omitiendo, pues, una multitud de pequeñeces que para nada vienen al caso, digo que apenas se puso el sol, dieron todos la vuelta á casa, llegando á ella al oscurecer. Sentáronse á la lumbre, en la cual ardia un monte de leña, desquitándose con usura del frio que habian pasado. El oficial estaba sentado entre el alcalde y su muger, y Diego al lado de Aldonza. La criada arreglaba la cena, y todos continuaban agradablemente la interrumpida conversa-

cion. El oficial hablaba en voz alta, y Diego y Aldonza bajito: cosa muy natural, si se tiene presente



que el primero seguia la narracion de sus hazañas, y los dos últimos se decian los que los mozos y las mozas suelen mútuamente decirse cuando mútuamente se agradan y tienen testigos delante. El alcalde y la alcalde-

sa estaban tan embebecidos oyendo al sobrino, que no echaron de ver el interés y fraternidad que entreDiego y Aldonza reinaban. Y así hubieran continuado hasta la hora de cenar, si un incidente imprevisto no hubiera venido á sacarlos de su enagenamiento. Fué el caso que oyeron llamar á la puerta con recios y repetidos gopes.

—¿Quién diablos será á estas horas? dijo el alcalde. Si me llaman para asuntos de justicia, decid que no estoy en casa: esta noche es toda para mi sobrino.

--Son la tia Teresa y el tio Ramon, dijo la criada despues de haberse asomado á la ventana, los cuales vienen con sus dos chicos, y me dicen que les abra corriendo.

—¿Teresa y Ramon? dijo el alcalde: ¿qué traerán de bueno?

—Abrid, abrid luego, esclamaron aquellos desde la calle, que venimos muertos de miedo.

—¡De miedo! dijo el oficial. Voto á brios que esa gente es tacaña.

—Abrid, esclamó el alcalde, y veamos que es ello.

Subieron en efecto los cuatro que habian llamado, no siendo fácil saber quién de ellos era el que mas consternado venia.

—¡Gracias á Dios! dijo Ramon al entrar: ahora mas que se hunda el mundo! Estamos en casa del alcalde, y el alcalde es nuestro amigo, y donde está su sobrino el oficial, no puede haber miedo.

—¿Pero qué es eso? esclamaron todos á la vez.

—¿Qué ha de ser? dijo Teresa temblando. Que acabamos de ver una luz espantosa y siniestra en la casa de Pero–Hernandez (y al pronunciar este nombre, hizo la señal de la cruz), y como nosotros vivimos en la esquina cercana, y como hoy hace años que Pero–Hernandez murió (y volvió á santiguaase), no nos atrevemos á pasar la noche en casa.

—Se oye un ruido espantoso de grillos y cadenas, dijo Ramon.

—Y unas voces que dicen, *Pero-Hernandez!!!*, continuó Teresa.

—¿Pero qué Pero-Hernandez es ese? dijo Diego impaciente.

—Y no es eso lo peor, esclamó uno de los chicos, sino que se oye tambien ahullar un perro, y ahulla como un endemoniado, y ademas de esto....

—¡Un perro! ¡un perro! replicó Diego. Vive Dios que hasta ahora no me habia acordado del mio. ¿Si será él? No tiene remedio; es mi perro. ¡Sí, sí! conozco su voz. ¿Y yo le habia olvidado entretenido con la conversacion? Merecia que me diesen con un leño. Voy al momento á buscarle.

Cuando el alcalde y la alcaldesa, y Aldonza y la criada y los cuatro que acababan de llegar, oyeron decir al escudero que el perro que ladraba era el suyo, apoderóse de sus miembros un estremecimiento involuntario, subiendo de punto su espanto cuando vieron á Diego Perez resuelto á salir en su busca.

—No hagais tal por el amor de Dios, esclamaron

los ocho á la vez: ne os acerqueis de cien leguas á esa casa endemoniada; no tenteis la ira de Dios.

El oficial no hablaba una palabra, si bien se conocia en su semblante que no las tenia todas consigo. Como era natural del pueblo, sabia, como el que mas cuanto de aquel palacio se referia, y por mas valiente que fuese en los combates, al oir hablar de cosas del otro mundo, se le caia el alma á los pies. El escudero, para quien todo aquello era una jerigonza ininteligible, no pudo menos de echarse á reir.

—¿A qué viene eso? esclamó: ¿qué tiene de particular que ese perro que ladra sea el mio ó deje de serlo, y que salga su amo á buscarle? ¿está prohibido en esta poblacion ir los amos detrás de sus perros?

—No salgais, por las entrañas de María Santísima, le dijo el alcalde. No salgais, por los clavos de Jesus! esclamaron los demas. No salgais! dijo tambien el oficial, con acento algo menos entero del que empleaba para referir sus hazañas. Hasta la pobre y sensible Aldonza, dejando disimulos á parte, rogó al escudero con el mayor encarecimiento se estuviera quieto à su lado. No salgais, Diego Perez; no os acerqueis á esa terrible mansion.

Estas palabras, pronunciadas con un acento y una ternura indecibles, hicieron parar á Diego que estaba ya á la puerta de la cocina, pudiendo Aldonza con él lo que los ruegos y súplicas de los ocho juntos no habian podido conseguir: hacerle detener un momento.

—¿Pero no me direis, dijo al fin, qué peligro es el que me amenaza, ó que ejército de moros es el que me espera en la calle?

—Pluguiese á Dios que fuera de moros, y no de diablos en cuerpo y en alma.

—¿De diablos, señora alcaldesa?

—De diablos, Diego Perez. ¿No habeis oido lo que acaban de contar esas pobres gentes? ¿No os han dicho que acaban de ver una luz en la casa de Pero-Hernandez, y que se oye un ruido espantoso, y que hoy hace años que Pero-Hernandez murió?

—¿Y qué tiene que ver todo eso con salir yo en busca de mi perro...? Y sobre todo, ¿quién es ese Pero-Hernandez á cuyo nombre os santiguais...?

—¡Jesus, María y José! contestó Aldonza. ¿Oís el aire que hace? ¿el viento espantoso que acaba de levantarse? Pues hoy hace un año cabal que se levantò tambien á estas horas: esta noche no duerme un cristiano en el pueblo.

En esto comenzaron á oirse las campanas de la iglesia que doblaban á muerto. En todas las casas del pueblo se puso la gente á rezar, y en la contigua á la del alcalde se oia indistintamente el *Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal,* entonado con las mas fervorosa devocion. Con el ruido de las campanas y las violentas sacudidas del vendabal, dejaron de percibirse los ladridos del perro.

—No seria malo, esclamó el oficial, que nosotros tambien sacásemos el rosario.

—Mejor seria, contestó el escudero, se sirviese vuesa merced decirme á qué se reduce todo esto, y al menos sabria á qué atenerme.

El alferez satisfizo á Diego de la mejor manera que pudo.

—Pero-Hernandez, le dijo, fué un hombre que vivió en esa casa abandonada que está al estremo de la poblacion; un hombre que dió muy mala vida á su muger....

—No es eso, interrumpió Ramon: Pero-Hernandez no fué casado; fué un clérigo que nunca rezaba, ni asistia al coro, ni decia misa, ni.....

—Yo sé muy bien lo que me digo, replicó amostazado el oficial: Pero-Hernandez fué casado.

—Fué clérigo, señor alferez. Mas de cien veces me ha contado mi abuela esa historia.

—Y á mi tambien me la ha contado la mia.

—Sobre que Pero-Hernandez fué clérigo....

—Sobre que fué casado....

—¿En qué quedamos? dijo Diego Perez.

—Mi abuela, dijo la alcaldesa, esplicaba la cosa mejor, porque comenzaba diciendo que Pero-Hernandez fué casado primero, y que despues enviudó, y luego tiró por la iglesia.

—Ahí se puede ver si yo tenia razon.

—Y ahí se puede ver si yo la tenia tambien, replicó el oficial.

—En efecto, contestó el escudero: ambos decian bien. Hasta ahora no me parece mal el cuento; pero há-

ganme la merced de acabarlo luego, porque si no me equivoco, he vuelto á oir á mi Gavilan, y mientras no haya otra razon para quedarme que lo que hasta ahora habeis dicho, iré por el perro y tres mas.

—Es bien seguro que no ireis, dijeron todos. Oid la conclusion de la historia.

—Como iba diciendo, prosiguió el elferez, todo lo que del tal Pero-Hernandez se sabe, es que fué un hombre muy malo y dejado de la mano de Dios, el cual vivió en esa casa por espacio de veinte y cuatro años, sin salir de ella jamás, ni para ir al coro cuando era clérigo, como dice el tio Ramon, ni para cumplir con ninguna de las obligaciones de buen cristiano cuando era casado, como decia mi abuela. La época en que existió, ninguno la ha podido averiguar; pero se sabe que vivió hace muchísimo tiempo, y que fué muy rico, merced á sus hechicerías y al pacto que tenia con el diablo, el cual le acompañaba á todas partes bajo la figura de un perro.

—Tambien en eso os equivocais, dijo otra vez el tio Ramon: no era perro.

—¿Cómo que no? Apelo á todos estos señores, y ellos dirán sí....

—Era perra, señor alferez, dijo la alcaldesa.

—¡Señora de Dios, con la materialidad! Perra es lo que quise decir, y al cabo lo mismo dá uno que otro. Lo esencial es convenir en que dentro de aquel perro ó de aquella perra, estaba encerrado el demonio.

—Eso sí.

—Pues á mí me parece que no, dijo el escudero soltando una carcajada. Si el animalito en cuestion era, no *perro* como vos decís, sino *perra* como dice la señora alcaldesa, yo creo que el espíritu maligno que se albergaba dentro de su cuerpo.... debia ser *diabla* y no *diablo*.

—¿Con chanzas me venís, Diego Perez? Cuidado conmigo, porque sabeis que tengo malas pulgas.

—No hay que enojarse, amo mio. Y conviniendo con vos en todo lo que habeis dicho, dadme licencia para ir á buscar á mi perro que nada tiene que ver con el demonio, y á la vuelta acabareis de contarme esa historia, que en Dios y en mi alma os juro que es la cosa mas divertida del mundo.

Esto dicho, tomó la escalera, y sin detenerle las voces que el alcalde y su amo le daban, ni los ruegos de los recien venidos, ni la encarecida plegaria con que la bella Aldonza procuró hacerle mudar de próposito, viósele salir á la calle y pararse en la última esquina de la poblacion, contemplando desde ella la casa de Pero-Hernandez, y silbando y llamando á su perro, que, á lo que parecia, estaba allí, ó por lo menos en sus inmediaciones, dando lastimeros ahullidos.



CAPITULO III.

El perro del Escudero.

Los ladridos de Gavilan sobrecogieron de pavor á Diego, pareciéndole mas que ahullidos, acentos de persona moribunda ó cosa por el estilo. La densa oscuridad que reinaba le impedia descubrir el sitio donde se lamentaba el animal; mas bien pronto un relámpago siniestro alumbró de improviso la escena, y entonces pudo ver al pobre perro como á veinte pasos de sí en actitud de morder el suelo ó de olfatear alguna cosa, no por su gusto, sino á pesar suyo, puesto que pare-

cia esforzarse en huir al mismo tiempo el objeto que tanto le llamaba la atencion.

Diego dijo: ¿qué demonios es esto? Y dudó por algunos instantes si debia llegar hasta el perro ó limitarse meramente á llamarle, para ver si queria venir.

Otro nuevo relámpago mas triste y mas siniestro que el anterior, vino á alumbrar segunda vez el sitio en que el perro seguia quejándose.

—Gavilan! Gavilan! gritó Diego.

El perro parecia espirar de alegria y pena á la vez al oir la voz de su amo. Sus ahullidos en esta ocasion escedieron á los anteriores en prolongacion y energia; mas bien pronto los silbidos del viento consiguieron apagarlos del todo.

—Gavilan! volvió á gritar Diego.

Otro tercer relámpago, salido de una de las ventanas de la casa de Pero-Hernandez, le mostró nuevamente al animal en el mismo sitio que antes, pero no en igual actitud, puesto que aunque seguia constantemente con el hocico pegado en tierra, estaba volcado boca arriba, meneando las patas y la cola, no sin muestras las mas evidentes de hacerlo de muy mala gana.

—Vive Dios! esclamó entonces Diego: esto se pasa ya de niñeria. ¿Hé de estar así toda la noche, sin saber qué diablos es esto?

Y con animoso y crecido corazon, como dice el cronista, dirijióse hácia la casa infernal, sin cuidarse

del relámpago último, ni parar las mientes en otro que en acercarse adonde estaba el perro. Un trueno prolongado, espantoso, salido al parecer de las entrañas del consabido edificio, hízole dar involuntariamente un paso hácia atrás; pero ni esto, ni la furia del viento, convertido ya casi en huracan, ni el mortuorio sonido de las campanas que entonces volvieron á sonar con acento mas triste que nunca, ni los rezos de los vecinos que empezaron á redoblarse en toda la poblacion, ni el ruido de los grillos y cadenas que se oia al mismo tiempo en la casa, bastaron á obligar al escudero á mudar de propósito. Lo único que este hizo en tal trance, fué santiguarse como buen cristiano, y hecha la señal de la cruz, y diciendo á continuacion: *suceda lo que Dios quiera...* prosiguió adelante impertérrito, no sin notar que el perro redoblaba sus ahullidos á medida que se iba acortando la distancia que mediaba entre los dos.

Llegó allá en efecto.... rasgo increible de intrepidez y valor! ¿Pero cuál no fué su sorpresa, al ver que el motivo de la inmovilidad del perro y de las contorsiones que le habia visto hacer, era ni mas ni menos haber caido en un lazo que cogiéndole por el pescuezo, no le permitia salir de aquel sitio?

—Bien decia yo, esclamó entonces, que cuando mi Gavilan no venia, algo era ello. ¿Pero quién habrá puesto aquí ese maldito lazo? Vamos, no podia haberse discurrido diablura semejante.

Dijo; y sin poder contener la risa, puso en liber-

tad á su perro, el cual no se hartaba de dar saltos y de lamer á su amo, dándole las mas sinceras pruebas de que le agradecia el beneficio.

—¿Quién te ha metido ahí, Gavilan? le preguntaba Diego, como si el animal le entendiese. ¿Cómo no te ha echado en falta tu amo, embebecido con su conversacion con Aldonza? Las hembras sí que son el demonio, y no los perros. Vamos, vamos á casa, Gavilan: la cena te vengará del mal rato.

Esto dicho, dirigióse hácia casa, creyendo que el perro le seguiria; pero Gavilan volvió atrás, y no atrás asi como quiera, sino á todo correr, y en direccion del Palacio de *Pero-Hernandez*, cuya puerta empezó á olfatear con estraordinaria avidez.

—Gavilan! Gavilan! gritó Diego.

El perro arañaba la puerta, sin hacer caso de su amo.

—Jesucristo! esclamó el escudero. ¿Qué diablos hay dentro de esa casa, que llama la atencion de mi perro?

Este ahullaba con voz mas lastimera de lo que antes lo habia hecho. ¿Le habian armado otro lazo?

—Esto es mas sério de lo que yo creia, murmuró el escudero para sí; pero en todo caso, allá voy. Yo no me vuelvo á mi casa sin mi perro.

—Y echó á andar hácia el edificio.

Un olor como de azufre vino entonces á reemplazar los relámpagos y los truenos que antes acababa de oir. Diego no se detuvo por esos ,

bien se vió precisado á taparse las narices, à fin de evitar un vahido. Lo mas estraordinario del caso era que á pesar del hedor, seguia el perro inmóvil en la puerta, aunque no arañándola como antes, sino vuelto de espaldas á ella, segun pudo Diego notar, gracias á una luz azulada que apareció por entre las rendijas. Los ahullidos de Gavilan eran mas lastimeros que nunca.

En esto comenzó poco á poco á disiparse aquella infausta luz, y con ella el olor del azufre. Alegróse Diego y no poco de esta última circunstancia, pues si bien preservaba su olfato en los términos referidos, no por eso podia evitar el tener abierta la boca, y el aire que atraia al respirar habia de acabar por matarle, si seguia el olor en aumento como amenazaba al principio.

Al mismo tiempo que esto sucedia, cesaron igualmente de pronto el viento, las campanas y la lluvia, la salmodia de los habitantes del pueblo, y el ruido de los grillos y cadenas que tan infernal barahunda movian en la casa fatal.

Cosa rara! Nuestro buen Diego Perez, tan intrépido poco antes mientras todo se conjuraba para anonadarle de miedo... Diego Perez sintió en aquel instante un estremecimiento involuntario, y su frente se cubrió de sudor. Antes le parecia todo aquello artificio dispuesto á propósito á fin de probar su bravura, y el valiente por temperamento, lo fué por amor propio además. El silencio de ahora le espantaba. Para

corazones como el suyo, el ruido es compañía en la noche.

El perro no ahullaba tampoco.

—Gavilan! gritó el escudero, como para ahuyentar el fantasma de aquel silencio aterrador.

El perro contestó desde adentro.... ¡desde dentro del edificio!

—Almas del purgatorio! dijo Diego: ¿estoy despierto ó soñando?

Un ruido como de puerta que se abre vino en esto á herir sus oidos. Diego echó la mano al costado, pero no llevaba la espada. La prisa con que habia salido de casa, se la habia hecho olvidar.

—Gavilan! volvió á gritar Diego.

Otro ruido parecido al anterior, pero como de puerta que se cierra, le hizo dar otro paso atrás, y casi al mismo tiempo ladró el perro, mas no ya dentro de la casa como antes, sino en la misma puerta al parecer.

Y en la puerta era en efecto. La espantosa luz azulada que volvió á brillar en las rendijas, se lo mostró evidentemente, y en la misma actitud que poco antes, es decir, de espalda á la casa y como pegado á la puerta.

Diego no pudo contenerse entonces, y menos escuchando los ladridos que empezó á dar de nuevo Gavilan, tres veces mas agudos que antes. El olor del azufre era atroz; pero amostazado el escudero por lo inútil de su ademan cuando echó mano á la espada,

no quiso en esta última ocasion ni aun llevársela á las narices. Así desesperado de veras, y sin santiguarse otra vez, salvó en menos de un decir Jesus los veinte buenos pasos de distancia que le separaban del edificio, y vino á dar adonde estaba el perro.

Gavilan, al tocarle su amo, se deshacia en fiestas y caricias, pero no se movia del sitio.

—Gavilan! Gavilan!

Quieto el perro.

—Entonces carguemos con él.

Cojióle el escudero en efecto, intentando atraerle hácia sí; pero mientras él tiraba por un lado á fin de separarle de la puerta, otra mano mas fuerte que la suya parecia tirar por el opuesto, agarrándole por la cola.

Y así era sin duda ninguna. Gavilan no estaba pegado á la puerta, sino porque un ser invisible le tenia asido del rabo, desde lo interior de la casa. La inmediata consecuencia de aquello fué empeñarse entre Diego y el demonio una lucha porfiada y tenaz, sobre cual de los dos habia de llevarse, ya el perro aunque fuese sin cola, ya la cola aunque fuese sin perro.

Gavilan, como puede inferirse, estaba que se daba á los diablos con tanto tirar y tirar.

En esto, retumbó por allá dentro un trueno tan horrible y espantoso, que Diego dió de espaldas en tierra, siendo tan violento el impulso que le hizo caer hácia atrás, que siguió tras él *todo el perro*, para

servirnos de la misma frase con que nuestro cronista se espresa.

Diego estuvo no se sabe qué rato privado de todo sentido, mas bien por el olor del azufre que por efecto de la costalada, lo cual no impidió que siguiese abrazado con el pobre animal, apretándolo maquinalmente, sin conciencia de lo que hacia. Al volver del letargo oyó una voz, y tal, que le hizo levantar de pronto y echar á correr hácia el pueblo, siempre con el perro en los brazos. Llegado á la puerta del alcalde, avergonzóse de su correria, y hasta llegó á creer que todo aquello era pura ilusion y no mas.

El alcalde y la alcaldesa y el capitan, y el tio Ramon y la tia Teresa, y sobre todo Aldonza, la pobre Aldonza, estaban en aquellos momentos rezando por el alma de Diego, creyendo no volverle ya á ver. Habia transcurrido media hora desde que habia salido de casa, y era mala señal, señal pésima, tardanza como aquella en tal noche.

—Eh! gritó el escudero desde la calle, dando á la puerta repetidos golpes. Abran vuesas mercedes, voto á brios, y dejen de cantar mis exequias, que hasta ahora no hay para qué, ni los difuntos tienen, que yo sepa, las lindas ganas de cenar que yo.

Gavilan ladró alegremente, oyendo que se hablaba de cena.

—¿Qué escucho? esclamó Aldonza desde arriba. ¿No es Diego el que llama á la puerta?

—No abras esa ventana, muchacha, replicó su padre aterrado.

—No, no! esclamaron todos los demas.

—Bueno, que la abra el señor alferez, replicó por su parte Aldonza.

—¿Yo? ¿y si no es mi escudero quien llama?

—¿Pues quien ha de ser sino yo? gritó este desde la calle.

—Tiene la voz ronca: es su alma.... murmuraron todos á una.

—Sí, su alma, dijo Aldonza á su vez: su alma metida en su gallardo cuerpo. Yo no tengo miedo á su alma.

Y diciendo y haciendo, tomó precipitadamente el candil, y dejando á todos á oscuras, bajó á abrir al valiente escudero.

—Gracias, señora Aldonza, mil gracias! esclamó este. Yo Pardiez seria un ingrato, si al deber á vuesa merced el no dormir al raso esta noche, no pagára en el acto tal favor con un estrechísimo abrazo.

Y abrazóla el buen Diego Perez, y la crónica dice que la niña entró á la cocina con él un si es no es mas bella y sonrosada de lo que habia salido.



CAPITULO IV.

Burlas y veras.

Al entrar Diego Perez en la cocina precedido de la bella Aldonza, ofrecióse á la vista de ambos un cuadro verdaderamente original. Los que habian quedado á oscuras, abrazáronse unos á otros no bien se vieron sin luz, creyendo cosa de hechicería la desaparicion del candil, y en esta actitud los halló nuestra interesante pareja, mudos de pavor y con los ojos cerrados, hincados de rodillas en el suelo, é inclinados hácia adelante, sosteniéndose cada cual con sus brazos en

los hombros de los demas y uniendo mútuamente las cabezas, formando de este modo un grupo artístico á manera de cono truncado, que no habia mas que pedir. Diego al verlos de aquella manera, soltó una estrepitosa carcajada.

—Bravo! dijo, me gusta la especie. ¿Pues no están mi amo y el tio Ramon besando á la señora alcaldesa?

—¿Eh? ¿qué es eso? esclamaron á duo el alcalde y la tia Teresa, abriendo bruscamente los ojos y desasiéndose de sus compañeros.

—Ah! ¿con qué eras tú? dijo el alferez, procurando ocultar el rosario con que estaba rezando al parecer.

—¿Es él? ¿es él? dijeron los demas, poniéndose todos en pié.

—Yo, ó mas bien nosotros, repuso Diego, porque somos mi perro y yo, y los dos rebentando de salud, pese á todos los diablos del infierno. ¿Mas qué hacian vuesas mercedes en la postura en que los encontré? Si es que quieren continuar, y que yo tome parte en el juego, por mí no hay inconveniente; pero ha de ser con la condicion de que entre en rueda la señora Aldonza.

—Eh! basta ya de bromas, dijo el alcalde, y por lo que respeta á esa niña, yo le ajustaré cuentas luego. ¿Así se deja á oscuras á un padre, bajando á abrir la puerta á un hombre sir pedir primero licencia?

—Yo.... dijo la muchacha.

—Oiga! replicó el escudero. ¿Con qué estais enfadado porque vuestra hija me ha abierto? Pues entonces... nada, la cosa se arregla deshaciendo lo hecho. Vamos á dormir á la calle. Señora Aldonza, si quereis abrirme....

—¿Cómo es eso? ¿os vais otra vez? esclamó consternado el alcalde.

—¿Os vais? dijeron todos, temblando á la idea de quedarse solos sin su consoladora compañia.

—Como el señor alcalde, dijo Diego, parece amostazado con mi vuelta....

—¿Amostazado yo? nada de eso. Al contrario, me alegro de que mi hija haya sido la qué.... Nada, nada! Sentémonos nuevamente al fogon, y decidnos el modo milagroso con que habeis conseguido volver.

—Sí, sí, que lo cuente, que lo cuente, esclamaron todos en coro.

—Pero que no nos diga cosas espantosas, si es que las ha visto en la calle, añadió la tia Teresa.

—Al contrario, replicó Diego: lo que me ha pasado esta noche es lo mas divertido del mundo.

Y contóles, sin añadir ni quitar nada, cuanto acababa de sucederle.

—Esa es grilla, dijo el oficial, no bien Diego acabó su narracion. ¿Decís que habeis llegado hasta la puerta de ese endemoniado palacio? Valiente sé que sois; mas no lo creo.

—¿No? Pues mañana me creereis mejor.

—¿Y por qué?

—Porque si Dios es servido, pienso antes de oscurecer, hacer una visita á esa casa.

—Jesucristo! esclamaron todos.

—Y vos, añadió el escudero, me acompañareis cuando entre.

—¿Yo? dijo el oficial estremeciéndose.

—¿No? pues entonces entraré solito. Yo he de volver las tornas al bribon que tiró por la cola á mi perro. Pero á bien que he hecho á este promesa de darle de cenar de lo lindo, en compensacion del mal rato. El señor alcalde, que es rico, no tendrá á mal desprenderse de algun torrezno para obsequiar al pobre Gavilan.

—La casa echaré yo por la ventana, dijo el alcalde, no en obsequio del perro á quien miro con involuntario terror, sino en el del amo que tiene, con tal que nos prometa no insistir en penetrar dentro de esa casa.

—¿Y por qué os dá miedo mi perro?

—Y á nosotros tambien nos lo dá, dijeron todos menos el alferez.

—¿Pero por qué?

—Canario! esclamó el alcalde. ¡Con que decís que ha entrado en esa casa, y quereis que le veamos sin miedo?

Diego conoció que habia hecho mal en contar el ingreso de Gavilan en la Casa de *Pero-Hernandez*, con lo demas del agarramiento, y así procuró remediarlo echándose al pronto á reir.

—Ja! ja! ja! dijo: ¿pues no se han creido que lo que he contado es verdad?

—Mira si lo decia yo! esclamó el alferez.

—¿Con que no era cierto? dijo el alcalde. ¿Pues á qué ha venido esa broma?

—He querido, contestó Diego, divertirme á costa de vuesas mercedes, en cambio del mal rato que me han dado haciéndome esperar á la puerta.

—Segun eso, interrumpió Aldonza, no os habeis acercado á esa casa.

—Ni Gavilan tampoco, contestó el escudero. Y mal pudiera hacerlo, añadió, cuando mi direccion fué hácia la iglesia, que está al otro estremo del pueblo.

—Ah! fuisteis á rezar, dijo el alcalde.

—Fuí á soltar á mi pobre perro, que habia caido en un lazo en la plaza en que está la iglesia. Porque es de saber, continuó, que Gavilan, ahí donde vuestras mercedes le ven, desciende por línea recta del perro que llevaba San Roque, y así es que no bien oye tempestades, ó vé cosas estraordinarias como las que han pasado esta noche, su primera diligencia es largarse hácia donde suenan campanas, para suplicar á su abuelo, ó á su tatarabuelo, ó lo que sea (que no estoy muy seguro de si es nieto ó bisnieto de aquel perro bendito), interceda con su divino amo para que él lo haga con Dios, y no permita al diablo que ande suelto en perjuicio de los pobres mortales. ¿Amaria yo tanto á Gavilan, sino fuera por esta circunstancia?

—¿Y habia caido en un lazo? dijo el alcalde acariciando al perro, y pasándole la mano por el lomo.

—En un lazo que me he traido conmigo en prueba de que digo verdad.

Y mostróles el lazo en cuestion, el cual era una argolla de hierro, que abierta parecia dos C C unidas por un eje de metal, y cerrada constituia un círculo casi perfecto. Junto al eje tenia una cadena, la cual estaba asida á un gran clavo que Diego Perez arrancó del suelo al libertar á Gavilan de aquel endemoniado corbatin. Lo mas singular de la argolla era hallarse forrada de badana por la parte interior, lo cual indicaba que su objeto era asegurar meramente sin causar el daño mas mínimo.

—¿Y quién habia armado ese lazo á Gavilan? preguntó Ramon á Diego.

—¿Quién ha de ser? contestó este: el espíritu maligno á no dudar, el cual no queria por lo visto que Gavilan se acercase á la iglesia. ¿Está ese templo por casualidad dedicado á San Roque?

—No, lo que es dedicado, no señor; pero junto á la pila hay un altar, y en él un cuadro que segun se crée, representa al Santo en cuestion.

—¿Y á qué lado viene á estar ese cuadro?

—A la izquierda.

—¿A la izquierda? Pues no hay mas! Es lo que á vuesas mercedes he dicho. Gavilan estaba en la plaza, á la izquierda precisamente del sitio en que se ha-

lla el tal cuadro, segun dicen vuesas mercedes.

—Veo que es una alhaja este perro, dijo entusiasmado el alcalde.

—Una alhaja en verdad, replicó Diego; pero perdonad, yo entretanto observo que no me cumplís la palabra de darle de cenar alguna cosa.

—¿Y por qué no dijisteis antes lo que nos acabais de contar? Dad al perro lo que mejor os plazca, aunque sea toda la cena, que jamones hay á Dios gracias y provisiones abundantes para sustituir lo que se engulla.

—Tan galante sois como rico. Con semejantes prendas, seguro es que le falte novio á la señora Aldonza. ¡Ola! Parece que se ha puesto un si es no es colorada.

—La semana que viene, dijo la alcaldesa, habremos salido de cuidados respecto del particular.

—Por fuerza habias de ser habladora, replicó su esposo. Cuando yo queria ocultarlo á la chica hasta el momento oportuno....

—¿Es decir, interrumpió el escudero, que queriais proporcionar á vuestra hija la mas grata de las sorpresas que puede tener una doncella, sin decir esta boca es mia hasta presentarle el marido? No me parece mal la idea; pero siento infinito haber dado motivo con mi indiscrecion á la revelacion del secreto.

—La indiscreta ha sido mi muger y no vos. Mas ya que todo se ha descubierto, no es cosa de ocultar lo que hay. Sí señores, la semana que viene asistireis á la boda.

Mudósele el color á Aldonza al oir estas espresiones.

—¿Qué decís vos á esto? preguntóla Diego.

—Haré lo que quieran mis padres, contestó medrosamente la niña. Verdad es que mi casamiento no corria tanta prisa; mas cuando ellos lo han arreglado así...

—Es prueba, replicó el escudero, de que os debe convenir ese enlace.

—Y bien lo podeis creer, dijo la alcaldesa: figuraos un mozo adornado de todas las cualidades apetecibles, y tendreis el retrato de mi futuro yerno. Gallardo, comedido , prudente , buen cristiano , y sobre todo muy rico..,.

—Oh! pues si no fuera rico, ¿seria yo tan necio que le concediese mi Aldonza? Pero mi muger se ha empeñado en hablar mas de lo que es menester, y hariamos bien en dejar esa conversacion, sentándonos á la mesa.

—Sentémonos en buen hora, dijo Ramon, ¿pero de qué podremos hablar para distraernos, mejor que de una boda?

—A no ser que hablemos de muertos, continuó Diego, si lo de la boda no gusta.

—¿De muertos? de ninguna manera, esclamaron todos azorados.

—Es que vuelven á sonar las campanas, dijo el escudero, y el viento torna á embravecerse tambien, y si la conversacion ha de tener el mérito de la oportunidad....

—Dios mio! Dios mio! esclamó Aldonza. ¡Qué noche tan horrible! Yo me estoy muriendo de miedo.

—¿De miedo, contestó Diego Perez, hallándome yo á vuestro lado?

Y acercóse á la pobre niña, la cual se apretujó contra él, como para buscar un escudo contra el sobresalto que la poseia. El alcalde y su muger, sobrecogidos de igual pavor, no echaron de ver sino á medias todo el interés de aquel lance.

—Por Cristo vivo, dijo ol oficial, que si suenan otra vez las campanas, mi escudero tiene la culpa.

—Yo! ¿Y por qué?

—Porque os habeis chanceado á espensas del otro mundo, y queriais que hablásemos de muertos cuando nadie pensaba en tal cosa, y el cielo nos castiga por vos, sacándolos de sus tumbas. ¿Oyen vuesas mercedes, señores?

Y una cosa á manera de ventana hacia á lo lejos, *pim, pom*, y el viento pronunciaba otra cosa parecida á la H aspirada.

—*Pim, pom!* continuó el alferez: la letra precisamente con que empieza el nombre fatal. *He! he! he!*, añadió, la otra letra.... ¡la letra con que empieza el apellido!

—Magnífica observacion! dijo Diego: ¿con qué entre la ventana y el viento, dicen juntos: *Pero-Hernandez*?

Y echóse á reir con tal gana, que por poco no apagó el candil á impulsos de su mismo resuello.

—Canario! dijo entonces el alcalde. ¿Nos quedaremos otra vez á oscuras en esta situacion angustiosa?

Y alcanzó el candil de la chimenea, ansioso de evitar tal catástrofe, y colgóle con el mayor cuidado á bastante distancia del escudero. La mesa preparada para la cena estaba cabalmente hácia aquel sitio, y Diego creyó que el alcalde trasladaba el candil allí, para iluminar la bucólica.

—Bravísimo! esclamó: el señor alcalde da muestras de ser hombre que lo entiende. No hay receta contra los sustos como un piscolavis á tiempo. Vamos á cenar, Gavilan.

Y sentóse á continuacion á la mesa, olvidándose ¡lo qué es el apetito! de la pobre y sensible Aldonza que tanto necesitaba de su apoyo para no dar en tierra consigo.

Los demas entre tanto no daban muestras de querer imitar á Diego.

—¿Qué demonios es eso? dijo este. Son cerca de las tres de la mañana y la cena dice comedme, ¿y ninguno de vuesas mercedes piensa aun llenar el baul?

—Sentarémonos, dijo el alcalde; pero yo por mi parte protesto que lo verificaré solamente por haceros compañía. No tengo maldita la gana.

—Ni yo, prosiguió la alcaldesa.

—Ni nosotros, dijeron los demas; pero nos sentaremos en buen hora, solo por imitar al alcalde.

Y sentáronse en efecto los seis al lado del valiente escudero, seguros de tener menos miedo cuanto menos se alejasen de él, siendo escusado decir que no seria la azorada Aldonza la que menos se le acercaria. La criada tambien se aproximó, y sirvió temblando la cena.

—Eh! señores, esclamó Diego, dejemos tristezas á un lado. Opongamos el ruido de los dientes al de las campanas y el viento, y cuanto mas masquemos, mejor.

Exortacion escusada! Los únicos que hincaron el diente fueron Gavilan y su amo, salvo Aldonza que á fuerza de ruegos probó un insignificante bocado, y ese por ofrecérselo Diego.

—Pero al menos, esclamó este, ¿no echarán vuestras mercedes un trago?

—Oh! lo que es un trago, eso sí, contestó el oficial, y echóse todo un vaso al coleto, y otro y otro vaso, despues.

Ello será recurso de cobardes; pero como decia Diego Perez, no hay receta para los sustos como un piscolavis á tiempo.

Los demas bebieron tambien, hasta Aldonza que hasta aquella ocasion ni una sola vez habia probado el vino. Diego que como buen militar era aficionado á la vid, fué el único que entonces bebió agua, cual si tuviera algun presentimiento de que no convenia otra cosa.

Y no se engañó en su pronóstico, porque al medio

cuarto de hora de haberse sentado á la mesa, oyóse en el tejado de la casa un ruido indefinible y siniestro, que obligó á Gavilan á dejar la cena, ahullando como un desesperado y encaminándose hácia la chimenea, con señales las mas significativas de querer trepar al tejado introduciéndose por el cañon.

—Jesucristo! dijo el alcalde. ¿Qué significa ese ruido de arriba, y qué esos estremos del perro?

—Eh! no tengais cuidado, Dijo Diego. Os he dicho que Gavilan desciende del gozquejo de San Roque, y le teneis ahí mirando arriba, implorando el favor de su abuelo.

—Por Dios y por todos los santos, esclamó el oficial temblando:—(no habia aun bebido lo bastante para no morirse de miedo)—por Dios y por todos los santos, ya os he dicho que no os chanceis con las cosas del otro mundo. Gavilan no tiene que ver nada con el bendito perro á que aludis, y me parece mal que repitais esa chanzoneta otra vez.

Y echóse otro vaso al coleto.

—¿Con que nada tiene que ver Gavilan con el perro de San Roque? esclamaron los demas azorados, duplicándose en el os el pavor con que pocos momentos antes habian contemplado al perro.

Diego no contestó á esta pregunta, porque cuando lo iba á verificar, oyó dentro de la casa unos pasos á la parte de la escalera, y tras ellos el ruido de los grillos que en la casa de Pero-Hernandez habia poco antes notado, y esto le obligó á diferir su con-

testacion, empuñando en su lugar la tizona por lo que pudiera tronar.

El oficial por su parte agarró la espada tambien, y de paso otro vaso de vino, embaulándoselo como los anteriores.

Los demás, escusado es decir que temblaban como la hoja en el árbol.

El ruido del tejado y el de la escalera continuaron por algunos momentos, y luego cesaron del todo.

Diego sacó la espada de la vaina como cosa de media cuarta.

A los tres ó cuatro minutos volvieron á sonar las cadenas, y tanto, que el ruido del tejado que comenzó á escucharse al mismo tiempo, fué casi absorvido del todo por el otro que le hacia el duo.

Diego metió en la vaina todo el trozo de espada que habia sacado.

Volvió el silencio á continuacion, y el acero del valiente escudero tornó á mostrarse fuera casi todo.

Era esto á sazon que el oficial alargaba la mano al vaso por la sesta ó séptima vez, cuando asomó otra mano por la puerta, pero con tan estraordinaria rapidez, que no tuvo nuestro buen Diego Perez tiempo para impedir lo que hizo, que fué encaminarse derecha al rostro del pobre alferez, descargando sobre él un bofeton de los que se llaman bien dados, y estrellándole el vaso en los hocicos. Esto y apagarse el candil, vino á ser una misma cosa.

—Ay! ay! ay! decia el alferez, quejándose dolorosamente en medio de la oscuridad.

—Ay! ay! ay! esclamó el tio Ramon: á mí tambien me ha dado otro sopapo.

—Y á mí, y á mí, y á mí... dijeron casi á un tiempo el alcalde, la alcaldesa y la criada, respondiendo cada cual con su ay! ay! ay! á otro nuevo reparto de cachetes.

Aldonza y la tia Teresa no hablaban una sola palabra. Se habian desmayado las dos.

El perro no ahullaba tampoco.

Diego estaba que se daba á los diablos sin saber ué partido tomar.

En esto se oyeron otros nuevos y desconsoladores lamentos en el cuarto inmediato á la cocina. Eran los chicos del tio Ramon, que cansados poco antes de llorar, los habian acostado sus padres, y ahora dispertaban diciendo que tambien les habian pegado.

Era aquello una algarabía, una babilonia, un infierno.

No sabiendo Diego qué hacerse, ocurrióle de pronto la idea de gritar: silencio, señores, y tiéndanse todos en tierra!

Esto dicho, encaminóse al hogar, y cogiendo un enorme tizon que estaba envuelto en la ceniza, hízolo girar rápidamente por encima de su cabeza, describi ndo con él un ancho círculo á manera de faja de fuego, con cuyo auxilio pudo, aunque débilmente, divisar entre la oscuridad el sér misterioso y siniestro que abofeteaba á los otros.

—Ah! ya le pillé, dijo para sí.

Y empezó á sacudir tizonazos hácia donde estaba el jayan.

Este no se arredró por su parte, antes bien pareció bufar de cólera y venir á buscar el tizon, en vez de evadir el encuentro.

—¿No huye? murmuró Diego entre dientes: ¡pues por Dios y por la Vírgen María, que voy á sacudirle de firme!

Y descargó sobre él tal cintarazo con su espada de nueva invencion, que el desventurado oficial (pues él era y no otro el fantasma que estaba repartiendo bofetones) cayó á tierra cuanl argo era, acabando con él el tizon lo que habia empezado el vino.

El nuevo y prolongado ay! ay! ay! que nuestro alferez exhaló al caer, hizo á Diego dar en la cuenta de la causa de aquella algarabía, á lo menos en una buena parte.

—¿Erais vos? esclamó: ¡voto á brios! ¿Pues por qué no os tendísteis en tierra cuando yo lo previne á todo el mundo?

El oficial seguia quejándose de la mas lastimosa manera, prueba induvitable, inconcusa, de que el tizon habia hecho algo, causándole un efecto superior al de los vapores del vino. Diego quiso salir de dudas, y empezó á soplar el tizon á fin de encender el candil; mas fué diligencia escusada, porque este se encendió por sí propio, sin necesidad de tocarlo. Todo lo que pasaba aquella noche era cosa de brujería.



CAPITULO V.

En que acaban los sustos de la noche y no los cuidados de Diego.

La súbita luz del candil brotando en medio de la oscuridad de una manera tan inesperada, hizo á Diego soltar el tizon en que estaba soplando á dos carrillos, dejándolo caer asombrado sobre el pobre oficial que se hallaba tendido en tierra, si bien esta vez por fortuna no le ocasionó daño alguno. El cuadro que ofrecia la cocina en aquellos momentos era estraño verdaderamente. Aldonza desmayada en la silla en que estaba sentada á la mesa; la tia Teresa lo propio, so-

bre las rodillas de Aldonza, el alcalde y el tio Ramon, echados los dos boca abajo á guisa de caminantes caidos en poder de bandidos; la criada acurrucada en un rincon tapándose los oidos y los ojos, y el alferez tendido boca arriba con las narices ensangrentadas y el rostro empedrado de vidrios, merced al espantoso bofeton que le deshizo el vaso en la cara, en cuyo carrillo derecho se veian tambien sendas huellas del tizonazo del escudero, así como en toda la ropilla repetidas manchas de vino. La espada se la habian quitado, ó la habia él dejado caer, pues apareció en el fogon envuelta entre la ceniza.

Diego no sabia en tal trance á quién debia socorrer primero; pero oyendo á los chicos del tio Ramon y de la tia Teresa que seguian llorando en el cuarto, decidióse á dar principio por ellos, abriéndoles la puerta que estaba cerrada con la llave y sacándolos á la cocina. Trás esto dió un envion á la criada, al alcalde y al tio Ramon, y los hizo des avilar dirigiéndose con ellos á Aldonza, á quien hizo volver de su desmayo lo mismo que á la tia Teresa; hecho lo cual, levantó del suelo al malaventurado oficial, cuyos ayes y lamentaciones formaban el contraste mas raro con las disparatadas palabras que le arrancaba la borrachera. El aturdimiento en que estaban todos, no les dejó notar al principio la estraordinaria metamorfósis que se habia realizado en los chicos durante la pasada oscuridad, pero luego cayeron en la cuenta, y empezaron los aspavientos.

—Dios mio! esclamó la tia Teresa; estos hijos no son los mios: las brujas me los han cambiado.

—Ni los mios, dijo el tio Ramon. Mis hijos eran blancos como la nieve, y ahora son negros como el azabache.

En efecto: las caras de los dos estaban teñidas de negro, y esto unido á lo chatos que eran y á la abultada forma de sus lábios, podia hacerlos pasar muy bien por dos bozalitos de Angola.

—Madre! madre! decia el mayor: los duendes han entrado en el cuarto, y por eso llorábamos tanto, porque estábamos solos los dos, y no sabíamos qué mano era una que nos frotaba la cara, diciéndonos una voz que callásemos y que nos darian confites.

—Ni yo tampoco sé, voto á cribas, dijo el oficial tartamudeando, qué bruja me ha besado en la cara; mas por Dios que me escuece y no poco.

—Lo que yo quisiera saber, dijo á continuacion el escudero, es lo que ha sido de mi Gavilan, que no está aquí á lo que parece.

El perro ladró en el tejado, no bien Diego pronunció estas palabras.

—¡Voto á brios! esclamó el escudero: ¿cómo diablos ha subido este perro por el cañon de la chimenea? Gavilan.... Gavilan.... Gavilan....

El perro seguia ladrando, y siempre en el tejado al parecer.

—Es cosa estraordinaria, dijo Diego; pero en todo caso veamos si podemos subir arriba.

—Cómo! ¿Vais á alejaros otra vez? esclamó el alcalde.

—Y cómo si voy á subir!

—Pues yo no os doy la llave de la puerta que conduce á los desvanes.

—¿No? Pues entonces la derribaré, y veremes quien puede mas.

—¿Pero tanto empeño poneis en ir otra vez trás el perro?

—¡Dichoso animal! dijo Aldonza, pues tanto cariño os merece!

—Es que vos no sabeis la razon que tengo para obrar de ese modo.

—Y bien! ¿qué razon....

—Nada! nada! Repito que he de ir por el perro, y toda oposicion es inútil.

—¿Pero no me direis al menos esa razon á que os referís?

—Poneis tal empeño en saberla, que fuera falta de galantería negarme á satisfacer vuestra curiosidad. Gavilan es un perro, señora Aldonza, y ahora si que hablo con formalidad, me fué regalado en Toledo por un árabe desventurado que estaba condenado á morir por haberse fingido cristiano para espiar las operaciones del ejército de nuestro señor Rey: árabe á quien yo hice la guardia el dia que fué puesto en capilla, y el cual, agradecido á las atenciones que en aquel trance le dispensé, «no tengo, me dijo, otra cosa con que pagarte sino ese perro: no quiero que me vea morir,

y asi, llévatelo, y cuida de él... Cuida de él, cristiano, añadió, y nada malo te sucederá mientras le trates como se merece.»

—¿Pero no nos habíais dicho que ese perro descendia de....

—Y bien! ¿Vale mas el perro de un santo que la dávida de un moribundo, por mas moro ó judio que sea? Pero esto es perder el tiempo. El alcalde conocerá por esto que llevo contado, que estoy resuelto á subir arriba, y asi, ó me dá la llave de la puerta, ó me dispensará si la derribo.

—Pero un perro que es la causa de cuanto ha pasado esta noche....

—Por última vez, señor alcalde: ¿me dais la llave ó no?

El alcalde conoció que era inútil resistir por mas tiempo al escudero, y así le dió la llave de la falsa, siguiendo trás él con la luz, y haciendo los demas otro tanto por no quedarse solos en la cocina, salvo el alferez que de puro beodo se habia dejado caer sobre la mesa, y estaba lindamente roncando, sin pensar en moverse de allí.

Subieron, pues, arriba los ocho, inclusos los dos pobres chicos, no sin temblar á cada paso que daban, si bien les infundia algun ánimo el aliento de Diego Perez, que, espada en mano, precedia á todos. Abierta la puerta del desvan, creyeron oir un ruido como de alguien que echaba á correr, y luego la aletada de un buho, y despues otro ruido allá abajo parecido

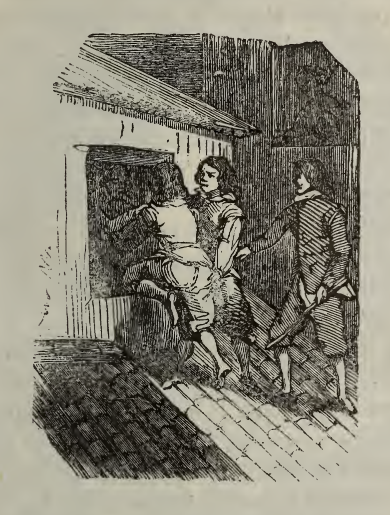
al que hace la madera cuando estalla con la humedad, y por último el ladrido del perro que proseguia ahullando en el tejado.

Como el viento continuaba soplando con estraordinaria violencia, vióse precisado el alcalde á colgar el candil en un sitio resguardado para que no se apagase otra vez, y luego, vacilando entre quedarse haciendo compañía al candil, ó proseguir detrás del escudero, decidióse por fin á lo último, imitándole los demas agarrados los unos á los otros, todos ellos pegados á Diego.

Precisado este á ir á tientas, iba santiguando los aires con la consabida tizona, precaucion que creyó muy del caso por si algun endemoniado malsin le salia al encuentro en el camino. Afortunadamente no hubo nada que se le pusiese delante, y así llegó con toda felicidad á lo último de la casa, ó sea á una estrecha boardilla, á donde creyó entrever una ventana, y ventana era en efecto, y por señas que estaba barreada como la visera de un yelmo.

No pudiendo Diego asomarse por impedirlo los palitroques que obstruian la salida al tejado, quiso antes de hacerlos pedazos cerciorarse de si en efecto estaba por allí Gavilan, y asi le llamó por su nombre, y el perro contestóle á su vez, y entonces no dudó el escudero que era efectivamente el tejado el sitio en que ladraba el animal. Hizo, pues, astillas los palos, y colándose por la ventana, comenzó á caminar por las tejas.

Sus compañeros no tuvieron aliento para hacer otro tanto, ni tampoco para voler atrás hácia donde quedaba el candil, y asi hubieron de resignarse á es-



perar la vuelta de Diego, siendo inútil decir la angustia que oprimiria sus corazones, mientras se verificaba esa vuelta.

El cielo en aquellos momentos determinó que todo fuese bien, porque á poco de salir Diego, le oyeron decir: ¡Gavilan' ¿Quién diantres te ha traido á este sitio? Vamos, estate quieto, que allá voy..., pero voto á brios! ¿otra argolla? Es lo que se llama divertirse, y magistralmente por cierto.

Gavilan se deshacia en caricias, como lo habia hecho la otra vez, mientras su amo le libertaba, y no bien este le desaprisionó, echó á correr hácia la chimenea, queriendo al parecer bajar por ella asi como habia subido, ó como le habian subido, segun parecia mostrarlo el tizne del hollin que llevaba. Diego estaba contemplándolo absorto, no sabiendo á que atribuir la doble y peregrina prision á que por arte de birlibirloque habian condenado á su perro. Este, despues de ladrar un rato á la boca de la chimenea, dirijióse á todo correr hácia la ventana por donde habia salido su amo, y saltando adentro por ella, no sin dar un hocicazo al alcalde, prosiguió escalera abajo con la misma rapidez que traia.

Diego dijo: veamos en qué para este endemoniado incidente. Y reunióse con su comitiva, acaudillándola escalera abajo, como lo habia hecho escalera arriba.

Llegado á la puerta del desvan, no vieron en ella el candil; prueba indudable de que alguno se lo habia llevado, pues no solo no estaba encendido, pero ni apagado tampoco.

En cambio al acercarse á la cocina, notaron un brillante resplandor, y.... qué horror! era todo debido á media docena de hachas amarillas que ardian en torno de un féretro, en el cual se veia tendido el alferez, si bien no estaba muerto como á primera vista parecia, puesto que se le oia respirar con los mismos resoplidos que antes.

Imagínese ahora el lector, el efecto que esta vision produciria en espectadores del temple de alma de los



compañeros de Diego, cuando Diego mismo no pudo reprimir un grito de espanto, al ver en la cocina aque-

lla tumba improvisada en menos de ocho minutos.

—Amo mio! amo mio! gritó Diego Perez.

El alferez dió un estornudo, y dijo á media voz: pues ya se vé! mosquitos, sí señor, y en invierno.

—Ah! vamos, dijo el escudero: yo creia que estaba difunto; pero veo que sigue borracho.

—Y qué aguijones! continuó el capitan: lo mismo que si fueran avispas.

—Lo estraordinario es, prosiguió Diego, la espantosa celeridad con que se ha ejecutado esta tramoya. ¿Habrá en efecto duendes en este pueblo? Si mi amo estuviera en su sano juicio, luego saldria yo de la duda; ¿pero cómo le pregunto nada, no pudiendo él contestarme sino un disparate trás otro? Sin embargo, probemos y veamos si indagamos alguna cosa. Amo mio! querido amo!

—Ola! ¿eres tú, Catalina?

—Ea, abrid los ojos y hablad. ¿Quién diablos os ha puesto en este sitio?

—¿Qué abra los ojos, eh? Pues no quiero. Antes me parecias bonita; pero ahora que he visto á Aldonza....

—Ah! ya! se ha enamorado de su prima, y por ella se olvida de la otra. Perdonad no obstante, amo mio: lo que es Aldonza no será de vos: eso yo os lo juro.

—Uf! que endemoniada vision! dijo entonces el capitan, abriendo bruscamente los ojos, y fijándolos en el escudero, y volviéndolos á cerrar: Catalina, es Catalina.... y por señas que tiene barbas.

—Está visto! esclamó Diego Perez: es inútil interrogarle.

—Mira, prosiguió el capitan: ya que has venido aqui sin ser llamada, espántame siquiera esos mosquitos. Me han puesto la cara perdida.

—En efecto, no es mala mosca la que habeis cogido esta noche. ¿Pero no me direis al menos quién ha puesto ese paño mortuorio en la mesa en que hemos cenado, y quién ha traido esas hachas, y en fin, quien os ha puesto de cuerpo presente en esa tumba de nueva invencion?

Una algarabia de gritos, de juramentos y lamentaciones contestó á la pregunta de Diego.

—Ay! ay! ay! decia el alcalde.

—Qué me matan! esclamaba la tia Teresa.

—Voto á brios! renegaba el tio Ramon.

—Padre! madre! lloraban los chicos.

—Ay mi moño! decia la criada.

—Diego! Diego! gritaba Aldonza.

Todo esto era abajo. Asombrado á la vista de su amo, y embebecido luego en hacerle preguntas, habíase el escudero olvidado enteramente de sus compañeros, ni mas ni menos que de Gavilan. Oyendo á aquellos gritar, sucedióle una cosa parecida á la que esperimenta el que se ha desmayado y torna á recobrar los sentidos. ¿Cómo titubear en socorrer á los que así se lamentaban, y mas sonando entre aquellas voces la de Aldonza que le pedia auxilio? Bajó pues, y.... la verdad sea dicha, no sin hormiguearle en la cabeza

los espeluznados cabellos; mas siempre superior á sí mismo, y sin atender á otra cosa que á participar de la suerte que pudiera caber á los demas, si no conseguia salvarlos del conflicto en que parecian verse. La escena por supuesto era á oscuras, siendo esto tambien cabalmente lo que mas sentia el buen Diego, el cual, atento solo á dirigirse á donde sonaban las voces, ni aun se acordó de tomar un hacha de las que alumbraba el féretro. Verdad es que esto hubiera sido inútil, porque volver el escudero la vista hácia la puerta de la cocina y apagarse todas las hachas, vino á ser una misma cosa.

—Ah! decia Diego, bajando la escalera á trompicones y cerca ya de sus compañeros: vengan todos los diablos del infierno, y con todos me mediré, con tal que me alumbre una luz, y la bella que me ha llamado me vea perecer en su defensa.

—Ruego es ese, esclamó una voz ronca en medio de la oscuridad, que parece traduccion libre de la súplica de Ayax á Júpiter. ¡Bien, valiente escudero, muy bien! El padre de los dioses te ha oido.

Y alumbró una luz dicho esto, y era la del candil que habia desaparecido arriba, y ahora sin saber cómo estaba abajo, colgado de un cordon de seda pendiente del techo en medio del portal ó zaguan, que era el sitio donde estaban gritando el alcalde y la demas gente. La sorpresa producida en Diego por la voz que acababa de escuchar, y que no le era desconocida, aunque no caia en la cuenta de quien podia ser el que la daba,

creció como es de inferir con la aparicion de la luz de una manera tan inesperada; mas ni aun para asombrarse tuvo tiempo con ninguna de las dos cosas, por



llamarle á la vez la atencion otro cuadro mas sorprendente, es decir, el alcalde en camisa, el tio Ramon

teñida la cara de verde, la tia Teresa atada á una reja que daba á la calle, sus hijos negros como ya se ha dicho, la alcaldesa hinchada la cara y con evidentes señales de haber sufrido mas de un bofeton, la criada con el moño cortado, y Aldonza..... ¡no hay paciencia para oirlo! Aldonza rapada tambien!!!

—¿Qué demonios ha sido esto? dijo el escudero indignado.

—Lo que vos decís: los demonios, contestó bufando el alcalde. Cuando entrásteis en la cocina, seguiamos nosotros detrás; pero al ver tendido al alferez en aquella disposicion, echamos á correr maquinalmente, huyendo de esta casa maldita y buscando la puerta de la calle. No estaba la llave en la puerta, y nos fué imposible salir, viéndonos así precisados á quedarnos en el zaguan, no osando volver allá arriba. Así estuvimos acurrucados por algun tiempo, cuando mi muger dijo: ay!, y yo esclamé: Jesus! Vírgen Santísima!, siguiendo despues los demas con iguales lamentaciones, y era que á ella la abofeteaban, y á mí me quitaban la ropa dejándome del modo que veis, y al tio Ramon.... ¿mas qué diablos nos venís con esas preguntas, cuando veis el estado lamentable en que todos nos encontramos? Oh! si no rebiento de esta, creo que no rebiento en mi vida!

—Verdaderamente es terrible lo que pasa esta noche en esta casa. ¿Y Aldonza? ¿tambien vos, Aldonza, habeis sido juguete del infierno?

—¡Ay, señor Diego Perez! ¡Qué horrible debo de

pareceros ahora sin mi hermosa mata de pelo!....

—La que está espantosa soy yo, dijo con voz gangosa la alcaldesa.

—Yo, yo si que lo estoy, esclamó el tio Ramon.

—¿Pues y yo? gimoteó la criada.

—El único que nada ha sufrido, observó la tia Teresa, sois vos, señor escudero.

—¿Con qué nada he sufrido? dijo este. ¿Pues le parece á vuesa merced poco tener gana de reñir con alguno, y no poder dar con él? Mas ahora que me acuerdo, ¿y mi perro?

Gavilan ladró tristemente; mas no ya en el tejado como antes, sino á la parte opuesta.... en el sótano.

—Señoras y señores, dijo Diego, cada vez mas maravillado: permítanme vuesas mercedes por última vez, ver lo que le pasa á mi perro.

Y cojiendo el candil, encaminóse hácia la puerta del sótano, que estaba en el mismo zaguan. Abrióla, y no bien lo hizo, vió que no era necesaria la luz, puesto que desde el fondo de la cueva subia un resplandor estraordinario, mas vivo aun que el de la cocina. Dejó, pues, el candil en el zaguan, y bajó y llegó hasta lo último, y alli vió una especie de altar alumbrado por un sin fin de velas, y sobre el altar un cuadro que representaba á San Roque, y á Gavilan al lado del Santo, en la misma disposicion en que le habia hallado las otras veces, es decir, con su lazo corriente que le tenia asido por el cuello. Diego hizo una reve-

rencia á la efigie que tenia delante, y al hacerla vió en lo alto un letrero que decia: *silencio y discrecion;* y un

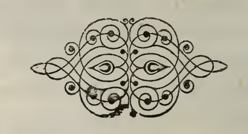


poco mas abajo este otro: *no os chanceéis á espensas de los Santos;* y un poco mas abajo otro aun y en él las palabras siguientes: *esa bolsa que vés, es para tí, y para otro lo que tiene dentro.*

Diego alcanzó la bolsa que pendia al lado del letrero en cuestion, y notó que pesaba bastante, y quísola abrir y no pudo, y vió que consistia en tener una barrita de acero atravesada en la abertura, y al estremo de la barra un candado, y en este las siguientes palabras escritas en menudísima letra: *la llave la tendrás á su tiempo.*

El perro mientras tanto ladraba cada vez mas desesperado, viendo que su amo no le libertaba. Este entonces le desató maquinalmente, y haciendo al Santo otra reverencia, dirijiose arriba con Gavilan, sin hablar una sola palabra. Al llegar al zaguan, no vió á nadie, ni siquiera la luz del candil, y asustado al notar tal soledad, llamó al alcalde, á la alcaldesa, á Aldonza.... á Aldonza primero que á nadie.... y ninguno le contestó. En esto creyó ver una luz hácia uno de los lados del zaguan, y era la de la luna que rompia las nubes á aquella sazon, desvanecida ya la tempestad y calmados los silbidos del viento. La puerta de la calle estaba abierta, y esto hizo creer á Diego que el alcalde y la demas comitiva se habian marchado de casa. Y no se engañò en su creencia, porque mientras él estaba en el sótano, viendo el alcalde que se abria la puerta de la calle, echó á correr asi en camisa y todo como estaba, y siguiéndole los demas, acogiéronse todos á otra casa que estaba cercana á la iglesia, ó sea á la del cura del pueblo. Aun estaban llamando á la puerta, cuando Diego que á la luz de la luna los habia visto doblar la esquina de la calle á la izquierda,

llegó á tiempo de entrar junto con ellos. Dos personajes faltaban sin embargo para completar la tertulia; el capitan que probablemente seguia tendido en el ferétro, y el perro que sin hacer caso de su amo, echó á correr en direccion opuesta hácia la Casa de Pero-Hernandez. El escudero no advirtió la falta de ninguno de los dos, hasta que se hallaba ya arriba en la casa del padre Vicario, en union con los demas fugitivos.





CAPITULO VI.

En el cual se verá que no fué solo la familia del señor alcalde la que tuvo motivos de susto en aquella noche tremenda.

En la noche á que nos referimos no habia cerrado los ojos un solo vecino del pueblo, y asi, cuando el alcalde y sus amigos llamaron á la puerta del cura, fué brevísimo el rato que este los hizo esperar en la calle mientras les dada hospitalidad. Agradeciéronle la diligencia todos ellos sin escepcion, y muy particularmente el alcalde, el cual, merced á la mala pasada de haberle dejado sin ropa en la rígida estacion que

reinaba, no sabemos de que temblaba mas, si de ira, de vergüenza ó de frio. El párroco quedó estupefacto, ó afectó quedarlo á lo menos, cuando vió delante de sí aquel retablo de caricaturas, y mas cuando el alcalde le contó todo lo que á él y á sus compañeros les habia aquella noche pasado. Convencido con su narracion de que todos aquellos acontecimientos eran á no dudar obra del diablo, lo primero que hizo fué rociar con agua bendita á todos los recienvenidos, escediéndose tanto en esta parte, que convirtió el rociado en lavatorio, oficiosidad religiosa que en estacion tan cruda como aquella, no era en verdad para agradecida. El tio Ramon, sin embargo, debió de quedar muy contento con la ceremonia en cuestion, porque al recibir en la cara el centésimo guisopazo, notaron todos, no sin maravilla, que desaparecia gradualmente el verde de que estaba teñido, sucediendo otro tanto á los muchachos por lo relativo al hollin que tan desfigurados los tenia. Prodigioso efecto del agua traida de la pila de la iglesia, sin cuyo último requisito, *guisada cosa es*, dice la crónica, *que ni eso ni al se hubiera conseguido!* Esto no quitó que el buen Diego observase que el remedio divino podria acaso ser mas eficaz, si al agua del caldero bendito, se añadia un buen trozo de jabon; pero el cura calificó de herejia una proposicion tan temeraria, y con esto pareció desechado sin apelacion ulterior el proyecto del escudero. Este no era hombre entretanto de los que se apuran por poco, y así replicó que su

idea seria heterodoxa en efecto, si el jabon á que se referia fuese un jabon como cualquiera otro, pero de ninguna manera si antes que se mezclase con el agua, lo bendecia el cura como á esta. Pareciόle bien al vicario esta piadosa modificacion, y así, recitando un responso, y haciendo despues la señal de la cruz sobre un desmesurado torrezno de aquel compuesto de álcali y aceite que su ama le sacó de la despensa, accedió sin dificultad á que se procediese á la mezcla, encargándose el mismo Diego de la piadosa jabonadura, aunque no sin cojer un estropajo que fué bendecido tambien, con lo cual y con su buena maña quedaron los tres individuos tan limpios, rozagantes y frescos en menos de ocho minutos, que ni la última vez que los habian lavado, es decir, cuando fueron bautizados, presentaron cara mejor. Cosa ciertamente notable, y que para que nunca se olvide, he creido deber consignar en este portentoso relato, ni mas ni menos que lo verifica la escrupulosidad de la crónica. Esta añade qne la criada del alcalde, viendo tan estupendo milagro, suplicó al padre cura muy devota tuviese la bondad de idear otra jabonadura parecida por lo que á ella decia relacion, para ver si de esa manera conseguia restituirle el moño; pero Diego (prosigue) contestó, que lavar la cabeza al asno era perder jabon y tiempo, y no tuvo lugar la ceremonia. Cosa digna de notarse tambien la respuesta del escudero, porque no solo prueba el desenfado que la crónica atribuye á este, sino tambien lo antiguo del adagio á que apeló para contestar,

noticia ciertamente curiosa y que yo espero me agradecerán los arqueólogos de la lengua, en los términos á que soy acreedor por lo importante del descubrimiento.

Durante el consabido lavado se habia retirado el alcalde á la alcoba del cura á ponerse un jubon y unos gregüescos, ò para que se entienda mejor, una chupa y unos calzones que su huesped tuvo á bien ofrecerle, y hecho esto, salió á la cocina en donde estaban todos los demas, sentándose con ellos á la lumbre. Atento el cura hasta aquel entonces á oir y consolar las cuitas de estos, no habia referido las que él acababa de pasar igualmente en aquella noche tremenda, y érale por tanto llegado el turno de hablar por su parte, como en efecto lo verificó, no sin fijar primero por largo rato sus espantados ojos en Aldonza. El escudero que, como ya se ha dicho, no habia caido en la cuenta de la falta del amo y del perro hasta un rato despues de estar arriba, preparábase á ir en busca de este y ver en que habia parado la báquica modorra de aquel, cuando la mirada del cura á la señora de sus pensamientos obligóle á diferir su propósito hasta ver lo que este decia.

—Ay amiga! esclamó el vicario. Qué rato me habeis dado esta noche!

—¿Yo? dijo Aldonza sorprendida.

—Vos, sí...... mas ahora que me acuerdo, yo no puedo deciros la razon; pero se la diré al señor alcalde, si este quiere oirme un momento.

—¿Ese secreto, dijo el alcalde con voz algun tanto trémula, qué tiene relacion con la boda? Si es así, bien podeis revelarlo, porque gracias á la habladora de mi muger, no solo Aldonza, sino toda la reunion, està ya al corriente de todo.

—Ah! ¿con qué sabe Aldonza que es mi sobrino el que está destinado á ser su esposo? dijo el cura co nin quietud, aunque lo procuró disimular. !Oh; pues entonces nada hay que añadir respecto á los demas que se sigue, porque ya la habreis informado de las buenas prendas del mozo.

La conversacion iba haciéndose demasiado interesante para que Diego dejase de oirla, y así, en vez de salir á la calle como tenia pensado, hízose lado entre los demas, y diciendo: canario! que frio! sentóse á la lumbre con ellos.

—Pues sí, querida Aldonza, continuó el cura, no sin fijar la vista en el escudero con cierta especie de desconfianza; marido como el que se os destina, ni del cielo que se os trajese, podriais tenerlo mejor. ¿Pero qué significa, alcalde, el gesto que pone esa niña?

—Ya lo veis, dijo este: el rubor... la sorpresa... la....

—Con efecto. Nada mas natural en las doncellas: pero eso se pasa al momento. Ya vereis que contenta se pone cuando vea al novio mañana.

—¿Mañana? dijo estremecida Aldonza.

—¿Mañana? preguntaron á la vez el alcalde y la alcaldesa.

—Le he enviado á llamar hace seis dias, aunque nada os he querido decir para haceros mas grata la sorpresa.

—Pero señor vicario, nosotros no hemos dispuesto nada todavia á fin de recibir á nuestro yerno en los términos que....

—Y bien! ¿qué importa? Mi sobrino no es hombre de etiqueta, y ademas yo he pensado en eso, y mientras se celebra la boda, tiene ahí dentro su habitacion alhajada como corresponde. Mas ay! cuando tanto interés tenemos vosotros y yo en que se realice cuanto antes ese suspirado consorcio, no parece sino que el infierno se declara hoy contra él, porque esta noche, ah! esta noche.... Hagamos la señal de la cruz antes de empezar el relato.

Santiguóse el cura en efecto, y los demás hicieron lo propio, no sin estremecerse la tertulia de curiosidad y de miedo. Aldonza prestó atento oido, mezclando al terror que sentia al verse objeto de la conversacion, la satisfaccion consiguiente por lo que acababa de oir respecto á conjurarse alguna cosa contra el proyecto de casarla luego. De Diego escusado es decir que estaba como ánima en pena colgado de los labios del cura.

Este prosiguió con un tono imposible de definir:

—Cuando comenzó la tormenta, estaba yo rendido de cansancio por efecto de la faena que me habia ocupado todo el dia para arreglar convenientemente el cuarto de mi sobrino. Un ruido de grillos y cadenas,

igual al que vuesas mercedes han oido sonar en su casa, me impidió dirijirme á la alcoba y acostarme como pretendia, por ser esta cabalmente el sitio en que mas sonaba el estrépito. Dí, pues, órden al sacristan, que á la sazon se hallaba aquí presente, para que sin dilacion fuese á la iglesia y echase las campanas á vuelo, si no era suficiente tañerlas para



alejar de la poblacion los males que la amenazaban. Quedé con esto solo con el ama, y uno y otro empezamos á rezar con la mas fervorosa devocion, pidiendo á Dios perdon de nuestros pecados, que muy grandes deben de ser cuando ha permitido al infierno desmandarse contra nosotros en los términos que lo ha hecho.

—Réprobos! gritó en esto una voz por el cañon de la chimenea: ¿por qué en vez de hacer otras cosas, no estais rezando las demas noches lo mismo que ahora lo haceis?

—Señor! dije yo compungido, creyendo respon-

der á algun ángel que me hablaba de parte de Dios: Vos sabeis que soy hijo de hombre y que como tal soy muy frágil, y asi espero que me perdonareis si consiento algunas veces que el ama se acueste sin rezar el rosario y todas las demas devociones que no debe el buen cristiano olvidar.

—Levántate, contestó la voz, y saca de la alcoba una cosa que encontrarás debajo de la cama; pero vé sin que el ama te siga.

—¿Sin que el ama me siga, Señor? Permitid á lo menos que venga alumbrándome con una luz.

—Para eso no necesitas al ama: coje tú la luz, y entra solo.

—Pero Señor, ¡si tengo tanto miedo!

—Réprobo! repito que entres.

—Señor! nos enfadeis: ya obedezco

Hícelo así, prosiguió el cura, y tomando una vela en la mano, dirijíme temblando á la alcoba, dejando al ama sola en la cocina. Nunca hubiera hecho tal ¡ay de mí! pues no bien penetré en el dormitorio, cerróseme la puerta detrás, quedando así incomunicado con el resto de los vivientes, sin que nadie pudiera auxiliarme. En esto aparecióseme delante un figuron que me llenó de espanto, blanco de la cabeza á la cintura, y negro desde esta á los pies, llevando en una mano un pergamino rollado y una disciplina en la otra.

—Lo mismo, interrumpió el ama, que el que se me presentó tambien á mí, no bien os dirijisteis á la al-

coba, salvo que no llevaba el pergamino, sino las disciplinas solamente.

—Helóseme la sangre en las venas, dijo el cura continuando, cuando vi delante de mí aquel ser medio blanco, medio negro.—¿A qué vienes aquí? díjome este.—Yo no me sentí con aliento para contestar de palabra, y así lo hice con una seña, mostrando al fantasma la alcoba y señalando debajo de la cama.—Ah! ¿vienes á cumplir lo que la voz te acaba de mandar desde arriba? Entonces, obedece y despacha, y saca, sin volver la vista atrás, lo que encontrarás ahí debajo.

—Pues! volvió á interrumpir el ama. Lo mismísimo ni mas ni menos que lo que me dijo á mí el otro, cuando me hizo entrar en mi alcoba.—Saca, me dijo con terrible voz, lo que verás debajo de la cama; mas cuenta con volver atrás la vista mientras hagas esa faena.

—Ya ven vuesas mercedes, dijo el cura, que era para morirse de miedo eso de buscar una cosa que no sabia uno lo que era, teniendo para ello que agacharse y meter la cabeza allá dentro, sin poder ni aun con la cola del ojo ver lo que hacia el figuron afuera. Preciso fué no obstante obedecer, y así, doblé en el suelo las rodillas, y apoyándome luego en las manos, dí dos pasos á gatas hácia el sitio que de un modo tan imperioso me habia designado la voz.

—¿Qué vá, dijo riendo el escudero, á que el cura y el ama en tal trance acaban por llevar azotaina?

—Y de padre y muy señor mio, dijo suspirando el Vicario.

—De aquellas que nos dejan calientes á lo menos para quince dias, añadió el ama á continuacion, no sin ruborizarse al decirlo.

—¡Pero qué bobos, dijo el escudero, fueron vuesas mercedes en hacer lo que les decia el fantasma! ¿No veian vuesas mercedes al ponerse en aquella disposicion que era sospechosa señal la de las disciplinas que llevaba?

—Habiais vos de haber estado allí, y hubiéramos visto entonces si sabiais evitar la catástrofe como sabeis hacer observaciones.

—No las hago para que os enojeis, contestó Diego Perez al cura, y asi proseguid vuestro cuento, que en verdad va picando en historia.

—Una hora duró por lo menos, dijo el cura siguiendo su relato, el vapuleo á que me condenó aquella legion de demonios; que de diablos debió de ser la inmensa muchedumbre de manos que descargaba azotes sobre mí á mneraa de granizada y sin descansar un momento. Yo en tanto no podia valerme, porque mientras los unos me zurraban, otros me tenian asido sin que de ellos pudiera evadirme, y por cierto que no era preciso tanta gente ocupada en sujetarme, puesto que ademas de las manos que prendian en mí como tenazas, tenia en el pescuezo una argolla que apenas me dejaba respirar, la cual era sin duda la cosa que me habia dicho la voz hallaria debajo de la cama.

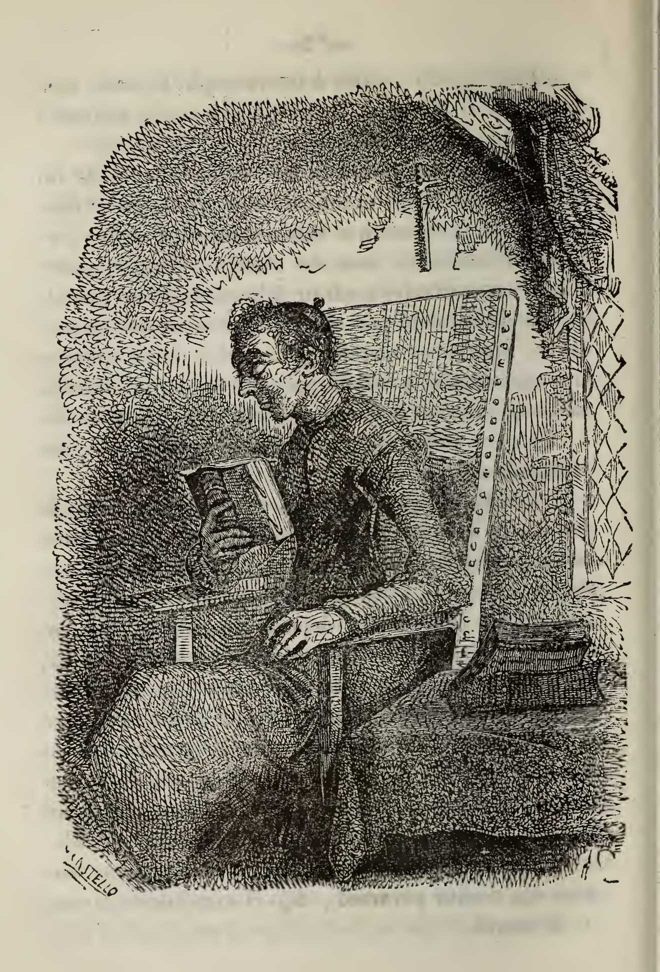
—Una argolla (volvió á interrumpir el ama) hermana carnal de la mia, segun pueden vuesas mercedes verlas ahí encima de esa mesa.

—Y hermanita ni mas ni menos de las tres de mi Gavilan, dijo Diego examinándolas, y sacando al mismo tiempo la última que habia sujetado al pobre perro en el sótano de casa del alcalde. ¡Cosa singular! añadió: esos diablos tendrán fábrica de ellas, cuando las van sembrando por ahí con profusion tan escandalosa. Siga vuesa merced, padre cura, que ó yo estoy muy equivocado, ó todo lo que escucho y voy notando va siendo cada vez mascurioso y mas digno de ser oido.

El cura tomó aliento un breve rato, y despues prosiguió de este modo.

—A la hora poco mas ó menos de sufrir la tunda que digo, durante la cual mis verdugos no cesaron de dar carcajadas (lo mismo exactamente que el ama observó respecto á los suyos), dijo una voz bronca: *bastante*! y con esto me dejaron en paz aquellos infernales espíritus, bien que siempre asido á la argolla, sin que pudiera libertarme yo del lazo que me sujetaba. Así estuve por larguísimo rato en medio de un profundo silencio y sin mas compañia al parecer que las sombras que me rodeaban, cuando la voz de la chimenea volvió nuevamente á sonar, y me dijo si me hallaba con ánimo de sufrir otro vapuleo.

—Pues! la misma pregunta que otra voz me hizo á mí con acento pavoroso, dijo el ama interrumpiendo de nuevo.



—Eso, replicó el cura, se dá siempre por sobreentendido, bastando decir de una vez que á vos os pasó lo que á mí, y asi espero que no me interrumpais en lo que resta de mi narracion.

—Ciertamente, añadió Diego Perez.

—Al oir, prosiguió el padre cura, una pregunta tan inesperada, ¿otro vapuleo? contesté: ¿otro, y tengo el alma á la boca, con el que me acaban de dar?

—Pues si no quereis que mañana vuelva á repetirse la zurra, cuidado, replicó la voz ronca, con realizar el enlace que teneis proyectado entre Toño y la hija de señor alcalde, hasta que recibais nuevo aviso.

—Calle! dijo Diego: ¿con que toda la tunda en cuestion se ha debido al tal casamiento?

—Por eso al comenzar mi relato . contestó el cura con cierta sorna, dije á la bella Aldonza: ¡ay amiga! ¡ qué rato me habeis dado esta noche!

—A mí, saltó el ama de nuevo, no me dijo eso la voz; pero sí otra cosa terrible, y tal que no puedo decirla sino solo al padre vicario, y esto en secreto de confesion.

—Por fuerza ha de ser delicado un secreto de ta naturaleza, dijo Perez entre grave y maligno.

—Ah ! tambien á mí, añadió el cura, me dijo la voz otras cosas que no me es dado revelar á nadie; mas ya he dicho que no se me interrumpa, y así espero que seré obedecido sin hacer otra prevencion.

Conticuere omnes, dice en este pasaje la crónic

con ciertos visos de pedantería, y como para dar á entender que el cronista sabia latin.

El cura dió un suspiro y prosiguió:

—Al oir que la voz me prevenia diferir el enlace de Toño hasta recibir nuevo aviso, pregunté: y ¿cómo me lo avisareis? ¿Será en términos parecidos á los de esta noche terrible?

—Nadie, contestóme el que hablaba, volverá á molestar al padre cura, si.... (y aquí me dijo, señores, lo que segun acabo de indicar, no puedo revelar á ninguno).

—¿Quién sois? dije al oir las prevenciones que la voz me acababa de hacer, y que no me es posible indicar.

—Soy el alma de *Pero-Hernandez*, contestóme el ser invisible.

—¡Jesus, Maria y José! esclamé aterrado al oirlo.

—*El alma de Pero-Hernandez*, repitió la voz, sin huir al oirme pronunciar esas tres benditas palabras.

—Y bien, alma de *Pero-Hernandez*, ¿estais en el infierno ó en el cielo?

—Déjate de vanas preguntas, y prométeme dilatar ese casamiento hasta que haya la dicha señal.

—Y bien, ¿qué señal será esa?

—Una cosa que te entregará uno á quien darás tú otra cosa.

—¿Y qué cosa es la que he de dar yo, para que ese otro me entregue la otra cosa á que os referís?

—Vé á la cocina y mira tu rosario.

—En verdad que asustado al oiros cuando me ha-

blásteis por la chimenea, lo dejé caer de las manos, y por eso sin duda me ha pasado lo que acaba de sucederme.

—Vé, repito, y recógelo.

—¿Pero cómo he de ir, si tengo al cuello una argolla que me tiene amarrado aquí debajo de la cama?

—¡Cómo! ¿no te han soltado mis compañeros?

—¿Y quiénes son vuestros compañeros?

—Ya te he dicho que no hagas preguntas de naturaleza vedada.

—Bueno, yo prometo enmendarme; pero al menos quitadme por piedad la argolla que me está sufocando.

El alma tuvo compasion de mí; y sin que lo tocase al parecer, me ví en un santiamen libre del lazo. Salí, pues, de debajo de la cama, molido cual podeis inferir, y cuando temia encontrarme con la consabida vision, ví que esta habia desaparecido. La vela que durante el vapuleo, y mientras yo tenia con la voz el diálogo que os he referido, me habia negado su luz, estaba ahora en el mismo sitio en que yo la habia dejado, y si no mentian las señas, sin haber dejado de arder, puesto que no quedaba sino un cabo de cosa de tres dedos de largo, y cuando yo lo habia encendido tenia una cuarta á lo menos. Sea de esto lo que se quiera, pues en cosas del otro mundo son inútiles los cálculos todos, lo cierto es, como digo, que no ví el figuron de la disciplina, ni oí mas la voz que me hablaba, aunque no por eso dejé de interrogarla tres ó cuatro ve-

ces, haciendo la señal de la cruz , para ver si me respondia. Aterrado con el silencio aquel aun mas que con el eco de la voz, que era ciertamente bien triste, abrí la puerta de mi dormitorio al mismo tiempo que mi pobre ama hacia lo propio con la del suyo, y al vernos uno enfrente de otro, creímonos los dos visiones, y dimos un grito espantoso. Esto nos hizo reconocernos, y dando mil gracias á Dios por haber salido con vida de la terrible escena pasada , dirijímonos á la cocina en busca del santo rosario. Era esto á sazon que la tormenta comenzaba á calmar un poco , lo cual nos infundió no poco aliento. ¡Pero que sorpresa la nuestra cuando al encontrar el rosario, vimos en lugar de la medalla pender de él una llavecita unida á un pergamino rollado igual al que el fantasma llevaba, y en el pergamino este sobre! *Para entregarlo á S. A. el Rey el dia que venga á este pueblo.*

Al llegar el señor vicario á esta parte de su narracion, recordó Diego Perez la escena que le habia pasado en el sótano, la bolsa que le habian dado allí , y la llave que faltaba al candado , y con visibles muestras de sorpresa, aunque sin faltar al *silencio y discrecion* que se le recomendó , no pudo menos de interrumpir al cura , esclamando:

—¡Una llave, decís! ¿No podriamos ver esa llave, y ese pergamino rollado?

—¿Y por qué nó? contestó el vicario. Lo que á mí se me ha prevenido es entregárselo á su Alteza el Rey; pero nadie me ha prohibido mostrarlos á quien quie-

ra verlos. Hé aquí, pues, mi bendito rosario en la misma disposicion en que lo he hallado en el suelo.

El cura echó mano al bolsillo por debajo de la sotana, y sacó el rosario en cuestion. Tomólo el escudero en las manos, y vió que pendia á su estremo, asida por la parte del ojo, una llavecita de acero, mas no pudo verle los dientes, porque estos estaban metidos dentro del pergamino rollado y sellado á mayor abundamiento, y así le fué imposible calcular si era la compañera del candado. Hecho el pergamino un cilindro no dejaba entrever por adentro ni siquiera una sola letra de las que á no dudar contenia: tan prietas estaban sus vueltas. La llave estaba introducida en él, en el centro precisamente de un sello exactamente circular y formado por una materia encarnada parecida á nuestro lacre de ahora, á juzgar por las señas que da de él el manuscrito de que está sacada esta peregrina leyenda. El lacre, ó lo que fuese aquel sello, tenia por armas un perro (circunstancia que oblgó á Diego Perez á acordarse de su Gavilan, del cual con el cuento del cura se habia completamente olvidado), y debajo de él, y en relieve lo mismo que la efigie del cán, el letrero que el cura habia dicho: *Para entregarlo á S. A. el Rey el dia que venga á este pueblo.*

El alcalde miraba con ojos desencajados unas veces al cura y otras al pergamino, y su mirada parecia querer decir: ¿será cierto lo que ha contado este hombre?



CAPITULO VII.

El cual es necesario que preceda al capitulo que sigue despues.

En esto comenzó á alborear, y mientras toda la concurrencia fijaba la vista en el pergamino, examinándolo detenidamente con el mas religioso silencio, oyóse al sacristan desde la calle llamar á grandes voces al cura, dando al mismo tiempo una multitud de aldabazos.

—¿Qué hay, Pacomio? ¿qué hay? preguntó el cura asomàndose á la ventana.

—¡Ay padre Vicario! contestó el sacristan, mientras bajaba el ama á abrirle. ¿Sabeis que han robado la iglesia?

—¡Cómo! ¿qué es lo que dices?

—Sí señor; pero á bien que el ladron está preso, y que no se me escapará.

—¡Un ladron! esclamó el alcalde. Pobre de él si cae en mis manos. Êl me vengará de los sustos que he pasado esta noche.

—¿Pero cómo ha sido ese robo? preguntó el cura al sacristan, no bien este entró en la cocina.

—¿Qué se yo? contestó Pacomio. Yo estaba conjurando la tempestad en la torre como vuesa merced me ordenó, y mientras cumplia con mi oficio, los ladrones estaban abajo despojando la sacristía de todas las velas y hachas, y llevándose el paño mortuorio; pero no es esto lo peor del cuento, sino que se han llevado tambien el cuadro del glorioso San Roque, y....

—¡Qué sacrilegio! ¡qué horror!

—¡Eh! dijo Diego, no hay que exasperarse, y dejemos hablar al sacristan.

—¿Y no te ha sucedido á tí nada, Pacomio? preguntó el cura.

—¿A mí? Nada, nada, señor. Yo he estado, como digo, tocando todo lo que ha durado la tormenta, y al bajar de la torre, he visto que faltaba todo eso, y aun no sé si faltarán otras cosas; pero esto no es ahora del caso, sino ir á la iglesia corriendo, y llevar el preso á la cárcel, desatándole de la argolla á que lo

he encontrado amarrado en un rincon de la sacristía, y él confesará su delito y dirá quienes son sus cómplices.

—¡Una argolla! Apostaré, dijo Diego, á que todo esto no pasa de ser otra diablura parecida á las demas de esta noche. Vayan vuesas mercedes allá, y yo en tanto daré la vuelta á casa á ver que ha sido de mi pobre amo.

—En verdad, esclamó el alcalde, que me habia olvidado ya de él, y del abandono en que ha quedado mi casa. Vaya vuesa merced, padre cura, á la iglesia con el sacristan, y yo iré con el señor Diego á ver si mi morada está en su sitio, ó si el diablo ha cargado con ella mientras hemos permanecido aquí.

—Antes es la justicia que todo, dijo con entereza el sacristan. Yo reclamo su autoridad para conducir á la cárcel al ladron de la sacristía.

—No me niego en manera alguna á cumplir con ese deber; pero yo queria ir primero á lo que mas de cerca me toca. Sin embargo, todo puede arreglarse. Quédense las mugeres aquí, y mientras el señor cura y yo acompañados del sacristan nos dirijimos hácia la iglesia, pueden Diego y el tio Ramon dar un vistazo por mi casa, y ver en que ha quedado la aventura de mi sobrino el alferez.

—Y la de la desaparicion de mi perro, añadió Diego á continuacion.

—¿Eh? ¿qué dicen vuesas mercedes de alferez y de perro perdido? preguntó Pacomio al alcalde y al escu-

dero. Porque el ladron de la sacristía es alferez tambien segun las señas, y á su lado y atado á otra argolla tiene por compañero á un perro blanco.

—¿Con una mancha negra en el hocico?

—¡Sí pardiez! Un perro de aguas.

—¡Pues! mi Gavilan sin remedio. Y el alferez ladron será mi amo. Es cosa de volverse uno loco. Vamos, vamos, señor alcalde; vamos á la iglesia, señor cura.

—Si entiendo una palabra de todo esto, dijo con cierto énfasis el cura, poniéndose el manteo y calándose el sombrero de teja, consiento en llevar otra tunda peor que la consabida.

—Y yo en que me emplumen, dijo el alcalde, si doy tampoco en lo que pueda ser.

—Lo mismo digo yo, añadió Diego; pero vamos á la casa de Dios, y allá tal vez nos ilumine el cielo y salgamos de confusiones.

Y echó á andar hácia la iglesia, con el cura, el alcalde y el sacristan, quedándose en la casa del vicario el tio Ramon y la demas gente. A la sazon era ya de dia, y los vecinos de la poblacion comenzaban á salir de sus casas, hechos todos unas momias y abriéndoseles las bocas de sueño con la mala noche pasada. Divulgado en breve el rumor de que habia sido robada la iglesia, creció la multitud por instantes, agolpándose toda en torno del cura, que llevando á su derecha al alcalde, y al escudero á su izquierda, y seguido del sacristan, hallaba cada vez mas dificultad en

abrirse paso por entre las turbas. Llegado á la puerta del templo, mandó al sacristan que la abriera; pero este se habia dejado la llave en la cocina del vicario, y tuvo que volver por ella. Con esto fué creciendo la gente, no pudiendo Pacomio andar un paso sin que le preguntase todo el mundo, qué era lo que habia pasado, tardando así en volver á la iglesia cerca de tres cuartos de hora, durante los cuales echaria Diego mas de trescientas pestes por su boca, consumiéndose de impaciencia. Ya por fin tornó el sacristan, y abriendo la puerta de la iglesia, entró en ella seguido del alcalde, del escudero, del cura y de toda la multitud. Lo que Pacomio habia asegurado era cierto desgraciadamente. Èl altar del glorioso San Roque estaba sin la imágen del santo, dando esto no poco que pensar á nuestro buen Diego Perez, recordando la escena del sótano. El disimuló sin embargo, segun se le tenia prevenido, y mientras la muchedumbre espresaba con sus esclamaciones la santa indignacion que la poseia por la profanacion del altar, dirijióse con el sacristan, con el alcalde y con el vicario á la puerta de la sacristía. Abrióla Pacomio igualmente, y entrando dentro nuestros tres amigos, vieron con efecto al alferez preso por el cuello á una cómoda de las que contenian las casullas y demas ornamentos sagrados, sentado en la poltrona del cura, y atadas ambas manos con una cuerda sin poder moverse de allí. Gavilan en el ángulo opuesto hallábase igualmente agarrado con el corbatin consabido, teniendo ya medio pe-

lado el cuello, merced á sus esfuerzos por soltarse. Al ver el cura al perro en aquella disposicion, hizo un movimiento de sorpresa el mas significativo; pero nadie lo echó de ver. Dirijióse Diego á su amo, y tocando el resorte de la argolla dejóle respirar libremente, tras lo cual, sin reparar en las manos del alferez que segun queda referido, tenia este atadas al sillon, libertó igualmente á su perro, reproduciéndose por cuarta vez la escena de las fiestas y caricias de Gavilan á un amo que tan ínclitas muestras le daba de su amor y solicitud en el trági-cómico curso de aquellas misteriosas aventuras.

La gente que vió en el sillon un hombre maniatado y con argolla, creyó lo que decia Pacomio, que era ni mas ni menos el autor de la desaparicion del San Roque y de la de las hachas y velas, y comenzó á llenarle de improperios, llamándole sacrílego y ladron, y amenazando sacudirle á mas. Aquí fué ella. Gavilan al verlo, comenzó á enfadarse de veras, y notando que un hombre mal vestido daba un empellon al alferez, lanzóse sebre él irritado, volcando al agresor boca arriba, con muestras de quererle devorar. Acudió Diego á impedir la catástrofe, conteniendo á su Gavilan; mas no pudo impedir que la gente se alarmase con la ocurrencia, echando á correr por la calle, y aumentando con esto en el perro el deseo de vengarse en alguno de los malos ratos pasados.

—Dios mio! decia el caido: es el perro que ahullaba anoche por las calles de la poblacion.

—Sí, contestaban otros: el perro que acompañaba en vida á *Pero-Hernandez.*

Y con esto era todo correr, y seguir el perro ladrando, no sabiendo entre tantas pantorrillas como huian delante de él, en cual de ellas debia incar el diente. Diego pudo al fin alcanzarle, sin mas desgracia para los fugitivos que alguna costalada en el camino, hija mas bien de su aturdimiento, que de la travesura de Gavilan.

Entre tanto habian quedado solos en la iglesia, el cura, el alcalde, el sacristan y el alferez, sin que este les supiese dar cuenta de su permanencia en tal sitio.

—Cómo ha sido esto, sobrino? le preguntaba el alcalde.

—Qué se yo! contestaba el oficial, libre á medias no mas de los vapores que le habian tenido sin conocimiento por espacio de dos horas largas. Yo he dormido mucho tiempo sin duda, y las aventuras de anoche debieron de trastornarme no poco, porque ni sé lo que me ha pasado, ni la razon de encontrarme aquí. Solo sé que he tenido unos sueños como de que veia fantasmas, y espectros y brujas y duendes, los cuales jugaban á la pelota conmigo, haciéndome cruzar esos aires con una rapidez estraordinaria, hasta que cansados por último, me han dejado atado á esta silla, donde me han dispertado esta mañana los ladridos de Gavilan, sin que el señor que estaba aquí presente cuando sacudí mi letargo (dijo esto señalando al sacris-

tan), se compadeciese de mí, ni quisiese acceder á mis súplicas en lo relativo á soltarme.

—Pardiez! contestó el sacristan: con qué os tenia yo por un bribon, ¿y esperabais que os libertára?...

—Pues ya veis que no hay tal, dijo el alcalde, y que siendo sobrino mio, no puede ser el señor alferez sino el hombre mas honrado del mundo.

—Eso por de contado, dijo el cura: pero cómo nos gobernaremos para que recobre la iglesia los objetos de que ha sido despojada?

—Por lo que respeta á las hachas, contestó el alcalde, apostaria yo cualquiera cosa á que son las mismas del féretro en que estaba tendido el alferez antes de ser conducido aquí.

—Cómo! ¿Yo tendido en un féretro? Pues tambien he soñado una cosa parecida á sueño de tumba, y que se me acercaba una muger.... Oh! sí! una muger! Catalina!.... no puedo dudarlo.... la he visto.

Al decir esto el oficial, parecia como poseido de una especie de delirio febril. El alcalde lo atribuyó á reminiscencias de vino y no hizo caso de lo que decia.

El cura pareció sorprenderse al oir el nombre de Catalina.

—Pues sí, prosiguió el alcalde, dirigiendo la palabra al vicario: las hachas que vi en la cocina, y hasta el paño mortuorio del féretro, yo tengo para mí que son los mismos que faltan en la sacristía; y así, si los demonios ó las brujas, ó quien quiera que sea el autor de todas estas tramoyas, han tenido á bien de-

jarlos en el mismo sitio, podeis darlos por recobrados, aunque haya yo de pagar la merma que hayan esperimentado las luces. En cuanto al cuadro del Santo....

—Sí, proseguia el bueno del alferez, paseándose por la sacristía, no sin dar algunos traspieses. Yo he visto á esa muger sin remedio: aquella mirada, aquel aire.... aquel rostro todavía tan bello....

El cura no cesaba de mirar al oficial cada vez con mas interés.

—En cuanto al cuadro, continuó el alcalde, lo único que podemos hacer es mandar que se verifique un escrupuloso registro en todas las casas del pueblo, y veremos si damos con él.

—¿Y de qué ha de servir ese registro, contestó el cura sin apartar el ojo del alferez, si la única morada en que está es tal vez ese maldito palacio que tan malos ratos dá al pueblo?

—Es verdad! esclamó el alcalde. Mejor seria esperar la venida del Rey á que alude aquel pergamino, y darle cuenta de lo que ha pasado, y acaso dispondria su Alteza el reconocimiento de esa casa, destruyéndola hasta los cimientos y mandando ararla de sal.

—Pero señor alcalde.... ¿creeis vos que un pobre lugaron como este pueda llamar la atencion del Rey, y hacerle venir con su corte á compartir con los habitantes los sustos y malos ratos que ofrece?

—En efecto.... es delirio pensar....

—Yo tengo para mí, señor alcalde, dijo el cura en

voz baja y de modo que el oficial, aunque medio beodo todavia, no pudiera oirle: yo tengo para mí que lo que ha pasado está noche es todo obra de alguna mano oculta que tiene un decidido interés en que no se casen los chicos. En los primeros momentos de consternacion, he creido lo mismo que vos, que pudiera esto ser diablería; pero ahora que estoy sereno, comienzo á pensar de otro modo.

—Pero y bien! ¿quién podrá ser....

—Yo acá para *inter nos* he notado que Aldonza estaba triste y cabizbaja, lo cual no quitaba en verdad que cuando el escudero la miraba, se animasen aquellas facciones de una manera muy significativa.

—¿Cómo? ¿el escudero? Delirio! ¿Por dónde habia de pretender él.... ¡Si fuera mi sobrino el alferez!

—Y bien! ¿quién os dice que este no se haya valido de aquel para preparar á la chica? Ello es que yo he notado lo que digo, y que ora trabaje por su cuenta, ora lo haga en obsequio de otro, el tal escudero es un trucha que debeis observar con cuidado.

—Oh! pues yo lo haré desde luego, y tampoco me descuidaré por lo que respeta al alferez.

—Miradle ahora como se pasea, dando manotadas y hablando como fuera de sí.

—Catalina! seguia diciendo el enagenado oficial: no lo niegues! yo te vi anoche entre aquellos ensabanados; pero por mas que trates de arredrarme, no has de conseguir suplantar á la señora de mis pensamientos.

—¿Ois, señor alcalde?

—Pues señor, nada falta en la iglesia, sino el cuadro y el paño mortuorio, seis hachas, cuatro cirios y veinte velas, dijo el sacristan acercándose, é interrumpiendo fuera de sazon las observaciones del cura. Lo he registrado todo con cuidado, y hasta los candeleros de plata que me habia olvidado de recoger, todo està como yo lo he dejado. ¿No les parece á vuesas mercedes robo bien singular el de esta noche?

—¿Con que ni una patena, ni un cáliz, ni...

—Nada: todo está en su lugar. Y á fé que si hubieran querido, bien podian los pícaros ladrones haberse llevado.... A no ser que el autor de todo esto sea con efecto el alferez (esto lo dijo el sacristan al cura, sin que el alcalde lo pudiera oir), y no le haya sido posible proseguir adelante en el robo por haberle Dios castigado dejándole amarrado al sillon en los términos en que le hemos visto.

—Todo pudiera ser, Pacomio; pero deja eso á mi cargo. Yo averiguaré lo que haya. Señor alcalde....

—¿Me llamais?

—Oid. Yo tengo que decir ahora misa, y luego quiero descansar un rato: venid á casa despues de comer, y hablaremos detenidamente sobre todas estas ocurrencias. Entretanto ojo alerta y....

—Descuidad.

—Y sobre todo, cuenta con que nunca os volvais atrás del empeño que conmigo teneis contraido.

—Repito que esteis sin cuidado. Aldonza no será de nadie sino de vuestro sobrino.

—Para mayor tranquilidad de ambos, yo creo que seria muy bueno que en vez de llevaros á Aldonza, la dejeis en mi casa unos dias, y con esto impediriamos desde luego que las artes de la seduccion....

—Si es necesario á vuestra tranquilidad, por mí no hay inconveniente.

—Pues cuenta con ello, y adios.

—Hasta mas tarde, señor vicario.

Y mirando al cura con cierta especie de desconfianza, salióse de la iglesia el alcalde acompañado del alferez que tras sus arrebatos y monólogos se habia convertido en una momia, absorta el alma en mil meditaciones, y dejándose conducir por el brazo sin hablar una sola palabra, bien que dando algunos tras piés, por donde el alcalde le queria llevar.

Las calles de la poblacion se hallaban enteramente desiertas. La alarma producida en la iglesia por las mañas de Gavilan, habia obligado á los vecinos á meterse otra vez en sus casas hasta ver en qué paraba aquello. Así, el tránsito del alcalde á su casa fué tan libre y desembarazado, como lleno de dificultades habia sido el anterior paseo cuando vino con el cura á la iglesia. Al llegar frente á la casa del párroco, salia de ella nuestro Diego Perez, cosa que no agradó al alcalde, como bien se deja inferir.

—¿De dónde venís? dijo este, con acento que dió á entender á Diego un cambio muy notable en el al calde.

—Pardiez! contestó el escudero: de dar albricias á vuestra esposa é hija, por haber encontrado vuestra casa sin particular novedad despues del total abandono en que todos la hemos dejado.

—Ah! ya. ¿Habeis entrado en mi casa?

—Obligóme á hacerlo mi perro, que despues de correr y correr por esas calles detrás de las gentes del pueblo, vió abierta de par en par la puerta, y colóse dentro,

—¿Y en dónde está vuestro perro ahora?

—Toma! ¿dónde ha de estar? En vuestra casa. Le he dejado allí, y bien atado, no sea que se me largue y volvamos á tener otra fiesta.

—Mejor hubiérais hecho en dejar que cargue el diablo con él. Yo no quiero ese perro en mi casa.

—Eso es decirme en buena plata que tampoco me quereis á mí, sabiendo como sabeis los motivos que tengo para no abandonarle.

—Vos hareis lo que os plazca, señor Diego; mas repito que no quiero en mi casa semejante perro por huésped.

—Bueno, bueno! no hay que enfadarse. Él y yo os dejaremos en paz. Mas ¿qué diantres tiene mi amo que no habla una sola palabra?

—Diego, dijo el alferez colgándose del brazo del escudero: vamos á casa, que me siento bastante trastornado.

—Vamos enhorabuena, amo mio: pero mejoraos cuanto antes, porque el señor alcalde nos ha despedido, y no quiero causarle molestia.

—Yo no os he despedido, señor Diego, dijo el alcalde, dulcificando un tanto el tono con que acababa de hablar; pero ya sabeis desde anoche que el perro me infunde recelo, y no quiero bromas con él.

Con esto llegaron á casa, no sin esperimentar el alcalde un involuntario terror recordando los sustos de la noche; pero viendo ahora aquel sitio restituido á su estado normal se fué tranquilizando por grados. Nada faltaba en las habitaciones, ni vió en ellas señal la mas mínima de la barahunda pasada. La tumba improvisada por la noche habia desaparecido, y lo mismo por supuesto las hachas, quedando recojida la mesa, las sillas cada cual en su sitio, la cocina recien barrida, y limpios y fregados los platos, como es fama que sucede siempre donde quiera que hay duendes ó brujas, ó cosa por el estilo. Admirado de tanto órden, preguntó el alcalde al escudero si habia él arreglado la cocina en los términos en que la hallaba, y él contestó que de ninguna manera, pues la habia visto lo mismo cuando vino con Gavilan á fin de encerrarlo en su cuarto, para evitar, como queda dicho que se le escapase otra vez. No satisfizo mucho al interpelante esta contestacion del escudero, mirándole como le miraba con la prevencion consabida; pero al fin no era imposible que dijese verdad, y era fuera del caso empeñarse en no pasar por lo que él decia. Preguntóle despues si habia registrado lo demas de la casa por si habia alguno escondido, y habiéndole dicho que no, pues no habia hecho sino entrar y sa-

lir despues de encerrar á su perro, pasó á reconocer escrupulosamente, ayudado de dos alguaciles y de varios vecinos del pueblo á quienes hizo llamar, todos los rincones de la casa, y no vió en ellos nada absolutamente que pudiera inspirarle cuidado. Diego sí que lo tuvo y muy grande cuando los vió descender al sótano, temiendo estuviese aun allí el altar que él habia visto; pero este se lo habian llevado quien quiera que lo hubiese traido, y el reconocimiento concluyó sin motivo ninguno de alarma ni incidente desagradable. Al contrario, hubo uno feliz, y fué hallar detrás de una puerta los calzones y demas ropa de que habian despojado al alcalde, encuentro que este celebró muchísimo, poniéndose gregüescos y gaban, y enviando sus prendas al cura. Hecho esto, mandó llamar á su muger y á la criada, diciéndolas lo del reconocimiento y que no tuviesen cuidado, quedando Aldonza en casa del vicario, como habian convenido los dos.

No cayó en saco roto para Diego la falta de la pobre muchacha, siendo esto como un rayo de luz que vino á aclararle la causa de la displicencia del padre.

—Cáscaras! dijo él para sí. Este hombre ha notado sin duda que me iba gustando la niña. ¿Y quién sabe si el padre vicario ha caido en lo mismo? En todo caso, bueno es que los dos me obliguen á estar sobre mí. Nada hemos perdido por eso. Apuradamente soy hombre que en esto de hacerme el sueco, no cedo la palma á ninguno.

Entretanto el pobre oficial se había tendido en la cama con una calentura tremenda, no siendo para



menos sin duda lo que le habia pasado durante la noche, siendo todavía un secreto el total de sus aventuras, salvo lo que decia relacion á la embriaguez y á los tizonazos, á su aparicion en el féretro y á su reaparicion en la iglesa. Al verle en tal estado el alcalde, echó á un lado por un momento toda prevencion contra él, y mandó que se le asistiese con esmerada solicitud. Llamado el médico, declaró que la enfermedad procedia de haberle dado las brujas algun endemoniado brebaje, y que no podia por tanto responder de su restablecimiento; pero es inconcuso, añadió, que las bebidas, cualesquiera que sean, lo primero que dañan es la sangre, y así cuanta mas le quitemos, tanto mas pronto se curará. En su con-

secuencia, ordenó hacerle una sangría desde luego, otra al medio dia, y otra al anochecer, prohibiéndole el caldo, y el agua y toda especie de mantenimiento, hasta que él mandase otra cosa. Diego observó que semejante plan daria al traste con el pobre enfermo à poco que se dilatase, y el doctor contestó que en buena hora, pero que valia mas morirse que tener el diablo en el cuerpo.

—Es verdad, replicó el escudero, y puesto que es preciso sangrarle, dejadme á solas con él, y yo le aplicaré la lanceta.

—Pues qué! ¿sois cirujano? dijo el médico.

—Y tanto, contestó Diego, que con solo el instrumento que veis (dijo esto sacando la espada), he cortado mas brazos y piernas que sangrías habeis mandado hacer en el discurso de vuestra profesion.

—Es facultativo, no hay duda, esclamó el doctor retirándose: esta endemoniada milicia siempre ha tenido hombres de provecho.

Ido el Galeno, mandó Diego traer agua caliente, y una venda y agua fria ademas, y luego un poquito de aceite, y trás esto un barreño y una taza, todo con el objeto, segun dijo, de proceder á la operacion que el médico acaba de ordenar. Diéronselo todo; y él observó que la primera sangría era cosa muy delicada, y que no convenia que en el cuarto hubiese ruido de ninguna especie, ni gente que pudiera distraerle del cumplimiento de su obligacion. Quedó con esto solo con su amo, y para estar mas seguro de ello,

cerróse por dentro con llave. Hecho esto, acercóse al alférez, y poniéndole la venda en la frente, dióle á beber una buena taza de agua tibia mezclada con aceite, y tras ella otra taza, y luego otra, y despues otras dos ó tres mas, hasta que no pudiendo el oficial recibir mas dósis de caldo, comenzó á desquitarse devolviéndolo, con item mas el vino de la noche que en tan crítico estado le tenia. Trás esto se durmió lindamente, y arropándole el escudero para favorecer la traspiracion, dispertó sano y bueno á las tres horas con no poco asombro del médico, el cual declaró ante el alcalde no haber presenciado jamás curacion comparable á aquella.



CAPITULO VIII.

El Cura y el Alcalde.

A la hora convenida, hallábanse el alcalde y el cura en el sitio mas retirado que tenia la casa de este; es decir, en un cuarto bajo, al cual daba entrada un pasillo como de treinta pies de longitud, siendo aquel una especie de península, y el pasillo un como istmo ó lengua de tierra que unia el cuarto á la casa, sirviéndole igualmente de aislador por medio de una puerta de encina colocada en su embocadura. El cura cerro esta con cuidado torciendo la llave por dentro, y

no satisfecho con esto, hizo lo mismo con la puerta del cuarto, trás lo cual cerró tambien la ventana que aquel domicilio tenia, y que daba á un corral abandonado, al cual no se podia salir sino por la misma ventana. Seguro ya el vicario de que nadie podia turbar la entrevista á que habia citado al alcalde, hizo á este tomar asiento en una silla vieja de nogal de dos que habia en el cuarto, sentándose él en la otra.

—Ya al fin estamos solos, dijo el cura, terminando el largo silencio que hasta entonces habian guardado tanto él como su compañero.

—Solos, contestó el alcalde. ¿Me hareis ahora el obsequio de decirme el objeto de esta llamada?

—Vos, señor alcalde, sabeis que existe entre los dos un secreto.

—O por mejor decir, entre tres, que somos vos, mi muger y yo.

—En efecto: pero vos y vuestra muger sois una persona no mas, cual conviene á buenos casados. Aldonza no es hija vuestra.

—Y bien!

—Hace diez y seis años que un hombre misterioso os la entregó cuando acababa apenas de nacer.

—Diez y seis años menos ocho dias.

—Así es. Y al entregárosla, os dijo; esa niña no tiene padre, y espera que lo seais vos: no tiene madre tampoco; pero vuestra muger lo será. Bautizadla y llamadla hija vuestra, y haced que conste así desde luego en los libros de la parroquia.

—Todo pasó como vos decís.

—Para que así constase en los libros, fuerza era que el cura del pueblo interviniese en el *quid pro quo*, porque él sabia que vuestra muger no podia ser madre de esa niña, en razon á no haber dado señales de estar entonces en cinta, como no las ha dado despues.

—Es verdad: mi muger es estéril! dijo suspirando el alcalde, y aun por eso ama tanto á Aldonza.

—Yo era entonces el cura del pueblo, prosiguió el vicario, como lo soy en la actualidad, y cuando vinísteis á hablar para bautizar á esa niña, quisísteis hacerme creer que era con efecto hija vuestra. Yo, ya os acordareis, me sonreí, y os pregunté quien habia asistido á vuestra muger en el parto. Esto os desconcertó, y no pudísteis menos de decirme todo lo que habia.

—Todo: hasta la circunstancia de los cien escudos de oro que me entregó el desconocido para proveer á la manutencion de Aldonza durante el primer año.

—Y la de repetir igual dádiva cada uno de los años siguientes mientras estuviese Aldonza en vuestro poder, sin perjuicio de daros mayor suma cuando la hayais de entregar.

—Dádiva que ha cumplido ese hombre con religiosidad admirable, y que yo he partido con vos con la misma religiosidad, como partiré lo que venga cuando sea devuelta Aldonza.

—En lo cual no hareis otra cosa que cumplir un pacto solemne que conmigo teneis contraido.

—Pacto sin el cual no quisísteis prestaros á escribir en los libros de la parroquia, que la niña que habiais bautizado era con efecto hija mia.

—De algo ha de servirle á uno ser cura en tiempos de escasez como estos, y algo habia de valerme tambien contribuir á que se realizasen los deseos del desconocido.

—Pero vos no os habeis contentado con los cincuenta escudos anuales, ni con que yo os entregue la mitad de lo que despues se me dé, sino que habeis querido ademas que Aldonza vuelva á quien me la entregó, no soltera como se halla, sino casada con vuestro sobrino.

—Es verdad; pero el desconocido no os prohibió que si os traia cuenta, la casaseis con quien mejor os placiese. El os dijo: *sed padre suyo*, y mal podriais serlo, ni aun interinamente, si no la pudiérais casar. Sin embargo, si estais arrepentido....

—¿Y qué haria con arrepentirme? Vos os vengariais de mí dando publicidad al secreto, y esto me perderia para siempre, porque ya sabeis que hace un año recibí con la última suma un papel, en el cual se me amenazaba, lo mismo que á mi muger, con un espantoso castigo, si llegaba á saber el mundo que Aldonza no era hija nuestra. Cuatro dias despues de este suceso me hablásteis vos de vuestro plan de boda. Yo me resistí nueve meses, y por último tuve que ceder, visto que no habia otro medio de taparos la boca. Así, no hay que hablar mas sobre esto. He dicho que Aldon-

za será de Toño, y sea con gusto ó sin él os cumpliré mi palabra.

—¿A pesar de las órdenes de anoche?

—¿Qué órdenes?

Las que el fantasma me dió respecto á suspender esa boda.

—En eso vos vereis como salís de vuestro compromiso. A mí hasta ahora no se me ha prohibido nada.

—Y si otro figuron como el mio se os apareciese esta noche, y os dijese: no la caseis?

—No me hableis de eso por Dios.

—Pero si sucediese como digo, ¿qué hariais?

—Por los clavos de Jesus! No me hagais esa pregunta.

—Eso es decir que os volveriais atrás! Veo que he hecho bien en prevenirme, por lo que pueda ocurrir.

—Pues cómo?

—Aldonza está en mi poder.

—Y bien!

—Discurrid lo demás. ¿Tan inocenton he de ser, que os la devuelva antes de casarla?

—Ah! Con que todo lo que me dijísteis del alférez y del escudero, no tenia otro objeto que....

—Poco á poco. Lo que he dicho de estos dos perillanes, está dicho, y se concluyó. Diego mira con interés á la chica: si por él ó por su amo, no lo sé; pero hay ese interés y me basta. ¿No os dije esta mañana que el haber observado esto habia sido para mí un

rayo de luz, con el cual he empezado á descifrar los enigmas de anoche?

—Entonces el fantasma que vísteis....

—¿Debe ser por precision algun ente que está de acuerdo con alguno de ellos, si es que no lo está con los dos.

—¿De acuerdo con...

—Oid. ¿No es chocante que cuando todos hemos tenido que rascar esta noche, solo vuestro sobrino y el escudero hayan salido bien librados?

—En cuanto al escudero, es verdad; pero por lo que respeta al alferez, ha sufrido mas percances que yo. Los tizonazos de la cara, la aventura del atahud, y su aparicion en la sacristía en los términos en que le hemos visto....

—Todo farsa probablemente. ¿No podria ser eso valor entendido entre ambos, á fin de iludirnos mejor? Pero sea lo que quiera respecto al alferez: Diego al menos nada ha sufrido, y esto, como lo veis, es sospechoso.

—En cuanto á eso, lo mismo digo yo.

—Y ese perro que llaman Gavilan, está bien enseñado tambien.

—Oh! lo que es el perro, no le puedo ver sin horror. Pero á bien que ya le he dicho á su amo que la primera condicion de todas para que él continúe en mi casa, es no ver yo en ella á ese perro.

—¿Eso le habeis dicho? Ha sido indiscrecion y no poca.

—¿Por qué?

—Porque ese perro nos puede servir para mucho, observándole con cuidado, para desenredar la madeja de todas estas barahundas. Yo al menos he cogido ya un hilo.

—¿Cómo?

—Al ver esta mañana al tal perro, he caido al momento en la cuenta de que no era la primera vez que se presentaba á mis ojos. Ese perro no se llama Gavilan: su verdadero nombre es Zacatin.

—Zacatin! ¿Y de qué lo sabeis?

—Preguntad á su amo, si ha pertenecido ese perro á un árabe llamado Mulhacen.

—En efecto: anoche nos dijo que habia tenido otro amo, y que este era un cristiano fingido.

—Pues! que fué ajusticiado en Toledo, por haberle cogido *in fraganti*....

—Espiando la hueste del Rey.

—Asi por lo menos se dijo. Yo estaba aquellos dias en Toledo, porque ya recordareis que fuí allá llamado por mi padre moribundo, á quien tuve el consuelo de asistir en su última enfermedad.

—Ya me acuerdo, año y medio vendrá á hacer.

—Cabal. ¿Y no sabeis lo que pasó despues que fué ahorcado ese moro?

—Yo! cómo quereis que sepa....

—Pues fué ahorcado efectivamente, porque yo presencié la ejecucion, y aun fuí llamado para convertirle á nuestra santa religion católica.

—¿Y se convirtió?

—Nada de eso. Murió en la impenitencia final.... es decir, murió al parecer; pero para mí no hubo tal.

—¿Cómo?

—Como que segun la sentencia debia estar colgado



en la horca por espacio de tres dias seguidos, y el hecho fué que no lo estuvo ni medio, puesto que en la primera noche, que por cierto era oscurísima, desapareció del patíbulo.

—Y quién le hizo desaparecer?

—No se sabe nada de cierto; pero se sospecha que fué el centinela que le guardaba, porque tambien desapareció en aquella misma noche.

—¿Y se fué con el muerto?

—O con el vivo. ¿Quién sabe lo que pudo haber en eso? Los árabes son el mismo demonio, y mas ese que segun se decia tenia pacto con él, y con solo un brebaje que bebiese, era capaz de resucitar aun despues de enterrado y todo. El hecho es que al dia siguiente se encontró, en lugar del cadáver, una alcuza pendiente del dogal.

—Canario! eso parece brujeria.

—Todo esto que os estoy diciendo lo habia yo casi completamente olvidado, cuando la vista de Gavilan me lo hizo recordar esta mañana. Tate! dije yo para mí: este es el perro que tenia el moro. Ahora añadid á esa observacion lo que vuestra muger me ha dicho despues, hablando de las cosas de anoche mientras vos estabais en casa.

—¿Qué os ha dicho?

—Que el escudero halló primeramente á su perro atado á una argolla junto á la casa de Pero-Hernandez, y que luego se metió dentro, y que despues le sacaron fuera, salvo solamente la cola, de la cual le tuvieron agarrado no sé por cuanto espacio de tiempo.

—Sí; pero luego, viendo el escudero que nosotros nos asustábamos al oir esa relacion, dijo que no habia tal cosa, añadiendo que el sitio donde habia en-

contrado al perro, era la plaza en que está la iglesia.

—Es verdad, y hasta os dijo el por qué, ó cuando menos, él se lo inventó. Os dijo que el tal Gavilan, ó Zacatin, como yo le llamo, descendia del perro de San Roque, y que por eso habia ido allá, hácia el lado precisamente en que está el altar de ese Santo.

—En efecto: así nos lo dijo.

—Pues! Y luego hemos venido á parar en que el Santo ha sido robado. ¿Puede estar mas claro que Diego ha tenido parte en el robo? Y no digo yo el escudero, sino vuestro sobrino tambien.

—Mi sobrino!

—O sino, el oficial.

—No, lo que es mi sobrino, imposible. Bueno estaba él para hurtos, teniendo las manos atadas!

—Repito que todo es valor entendido entre ambos.

—Pues yo vuelvo á decir que es imposible. ¿Qué objeto habian de proponerse en un hurto de tal naturaleza, pudiendo haberse llevado los cálices, las lámparas de plata y otras cosas que podian serles mas útiles?

—Si á eso vamos, no solo ellos no son los autores del robo, pero nadie lo puede ser, porque siempre diremos lo mismo: ¿qué objeto se ha propuesto su autor en llevarse eso y no estotro? Ya veis que esto no tiene salida. A mí me basta saber que Diego nombró el cuadro, y que á esto siguió el robo, y que despues de verificado, fueron el alferez y el perro encontrados en la sacristía. Aquí hay un encadenamiento

de cosas que no es posible desconocer. Pero hay que hacer otra observacion, y es sobremanera importante. Ese cuadro no es un cuadro cualquiera: es un cuadro que hace diez y seis años, el mismo tiempo puntualmente que cuenta nuestra Aldonza de edad, fué, como sabeis, encontrado en las inmediaciones del pueblo despues de la sangrienta batalla dada entre cristianos y moros, y por cierto que se halló entre los cadáveres de estos, cuando el rey seguia al alcance á los demás infieles fugitivos.

—Y bien! qué deducis de todo eso?

—Francamente, no sé qué deduzca: pero no deja de ser estraño que un cuadro cogido á los moros haya desaparecido cabalmente el mismo dia que ha venido al pueblo un perro que fué de otro moro.

—Mientras hableis del perro, enhorabuena! todo cuanto digais en su contra me parece muy puesto en razon.

—Despacito, señor alcalde; sigamos atando cabos. El fantasma que me habló anoche.... (entonces no caí en la cuenta, porque estaba yo muy turbado; pero repito que la vista del perro ha venido á refrescar mis ideas): el fantasma que me habló anoche tenia la mismísima voz que el moro ajusticiado en Toledo.

—¿Eh? ¿La misma voz que....

—Sí, si! La recuerdo perfectamente. Ese moro vive, no hay duda; ese moro está aquí, en este pueblo, en la casa de Pero-Hernandez. Gavilan ha en-

trado en la casa; Gavilan ha olido en ella algo que está relacionado con él, y ese algo, no hay remedio, es el moro.

—¿Sabeis que estoy absorto, padre cura?

—Gavilan ha venido con el escudero y con el alferez: el alferez y el escudero están en relaciones con el moro.

—¡Seria posible, Dios mio! Pero no; vos quereis chancearos. Vos sabeis que yo quiero á mi sobrino, y os complaceis en darme un mal rato.

—Nada de esto sonará, dijo el cura, si vos me cumplís la palabra de casar á Aldonza con Toño.

—Pero padre cura, por Dios! ¿Cuántas veces he de decir....

—Mirad que puede suceder muy bien que tengais esta noche alguna vision, la cual procure haceros retractar.

—No lo conseguirá!

—¿No? Corriente. Pero advertid que no me gusta eso: yo necesito alguna cosa mas. Yo quiero que digais á todo el mundo, que esa boda no se hace por mí, sino por vos, ¿estais? solo por vos.

—Diré que soy yo el que me empeño en que Aldonza sea de Toño; y que vos os habeis resistido, y que ha sido completamente inútil vuestra oposicion al enlace.

—Pues! Eso es lo que yo queria decir. Y yo desistiré por mi parte de dar cuenta á S. A. el Rey de esas relaciones ilícitas que existen entre el moro y el alferez.

—Echad toda la culpa al escudero.

—Yo lo pensaré, amigo mio: yo que estoy en antecedentes, sabré lo que tengo de hacer. Entre tanto, que no sepa nadie la entrevista que hemos tenido.

—Nadie.

—Ni aun los fantasmas! ¿Estais?

—Me dais miedo.... pero no importa. Repito que no diré nada, aunque sea el infierno en cuerpo y alma el que se empeñe en sonsacarme.

—Entonces, solo falta una cosa.

—Una cosa! ¿Y cuál es?

—El desconocido que os entregó á Aldonza os dió tambien, segun me teneis dicho, no sé què moneda ó medalla.

—No fué una moneda, fué media: la otra mitad se la guarda él, ó la tiene en su poder algun otro, para cuando llegue el momento de la devolucion consabida.

—Con efecto. ¿No podeis enseñármela?

—Ya sabeis que no, padre cura. Se me ha prohibido mostrarla, no siéndome primero presentada la otra mitad.

—Y bien! Aquí teneis la otra mitad.

Y el cura sacó del bolsillo el pergamino que el fantasma habia dejado pendiente de su rosario, y lo desarrolló poco á poco, y al mostrar el último borde, apareció en él una cinta; y pendiente de esta la mitad de una medalla.

—¿Habeis abierto el pliego que debiais entregar al Rey! dijo el alcalde.

—Eso es cuenta mia y no vuestra, respondió secamente el cura. Venga la otra mitad de la medalla.

—No la tengo aquí.

—Señor alcalde! ¿Tan pronto olvidais que no ignoro la parte de vuestro jubon en que la llevais cosida, y por mas señas dentro de una bolsa?

—Ah!

—Sacadla inmediatamente.

—No! lo que es eso, no!

—¡Señor alcalde! ¿Olvidais que estais aquí solo, y que no me hallareis desprevenido?

El alcalde estaba sin armas. El cura mostró por la abertura de la sotana el mango y la cruz de una cosa parecida á instrumento cortante.

—Os creia capaz de todo, dijo balbuciendo el alcalde; pero de eso no, padre cura.

—Despojaos de vuestra ropilla, y venga esa moneda al momento.

El alcalde se quitó el jubon, y lo entregó al cura. Este examinó el forro, y hallado en él el bulto que hacia la bolsa, descosióla muy detenidamente con la punta de la daga que hasta entonces habia tenido oculta. Acabada la operacion, devolvió el jubon al alcalde.

—Ya estareis satisfecho, dijo este.

—¡Qué veo! esclamó el cura, no bien tuvo abierta la bolsa. Alcalde, me habeis engañado. Aquí no hay medalla ninguna.

—¿Cómo es eso?

—Aqui hay una llave; pero la medalla no está.

—Una llave! ¿Y quién la ha puesto ahí? Ah! ya caigo, Dios mio, ya caigo!

—¿Cómo?

—Eso fué anoche.... si, sí! Anoche me quitaron mis vestidos.

—¡Ah! esclamó el cura consternado.

Un silencio de algunos segundos sucedió á las palabras de los dos.

—Veo, dijo luego el vicario, afectando toda la calma posible, que esto no merece la pena. Ahí teneis vuestra llavecita.... pero no, me la guardaré, no sea que tambien os la quiten, y deis tan buena cuenta de ella como de la pobre medalla. ¿Cómo os gobernareis con el otro, cuando venga y os haga cargos por esa desaparicion?

—¿Y si vos me la hubiérais quitado? contestó sentidamente el alcalde.

—Yo no queria apoderarme de ella: me limitaba á verla y nada mas.

—¿A verla solamente?

—Señor alcalde.... Concluyóse nuestra entrevista. Silencio sobre todo. Id con Dios.

Y abrió á continuacion la puerta del cuarto, y trás esta la del pasillo. El alcalde salió lentamente, moviéndose á guisa de autómata manejado por la mano del cura. En la puerta del pasillo, repitióle este: ¡silencio! y luego, cerrando la puerta, añadióle al

oido: *hay secretos mucho mas delicados tal vez que el del nacimiento de Aldonza: ya sabeis que no solo soy sacerdote, sino tambien vuestro confesor.*

Al oir estas palabras el alcalde, se puso pálido como la muerte.

El cura se internó por el pasillo, dejando fuera á su compañero, y cerrándose por dentro otra vez.

El alcalde, despues de mirar un momento con desencajados ojos la puerta de encina, subió á la habitacion del cura, con el objeto de ver á Aldonza; pero ni esta ni el ama estaban allí: las dos habian desaparecido.



CAPITULO IX.

El Alferez y el Escudero.

Al mismo tiempo que el alcalde y el cura tenian la entrevista que acabamos de referir, celebrábase en la casa de aquel otra especie de conciliábulo, igualmente á puerta cerrada, entre dos personajes, de los cuales apenas conocemos mas que á uno, y para eso no completamente. Eran el oficial y el escudero, enteramente restablecido aquel de la borrachera pasada, gracias á los cuidados de este, y menos fatigado este

otro despues de las trifulcas consabidas, merced á haberse recostado un poco, aprovechando el sueño de tres horas á que estuvo rendido su amo no bien le fué administrada la medicina de que se ha hablado ya.

El primero que se dispertó fué el alferez, y lo hizo llamando á Diego.

Este, que dormia á sus pies, sacudió el sueño mas bien que por haber oido la voz, por no notar que su amo se movia.

—¿Os sentís otra vez malo? le preguntó.

—¿Malo? No; creo que estoy bueno ya, y aun no recuerdo bien si he estado enfermo. ¿Qué hora es? Parece todavia de noche.

—He cerrado la ventana para que durmiéseis mejor.

—¿Pues dónde estamos?

—¡Toma! ¿Dónde hemos de estar? Me parece que caereis en ello ahora que entra la luz del Mediodia.

—¡Huy qué resplandor! No abrais tanto.

—¿Os dura todavía....

—¿Qué?

—Pues ya.

—¿Cómo? ¡Ah! sí, ya caigo. Mas supongo, que no habrá echado de ver mi tio....

—¿Qué?

—Ya me entendeis.

—¿La borrachera?

—¿Y quién os dice á vos, señor Diego, que yo he podido embriagarme?

—Oh, no, yo no queria decir eso; pero como las brujas dan brebajes tan parecidos en sus efectos....

—Pues mirad, Diego Perez, no vais mal. A mí han debido darme alguna pócima.

—Al menos, así lo ha dicho el médico.

—¡Cómo! ¿Ha estado el médico á verme? Pues maldito si he tenido noticia.... Mas vamos, sí, ya estoy.... ¡Ah! y tambien me habeis hallado en la iglesia. ¿No es verdad?

—Vaya, vaya, me alegro. Parece que vais dando en la cuenta.

—¿Y cómo ha sido eso de encontrarme yo allí?

—Era precisamente la pregunta que yo queria haceros, amo mio.

—¿A mí? Y yo ¿qué sé?

—Vamos, vamos, tratad de serenaros un poco; recoged vuestras ideas, y veamos si entre los dos podemos dar en el quid de lo que ha pasado esta noche.

—¿Esta noche? ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Anoche estábamos cenando.... y luego ví apagarse la luz.... y luego ví brillar un tizon.... y luego....

—Os sacudieron con él. Todo eso lo sé perfectamente.

—¿Lo sabeis?

—¿Se necesita otra cosa para estar enterado de ello, que veros la señal en la cara?

—Pero hombre, ¿quién seria el malandrin que usaba esas chanzas conmigo?

El escudero no se atrevió á decir: *servidor de vue-*

samerced; y asi se contentó con responder: no es eso para mí lo chocante, sino aquel demonio de féretro en que os vimos tendido cuando el alcalde, su familia y yo bajábamos del tejado á donde habíamos subido en busca de Gavilan.

El perro, que estaba sondormido y atado á los pies de la cama, esperezóse al oir su nombre, como si dijese: *presente*.

—Tambien me acuerdo de eso, dijo el oficial contestando al escudero, y tengo así como una idea de que antes de echarme en la tumba, me dieron á beber una cosa que tenia un gusto salado, con sus puntas de amargo y de acre.

—Y bien, ¿quién os dió á beber eso?

—¿Qué sé yo? Unos bultos que me zarandeaban y á quienes yo no podia ver, porque estaba la cocina á oscuras. ¡Ay qué rato, Vírgen Santísima!

—Pero cuando yo os ví en la tumba, estabais rodeado de hachas, y bien encendidas por cierto.

—Brotó la luz sin saber yo cómo, porque entonces me entró la modorra. Pero á bien que no estaba tan dormido como los fantasmas creian, porque no bien cayó sobre mis párpados aquel estraordinario resplandor, abrí los ojos maquinalmente, y entonces ví..... mas no, no es posible.

—¿Qué vísteis?

—Creí ver.... pero no ví, porque repito que no puede ser.

—¡Pero bien! ¿Qué creísteis que veiais?

—¡Oh, Dios me libre de decirlo á nadie!

—¿A nadie?

—Nada, nada.... no ví nada.

—Eso no puede ser, amo mio. Yo sé que visteis...

—¿A quién?

—¿Creeis que ignoro yo que ha estado aquí una muger llamada.... Catalina?

—¡Ah! esclamó el oficial estremeciéndose y cubriéndose el rostro con las manos.

Gavilan ahulló al mismo tiempo.

—¿Qué demonios es esto? dijo Diego para sí. ¿Por qué habrá hecho esos estremos mi amo, ó por qué le hará el duo Gavilan, con solo haber yo dicho *Catalina*?

—¿Con qué vos la habeis visto tambien? esclamó el alferez, despues de un breve rato de silencio.

—¿Tan pronto olvidais, dijo Diego, que cuando estabais en la tumba anoche, me hallaba yo á vuestro lado?

—¡Ah! Sí, ya me acuerdo; érais vos.... y hablábamos de ella, ¿no es cierto? Pero no nos oia nadie, ¿es verdad? ¡Ah! decidme que nadie nos oia.

—Así por lo menos lo creo, porque cuando yo estaba aquí, el alcalde habia huido espantado y toda la familia con él. ¿Mas qué importa que nada oyese anoche si lo habia de oir esta mañana?

—¿Esta mañana?

—Sí por cierto. El alcalde al menos ha dicho que cuando yo salí de la iglesia á fin de contener á Gavilan y vos os quedásteis en la sacristía, comenzás-

teis á hablar mil despropósitos delante del cura y de él, diciendo: Catalina! Catalina!

El perro volvió á ahullar de nuevo.

—¿Y estaba el vicario delante? esclamó el oficial consternado. ¡Oh Dios mio, Dios mio, qué imprudencia! Pero yo nada he dicho, ¿no es cierto? Yo no he hecho sino pronunciar ese nombre; pero no he dicho nada de veneno, ni....

—¡De veneno! ¿qué es lo que decís?

—¿Pues no habeis dicho que lo sabeis todo? ¿No decís qué habeis visto á la condesa?

—¡A la condesa! murmuró Diego, cada vez mas maravillado.

—¡Ah! Ya decia yo que era imposible, esclamó el oficial alzando las manos. ¿A qué habia de salir de la tumba si es que con efecto está en ella, para venir á atormentarme? ¿Qué culpa tengo yo en todo eso? Yo no lo hice por mi voluntad; yo fuí un instrumento, un autómata, un sér tan irresponsable cual lo hubiese sido una teja que el viento hubiera movido, y la hubiera hecho caer sobre su cabeza al tener aquella infeliz la desgracia de pasar por debajo.

Al espresarse el oficial así, retorcíase las manos con dolor, y hacia tales muecas y estremos, que Diego temió al observarle volviese á perder la cabeza. Su pulso latia con violencia, y los ojos parecian querer salírsele de las órbitas. El escudero le dió à beber agua, y le roció la cara tambien. Con esto serenóse algun tanto.

—¿Estais ya mejor? preguntó el escudero, despues de unos instantes de silencio.

—Me ha probado muy bien el agua, contestó el oficial dando un suspiro. No hagais caso de lo que me ois decir. Me dura todavía lo de anoche.

—En cuanto á eso, perdonad, amo mio. Lo que es esta mañana, os duraba; pero ahora estoy seguro que no. Vos teneis ahí dentro alguna cosa que nada tiene que ver con el vino.

—Restos del brebaje sin duda.

—No diré que no, si os lo han dado; ¿pero qué brebaje peor que una pena sepultada en el pecho? Vos teneis un secreto terrible, y creedme, no estareis bueno hasta que me lo comuniqueis.

—¡Diego Perez!

—¡Ah! Perdonad. Conozco que soy indiscreto. ¿Qué derecho me asiste á saber lo que pasa en vuestro interior? Nada, nada..... no quiero saber nada.

—¡Diego Perez!

—Ademas.... ¿qué servicios os he prestado en el corto tiempo que me habeis tenido á vuestras órdenes? ¿Salvaros la vida dos veces? Valiente cosa para que un criado aspire á merecer la confianza de su señor!

—¿Estamos solos? dijo el oficial.

—Si no es que oigan las paredes, como dicen....

—Todo pudiera ser, amigo Diego.

—En tal caso, poco hubiérais ganado con vuestra esquisita reserva, porque á tener oidos las paredes, estarian hace rato enteradas, ya que no de los por-

menores, al menos de la esencia del secreto, porque si no me engaño, amo mio, eso que me habeis dicho de veneno trasciende á asesinato de cien leguas.

—¡Diego! No alceis tanto la voz.

—¡Oh! Pues vos no hablabais á sordos. Afortunadamente este cuarto es lo mas retirado de la casa, como tambien lo mas elevado, y si no mienten aquellas ventanas que veo cerradas en frente á la otra parte de ese huertecillo, la familia del señor alcalde está durmiendo ó se ha marchado fuera.

—Sin embargo, no seria malo que salieseis á ver...

—No temais. He tomado ya mis medidas para que nadie pueda sorprendernos.

—¿Cómo?

—Antes de echarme á descansar, he colgado en la otra puerta de afuera, acá por la parte interior, tres desmesurados cencerros que el alcalde tenia aquí, y esa puerta no puede abrirse sin que se alborote la casa.

—¿Y por qué habeis tomado esa precaucion?

—Porque al oiros decir mil disparates cuando el médico vino á visitaros, presumí que despues de descansar tendríais que decirme alguna cosa, y ya veis que no me he equivocado. Así, estad tranquilo, amo mio. Los cencerros están en su puesto, como podeis verlos vos mismo por el ojo de la cerradura de la puerta de este aposento, y no dudeis que nos avisarán cuando alguno se acerque á la otra.

—Sin embargo, no seria malo que salieseis vos al pasillo, y viéseis que en efecto no hay nadie.

—Lo haré no mas que para quitaros hasta el último asomo de duda. Abro, pues, la puerta y.... ¿veis? ¡Nada! Con que si no es que temais que pueda vuestra voz ser oida al través de esas paredes maestras, lo que es de esa pobre ventana maldito si debeis recelar, estando por un lado tan alta, y cayendo por otro á ese huerto donde ni aun escarola se vé con ser fruta de la estacion. Tal es el abandono en que está.

—Sentaos, Diego Perez, sentaos, y juradme no revelar á nadie el secreto que os voy á confiar.

—Un soldado no jura, amo mio. Su palabra es lo mas solemne hasta para hacer testamento, bastando que escriba en la arena: *esta es mi última voluntad,* para que no se la lleve el aire, como sucede generalmente con lo que dicen los demas hombres.

El alferez estrechó entre las suyas las manos del escudero, y le dijo de esta manera:

Hace diez y seis años era yo un hombre mas feliz que ahora. Mi padre, natural de este pueblo, habia heredado del suyo lo bastante para pasar la vida con toda comodidad, aun sin contar con lo que mi madre, natural de este pueblo tambien, le habia traido en dote al enlazarse con él veinte y ocho años habia. Su profesion era labrador, y tenia hasta siete criados, de lo cual podeis inferir que no necesitaba otra cosa sino mandar y ser obedecido, para considerarse feliz; pero él tenia cierta vanidad en honrar, como decia, su oficio, y no solo no abandonó el arado para darse á una vida regalona, sino que á mas de trabajar él,

quiso que yo mereciese el título *de el mejor labriego del pueblo*, y asi me destinó á ser labrador, despues de haber, aunque con trabajo, consentido en que aprendiese á leer y escribir. Yo, si he de decir la verdad, me inclinaba desde niño á las armas; pero vistos los deseos de mi padre, y amándome él y mi madre con delirio, como hijo único que era, escusado es decir que no pensé sino en dar gusto á los dos, dedicándome á la labranza desde la edàd de nueve años, y mereciendo á los diez y siete la honra de que mi padre me nombrase *su segundo* como él decia, haciendo recaer sobre mí la direccion inmediata de los trabajadores, aunque sin dejar él por eso la suprema inspeccion sobre sus haciendas, ni abdicar el derecho de darnos ejemplo á todos, siendo el primero que se levantaba y el último que se iba á acostar, despues de trabajar todo el dia.

—¡Escelente padre! esclamó el escudero.

—Sí pardiez, continuó el oficial; y no menos buena mi madre, la cual cifraba todo su orgullo en ser muger de su casa. Yo les decia tanto al uno como al otro que por qué se afanaban tanto, pudiendo mi padre pasar una vida holgada, toda vez que me tenia á mí para sustituirle en sus faenas, y pudiendo mi madre imitarle en cuanto á vivir descansada, teniendo para reemplazarla en las suyas una muchacha de tanta disposicion como entonces lo era Catalina.

Gavilan al oir este nombre volvió á ahullar como de costumbre.

El escudero no pudo menos de esclamar: ¿Catalina? ¿La aparecida de anoche?

—Ya vereis, Diego Perez, ya vereis qué cosas suceden en el mundo, dijo el oficial prosiguiendo. Esa Catalina que digo era en aquella época una jóven como de unos veinte años de edad, y de tanta hermosura y gracia, que hasta ahora no he visto muger que me haya sorprendido como ella. Dos meses antes de lo que estoy diciendo, se habia dado en las inmediaciones de este pueblo una sangrienta batalla entre cristianos y moros, en la cual habian estos quedado vencidos. Mi padre estaba trabajando aquel dia en una de sus haciendas, y al ver la gresca, abandonó el arado á fin de tomar parte en ella. Yo estaba entonces en la mas distante de nuestras posesiones y no tuve noticia de la accion hasta cerca de anochecer, cuando me retiraba ya à casa. Al llegar á la poblacion, encontré á mi madre muy afligida por no tener noticias de mi padre, y ya estábamos casi seguros de que le habria sucedido alguna desgracia, cuando á eso de la media noche le oimos llamar á la puerta del corral, y salimos todos á abrirle. Al parecer no le gustó mucho que estuviésemos todos despiertos á una hora tan avanzada, porque despues de decirnos que venia sin novedad, mandó que se retirasen los criados, y á mí que los hiciese acostar, y que me acostase tambien y él quedó en el corral con mi madre. Esto me chocó estraordinariamente, y por la primera vez de mi vida caí en la tentacion de desobedecer al autor de mis dias,


V. CASTELLO
Lav.

haciendo como que me acostaba á imitacion de los demas, y quedándome á atisvar el fin de aquella aventura, porque para mí lo era y grande la órden dada á mi madre de permanecer en el corral. La noche era oscurísima, y tanto que apenas se divisaban las tapias que cercaban á este; pero la curiosidad debe dar vista, porque á pesar de todo, la tuve yo para distinguir desde el ventanillo de mi alcoba lo que en dicho sitio pasaba. Mi madre estaba sola en el corral, seña indubitable de que mi padre habia salido, y aun de que debia volver pronto, porque á no ser así, no estuviera de planton ella en los términos en que lo estaba, dando con su actitud visibles muestras de la impaciencia que la poseia. Así estuvo mas de un cuarto de hora, trascurrido el cual, se oyeron á la parte de afuera los pasos de una cabalgadura. Mi madre abrió la puerta del coral con el menor ruido posible, y salió á recibir al que llegaba. Era mi padre que venia á caballo en uno de sus mejores mulos, llevando delante de sí una dama desmayada, con la cual se apeó en el corral, ayudándole mi madre á sostenerla, despues de haber cerrado la puerta con la misma precaucion de no hacer ruido con que acababa de abrirla.

—¡Pobre señora! dijo mi madre. ¿Estás seguro de que vive aun?

—Subámosla arriba, contestó mi padre. La herida no es de gravedad; pero ha derramado mucha sangre, y esto hubiera bastado á matarla á no haber yo acudido á tiempo.

—¿Y estaba en el campo de batalla?

—Agarrala tú por los pies, mientras yo la sostengo por la cintura. ¿Se han acostado todos?

—Todos.

—Pues arriba.

Tales fueron las palabras que oí, siéndome por lo demas imposible descubrir las facciones de la dama, pues no se veia sino solo el bulto. Lo que despues pasó no lo sé, porque mis padres condujeron la señora á uno de los desvanes de arriba, segun pude inferir por los pasos que sonaban sobre mi cabeza. Luego bajó mi padre á mi cuarto, y creyéndeme dormido, me llamó. Yo hice como que me dispertaba, y preguntéle qué se le ofrecia. Contestóme que me vistiese, y fuese inmediatamente á llamar al médico.

—¿Pues qué ocurre? le dije.

—No es nada, contestó. Tu madre que se ha puesto algo mala.

—¿Mi madre? Ah! voy á verla.

—No, no. Lo que tiene no es cosa de cuidado, y ya verás como se pone buena en el momento que le receten algo.

—¡Ah! siendo así....

—Vé pronto.

Hícelo así, y al cabo de un cuarto de hora, volví acompañado del médico. Mi padre subió arriba con él, sin permitir que hiciese yo lo mismo, y á poco rato volvió á bajar, dándome órden de llamar al cura.

—¿Con que no está mala, esclamé, y es preciso que venga el vicario?

—Ya sabes, contestóme mi padre, que es tu madre muy aprensiva, y que al mas pequeño accidente, cree que se vá á morir sin remedio.

—Pero si mi madre no ha tenido accidentes nunca.

—Anda, y no me repliques.

Callé, y fuí á llamar al cura, aparentando ser inquietud por mi madre, que yo sabia que no estaba enferma, lo que era efecto de curiosidad por saber en que venia á para tan estraordinario incidente. El vicario fué menos pronto en levantarse que el médico lo habia sido, y así, cuando volví á casa con él, habian trascurrido muy cerca de tres cuartos de hora.

—¿Qué ocurre? dijo el cura al entrar, encarándose con mi padre que habia bajado á abrirnos. Vuestro hijo me acaba de decir que estaba su madre muriéndose.

—Pues afortunadamente, contestó mi padre, ya no necesita de vos. Vedla ahí tan fresca y tan guapa, gracias á los cuidados del médico. Ha sido un accidente repentino, que se ha desvanecido al momento. ¿No es verdad?

—Con efecto, dijo mi madre. El médico os dirá....

—Y bien, ¿qué ha sido? preguntó el vicario á este.

—Gana de incomodarnos á los dos, contestó el médico. Un histérico que se le ha quitado con solo tomarle yo el pulso.

—¿Y para eso me han hecho levantar de la cama? dijo el cura refunfuñando. ¡Me gusta la ocurrencia!

Y se fué sin despedirse de nadie. El médico volvió á subir arriba acompañado de mi madre, y mi padre me dijo entonces:

—Ya vés que no era cosa de cuidado.

—Efectivamente, le contesté; pero yo no estoy tranquilo todavía, porque si no me equivoco, apenas ha subido mi madre, he oido allá arriba un quejido.

—Aprensiones tuyas. Ya has visto que está restablecida del todo. Así pues, lo que debes hacer, ya que has comenzado á perder la noche, es acabar de perderla por entero, yéndote al campo con los trabajadores. Está atrasada la labor, y ademas, Dios sabe de que modo habrán quedado nuestras haciendas con esta maldecida batalla. Con que al avío, y que se recupere el tiempo que yo perdí ayer.

La intencion de mi padre era alejarme, y tuve que obedecer, dirigiéndome al campo con los criados tres horas antes de rayar el alba. Trascurridas diez y seis de trabajo, me restituí á casa, hallando en ella á mi padre que no habia salido, pretestando el cansancio del dia anterior y la mala noche pasada. Mi madre se presentó poco despues, y nos hizo servir la cena, trás lo cual nos retiramos á dormir, sin haber yo podido indagar quien era la desconocida que al parecer seguia en el desvan. Y digo que seguia al parecer, porque el techo resonaba con pasos lo mismo que la noche anterior, y aun creí oir algunos quejidos mientras yo batallaba con el sueño y la curiosidad. Al fin pudo mas aquel que esta, y me dormí sin

averiguar nada. Al dia siguiente lo mismo, y al siguiente y al otro lo propio. Mi padre estuvo en casa constantemente, y yo constantemente en el campo, con la sola escepcion de las horas destinadas al sueño. La falta de mi padre á sus faenas comenzaba ya á llamar la atencion del pueblo, por ser cosa contra su costumbre; y aunque él decia que se hallaba enfermo, como no se le notaba en la cara dolencia de ninguna especie, todos lo atribuian al deseo de pasar regalada y dulcemente lo que le restaba de vida. Estos cálculos fallaron no obstante, porque al quinto dia de ócio, se levantó mi padre á la hora que los demas, y vino con nosotros al campo, diciéndonos que estaba ya bueno. Al volver á casa con él, hallamos por la noche en la cocina, además de la criada que antes teníamos, otra que segun nos dijo mi madre acababa de enviarle de Aragon un pariente nuestro lejano, y esa nueva criada era la jóven, la muger de que hablaba hace poco, la bella y sin par Catalina.

Todos creyeron lo que mi madre dijo, y mas oyendo á mi padre añadir que en efecto esperaba á aquella muchacha. Solo yo me sonreí interiormente al ver la nueva sirvienta, conociendo por la palidez que se veia en el rostro y por otras señales inequívocas, que la pretendida criada era ni mas ni menos la señora que mi padre habia traido desmayada, y con tanto cuidado y sigilo habia sido cuidada en el desvan. Sin embargo no me dí por entendido. Mis padres me ocultaban un secreto, y era mi deber res-

petarlo. Esto no quitó que de vez en cuando soltase yo algunas indirectas para ver si por las contestaciones conseguia averiguar algo; pero no conseguí ningun fruto. Catalina siguió como criada, ó mas bien como doncella de mi madre, á la cual ayudaba en el gobierno interior de la casa, quedando reservadas para la antigua sirvienta las faenas mas rudas. Con esto me fuí dando yo mismo á considerarla como tal criada, á pesar de su aire señoril que ella trataba de disimular, y últimamente hasta llegué á creer que era posible me equivocase en el concepto que habia formado. La dama que mi padre habia traido podia muy bien no ser ella, ¿y quién podia asegurarme que lo fuese, no habiendo visto yo mas que un bulto, y eso en una noche oscurísima?

Así trascurrieron dos meses, durante los cuales no observé en Catalina cosa alguna que confirmase mis primitivas sospechas de que fuese ella y no otra la dama por mi padre traida. Túvela, pues, al fin por sirvienta, aunque de superior categoría al vulgo de las demas, y en tales términos me persuadí de ello, que creí dispensarle un favor en mirarla con ojos no de amo, sino de adorador de su hermosura, disponiéndome á declararle mi amor, y á ser desde luego su esposo, si mis padres lo consentian. Así, cuando yo dije á estos que porque no abandonaban, el uno á mi sus faenas agrícolas, y la otra á ella sus cuidados domésticos, mi indicacion tuvo un doble fin, procurar á mis padres el descanso á que tan acreedores eran

ya por su edad bastante avanzada, y ver de preparar el terreno para que me concediesen por muger aquella celestial criatura. Hecho esto, procuré insinuarme en el corazon de la jóven, haciendo suceder al lenguaje de mis ojos llenos de pasion y de fuego, palabras que sirviesen de intérpretes al delirio que por ella sentia. Catalina afectó no entenderme, como constantemente lo habia hecho mientras me habia limitado á hablarla con mis solas y elocuentes miradas; visto lo cual, traté de ser mas esplícito, diciéndole sin rebozo, que si mis padres no ponian inconveniente en ello, aspiraba á la dicha de ser suyo. Una mirada llena de dolor fué la única respuesta que debí á declaracion tan formal. Sorprendido al verla marcharse sin otra contestacion, corrí á precipitarme á sus pies, asiéndole tiernamente las manos y bañándoselas con mis lágrimas, cuando mi padre que nos observaba, presentóse repentinamente, y mirándome con severidad, agarróme bruscamente del brazo, y del sitio de la casa en que estábamos sacóme fuera de la poblacion, sin hablarme una sola palabra hasta que llegamos á una de nuestras mas inmediatas haciendas.

—¿Con qué amas á esa jóven? me preguntó con la misma severidad, despues de haberse asegurado de que nadie podia oirnos.

—Sí, padre, le contesté: la amo, la adoro, estoy loco, perdido por ella.

—Pues renuncia desde luego á ese amor que tú

mismo llamas locura, porque no es para ti Catalina.

—¿No lo es? ¿Y por qué, padre mio?

—¡Tú, mi único hijo, mi heredero, casarte con una criada!

—¡Ah! decid mas bien, padre mio, que un jóven que aunque honrado, es labriego, y nada mas que labriego, no puede aspirar á una dama.

Estas palabras que me sugirió el recuerdo de la escena del corral, y que solté como á la ventura, hicieron en mi padre un efecto tan estraordinario, que bien pronto me arrepentí de haber sido tan imprudente.

—¡Una dama! ¿Qué quieres decir?

—Nada, padre, no quiero decir nada.

—¡No, no! tú has de esplicarme esas palabras: lo quiero, lo exijo, lo mando.

—Padre, renunciaré desde ahora á un amor que tanto os disgusta: pero no me pidais esplicaciones, porque no os las puedo dar. He hablado sin saber lo que me decia.

—¿Quieres que te maldiga si no hablas?

A esto me fué imposible resistir, y le conté todo lo que habia visto la noche de la escena del corral. Mi padre, despues de mi relato, me preguntó si sabia mas, y convencido por mi contestacion de que estaba completamente ignorante de lo principal del misterio, se manifestó mas tranquilo, y me dijo con solemnidad.

—¿Has hablado con alguien sobre esto?

—Con nadie.

—Pues la misma discrecion que has sabido tener hasta ahora, la tendrás en lo sucesivo.

—Mi pecho será sepulcro dos veces; una de eso poco que sé, y otra del amor que tanto os ha disgustado.

—Entonces, quédate hasta mañana y guarda esta posesion. Dicen que andan ladrones por ahí, y los criados te acompañarán en la vela que has de hacer esta noche.

Dicho esto, me volvió la espalda y se fué. A la media hora empezó á anochecer, y vi llegar los trabajadores. Encerrámonos en la casita, y echámonos todos á dormir, relevándonos convenientemente á fin de espiar á los ladrones que no existian probablemente sino en la imaginacion de mi padre. Y así debió de ser, porque nadie turbó nuestro sueño, y al decir *nuestro sueño* he dicho mal, puesto que debia decir el sueño de los trabajadores, siendo harto de inferir que lo que es yo, no estaria para cerrar los ojos con lo que me habia pasado. El dia siguiente era domingo, y no siendo dia de trabajo, retirámonos á la poblacion. Yo entré en mi casa mustio y cabizbajo. Mi madre al recibirme me abrazò, y noté que habia llorado; pero nada le pregunté. Mi padre estaba fuera de casa, pero al poco rato volvió lleno de polvo, como si acabara de hacer algun viaje. No me equivoqué en mi conjetura. Mi padre durante la noche habia salido del pueblo: á dónde,

no lo sé; pero su objeto fué llevar á otra parte á Catalina, porque no volví á verla en casa. Su ausencia me costó estar enfermo, y todo el amor de mi madre no bastó á llenar el vacío que sentia mi corazon. Desde entonces tomé tédio al trabajo, y desgraciadamente fué á tiempo, puesto que las haciendas de mi padre no necesitaron de mí. La mayor parte de ellas estaban cercanas al rio, y una noche en que todos los vecinos del pueblo se encomendaban á Dios, aterrados con los ruidos espantosos que se oian en la casa de Pero-Hernandez y con los de una horrorosa tempestad que descargó sobre la poblacion, crecieron las aguas de aquel y se derramaron furiosas por las posesiones vecinas, quedando sumidos sus dueños en la mas espantosa indigencia, y contándose mi padre en el número si no de los mas desgraciados, á lo menos de los que tuvieron que despedir á sus trabajadores por no tener en que ocuparlos ya. En cambio se hizo rico mi tio el alcalde, por haberse añadido á sus campos una gran porcion de terreno que el rio tuvo á bien desamparar mudando desde entonces de cauce. La situacion en que nos hallábamos exigia una resolucion, y yo, prévia la vénia de mis padres, me alisté en la hueste del rey, siguiendo mi primera vocacion. En breve llegué á distinguirme entre los mas bravos, y esto no por valor, por desesperacion, pues perdida para mí Catalina, nada me halagaba en el mundo sino la idea de dejar en breve una vida que me era insoportable.

Aquí llegaba el señor alferez , cuando sonaron en la puerta del pasillo los cencerros que con tanta prevision habia puesto en ella el escudero. Era el alcalde, que de vuelta dela casa del cura, y lleno de sentimiento por no haber hallado en ella á Aldonza entraba á informarse de la salud de su sobrino. Esta visita interrumpió el relato del oficial, probablemente en lo mejor del cuento. El aspecto del alcalde era sombrío; pero se esforzó en aparentar una calma que no tenia. Diego que deseaba estar solo con su amo para acabar de oir su relacion, le hizo observar lo mucho que convenia dejase descansar al enfermo siquiera por una hora mas. El alcalde entendió la indirecta , y tanto por las palabras del escudero, como por la precaucion cencerril, conoció que así el uno como el otro tenian alguna cosa que hablar. No quiso, pues, pecar de indiscreto, y así se preparó á retirarse levantándose de la silla en que se habia sentado junto á la cama. Al hacerlo, pisó sin querer al perro , que como hemos dicho estaba sondormido á los pies de esta , y el pisoton le hizo dispertar dando un alarido terrible.

—¡Ay! esclamó el alcalde maquinalmente : ¿estaba aquí Zacatin?

—¡Zacatin! esclamó el escudero; ¿y de qué sabeis vos , señor alcalde , que Gavilan se llama Zacatin?

—El alcalde se quedó turbado. El vicario le habia encargado no dijese á nadie una palabra de lo que acababa de pasar entre los dos , y aquella esclamacion

maquinal era acaso una imprudencia que podia costarle cara.

—¿No respondeis? le dijo el escudero.

—Verdaderamente, contestó el alcalde tartamudeando, no recuerdo á quien he oido ese nombre; pero creo que fuísteis vos el que anoche lo pronunciásteis.

—¿Yo?

—O seria tal vez mi sobrino.

—¿Yo? dijo el oficial por su parte. Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Pues entonces, repuso el alcalde, seria algun fantasma el que anoche lo pronunció, porque yo se lo he oido á alguno.

—Hablaremos despues, señor alcalde, dijo con intencion el escudero. Tengo necesidad de saber que especie de fantasma os lo ha dicho.

El alcalde se retiró sin acertar á hablar una sola palabra mas.

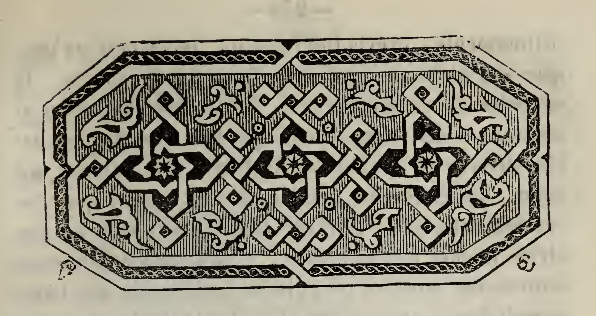
—¡Y bien! esclamó el oficial , solo otra vez con e escudero: ¿qué diablos importa que el perro se llame Gavilan ó Zacatin, que asi os veo alterado por una cuestion de nombre, y así he visto hecho una momia á mi tio desde el momento que lo pronunció?

—Seguid vuestro relato, amo mio, contestó el escudero con flema: esto es cosa que no importa un comino , y lo que vos me estabais diciendo creo que merece la pena de que acabeis vuestra relacion.

Oid, pues, replicó el alferez; oid, y no olvideis lo que os he dicho.

—Será mi pecho tumba como el vuestro, contestó el escudero: proseguid.

El oficial se incorporó en la cama, y prosiguió en los términos siguientes:



CAPITULO X.

En que el señor alferez prosigue su interesante relato.

Os he dicho que mi desesperacion me valió la calificacion de valiente en las escaramuzas con los moros, y ahora debo añadir que la circunstancia de saber leer y escribir me sirvió de mucho tambien para que la atencion general se fijase sobre mi persona. Así, en vez de la muerte que buscaba, no hallé sino distinciones, confiándome el rey en breve el mando de cincuenta lanzas, y luego el de ciento cincuenta, y

últimamente, prévia informacion, no de nobleza porque soy plebeyo, pero sí de limpieza de sangre, la custodia del estandarte real. Tantas honras unidas al transcurso del tiempo (hacia ya diez años que me habia alistado en la hueste) acabaron por mitigar mi dolor, haciéndoseme amable la vida que antes me era tan detestable. Durante todo este tiempo no me olvidé de mis pobres padres, á los cuales envié constantemente aquellos pecuniarios auxilios de que tanto necesitaban, aunque con el sentimiento de no poder hacerles una visita, por impedírmelo las atenciones del servicio que habia abrazado. En cuanto á Catalina, la olvidé, y ¿cómo habia de suceder otra cosa? Desde el momento en que me ví honrado por la benevolencia del rey, escribí á mi padre diciéndole que siendo mi estado ya otro, no habia tanta desigualdad entre mi condicion y la de mi hermosa, y así le rogué me dijese qué habia sido de ella, y si me era vedado todavía aspirar á su mano. Contestóme que Catalina era muerta para mí y para todo el mundo, y que no soñase imposibles; ni le preguntase ya mas por una muger que no habia de ser mia. Con esto me fuí convenciendo de que cuando así me hablaba el autor de mis dias debia con efecto renunciar á todas mis pretensiones, porque á no ser de todo punto insuperable el obstáculo que se interponia entre ambos, no hubiera sido tan cruel conmigo un padre que tanto me amaba. Desistí, pues, definitivamente de toda indagacion ulterior, y á la vuelta de dos años

mas, era para mí Catalina solamente una especie de sueño, acabando este á la postre por desvanecerse del todo.

—Y esa Catalina ¿quién era? preguntó el escudero impaciente.

—A eso voy, Diego Perez, á eso voy, contestó el oficial; entre los hombres que me distinguian contaba yo al conde de Irache, uno de los mejores caudillos que brillan en la hueste del rey. Era el conde mi gefe inmediato, y se hallaba por lo tanto en el caso de estar informado de mí, habiéndole yo acompañado casi constantemente en todas sus escursiones contra los moros, no habiéndose trabado con ellos ningun combate importante en que yo no hubiese intervenido.

—Conozco al conde, dijo el escudero, y es un gran capitan, como vos decis; pero es al mismo tiempo un bribon que abusa de la confianza del rey, y solo piensa en enriquecerse á costa del sudor de los pueblos.

—Yo en aquel tiempo no le conocia como le he conocido despues, prosiguió el alferez, porque todas mis relaciones con él eran puramente de guerra, manteniéndome siempre á la distancia que respecto de un superior debe observar todo súbdito. Verdad es que le era deudor de las mercedes que me dispensó el rey, habiéndome servido de mucho sus buenas recomendaciones, sin las cuales no hubiera yo probablemente salido de mi esfera de soldado, cuales-

quiera que fueran las dotes que para ascender me asistiesen. Yo, pues, le estaba agradecidísimo, y esa gratitud me impedia conocer quien era aquel hombre. Entablada la tregua que sabeis con los moros de Andalucía, disolvióse la hueste real, quedando en pié las de los concejos para guardar las fronteras. Con esto fué el conde á Toledo, y yo que durante diez años le habia acompañado en las lides, fuí á su lado tambien á la corte á disfrutar el ocio de la paz. Entonces empecé á conocerle. La confianza que le dispensaba el rey era ilimitada, absoluta, y cualquiera hubiera dicho que le tenia hechizado. Sus innumerables hazañas, porque lo que es sus prendas militares vos mismo convenís en que no se le pueden negar, hacian que S. A. no viese los demas vicios que le deslucian, pasando así desapercibidas todas sus iniquidades, las cuales son mayores sin duda de lo que vos acaso os figurais. Él era, como lo es ahora, el que hacia y deshacia en el reino, llegando á tanto la ceguedad de S. A., que firmaba en blanco los pliegos que el conde tomaba á su cargo estender como le parecia. Asi, el verdadero monarca era y es el conde, no el rey. Yo deseaba aprovechar la paz para hacer una visita á mis padres, y con este motivo fuí á verle para que me alcanzara del rey la vénia correspondiente. El conde, con quien hasta entonces no habia yo tenido, como he dicho, mas relaciones que las puramente bélicas, no estaba informado de mí sino solo como militar, y asi al mandar estender la licencia, preguntóme

como era consiguiente cuál era el pueblo á que me dirigia. Yo le dije que á este en que estamos, y oir el nombre de la poblacion y perder el color el conde, vino á ser todo una misma cosa. Yo me sorprendí al ver aquello, y mas oyéndole á continuacion ordenar á su secretario que se retirase al momento.

A solas el conde conmigo, noté que se esforzaba en serenarse, dirigiéndome la palabra despues de un breve rato de silencio.

—¿Con qué habeis nacido, me dijo, en el pueblo donde está esa casa maldita que llaman de *Pero-Hernandez*?

—Sí, señor conde, le contesté: ¿cómo teneis noticias de esa casa?

—El rey tiene noticia de todo, me replicó, y nada tiene de particular que yo la tenga tambien. Hace catorce años se dió en las inmediaciones de ese pueblo uno de los combates mas terribles que se cuentan en nuestra época. ¿Estabais vos entonces allí?

—Yo era entonces labrador, señor conde, y recuerdo que hubo muchos cadáveres así de moros como de cristianos.

—Sí, muchos cadáveres, muchos! pero se perdió la jornada.

—¿Se perdió? Yo creia que aunque sangrienta, habian las huestes del rey alcanzado completa victoria.

—Yo me entiendo, capitan, yo me entiendo. Pero volviendo á esa maldita casa, ¿qué es lo que pensais de ella?

—¿Yo? Que es maldita como vos decís.

—Sí, mas vos, capitan, sois un bravo.

—¡Y bien!

—¡Y bien! un hombre como vos no debe tener inconveniente en penetrar dentro de su recinto.

—¿Quién? ¿yo entrar en la casa de *Pero-Hernandez*?

—S. A. desea saber qué especie de gente la habita.

—¿Pues no lo sabe ya? El diablo.

—¿El diablo? No digo que no pueda ser; pero al rey le han dicho otras cosas, y es que son monederos falsos esos pretendidos fantasmas que tienen aterrada la gente de esa desventurada poblacion.

—¿Monederos falsos?

—Sí á fé. Ya veis que interesa muchísimo averiguar si es cierta la noticia.

—Pues lo que es por mi parte, señor conde, os confieso que no tengo valor para indagar si es cierta ó no lo es.

—Otros han penetrado en la casa.

—Sí pardiez, pero se han quedado dentro.

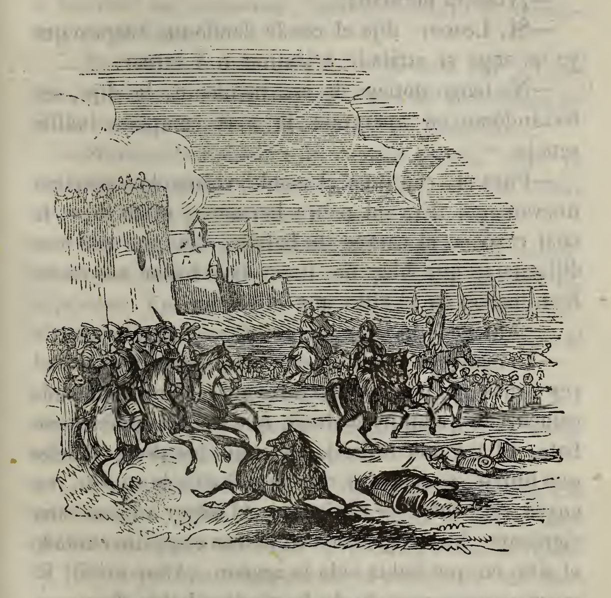
—¿Es decir que os negais....

—Señor conde, ponedme delante un ejército, y me vereis lanzarme sobre él sin titubear un instante; pero no me hableis, os lo ruego, de entrar en ese edificio.

—¿Y si el rey os lo mandase?

—¡Ah señor! El rey no puede mandar sino lo que vos ordeneis.

—Concepto es exagerado y mucho el que de mi poder habeis formado; pero volviendo al dia de la batalla que sedió en esa poblacion, ¿habeis oido por casualidad cualfué el paradero del cadáver de una cristiana que cayó en el campo enemigo?



—¡El cadáver de una cristiana! dije sorprendido, recordando la aventura de la dama traida por mi padre al corral.

—Si; ¿que tiene de particular?

– No deja de ser algo estraño eso de una cristiana entre moros.

—No he dicho yo que fuese con ellos, sino que su cadáver estaba entre los de los mahometanos. Esa pobre muger era mi hermana.

—¿Vuestra hermana?

—Sí, Leonor, dijo el conde dando un suspiro que yo no supe si atribuir á lástima ó á terror.

—No tengo noticia de ese incidente, le dije, esforzándome en aparentar la mas completa indiferencia.

—Pues sí, continuó el conde, volviendo á suspirar nuevamente. Era mi pobre hermana, como digo, la cual cayó en el campo de batalla, sin que por mas diligencias que hice me fuese dado hallar sus restos inanimados en el sitio que la ví caer.

—¡Ah! ¿la visteis vos espirar?

—Yo mandaba entonces mil lanzas en la hueste del rey, mas no tenia el nombre que ahora, habiendo comenzado à adquirirlo desde que se dió aquel combate. El rey me ordenó perseguir los pocos infieles que huian, y con esto me alejé hasta la sierra, en cuyos vericuetos se abrigaron. Al volver á la mañana siguiente, hice registrar con el mas esquisito cuidado el sitio en que habia sido la accion. ¡Afan inútil! El cuerpo ensangrentado de la condesa habia desaparecido.

—¿Habia tambien muerto una condesa?

—¿Pues no os digo que era mi hermana?

—¡Ah! ¿vuestra hermana era condesa tambien?

—Ella era la condesa de Irache, no habiendo yo heredado ese título sino desde que mi hermana murió. Eso os parece estraño, ¿no es verdad?

—En efecto, no deja de ser raro que habiendo en el condado dos hermanos, fuese la hembra la heredera y no el varon.

—Era fundacion de mi abuela, la cual por un capricho singular habia dispuesto que no sucediesen en él los varones sino á falta absoluta de hembras.

—Perdone la memoria de vuestra abuela, dije yo entonces con marcada intencion; pero eso fué obrar al revés de lo que se hace en semejantes casos.

—Sin embargo, me contestó el conde con calma, no es tan general esa regla que no tenga algunas escepciones. En materia de mayorazgos, no es condicio absolutamente precisa la preferencia que se dá al varon.

—Confesad, sin embargo, señor conde, que invertir de ese modo el órden establecido por la naturaleza, no deja de ser chocante.

—Eso mismo he dicho yo algunas veces: pero capricho ó no, ¿qué remedio? Mi abuela lo habia dispuesto así, y era mi deber respetarlo, como lo respeté y lo respeto aun despues de la muerte de mi hermana. Si me caso y Dios me concede una hija, de ella será el condado y no de mis hijos, aunque sean anteriores á ella. Si mi hermana resucitara, volveria á cederle el puesto, y punto concluido.

—¡Oh señor conde! sois un hermano escelente. Sin embargo, vos veis que es imposible semejante resurreccion.

—Tal es mi creencia á lo menos; pero ¿y si viviese todavia esa hermana que tanto he llorado?

—¿Pues no decís que murió?

—Yo he dicho que la ví caer en el campo, mas la desaparicion de su cadáver me dá que pensar y no poco. Por eso os pregunté poco há si teníais por casualidad noticia de ese lamentable suceso.

—¿Y cómo es que estaba vuestra hermana en el sitio en que se dió la accion?

—Eso seria largo de contar, y ademas veo que seria inútil, porque no sabiendo vos nada de lo que os he preguntado... Con que volvamos á lo de la casa. ¿Estais resuelto á penetrar en ella?

—¡Yo, señor! ¿no os he dicho...

—Pues amigo, dijo entonces el conde levantándose: siento tener que deciros que no esta en mi mano impedir que se cumplan las órdenes del rey.

—¿Qué órdenes?

—S. A. me manda que os envie á averiguar los misterios de la casa de *Pero-Hernandez.*

—¿A mí?

—Lo que es á vos precisamente, no; pero sí al militar mas valiente de los que yo tenga noticia. Yo estaba repasando en mi imaginacion la lista de los bravos que conozco, cuando hete aquí que os presentásteis

vos... ¡y vamos! no hay remedio; ireis allá. ¿No es verdad, amigo mio, que ireis?

—¡Ah señor! ¿me llamais amigo vuestro, y quereis enviarme á que me quede dentro de ese palacio espantoso?

—Yo bien quisiera evitároslo; pero...

—Recordad, señor conde, que me habeis prometido hacer cuanto de vuestra mano dependa por quitar á S. A. ese capricho, si es que con efecto lo tiene.

—Es verdad; pero vos entretanto no habeis querido hacer nada por mí. Así, ¿qué quereis que haga yo? Amor con amor se paga: ya sabeis el refran, señor alferez.

—Por mi fé, señor conde, que no os comprendo. ¿Qué me habeis pedido hasta ahora que yo haya podido negaros? ó por mejor decir, ¿qué cosa puede haber en el mundo en que podais necesitar de mí, para que pueda nunca ser fundada una acusacion como esa?

—Yo creia tener en vos un hombre, no diré agradecido, porque al cabo lo que he hecho en vuestro obsequio, debéislo mas que á mí á vuestras prendas; pero sí obligado algun tanto, pues al fin, aunque digno por ellas de mayores honras y mercedes que las que el rey os ha dispensado por mi insignificante conducto, bien mirado, he podido haceros mal, y os he hecho algun bien sin embargo, sin contar que en lo sucesivo puedo seros todavia mas útil.

—Vos me sonrojais, señor conde, y repito que

ignoro la razon de espresaros de esa manera, cuando acaso no teneis en la hueste quien os mire con la gratitud de que mi alma está poseida hácia vuestros inmerecidos favores.

—Pues entonces, señor oficial, ¿cómo no me habeis comprendido?

—Confieso que soy torpe, señor; mas vuelvo á repetir que no os entiendo. ¿Tendreis la bondad de esplicaros un poco mas, y acaso acertaré á reparar el yerro que haya podido cometer?

—Hace un cuarto de hora muy cerca que os hablo de mi hermana Leonor, y no os veo dispuesto á servirme con una declaracion que necesito. Ello sí, habeis comenzado á tranquilizarme, diciéndome no sé qué cosas sobre la imposibilidad absoluta de que pueda resucitar; pero ¿que os costaba acabar lo que tan bien habíais empezado?

Yo estaba escuchando al conde cada vez mas absorto, sin saber á que atribuir aquella estraña manera de esplicarse conmigo. ¿Tenia noticia de haberse albergado en mi casa una muger misteriosa, y queria sondearme tal vez con sus estudiadas palabras? ¿Qué queria decir eso de necesitar de mí una declaracion, y lo de haberle tranquilizado yo, diciéndole que su hermana era muerta?

—Verdaderamente era estraño, dijo el escudero interrumpiendo al alferez, ese modo de esplicotearse; mas no tanto que no pudiérais caer en la cuenta de que el conde queria esplotar vuestra gratitud por un

lado, y por otro el terror mas que pueril con que supo sagaz amedrentaros, hablándoos de esa casa endiablada.

—Entonces, continuó el oficial, no dí yo como vos ahora en lo que eso queria decir, ni engolfado como me hallaba en mil estraños pensamientos con tan inesperadas especies como las que el conde tocaba, me era posible ver en el asunto sino de una manera muy turbia. Lleno, pues, de mil dudas, y temiendo comprometerme y comprometer el secreto de mis padres soltando alguna palabra imprudente por la cual pudiera el conde venir en conocimiento de que yo sabia alguna cosa relativamente á su hermana, apelé de nuevo al recurso de encogerme de hombros, confesándole por tercera vez que mi torpeza no me permitia comprender sus indicaciones.

El conde me miró fijamente como tratando de leer en lo mas intimo de mi alma, y viéndome cada vez mas suspenso,

—Perdonad, señor oficial, me dijo; yo no me he esplicado hasta ahora, y asi nada tiene de estraño que no me hayais comprendido. Sentaos, y decidme ante todo si el poderoso conde de Irache puede llamaros amigo.

—Es demasiada honra, le contesté, la que de ese dictado me resulta, para que no desee merecerlo por todos los medios posibles.

—Pues sentaos, repito, y oid.

El conde tomó asiento en su sillon. Yo hice por

mi parte otro tanto, pero á alguna distancia de él, visto lo cual, me hizo aproximar, y cojiéndome afectuosamente las manos,

—¿Seria posible, me dijo, que en vez de ir vos á ver á vuestros padres, viniesen ellos aquí? Yo necesito de ellos y de vos para un asunto importante.

—¿Qué querrá decir este hombre? dije yo para mis adentros.

—¿No me respondeis? me preguntó el conde.

—Según las noticias que tengo, le contesté, mi padre está bastante achacoso, y dudo que pueda venir, teniendo que hacer para ello un viaje de algunas jornadas.

—Lo siento, dijo entonces el conde; pero si vos me quereis servir, aun pudiera esto arreglarse sin que vuestros padres viniesen. Al referirme á estos, lo hice porque nadie mejor que vos, que como decís, sois mi amigo, podriais recabar de ellos el servicio que me prometo; mas vos vereis si en esa poblacion hay otros dos sugetos en su lugar dignos no solo de vuestra confianza, sino tambien de la munificencia con que pienso recompensarlos si corresponden á lo que yo deseo.

—Bueno, dije yo para mí: mis padres no juegan ya en esto; el conde no sabe nada.

—¿No me contestais? volvió á interpelarme este.

—Estaba repasando, le dije, la lista de mis amigos, y veo que segun sea el servicio que dè su coope-

racion os prometais, no será tal vez necesario enviar á llamar á ninguno de ellos.

—¿Cómo?

—Como que están ahora aquí dos que os pueden acaso servir.

—¿Vecinos de vuestro pueblo, y que estaban en él cuando se dió la batalla?

—Sí señor. Son dos sugetos honrados, marido y muger, los cuales vienen con bastante frecuencia á Toledo, especialmente él, que es arriero, aunque esta circunstancia tal vez...

—¿Y qué importa esa circunstancia? Lo que yo necesito es tres testigos (esto me lo dijo en voz baja, hablándome casi al oido); y ya sabeis que la legislacion no ha soñado hasta ahora en decir que un arriero no lo pueda ser. Ahora bien, el negocio es muy sencillo; mas cuidado, señor alferez, que dispuesto como estoy á ser generoso con los que me sean leales, lo estoy mas todavía á castigar á los que falten á mi confianza.

La conversacion iba tomando un giro bastante sério; pero mi curiosidad por saber pormenores terribles sin duda, pero que decian relacion á mi amada, me hicieron cerrar los ojos á todo.

El conde prosiguió:

—Ya os he dicho que mi hermana pereció desgraciadamente; mas la desaparicion de su cadáver unida á un vago rumor cuya procedencia no sé, ha dado estos dias lugar á ciertas dudas infundadas so-

bre la realidad de su muerte, y necesito desvanecerlo. Ya os lo he dicho, señor alferez, y vos me habeis hecho justicia: si mi hermana resucitára, mi mayor placer seria restituirle el condado: pero una cosa es que mis sentimientos sean en este punto tan leales como vos mismo habeis reconocido, y otra que yo tenga algun oculto enemigo (y digo oculto, porque ostensiblemente ¿quién se atreveria á mostrarse tal?), que envidioso de mi privanza y del favor que me dispensa el rey, pretenda poner en duda el desgraciado fin de Leonor, y los títulos consiguientes con que yo poseo su herencia. Así, pues, lo que necesito es que vos que os hallásteis en el pueblo el dia de la batalla, depongais en union con ese matrimonio, á quien prevendreis y hablareis sin que yo suene en esto para nada, que en efecto os consta la muerte de esa desgraciada muger, como que fué enterrada por vos y por vuestros compañeros en uno de los sitios que ahora ocupa el cauce del rio, el cual, sino estoy engañado, ha mudado hace años de curso. ¿Habeis comprendido ya ahora?

Al oir esta proposicion, quedéme sin saber lo que me pasaba.

—Pregunto si me habeis entendido, me dijo el conde con severidad, viendo que yo no le contestaba.

—Señor, le respondí, es tan estraño lo que me acabais de decir...

—¡Y bien!

—Perdonad, señor conde; pero asegurar yo una cosa que puede tener consecuencias...

—¡Y qué! ¿Creeis que no las tendrá negaros á prestarme ese obsequio?

La terrible mirada con que el conde pronunció estas palabras, me hizo ver que mi situacion era mas crítica de lo que yo creia. Así, no me atreví á exasperarle, y me contenté con decir:

—Señor conde, el negocio es muy grave, y vos equivocais mis reparos con una negativa á serviros.

—No hay reparo ninguno que hacer, ni vos correis en esto riesgo alguno.

—Pero puede correrlo la verdad. Vuestra hermana puede vivir.

—Si viviera, hubiera vuelto á mi lado, y ademas yo os aseguro que ha muerto.

—Pero desapareció su cadáver, y yo no puedo decir: *en tal sitio fué, sepultado*, porque si se tratara, v. gr., de averiguar lo que puede haber acerca del particular...

—No puede haber averiguacion posible, porque el sitio en que habeis de decir que la enterrásteis, lo ocupa ahora el rio.

—Pero aun cuando yo diga lo que me habeis indicado, no estoy seguro de que el arriero y su muger quieran deponer como que yo.

—Entonces depondrán vuestros padres. De ellos bien lo podreis conseguir, aun cuando solo sea por la cuenta que les trae no tenerme enojado con vos.

—¡Ah no, de ninguna manera! Si alguno se ha de comprometer, que no sean mis padres al menos; pero un último reparo, señor conde. ¿Cómo he de poder asegurar yo que la enterrada era hermana vuestra, si no la he conocido jamás?

—Os enseñaré su retrato, y hasta el traje con que iba vestida el dia de su catástrofe. Miradlo; ahí lo teneis.

El conde abrió la puerta de un gabinete, y me enseñó el retrato de Catalina, vestida con el mismo traje blanco que llevaba la dama del corral. No habia ya la menor duda: Catalina era la hermana del conde, y este segun todas las muestras era el autor de Dios sabe que crímenes.

Al ver yo delante de mí aquella melancólica imágen, mirándome con la misma tristeza con que contestó hacia doce años á mi ardiente declaracion, y al verme interpuesto entre ella y su presunto asesino, no pude menos de estremecerme, esponiéndome á que el conde lo notase; pero este, á quien sin duda hacia mal la vista de aquel retrato, se habia vuelto de espaldas, y no pudo advertir mi turbacion.

—¿Hay algun otro reparo que hacer? me preguntó con voz menos entera que antes, despues de unos instantes de silencio.

—Ninguno, señor, le contesté, haciendo un esfuerzo sobre mí mismo, y obedeciendo maquinalmente á una especie de voz secreta que me decia: *declara* y *disimula*. ¿Ante quién hemos de prestar esa declaracion?

—Ante el alcalde mayor de Toledo.

—Entonces, si no hay otro remedio, se hará como vos decís.

Dicho esto, me despedí; y al dia siguiente quedó hecha la declaracion en los términos que el conde queria, habiéndome costado no poco esfuerzo conseguir que la hiciesen conmigo el pobre arriero y su muger, ó sea el tio Ramon y la tia Teresa.

—¡Cómo! dijo el escudero: ¿con qué el tio Ramon y la tia Teresa fueron vuestros co-declarantes? Entonces, ya no es estraño que esta noche les hayan sucedido los percances que tanto les han hecho rabiar. ¡Declarar en falso! ¡Oh! eso es grave, y si con efecto es verdad que esa pobre Catalina ó Leonor ha andado esta noche, como decís, en la danza de los ensabanados, lo único que debo admirar es lo suave de su venganza, especialmente respecto á vos, que sois el mas culpable de los tres. ¿Mas qué diantres tiene Gavilan que no hace sino ahullar y mas ahullar cada vez que se nombra á Catalina?

—Es cosa estraordinaria, dijo el alférez, y no sé que pueda haber de comun entre esa desgraciada y el perro.

—Seguid, amo mio, seguid. Vuestro cuento es mas interesante de lo que yo habia creido.



CAPITULO XI.

En que el oficial continúa la relacion consabida.

—Prestada la declaracion, prosiguió el alferez, entregóme el conde de Irache una muy regular cantidad de dinero, encargándome la diese en recompensa al tio Ramon y á su muger, como lo hice efectivamente. Esto les vino muy bien á los dos, puesto que compraron con ella la hacienda que tienen ahora, dejando el tio Ramon desde entonces su antiguo oficio de arriero. No dejó de llamar la atencion de las gentes del pueblo tan repentina metamorfósis; pero ellos se gobernaron de tal modo, é inventaron tales mentiras respecto á la adquisicion del dinero, que al poco

tiempo se dejó de hablar, y á nadie se le ocurrió desde entonces ocuparse mas de este asunto, al menos ostensiblemente. Tranquilos ambos con esto, no pensaban sino en aumentar los frutos del capital adquirido, mientras yo, que nada habia querido recibir del conde en premio del servicio prestado, estaba cada vez mas suspenso, meditando en la índole del acto en que me via comprometido. Por lo que toca al conde, declaróle el juez investido en la posesion de todos los bienes que habian pertenecido á su hermana, confirmándole el rey el título que hasta entonces tenia como prestado, y creciendo con esto su poder de una manera maravillosa. Sus deferencias conmigo comenzaron entretanto á enfriarse, notando yo que le incomodaba mi presencia cuando iba á verle, ó que al menos no le era tan grata como antes. Yo esperimentaba interiormente la misma repugnante sensacion; pero el deseo de indagar algo mas relativamente á Catalina, y la esperanza de que llegase un dia en que el conde se espontanease conmigo, ó soltase alguna espresion que pudiera aclarar mis sospechas acerca de mi amada, me hicieron superiòr á mí mismo, y continué mis visitas, si bien con no tanta frecuencia. De nada me sirvió este espediente, porque el conde no hablaba nada relativamente al asunto, haciendo girar la conversacion sobre otros indiferentes, y siempre con marcada frialdad. Viendo yo esto, quise un dia probar si le obligaba á romper su obstinado silencio, y le menté la declaracion que me habia hecho pres-

tar. Su contestacion fué mirarme con un gesto de displicencia, y volverme bruscamente la espalda, dejándome con la palabra en los lábios. Entonces conocí que era inútil empeñarme en saber su secreto, y que habia peligro tal vez en reproducirle la especie: con esto decidíme á callar, y notando que mis visitas producian cada vez peor efecto, desistí poco á poco de hacérselas, absteniéndome al fin de verle de una manera definitiva.

Asi estuve largo espacio de tiempo, y asi resolvi proseguir por mi propia seguridad, cuando un dia, trascurridos seis meses de prudente retraimiento, recibí un aviso del conde á la hora del anochecer. Su llamada me hizo temblar, no pudiendo yo figurarme que pudiera ser cosa buena el objeto que la motivaba.

—Estais comprometido, me dijo, no bien me presenté en su gabinete y estuvimos solos los dos. Leonor, cuya muerte habeis declarado...

—¿Qué?

—Leonor... vive.

—¡Vive! ¿Qué decís?

—Y estais comprometido, repito, porque vuestro juramento fué en falso, y ya sabeis como se castigan semejantes declaraciones.

—Pero ya sabeis, señor conde, que vos me obligásteis á...

—¿Yo? Y bien! Cuando eso fuese cierto, os seria no solo difícil, sino muy peligroso probarlo, porque

en primer lugar nadie sabe lo que ha pasado entre nosotros, ni vos podeis convencer á nadie de que yo os he obligado á mentir; y en segundo lugar, ya conoceis que solo referiros á mí en asunto tan delicado, seria autorizarme á pedir que en vez de cortaros el cuello, como el juez dirá que se haga, os quemen vivo con el arriero y con su habladora muger, como sin duda se ejecutará no bien yo despliegue mis lábios.

—¿Pero dónde está Leonor? ¿Cómo habeis sabido que vive? ¿Quién os ha dado esa noticia? Mi vida me es indiferente, señor, con tal... con tal que vos tengais la satisfaccion de abrazar á esa hermana querida.

—Ah! ¿Con qué os alegrais por lo visto de que yo recobre á mi hermana? Veo que sois tan torpe como siempre, y que será preciso hablar claro.

—¡Dios mio! dije yo para mí: ¿qué me va á decir este hombre?

—La virtud y el delito, prosiguiò el conde con voz sombria, distan tanto entre si como el cielo de la mansion de los condenados, y sin embargo tienen de comun la cualidad de unir á los hombres con vínculos indisolubles. Vos estais unido á mi causa sin poder separaros de ella. Vuestra declaracion es un crímen que es parte integrante de otro. Sois mi cómplice, señor oficial. Tomad asiento, y oid.

Yo no sabia lo que me pasaba. El conde se sentó en su sillon, acercando para mí otro, en el cual me

dejé caer maquinalmente. Puestos en contacto los dos, porque el conde segun su costumbre me tomó las manos cuando iba á proseguir su relacion, me creí tan malvado como él. Una diferencia no obstante habia entre sus manos y las mias. Las suyas ardian de fiebre; las mias estaban heladas.

El conde prosiguió:

—Amigo mio...

Esta palabra *amigo* me hizo mal; pero dejé que continuase.

—Amigo mio, entre las ideas que ocurren á los mortales, hay unas cuantas que las inspira Dios: las demas las inspira el demonio. La que tuvo mi abuela al fundar el condado de Irache, no la inspiró la Divinidad. ¿Cómo se figuró esa señora que hubiera siempre entre sus descendientes quien se acomodase con paciencia á las condiciones de sucesion que en mal hora le ocurrió establecer? A la segunda generacion vinimos al mundo dos séres, y esos fuimos mi hermana y yo. ¿Lo determinó el cielo así? No, porque á ser el cielo el autor de la aparicion de Leonor, no me hubiera creado á mí. El que me evocó de la nada fué el mismo sér que inspiró á mi abuela. Yo vine al mundo con una mision terrible, y esa mision... la cumplí ya en parte.

Al decir estas palabras, dejó el conde caer la cabeza sobre uno de los brazos del sillon, tapándose la cara con las manos.

—Segun eso, le dije yo, mirándole con ojos des-

encajados, ¿sois vos el asesino de vuestra hermana?

—Yo no queria atentar á su vida, contestó el conde con abatido acento. Lo único que deseaba era que se retirase á un convento, y que me abandonase el condado.

—Ah, ya! le repliqué. Queriais matarla de otra manera, y ella sin duda se resistió, y por eso...

—Os equivocais. Leonor conocia mi carácter, y sabia los resultados que podria producir su resistencia. Catalina entró en el convento.



—¿Entró? Pues entonces...

—Entró; pero sin renunciar al condado hasta que

tomase el velo definitivamente Esta dilacion me alarmó; pero tuve paciencia año y medio. Trascurrido ese plazo, lo único que conseguí fué que me nombrase administrador de sus bienes, pero sin renunciar sus derechos ni hacer su profesion relijiosa. ¿Cómo la habia de hacer si estaba casada?

—¿Casada?

—Sí, casada en secreto, ó amancebada con algun amante, que será lo mas cierto tal vez. Pero esto lo sabré luego. La abadesa del convento era parienta suya, y protegia á no dudar sus amores. Mis espías vieron una vez á un hombre desconocido entrar en el convento por el jardin en la oscuridad de la noche, y me dieron aviso de ello. Era esto á la sazon que las huestes de S. A. el rey, estaban acampadas á las inmediaciones de Cibdad-Real, frente á frente con la de los moros que amenazaban la poblacion. Por lo que mis espias me dijeron, vine á adivinar lo que habia, y dí órden de prender á aquel hombre; pero este habia sospechado sin duda que se le acechaba, y no volvió á presentarse. Desesperado al ver que no podia dar con él, fuí á verme con la abadesa. Esta trató de disimular, diciendo que el hombre en cuestion era el médico del convento, enviado á llamar por ella para asistir á una de las monjas que se habia puesto enferma repentinamente. Como bien podeis conocer, esta contestacion no me satisfizo, y menos viendo la turbacion de mi hermana, á quien hice llamar para ver lo que respondia. Mis pene—

trantes ojos descubrieron en ella un talle mas abultado del que correspondia á su decoro y á la casa en que se encontraba.



—Estás en cinta! esclamé colérico... y Catalina se desmayó.

—Y vos sois su ncubridora, señora, dije á continuacion á la abadesa: y esta entonces hubo de confesármelo todo... todo, menos el nombre del esposo que mi hermana habia elejido acaso en el mismo convento. Y al decir el esposo, digo mal porque repito que debo decir el amante, el hombre que la habia deshonrado. Esos matrimonios secretos que lo son solamente ante Dios, necesitan la sancion de los hombres para no deshonrar á las mugeres.

—Pero... ¿y si los hombres se oponen á la voluntad del Eterno?

—Entiendo, señor alferez, contestó el conde; mas ya he dicho que mi mision es terrible, porque es la del ángel caido... es luchar frente á frente con Dios. Dejemos, empero, esto á un lado. Casada Catalina ó deshonrada, el daño que me hacia era igual. En el primer caso iba á dar al condado un sucesor legítimo, y en el segundo un sucesor que podia legitimarse. Yo debia impedir ambas cosas, y busqué en el acto los medios de llevar á cabo mi idea. Para ello necesitaba un brebaje que hiciera abortar. y...

—Conde! esclamé al llegar aqui mi interlocutor: estais diciendo cosas horribles.

—Lo mismo, continuó el conde, me hizo observar la abadesa cuando á solas y sin testigos le indiqué mi pensamiento. Eso es horroroso, me dijo; pero yo repliqué que tambien lo era haberse ella constituido en encubridora de los ilícitos amores de mi hermana con mengua de la casa de Dios, y con desdoro de

las demas vírgenes que estaban confiadas á su cargo. A esta observacion no supo responder la abadesa, y últimamente hubo de ceder á lo que yo la proponia, como cedisteis vos á mi demanda relativa á la declaracion.

Al decir esto el conde, me puse pálido como la muerte y no supe que contestarle.

—Convenidos la abadesa y yo, prosiguió él, en lo que habia de hacerse, faltábame lo mas principal, que era el brebaje indicado. Yo habia oido decir que los moros eran los mas á propósito para esta clase de confecciones, y que entre ellos sobresalia un sábio llamado Alhagib, el cual acompañaba á Almanzor, caudillo de las huestes enemigas acampadas aquellos dias como á unas cuatro leguas de la poblacion, donde estaba sito el convento en que estaba Catalina encerrada. Ansioso de dar cima á mi idea, envíe secretamente á llamar al moro, entregándole un salvoconducto y pagándole la venida à peso de oro. Vino, pues, Alhagib á mi campo en una noche oscurísima, y enterado de mi pretension, ofrecióme traerme la bebida á la noche siguiente, asegurándome el éxito apetecido, siempre que la abadesa cumpliese las instrucciones que él le daria delante de mí. Esta espresion *delante de mí* quitóme toda especie de recelo, y convine con el árabe en todo; empero para mas seguridad, añadí por mi parte otra condicion, y fué que él quedaria en rehenes durante las dos ó tres horas que se necesitaban, segun él mismo habia indicado,

para que la bebida produjese su efecto. Alhagib contestó: enhorabuena! y vino á la noche siguiente... mas ay! él se hallaba sin duda de acuerdo con la abadesa, ó tal vez confabulado con Catalina, ó lo que es mas cierto, con ambas, porque no bien nos aproximamos á Cibdad-Real, me ví cercado repentinamente por seis árabes de á caballo que estaban á la cuenta emboscados, y que sin saber cómo, parecieron brotar de la tierra. Acontecimiento tan inesperado á tan corto trecho de la hueste real, de la cual no distaba el convento sino unos tres cuartos de legua, me dejó, cual podeis inferir, petrificado como una estátua. ¡Traidores! fuí á gritar, y no pude, pues antes de ponerme aquellos aleves las manos en la boca, se me anudó la voz en la garganta. ¿Cuál, empero, no fué mi sorpresa, cuando volviendo á un lado los ojos, ví en medio de la oscuridad á mi hermana conducida en un soberbio caballo por un hombre desconocido, y seguida de la abadesa, á quien otro ser misterioso, llevaba en otro caballo? En vano quise echar mano á la espada para precipitarme sobre los raptores. Estos echaron á correr á todo galope, siguiéndoles Alhagib y los demas que me habian sorprendido, desapareciendo todos con la rapidez del relámpago. ¡Traidores! grité entonces, ¡traidores! dándome fuerzas la desesperacion. En esto comenzaron á oirse en la ciudad espantosos gritos producidos por la noticia de haber sido robado el convento, estendiéndose luego la alarma por toda la hueste del

rey. Yo pinté mi sorpresa en los términos que menos pudieran comprometerme, y pidiendo una espada—(la mia me la habian quitado los infieles)—lancéme tras los fugitivos. Vano afan! Los raptores me llevaban ventaja, y me fué imposible alcanzarlos con mis valientes. Al dia siguiente de este suceso, se dió á seis leguas de Cibdad-Real la batalla de que teneis noticia, y bien os podeis figurar que entre todos mis enemigos los que mas buscaria yo, serian la abadesa y mi hermana. De aquella no sé lo que fué. De esta, vos sabeis como yo, que quedó tendida en el campo.

—Asi es como un crimen llama á otro, dije yo interrumpiendo al conde: ¿mas cómo ha sido la resurreccion de esa desventurada muger?

—No sé como tuvo lugar, me contestó el conde; pero el cura de vuestro pueblo acaba de venir á Toledo, y me ha revelado que vive.

—El cura! dije yo estremecido, recordando la noche en que Catalina fué traida por mi padre á casa, y el párroco enviado á llamar, só pretesto de asistir á mi madre.

—El cura, sí, continuó el conde. Los testigos que depusieron con vos acerca de la muerte de mi hermana, se confesaron con él esta cuaresma, y atando cabos por otras confesiones, ha venido ese sacerdote á caer en la cuenta no solamente de que mi hermana vive, sino tambien del sitio en que está.

—¿Y ese hombre, repuse yo, se ha atrevido á revelaros lo que los pecadores le han licho en secreto de confesion?

—El cura necesita de mí, replicó el de Irache, á fin de que medie con el rey para salvar á un pariente suyo condenado á morir por un crímen que no es del caso referir ahora. Yo me he negado á servirle de intercesor, y él entonces me ha precisado á acceder, prometiendo revelarme en que sitio se halla mi hermana,

—¿Y os lo ha dicho?

—Está ya en mi poder.

—¿En vuestro poder?

—Sí.... en el castillo de Irache. Ahora no se me escapará.

—Entonces.... ¿que pensais hacer de ella?

—Hé aquí la razon, señor alférez, de haberos enviado á llamar. Si el mundo llega á saber que mi hermana vive, vos que habeis declarado su muerte, estais perdido sin remision, y lo mismo vuestros dos cómplices. Así.... es necesario que muera.

—¡Que muera! esclamé estremecido.

—¡Os aterra esa idea! dijo el conde. Entonces, preparaos á responder de vuestro falso testimonio, y con vos el tio Ramon y la pobre tia Teresa. Yo en esto me avo las manos, como conoceis que lo puedo hacer.

—¡Cómo! ¿Seriais apaz....

—¡Señor alferez! Para deshacerme de Leonor, ya podeis conocer que si me empeño, tengo brazos y pu-

ñales de sobra. Yo estoy para enlazarme en la actualidad con la hija del duque de Olmedo, y este enlace quedaria desbaratado, viniendo esa muger á arrebatarme el condado que la pertenece y que forma en la actualidad la parte principal de mis estados. ¡Muera!... ¡oh.... sí! ¡es preciso que muera!

—¡Qué horror! dije sin poderme contener; pero reflexionando despues que si me negaba á hacer el papel de verdugo, habria mil que me sustituyesen, como el conde decia, hice un esfuerzo sobre mí mismo, y de la mejor manera que pude, aparenté mostrarme convencido de la necesidad de aquel asesinato, no ya por ser útil al conde, sino por serme útil á mí. Lo único que que le supliqué, fué que me permitiese, en vez de recurrir al puñal, hacer uso de un veneno cualquiera, con tal que terminase la vida con la menos agonía posible por parte de la que habia de morir. El conde contestó e que en buen hora, y partí para el castillo e Irache, quedándose él con el cura que entró al tiempo que yo salia. ¡Noche horrible! Mi único propósito era, como bien conocereis, salvar á la infeliz Catalina, á aquella muger celestial que habia sido el ángel de mis sueños, y á la cual tenia que renunciar de nuevo para siempre, porque estaba enlazada á otro. ¿Cómo, empero, salvar la víctima? ¿Cómo dar á entender al conde que estaba ejecutada su muerte? Él no se sentia con ánimo para asesinarla por sí; pero queria ver su cadáver para convencerse por sus propios ojos de que era mate-

rialmente imposible otra nueva resurreccion. Horriblemente martirizada mi alma y sin saber qué partido tomar para libertar á la víctima, llegué sobre las doce de la noche á las puertas del castillo de Irache, edificio vasto y sombrío situado en un despoblado á



tres leguas y media de Toledo. El conde se me habia adelantado á pesar de haberse quedado con el cura, y me estaba esperando allí. ¡Nuevo conflicto, nueva

desesperacion! Catalina no podia menos de reconocerme, y el conde que no habia ido allí sino para mayor seguridad de quedar ejecutadas sus órdenes, iba á descubrir el secreto de mis antiguas relaciones con ella. Estremecido con esta consideracion, revolvia en mi mente los medios de salir de este nuevo laberinto, cuando hablándome el conde al oido, me dijo:

—He venido para ver si podia evitar este asesinato, y desgraciadamente es imposible. Se obstina en no decir una palabra sobre los acontecimientos de su vida posteriores á su evasion del convento, y ni sé por quien fué recogida el dia de la batalla, ni quien la condujo despues á la ermita en que la he sorprendido, gracias al aviso del cura. Todo esto, empero, me importaba poco, si me hubiera confesado á lo menos quien es su marido ó su amante, y si es madre ó ha dejado de serlo. Así, muera con su secreto, ya que tanto se obstina en callar. Ese papel contiene una ponzoña. Dádsela y despachad, señor alferez. Yo no quiero verla morir.... pero bajaré á verla muerta.

Dicho esto, se retiró á un departamento inmediato á la puerta de la prision en que estaba Catalina encerrada. Yo bajé acompañado de un esclavo, de un negro cuyo cargo en el castillo era guardar á los encarcelados, escogido exprofeso al parecer para que no revelase á nadie los crímenes y atrocidades de que en aquella horrible mansion era sin duda depositario, porque tenia mutilada la lengua, y....

—¡Mutilada la lengua! esclamó el escudero, al lle-

gar aquí el oficial. Por Dios que el moro de quien os he dicho que fué ajusticiado en Toledo, me habló antes de morir de un pobre negro que habia sido criado suyo, y que tenia mutilada la lengua, el cual se llamaba....

—Astarot interrumpiendo á su amo.

—En efecto, Astarot, tal fué el nombre que pronunciaron los lábios de Mulhacen cuando me hizo donacion de su perro.

—Y tal el proferido por el conde, cuando hizo cojer al negro la linterna para que alumbrase mis pasos al bajar la escalera del calabozo en que estaba encerrada Catalina.

Gavilan, que cuantas veces habia oido nombrar á esta durante el relato del oficial habia siempre dado algun ahullido, al oir ahora decir *Astarot*, soltó un quejido tan prolongado, é hizo tales demostraciones, que no pudieron menos de maravillarse el alferez y el escudero.

—¡Astarot! ¡Astarot! dijo este. ¿No hay en la sagrada Escritura un demonio que se llama así? Cuando Mulhacen me habló de él, mientras no hizo otra cosa que nombrarle, creí que me hablaba del diablo.

—Yo tambien le creí por su figura y por el ministerio que ejercia, un espíritu evocado del averno; pero me equivoqué como vereis: Astarot era un hombre de bien, animado de los mejores deseos de salvar á la pobre víctima.

—¡Ah! seguid, seguid, amo mio, dijo el escudero:

esa historia que me contais está relacionada con un secreto que Mulhacen me confió al morir, y no sabeis cuanto me interesa que acabeis vuestra relacion.

—¡Un secreto! ¿Y sabré yo cual es?

—¡Oh, sí, todo lo sabreis.... todo! Vereis que endemoniada madeja resulta de todo esto.

—Entonces, tal vez aclareis una parte de mis ideas respecto á ciertas cosas que ignoro, aunque atañen á mi relacion.

—Sin duda, dijo el escudero: así como vos me habeis dicho una parte de otras cosas que yo necesitaba saber. Con que.... concluid, concluid.... y lo que vos no acerteis á esplicaros, acaso sea yo quien os lo esplique.



CAPITULO XII.

En que el señor alferez da fin á su interesantisima historia.

El oficial miró á Diego Perez con cierta espresion de sorpresa, y despues continuó de este modo.

—Bajé, como iba diciendo, las escaleras del calabozo, alumbrándome Astarot con una luz, y cerrando detrás de sí la puerta de hierro que daba entrada el subterráneo. Al verme con el negro á solas, no pude menos de estremecerme, considerando lo imposible que me seria hacer nada en obsequio de Ca-

talina, teniendo aquel testigo delante. Mi ansiedad duró poco tiempo, porque no bien bajé tres escalones, acercóseme el negro, y con una espresion inde-



finible de ternura y dolor, dióme á entender, dándome un abrazo y besándome cariñosamente, que tenia en él un amigo. Tras esto, arrebatóme el papel en que estaba contenida la ponzoña que el conde me habia dado, y arrojándolo al suelo, lo pisó, dándome luego otro en su lugar, y haciéndome una seña significativa para que guardase silencio. Pasmado al ver aquellas demostraciones, no sabia á que atribuirlas, notado lo cual por el negro, abrió el papel que acababa de darme, y tomando una parte de los pol-

vos que contenia, se los puso en la boca y los tragó, dándome claramente á entender que no habia riesgo en tomarlos. Juzgad ahora cual quedaria yo, cuando en vez de encontrar en el negro un obstáculo insuperable á mis planes, hallé un hombre que me proporcionaba los medios de llevarlos á ejecucion. Lleno de reconocimiento á la providencia, levanté las manos al cielo, abrazando luego á Astarot, y apretándole fuertemente la mano. Él entonces me hizo una seña, y haciéndome mirar hácia el techo, me dió á entender que habia algo en él de que era preciso guardarme; mas no pude caer en la cuenta de lo que podia ser, y así no comprendí sino á medias lo que me queria decir. Deseoso de salir de la duda, íbale á interrogar en voz baja acerca de aquel misterio, mas no lo pude verificar, porque el negro me hizo ver nuevamente que debia guardar silencio, y echó á andar escalera abajo. Hube, pues, de seguirle y callar, y despues de haber descendido como unos noventa escalones, durante los cuales no hicimos sino dar vueltas y mas vueltas, llegamos á otra puerta de hierro, á la puerta del triste y sombrío recinto en que estaba la infeliz Catalina.

Describiros aquella mansion, seria materia imposible. Figuraos un calabozo sin un solo rayo de luz, ni mas aire para respirar que el escaso que podia renovarse por una estrecha aspillera practicada en una de sus paredes, y todo esto en un recinto ahogado donde apenas cabíamos de pies, frio, húmedo, hediondo,

asqueroso.... y podreis formaros una idea de aquella especie de sepultura en que estaba Catalina enterrada. Yo no pude verla de pronto, porque adelantándose el negro, interpúsose entre los dos. Cuando se me quitó de delante, noté que le encargaba silencio poniéndose el dedo en los labios, y entonces la ví.... ¡desgraciada! metido el cuello dentro de una argolla, y con una cadena en los pies, teniendo solo libres las manos. Al ver aquel cuadro horrible, al contemplar en semejante trance aquella hermosura, ya ajada por tan prolongado sufrir, no pude contenerme y dí un grito.

—¡Catalina! ¡Catalina! esclamé: ¿es posible que os vean mis ojos en una situacion tan espantosa?

—¡Silencio, desgraciado! respondió ella con voz casi imperceptible: silencio, ú os perdeis para siempre, sin que por eso me salveis á mí!

Y el negro me miró al mismo tiempo con ojos inflamados de cólera, y luego oi sobre mi cabeza un ruido como de un ventanillo de hierro, y entonces comprendí lo que el negro habia querido indicarme cuando me habia señalado el techo. El conde estaba viendo desde arriba lo que en el calabozo pasaba, y aquella exclamacion mia imposible de contener, le delataba mis relaciones con la inocente y desgraciada víctima. Espantado al caer en la cuenta de la imprudencia que habia cometido, disponíame á reparar mi yerro, cuando vi al negro desenvainar un cuchillo, vibrándolo sobre

mi cabeza, á tiempo que por la escalera sonaban los pasos del conde.

—Tente, tente, Astarot, dijo este al entrar en el



calabozo: eres fiel y me quieres vengar, dando muerte á ese traidor; pero antes de quitarle la vida, es preciso que yo le interrogue.

Y luego, dirigiéndose á mí:

—¿Con que es cierto, me preguntó lo que el cura me habia dicho? ¿Con qué tú conocias á Leonor, y tus padres la habian recojido en su casa, y me callabas ese secreto?

—Señor, le contesté, ese sacerdote es un ser infernal, un malvado, á quien doy sin embargo las gracias por proporcionarme la gloria de acabar mis dias aquí á los pies de esa desgraciada. Valga mi vida al

menos por la suya, y bendeciré vuestro nombre y el de ese sacerdote maldito.

—¡Maldito os atreveis á decir! esclamó el conde. ¿Asi hablais de un ministro de Dios, que al darme cuenta del paradero de esa réproba, de esa impía, de esa muger sacrílega, ha vuelto por la causa del cielo? Preguntadle quien es su amante.... preguntádselo, y despues juzgareis.

Estas palabras helaron la sangre en mis venas, agitándose en mi imaginacion de un modo horriblemente confuso el recuerdo de mis desgraciados amores, el del amante que evocaba el conde, el del cielo cuya causa invocaba, y el del infierno personificado en él y en el cura, porque yo no podia persuadirme de que un hombre que trataba asi á su hermana, y un sacerdote que aprovechando los secretos de la confesion, la habia entregado á sus manos, pudieran ser sino dos demonios. ¿Qué crímen, aunque fuese criminal aquella desventurada muger, podia ser bastante á justificarlos?

—Os habeis quedado suspenso, me dijo el conde, y os repito que le pregunteis por el moro á quien se entregó cuando debia tomar el velo.

—¡Un moro! esclamé pasmado. ¡Señora! ¿Es cierto lo que dice el conde? ¿Os dejasteis seducir de un infiel?

—Cuando yo le entregué mi corazon, respondió Leonor suspirando, no sabia sino que era el mejor y el mas bello de todos los hombres. Cuando supe despues

que era árabe, no era tiempo de volver el pié atrás. ¡Era ya mi esposo ante Dios!

—¿Oís? me dijo el conde. Era Alhagib.... era al menos el que vino en su nombre, disfrazado con cana y luenga barba al campamento de Cibdad-Real la noche que os he referido.... era el que apostó aquellos árabes que auxiliaron su rapto despues.... era el que á poco tiempo fué padre del fruto de un amor reprobado ante Dios y ante los hombres, fruto que esa muger está obstinada en negarse á decir donde está, único medio de obtener clemencia en lo concerniente á su crímen. Volved ahora á decir que el cura ha hecho mal en delatarme ese amor, cualesquiera que sean los medios á que para ello haya recurrido.

Mi horror á los infieles es innato, como vos lo sabeis Diego Perez, y así creo escusado decir que aquella infausta revelacion me hizo al pronto modificar en gran parte el mal juicio que habia formado respecto al cura y al conde, y el concepto que hasta aquellos momentos me habia merecido Catalina.

—Yo soy algo mas ancho de manga, contestó el escudero, en materia de juzgar amorios entre cristianos y moros.

—En eso perdonad, Diego Perez, replicó el oficial. Relaciones de esa naturaleza no pueden ser sino obra del diablo, si no hay alguna otra consideracion que las pueda justificar, y vos debeis convenir en que soy disculpable, si amando como amaba á Catalina y siendo cris-

tiano viejo, como lo soy, me creí indignamente humillado en el primer momento de sorpresa al tener por rival á un hereje, á un hombre enemigo de Dios, como el conde decia.

—El conde es tambien cristiano viejo, repuso Diego, y al cura le sucede lo propio, y maldito si son mejores que ese moro á que os referís. Ya veo, cuando así os esplicais que teneis altamente merecido lo que os ha pasado esta noche.

—¿Merecido decís? ¡Pues qué! ¿Creeis que porque pensase de esa manera, dejé de abogar en favor de aquella desventurada? Yo no debo disimularos el horror que se apoderó de mi alma cuando supe tan sacrílego amor; pero eso no quitó que mis lábios intercediesen por Catalina, rogando al Conde que la perdonase, ó que si merecia castigo, lo demandase ante la Inquisicion, único tribunal competente en tan delicada materia.

—¡Magnífica ocurrencia! ¿Y qué dijo el cristiano viejo de Irache al oir vuestra indicacion?

—Que siendo él señor de horca y cuchillo, no necesitaba de nadie para hacer justicia en su casa. Asi, sordo á todos mis ruegos, pronunció sentencia de muerte contra aquella pobre muger, obligándome á mí á ser su verdugo en castigo de haberle callado mis antiguas relaciones con ella. Es el único medio, añadió, de evitar que caiga sobre vuestros padres todo el peso de mi encono, en venganza de la acojida que dieron á esa impía en su casa.

—Pero conde, repuse yo. Eso que me proponeis es horrible. Mis padres no sabian tal vez lo que dice relacion á ese amor, y ser mi mano la que la asesine es una atrocidad que vos mismo no podeis de modo alguno aprobar.

—Yo no sé, replicó el conde, si vuestros padres eran sabedores de la infame pasion de esa muger, porque cuando ellos la recojíeron habia dado ya á luz el fruto de su amor reprobado, y la encontraron desmayada en el campamento. Así vuelvo á insistir en mi órden; mas sin embargo la rectractaré, siempre que esa malvada confiese donde existe el sér de que hablo. Por última vez, Leonor: ¿quieres perecer ó vivir? Díme que es de ese hijo ó de esa hija, y tu sentencia de muerte será trocada por la de reclusion.

—Entiendo, dijo ella, rompiendo el largo silencio con que hasta entonces habia estado escuchando mis palabras y las del conde: quieres saber en donde se encuentra el fruto de mis entrañas para asesinarle en union de su inocente y desventurada madre; pero es secreto que no sabrás nunca hasta que llegue el tremendo dia de la espiacion de tus crímenes. El condado que me arrebataste pertenece de derecho á ese sér, y él te lo vendrá á reclamar en su nombre y en el mio.... y ¿quién sabe? en nombre de su padre tambien, de ese á quien solo sabes llamar moro, porque ignoras alguna cosa mas. Mandadme asesinar: nada importa. El crímen que cometas en mí, no quedará sin venganza.

Estas palabras produjeron en mi corazon un efecto diametralmente opuesto al de la revelacion que me habia hecho el conde, y él y el cura volvieron á parecerme lo que me habian parecido antes: dos séres abortados por el averno. En vez de creer ilegítimo el amor de aquellos infelices, contentéme con decir para mí: *aqui hay algo que no comprendo,* y mi horror se convirtió en compasion, mi anterior sorpresa en respeto hácia aquella pasion misteriosa.

Catalina prosiguió:

—En cuanto á los padres de ese oficial, guárdate de tocarles un solo cabello. Tú no puedes hacerles daño sin que aceleres el dia del castigo de tus delitos. Así, apresúrate á coronar el que estás meditando contra mí. ¿Cómo quieres que se abra mi tumba? ¿Con el puñal, ó con el veneno? A todo estoy dispuesta.

—Señor alferez, me dijo entonces el conde: vos elejisteis el segundo medio. ¿Dónde está el papel que os he dado?

Esta pregunta me hizo estremecer; pero el negro me dirigiò una mirada de significativa inteligencia, y sacando el papel, se lo dí al conde.

Este lo acercó á la linterna, y despues de unos instantes de silencio, durante los cuales no cesó mi corazon de latir congojosamente, ni él de examinar el papel.

—Es el mismo que os dí, esclamó, y veo que no habeis usado conmigo ninguna superchería. Esto me

reconcilia con vos. Ahora ya sabeis lo que sigue.

—¡Pero señor! le dije: ¿ha de ser mi mano la que le suministre el veneno?

—¡Ah! vamos, esclamó el conde. ¿Preferís el puñal de Astarot?

—¡Oh, no, no! contesté. Si he de matarla, sea á lo menos sin derramar su sangre. ¡Catalina.... Catalina! ¡perdon!

Y acerqué á sus hermosos lábios la que los vivos ojos de Astarot me decian que no era ponzoña, y ella.... ¡qué horror! ella la tomó, sin tener yo seguridad ninguna de que supiese que no lo era. Esta incertidumbre espantosa me hizo perder la luz de los ojos, y caí desvanecido en el suelo. Cuando sacudí mi letargo, me ví fuera de la prision, tendido en un sofá con el conde á mi cabecera, el cual al parecer estaba espiando el momento de mi resurreccion, porque tal la puedo llamar.

—¿Os sentís mejor? preguntóme, no bien abrí los ojos á la luz. Yo tambien he estado malo, y eso que no me he atrevido á presenciar la agonia de esa muger.

—¡Ha muerto! dije yo: ¡ha muerto ya!

—Astarot se ha encargado de enterrarla dentro de la misma prision, emparedando luego el calabozo para que no queden vestigios del crímen que habeis cometido.

—¡Un crímen! ¿Yo un crímen?

—¿Pues no? Pero bien decís: no es delito una ac-

cion por muy horrible que sea, cuando el móvil que nos arrastra á cometerla es nuestra propia seguridad. Vos, ya lo veis, estabais perdido si despues de vuestra declaracion, venia Leonor á desmentiros, presentándose entre los séres vivientes. Dadme las gracias por lo que hemos hecho. Nada teneis de que temer ya.

—¡Ah! ¿qué es lo que decís? esclamé. Idos, conde, alejaos de mí. Vuestra presencia me contamina, y con solo respirar en el sitio en que vos respirais, me creo tan malvado como vos.

—¡Tan malvado como yo! contestóme. Gracias, gracias, Satanás, me has oido. Yo te habia pedido un compañero capaz de igualarme en maldad, porque yo no bastaba por mí solo á sostener el horrible peso con que está abrumándome el crímen, y veo que me lo has concedido. Tengo ya el Cirineo que buscaba. Gracias otra vez, muchas gracias.

Y esto diciendo, estaba dando saltos, cual si se hubiera vuelto demente; y demente debia de estar, demente en fuerza de sus mismos delitos, el que habla de esa manera.

Astarot entró á interrumpir aquella escena diabólica.

—¿Has cumplido mis órdenes? le preguntó su amo.

Un *sí* dicho á este con la cabeza, y un *no* á mí con su penetrante mirada, fué la muda respuesta que dió.

—Entonces, dispon mi litera, dijo el conde. Tenemos que salir de este castillo antes que sea de dia, y comienza ya á alborear.

Dicho esto, salió del aposento, aunque para volver al instante. Astarot quedó un momento conmigo, y me hizo comprender con sus señas que Catalina no estaba muerta, sino solamente dormida. Hecho esto, apretóme la mano, y salió á cumplir las órdenes de su amo, sin que yo le volviese á ver mas. Pocos instantes despues, entró el conde, y me dijo que estaba satisfecho de la buena maña de Astarot en lo de emparedar el calabozo, como él le habia ordenado. Yo estaba sin saber lo que me pasaba. El conde formó en el patio del castillo los soldados que lo guardaban, y encargándoles fuesen fieles al rey, hízome conducir á su litera, y partimos juntos los dos para la ciudad de Toledo. En el camino me juró por lo mas sagrado, como si hubiera algo sagrado para él, que no habia que temer por mis padres, puesto que habia deshecho yo todo el mal que ellos le habian inocentemente causado. En cuanto á lo demas, añadió, estos no pueden ya revelar nada que diga relacion á mi hermana, ni tratar de comprometerme, sin comprometeros á vos. Hé aqui la razon que he tenido para adelantarme á los planes que se puedan tramar contra mí, haciéndoos tomar parte en mi causa, como veis que la habeis tomado. No es ya mi interés, es el vuestro el que os debe obligar de hoy mas á sellar á vuestros padres los labios, si algun dia, que no lo espero, se quisieran hacer indagaciones que pudieran perjudicarme. Asi, por esta parte estoy tranquilo. Lo único que ahora

me falta es ver de averiguar donde existe ese maldecido Alhagib que tan mala pasada me jugó, y sobre todo esa criatura, fruto de los amores de mi hermana, de quien nada ha sabido decirme el cura de vuestro lugar. Vos teneis un corazon de manteca que os hace muy poco á propósito para ciertas cosas, y asi, os dispenso de que me ayudeis á dar cima á otro nueva atrocidad, si acaso necesito cometerla. Idos, pues, inmediamente á la hueste, ya que esos perros moros de Granada vuelven otra vez á las suyas; procurad sostener como siempre vuestra reputacion de hombre bravo, y contad con mi protecion mientras continueis siéndome fiel. Es cuanto me ocurre decir respecto del particular. Asi, á Dios, y partid hoy mismo. Cuando os necesite para algo, os haré inmediatamente llamar.

Dicho esto, bajó de la litera á las puertas de la ciudad, y se dirigió á ver al rey. Yo tomé la direccion de mi casa, y mandando un pliego á mis padres encargándoles guardasen silencio sobre la aventura de Catalina, aun cuando los pusiesen en tormento para hacer averiguaciones, dirijíme á las fronteras de Granada. Cuatro meses despues vinisteis vos á prestarme vuestros servicios; me salvasteis dos veces la vida en las escaramuzas con los moros; proseguimos lidiando contínuamente por espacio de catorce meses mas; hízome el conde llamar á Toledo diome órden de venir aquí á fin de averiguar, si me es posible, quienes fueron los que recojieron una ni

ña que debió de nacer en estas inmediaciones el dia de la consabida batalla, me he encontrado con la novedad de que mis pobres padres eran muertos; heme hospedado en casa de mi tio; me ha pasado esta noche lo que ya sabeis, y hé aquí concluido el relato, cuyo secreto me parece escusado deciros cuanto importa á mi tranquilidad.



CAPITULO XIII.

En que Diego da alguna luz relativamente á esta historia, revelando otro secreto al alferez, tras lo cual sabe este cierta cosa que si bien la consideramos, no es para ponerle contento.

Acabado por el oficial el cuento que va relatado, dijo el escudero:

—En verdad que no deja de ser terrible eso que acabais de contarme; y no sé si os arriende la ganancia el dia en que Dios determine dar al conde lo que se merece. Vos en tanto no me habeis dicho que determinacion tomó este relativamente á

Alhagib, y es vacío que me parece notable en vuestra narracion.

—Y no es eso lo peor, Diego Perez, sino que no puedo llenarlo, porque ya os he dicho que el conde me precisó á salir para la hueste, y asi me es imposible deciros lo que hizo ó dejó de hacer en lo concerniente á ese moro, porque lo ignoro absolutamente.

—A lo menos sabreis acerca de él algo mas de lo que me habeis dicho, y si es asi, no debeis callármelo.

—Os he dicho cuanto sabia, y no tengo mas noticias que daros.

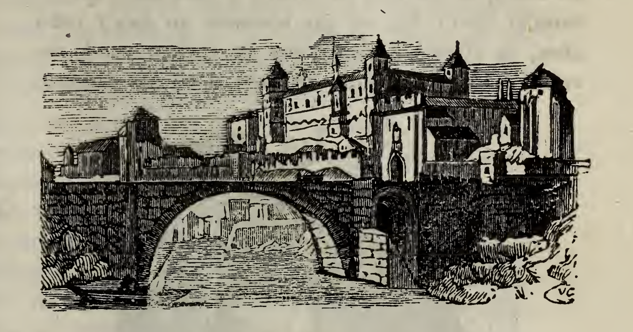
—¿No? Pues entonces os las daré yo, y lléveme el diablo ahora mismo, si ese Alhagib de que habeis hablado, no es el moro que fué ahorcado en Toledo mientras estabais vos en la hueste, un mes antes de conoceros yo.

—¿El que os regaló á Gavilan?

—El mismo. ¿No os he dicho hace poco que yo tambien tenia un secreto, y que lo que yo os refiriese podria acaso contribuir á aclarar algun tanto ese embrollo cuyo hilo habeis dejado pendiente? Mis ideas eran tambien algo oscuras, y vos las habeis alumbrado: asi nada mas justo que pagaros en la misma moneda. Prestadme atencion, y escuchad.

Yo, como sabeis, soy un hombre que no tengo padre ni madre, y que á eso añado la fatalidad de ignorar quienes puedan serlo. De aqui mi natural

propension a juzgar con cierta indulgencia todos los amoríos posibles, porque ¿quién sabe lo que puede haber en el secreto de mi nacimiento? Lo mismo puedo ser hijo del rey que del último de la plebe, y no digo de un moro ó de un judío, porque á serlo, no llevaria en el brazo derecho una cruz, señal con la cual fuí encontrado en la puerta de la ca-



tedral de Toledo, donde me recojió un sacerdote, bueno y caritativo si los hay, y bien diferente por tanto de ese otro bribon de este pueblo, á quien mucho será, voto á brios, que yo no le ajuste sus cuentas cuando sea sazon oportuna. Llamábase mi bienhechor Jaime Perez, y deseoso de evitarme en lo sucesivo la vergüenza que pudiera resultarme de presentarme á los ojos del mundo sin apellido de ninguna especie, dióme el suyo cuando me bautizó, haciéndome pasar por hijo de no sé que pa-

rienta suya. En esto fué aquel santo varon un pobre hombre en toda la estension de la palabra, porque á mí me importa un comino que me tengan por espósito ó no, y lo esencial es que cada uno sea hijo de sus buenas obras, como yo lo soy de las mias. Asi jamàs he ocultado á nadie que no tengo mas padres que ellos, y cuando alguno se me ha reido, le he roto la crisma y *laus deo.* Tal me sucedió cierto dia, en que teniendo yo diez y ocho años, se atrevió á motejarme un truhan por lo oscuro de mi nacimiento. Irritado al oir sus zumbas,



obliguéle á ponerse en guardia, y sacando la espa-
a (ya sabeis que es permitido á todos los espó-

sitos llevarla como es regular, porque la ley los declara nobles), fué tan desgraciada su suerte, que le atravesé una tetilla, dejándole tendido en el suelo. Esto hizo á los demas respetarme; pero en cambio me puso en el caso de haber de abandonar á Toledo, porque el herido era un hidalgo de lo mas granado, y tenia favor con el rey, y era lucha muy desigual la que con él me esperaba si acudia á los tribunales para vengarse de su desgracia, como me juró que lo haria, acusándome de alevoso, cuando en Dios y en mi ánima os juro, que aunque á solas y sin testigos, su herida fué en legítimo duelo. Despedíme, pues, del buen Jaime, á cuyos paternales cuidados lo habia debido todo desde el dia en que me recojió, siéndole entre otras cosas deudor de saber leer y escribir, cosa que, como sabeis, no es comun que digamos en estos tiempos. Verdad es que esta habilidad no me ha servido lo que á vos la vuestra, pues vos sois todo un señor alferez, y yo hasta ahora no he podido pasar de soldado liso y pelado, ó si quereis mejor, de escudero. Esto, empero, no es ahora del caso. El apuro en que me encontraba tenia remedio muy fácil, consistiendo en irme á la hueste, como con efecto lo hice, burlando asi la persecucion de mi encarnizado contrario. Distinguíme regularmente en las escaramuzas con los moros, y en una de ellas conseguí salvar la vida del duque de Olmedo, desviando una lanza sarracena que tenia encima de sí, y matando al que iba á clavársela, ni mas ni menos que lo hice des-

pues cuando aquella otra correria en que caisteis vos del caballo, y tuvisteis sobre vuestra cabeza el alfanje de aquel perro moro, á quien pude cortar el cuello antes que descargase sobre vos el golpe que os asestaba. Aquel hecho me valió proteccion por parte del duque de Olmedo en lo concerniente al hidalgo, el cual hubo de calmar su ojeriza ante tan poderosa mediacion, alegrándome yo mucho entonces de este venturoso incidente, aunque ahora comienzo á sentirlo, desde que me habeis revelado que ese duque quiere casar á su hija con el pícaro conde de Irache. Para venir á parar en esto, mas valiera que la lanza del moro le hubiera enviado al otro barrio. ¡Hija única y casarla con el conde! Estoy por ir y decirle que es tan pícaro como él, ó que ha perdido el juicio y la cabeza que yo contribuí á conservarle.

—Al grano, al grano, dijo el alferez.

—Libre yo de todo cuidado, prosiguió Diego, respecto á las consecuencias del lance que me habia obligado á huir, podia, concluida la campaña, restituirme al lado del buen Jaime; pero era este tan pobre, que no quise aumentar su indigencia con el cuidado de mi manutencion, y seguí en la hueste tres años, enviándole durante ese tiempo todo el fruto de mis ahorros que, como podeis conocer, serian casi insignificantes, y con ellos lo mejor de las presas que me tocaban de cuando en cuando, las cuales eran ya cosa decente, y mas en el peloton á que yo entonces pertenecia, del cual no habia poblacion segura ni

aun en la misma vega de Granada. ¡Ya veis! éramos todos guerrilleros, y con esto está dicho todo. Si algo ha de acabar en España con el resto de canalla moruna que existe todavia entre nosotros no han de ser las huestes en regla, sino esas tremendas cuadrillas formadas á manera de motin, las que den ese resultado.

—Es lo que estais diciendo constantemente siempre que se habla de guerra, dijo con impaciencia el alferez; ¿mas que tiene que ver eso ahora con el secreto á que os referís?

—En verdad, contestóle Diego, que no sois vos el mejor modelo en esto de evitar digresiones; pero teneis razon: vamos al grano.

A los tres años de mi permanencia en la hueste, ó por mejor decir, en las partidas, fué llamado á Toledo Ruy-Gomez el capitan de la mia, y mi peloton fué con él. Con esto abrazé al Sacerdote que con tanta solicitud habia hecho conmigo las veces de padre, y le hallé, aunque viejo, muy bueno, y muy agradecido á mis recuerdos y demas que os he referido. Mi única ocupacion en aquellos dias era hacer centinela de cuando en cuando en el torreon de Santa Leocadia, y asi pasaba lo mas del tiempo al lado de aquel hombre venerable, casi con tanto gusto como matando moros, ocupacion á que francamente me habia insensiblemente aficionado mas de lo que corresponde en justicia. Un dia, cuando iba á hacer la guardia en el torreon susodicho, ví el rostro de Jaime inmutado, y preguntéle qué era lo que tenia.

—Vengo, me dijo, de ese torreon á donde te dirijes tú ahora. En él está preso un árabe á quien



han condenado á morir. Antes de sufrir su sentencia, ha manifestado deseos de abrazar nuestra santa religion y de confesarse conmigo. Llamado de órden superior, me he dirijido allá con el objeto de prestarle los últimos auxilios, sin saber á qué atribuir su empeño en que hubiera de ser yo quien le abriese las puertas del cielo.

—¿Y quién mejor que vos, le interrumpí, pudiera desempeñar ese encargo, siendo como sois el mas ejemplar y mas santo de los sacerdotes? Ese árabe ha tenido sin duda noticia de vuestras virtudes, y por eso ..

—¡Pluguiese á Dios, Diego, que fuese realmente asi! Pero yo no debo escuchar elojios de que soy indigno. Llena el alma de santa tristeza al ver que iba á auxiliar á un moribundo, y de santa alegria tambien al saber que era yo el elejido para hacerle eternamente felíz, he ido al torreon, como digo, y ya me preparaba á escucharle, cuando ha llegado un pliego del rey revocando la orden anterior, y haciéndome salir de la estancia en que el moro está puesto en capilla. Mulhacen, que así entiendo que se llama, no ha podido sufrir en paciencia que se le prohibiese elejir el sacerdote que le placiese para arrodillarse á sus pies, y ha jurado morir impenitente antes que aceptar el que el rey parecia designarle en el pliego. Yo he tenido que alejarme de allí, y de aquí la tristeza en que me vés, porque ese moro va á perder dos vidas, la perecedera y la eterna, por esa insistencia tenaz en que sea yo quien le oiga, y no otro sacerdote cualquiera. Asi, puesto que tú vas allá, haz, si puedes porque desista de un empeño tan inconcebible, y entretanto oraré yo al Señor para que mueva tus labios, y á él le alumbre y le reciba en su seno.

Tales fueron las palabras de Jaime, y escusado me parece deciros el interés que escitaron en mí á favor de aquel pobre reo. Fuí, pues, con los demás compañeros de mi peloton á la hora que estaba prescrita para el relevo diario, y tocóme ser el primero en hacer centinela dentro del calabozo, con órden

de observar cuidadosamente todos los movimientos del árabe y demas que se encarga en tales casos. Mulhacen venia á tener como unos treinta y seis años, y era alto, delgado y hermoso sobre toda ponderacion, blanca y sonrosada su tez, suavemente arqueadas las cejas, vivos y centellantes sus ojos, desembarazada la frente, si bien con algunas arrugas, aguileña la nariz, pequeña la boca, las mejillas un tanto hundidas, y negra y poblada la barba. Estaba, cuando yo llegué allí, sentado en el suelo sobre una estera, cruzadas las piernas al uso de su pais, los brazos cruzados tambien en actitud de meditacion, y amarrado el cuerpo con una gruesa cadena, la cual le tenia asido á un poste que le servia de reclinatorio. Gavilan como yo le llamo, ó Zacatin como él le denominaba, segun ha dicho muy bien el alcalde, sobre lo cual ya he dicho que despues he de exijirle ciertas esplicaciones; Gavilan, digo, estaba allí tambien, mirando tristemente al sarraceno, y lamiéndole las manos y los pies.

(El perro al oirse nombrar de dos diferentes maneras, correspondió con otros dos ahullidos al recuerdo del escudero; como para dar testimonio de que era verdad lo que oia. Diego Perez continuó:)

—Al ver aquella noble y gallarda figura delante de mi, creí mirando su tranquilidad que el buen Jaime se habia equivocado en creer capaz de irritarse á quien con tanta calma esperaba el momento fatal; y deseoso de salir de dudas, aproveché la soledad en que estábamos para interpelarle en voz baja.

—¡Mulhacen! le dije.

El moro volvió la cabeza con la misma tranquilidad, y fijó los ojos en mí sin hablar una sola palabra.

—Soy un amigo de ese sacerdote que habeis enviado á llamar, y al cual han hecho salir de aquí, añadíle soplando las palabras, temeroso de que me oyesen.

—¡Ah! exclamó él con exaltacion, saliendo de su calma aparente, no sin inminente peligro de que los centinelas de afuera pudieran oirle: ¿amigo de Jaime, decís?

—O por mejor decir, hijo suyo, porque ese sacerdote me ha criado haciendo las veces de padre.

El moro me miró largo rato como para escudriñar mi interior, y luego me dijo:

—Hasta ahora no me ha engañado ninguna fisonomía. Cristiano, tú eres hombre de bien, y puedo fiarme de tí.

—¿En que puedo serviros, le dije, con tal que no se oponga á mi consigna, ni al servicio de Dios y del rey?

—Yo habia, me contestó, enviado á llamar á Jaime para confiarle un secreto, porque sabia que podia hacerlo sin peligro de que lo divulgase. En su lugar me han traido un hombre á quien yo no llamé, un sacerdote que á primera vista parece un buen servidor de Alá; pero que á poco que se le observe no puede engañar á ninguno, porque se trasluce su alma á través de su hipocresía.

—¡Voto á brios! esclamó el capitan al llegar aquí el escudero. No parece sino que Mulhacen os estaba haciendo el retrato del cura de este lugar.

—Es lo que no sé, dijo Diego; pero nada tendria de estraño que estando ese cura en Toledo por el tiempo en que esto pasó, fuese él con efecto el sacerdote á que el moro se referia.

Mi intencion, prosiguió Mulhacen, era morir en la religion á que pertenece mi amada, una mujer á quien yo seduje y que ignoro si vive todavia. Mi historia es larga de referir, y mi última hora se acerca. Estos caractéres que vés escritos en mi brazo izquierdo (dijo esto arremangándose el brazo), contienen una parte de esa historia y mi ultima voluntad En la prision donde me han tenido por espacio de mas de diez años, no me han consentido papel ni recado ninguno de escribir, y he tenido que grabar en mi piel los secretos de mi corazon, sirviéndome de pluma un alfiler, y de tinta mi propia sangre. ¿Quieres encargarte, cristiano, de entregar á Jaime este escrito?

Yo miraba absorto su brazo donde habia seis líneas de puntos y caracteres ininteligibles, y empezé á dudar del buen juicio del moro cuando oí tan estraña propuesta.

—Veo que te has quedado suspenso, me dijo Mulhacen, comprendiendo lo que estaba pasando en mi alma: y que no aciertas á concebir como sea esto posible. Los instantes son preciosos, cristiano. ¿Llevarás este escrito á Jaime?

—Sin duda, le contesté yo; ¿pero cómo quereis que lo haga, formando parte de vuestro brazo?

—Es cosa muy sencilla, dijo él: préstame un momento tu daga.

—¿Para qué?

—Para esto, esclamó, quitándome la daga del cinto.

Y sin dar la mas leve muestra de dolor, ni poder yo impedir lo que hacia en fuerza de mi mismo asombro, describió cuatro rayas en su brazo con la punta de mi puñal haciendo un cuadrado casi perfecto, tras lo cual se arrancó la piel que estaba contenida dentro de ellas, echándose tierra en la herida á fin de restañarse la sangre, asi como en la piel arrancada para no mancharme con ella.

—Ya vés, me dijo, cuan sencillo es lo que te parecia tan árduo. Lleva á Jaime ese trozo de piel, y dile que lo haga llegar á manos de un esclavo negro y mudo á quien esta mañana he visto aqui, el cual tiene por nombre Astarot, y de quien es ese perro que vés, perro que otro tiempo fué mio, perro que aun reconoce á su antiguo amo, que le lame y le hace compañia cuando vá á dejar de existir. ¡Pobre Zacatin! añadiò: ¿cómo podia yo figurarme que despues de tantos años de ausencia habias de serme leal?

Y el que yo llamo ahora Gavilan respondia á las caricias de su amo con estremos parecidos á esos

que le estais viendo hacer al pié de la cama al escuchar su nombre primitivo.

Yo estaba enternecido, asombrado, sin saber lo que me pasaba; pero esforcéme por reponerme, á fin de preguntar á Mulhacen si era cierto lo que de él se decia, á saber, que estaba condenado á morir por haberse fingido cristiano, y haberle cogido *infraganti* espiando la hueste del rey.

—¿Eso dicen de mí? me contestó. En Granada me atribuian la pérdida de una batalla, y esto al menos tenia algun viso de verdad; ¿pero cómo he podido ser espía del ejército de tu rey desde el fondo del calabozo donde el mio me ha tenido encerrado, y del cual me han sacado ahora por reclamacion de los tuyos? Mas exacta es esotra asercion de haberme finjido cristiano; pero de esto hace ya mucho tiempo. La vírgen de mi amor era cristiana, y la fasciné y la engañé; pero no por eso merezco la saña de que soy objeto por parte de tu rey y del mio.

—Por Cristo vivo, dijo el oficial interrumpiendo de nuevo á Perez, que esas palabras que me referís coinciden admirablemente con las que profirió Catalina en el fondo de su prision.

—Por eso os dije, contestó Diego, que entre vuestro secreto y el mio habia mas de un punto de contacto, y que el uno tal vez serviria para darnos un rayo de luz sobre los enigmas del otro.

—¿Pues y ese Astarot de por medio? No podeis fi-

guiaros el ansia con que estoy deseando saber en que viene á parar todo esto.

—Viene á parar dijo el escudero, en que el moro me habló de una hija que habia sido fruto de su amor, la cual habia sido confiada por él al cuidado del negro Astarot, lo mismo que su pobre madre, no pudiendo yo indagar mas respecto á la historia del árabe, porque cuando yo me disponia á hacerle nuevas preguntas y á encargarle que muriera cristiano como Jaime me habia dicho, entró Ruy-Gomez en la prision, y Mulhacen no pudo proseguir porque el tal Ruy-Gomez le dijo que el rey mandaba se le trasladase al subterráneo del torreon, donde debia ser ejecutado, colgando despues su cadáver en la horca, en la plaza mayor de Toledo. Asi me fué imposible saber cual era el verdadero delito por el cual se le condenada, pareciéndome no obstante indudable que debia tener relacion con el engaño de que se acusaba respecto de una vírgen cristiana. Entonces no hice cálculo ninguno sobre quien podia ser esta; pero ahora, con lo que vos me habeis dicho, me parece escusado decir que no puedo apartar de mi mente la idea de esa pobre Catalina, ó Leonor, ó como la llameis, siendo ella sin duda la vírgen que con tan vivas muestras de dolor llamaba seducida y engañada.

—¿Y nada mas os dijo ese moro de lo que me habeis referido?

—Nada, salvo lo que sabeis ya, al hacerme donacion de Zacatin, aprovechando un breve intérvalo

en que Ruy-Gomez volvió á salir. «*No tengo, me dijo, otra cosa con que pagarte, sino ese perro: no quiero que me vea morir, y asi, llévatelo y cuida de él.... Cuida de él, cristiano,* añadió, *y nada malo te sucederá mientras le trates como se merece.*»

Esto dicho, dióme un abrazo, encargóme de nuevo pusiese sin dilacion en manos de Jaime el giron de piel consabido, y me hizo asegurar á Zacatin para que no le siguiese. A poco volvió Ruy-Gomez, y llevóse al moro de allí, conduciéndole al subterráneo. Yo quedé relevado de mi guardia, llena el alma de consternacion y sin saber á que atribuir el ministerio de ejecutar al reo en el fondo de aquella prision, y luego esponer su cadáver. Ahora veo que el conde de Irache debió de tener parte en todo esto.

—¿Y fué ejecutado?

—Y colgado; pero á la mañana siguiente apareció la horca sin el cuerpo, viéndose en lugar de este una alcuza columpiándose del dogal.

—Yo creí fábula esa circunstancia cuando me la contaron en la hueste, y verdaderamente, Diego Perez, no deja de ser cosa estraordinaria.

—Lo mas particular, dijo el escudero, es que anoche al quedarme á oscuras oí en la escalera una voz, la cual quise reconcer, y mucho será que no fuese la de ese Mulhacen ó Alhagib, ó como quiera que se le llame.

—Entre tanto no me habeis dicho si cumplisteis ó no su encargo.

—Yo no tengo mas que una palabra, y habiéndosela dado al moro, claro está que la cumpliria. Jaime recibió de mis manos el misterioso y estraño escrito.

—Y él, ¿qué hizo?

—Dirijirse al momento en busca del negro Astarot.

—¿Y despues?

—No le he vuelto á ver mas.

—¿Pues qué se hizo de él?

—No lo sé; pero una mano desconocida me entregó por la noche una carta, en la cual me decia Jaime: «*Hijo mio, salid de Toledo, y no tengais cuidado por mí. Hay una Providencia en el cielo, y ella me volverá á vuestros brazos cuando determine cumplir sus inescrutables designios. Dios es justo y proteje la inocencia, y sabrá volver á su tiempo por la causa de la justicia.*»

—¿Sabeis, Diego, que estoy pasmado con lo que me estais refiriendo?

—Obediente á las órdenes de Jaime, fuí aquella misma noche á visitar al Duque de Olmedo, á fin de que me alcanzase licencia para volver de nuevo á la hueste. Conseguilo, y á la mañana siguiente salí para la frontera de Granada con otros de mi peloton. A los dos meses os conocí, y deseoso de probar fortuna ejerciendo el oficio de escudero, decidime á ofreceros mis servicios. Vos los admitisteis, y creo que no estais arrepentido de haberlo hecho

así. Yo por mi parte no lo estoy tampoco. Lo demas, escusado es contarlo, porque lo sabeis como yo. Tras catorce meses de lucha contínua con los moros, habeis sido llamado á Toledo, y enviado despues á este lugar con el encargo que me habeis dicho. Hijo de obediencia y no mas, os he seguido sin preguntar nada, hasta que los sucesos de esta noche han dado, sin buscarla, ocasion al relato de nuestras historias. Lo que de ellas debais deducir, discurridlo con vuestra discrecion. ¿Procedereis á vuestras indagaciones relativamente á esa niña de que os habló el conde de Irache?

—¡Oh sí! procederé, procederé, contestó el oficial.... pero será para protejerla.

—Y yo os ayudaré, dijo Diego, en esa obra de caridad. Es preciso poner un coto á las infamias del conde.

Aqui llegaba el diálogo, cuando sonaron estrepitosamente en el pasillo los cencerros que con tanta prevision habia dispuesto el escudero.

—Señores, dijo la criada entrando: es ya la hora del anochecer y en los pueblos cenamos á esa hora. ¿Se halla el enfermo en disposicion de bajar á la cocina, ó le subimos la cena aquí?

—El enfermo se halla ya bueno, contestó el escudero por su amo, y creo que no tendrá inconveniente en que nos dirijamos abajo.

—No por cierto, contestó el oficial.

—Pues entonces, repuso la criada, pueden vue-

sasmercedes hacerlo; pero el señor alcalde me ha encargado que por lo que respeta á ese perro...



—¡Ah! vamos, esclamó Diego: no quiere por lo visto contarle en el número de los convidados.

—Puntualmente.

—Entonces, Gavilan, seguirás al pié de la cama, y atado para que no te me escapes haciendo otra vez de las tuyas como esta noche pasada. Id y decid al señor alcalde que somos al momento con él, y que estan cumplidas sus órdenes. Gavilan cenará despues con lo que tenga á bien destinarle.

La criada volvió la espalda, y el oficial comenzó á vestirse, ayudándole el escudero.

—Ataviadme bien, dijo el alferez: quiero presentarme en la cena todo lo mas decente posible.

—¡Oiga! contestó Diego, cayendo al momento en la cuenta de lo que su amo queria decir.

—Sí, repuso el oficial. ¿No os parece que mi prima merece la pena de que yo fije en ella los ojos?

—Yo lo creo; mas no es ese el *quid*, sino que ella los fije en vos.

—¿Cómo?

—Como que está para casarse con el sobrino del cura, y esta, á mi manera de ver, no deja de ser dificultad de cuenta.

—Es Aldonza demasiado linda para que yo desista por eso.

—¿Y Catalina?

—¡Oh! Dios solo sabe cuanto amor he tenido á esa muger; ¿pero á que viene ahora ese recuerdo, sabiendo vos todo lo que ha pasado?

—Como segun las señas vive aun....

—¿Estais en vuestro juicio, Diego Perez? ¿Puedo yo enlazarme con ella, habiendo elejido ya esposo?

—No es eso; pero creo que el que ha amado una vez en los términos que habeis amado vos, debe renunciar para siempre á amar á otra muger que la primera. Ademas, Aldonza es vuestra prima.

—¡Y bien!

—Parienta dentro del cuarto grado, y no podeis casaros con ella.

—¿Y el Papa, Diego Perez?

—Con efecto; pero en los tiempos en que estamos, creo que son muy caras las dispensas.

—Eso no es cuenta vuestra, sino mia.

—¿Y si yo la amára tambien?

—¡Quién! ¿vos? ¡un escudero! Vamos, vamos.... Ya veo que estais siempre de broma.

—Menos cuando hablo sério, amo mio. Pero no disputemos sobre esto. Ya estais vestido; vamos á cenar, y veremos andando el tiempo quien es el que se come la breva

Dicho esto salió el escudero del cuarto, dejando estupefacto al alferez con aquella especie de reto. No sabian ni el uno ni el otro que Aldonza en quien mis lectores habrán reconocido ya la hija de la hermana del conde de Irache y del árabe misterioso, no estaba destinada aquella noche á hacerles compañia en la mesa.



CAPITULO XIV.

De cómo el cura era un pajarraco de los peores que se conocen, y de como el ama y Pacomio parece que no le iban en zaga.

Los rasgos nada bellos por cierto con que el oficial y el alferez han bosquejado de cuando en cuando una parte de la fisonomía del cura, y la escena del mismo con el alcalde referida en otro lugar, no habrán dado á mis lectores una idea muy favorable de este personaje siniestro. ¿Qué sacerdote era ese que asi esplotaba el confesonario

para servir al conde de Irache, constituyéndose en instrumento suyo para la realizacion de sus horribles designios, delatando el paradero de Leonor á fin de ponerla en sus manos, y mezclándose por lo que se deduce del relato de Diego Perez, en la misteriosa catástrofe del moro ajusticiado en Toledo? ¿Cómo siendo sabedor del secreto del nacimiento de Aldonza, y habiendo entregado la madre de esta á la venganza del conde, le habia callado lo que mas le interesaba saber, esto es, el paradero de la niña? ¿Cómo la destinaba para esposa de un sobrino suyo, teniendo parte en la persecucion de los que la dieron el sér, y corriendo tan grave peligro en faltar á la confianza que el conde habia en él depositado? ¿Cómo, en fin, despues de la prohibicion de enlazar á Aldonza con Toño pronunciada por el fantasma, insistia en llevar á cabo su incomprensible proyecto, despreciando sus amenazas y olvidando la mala noche que él y el ama habian pasado? Tan estraña conducta merece la pena de esplicarse, dando al lector algunos pormenores sobre el personaje en cuestion; y uno y otro hace la crónica, aunque algo tarde como se vé, en este catorceno capítulo. Escrupuloso y fiel observador del órden que en ella se sigue, no he debido yo permitirme alteraciones de ninguna especie en lo relativo á este punto, y asi no he querido tocarlo hasta que el manuscrito lo hiciese. Ahora que le ha llegado su turno, reproduciré exactamente todos los pormenores indicados, tomándome no obstante la licencia de tra-

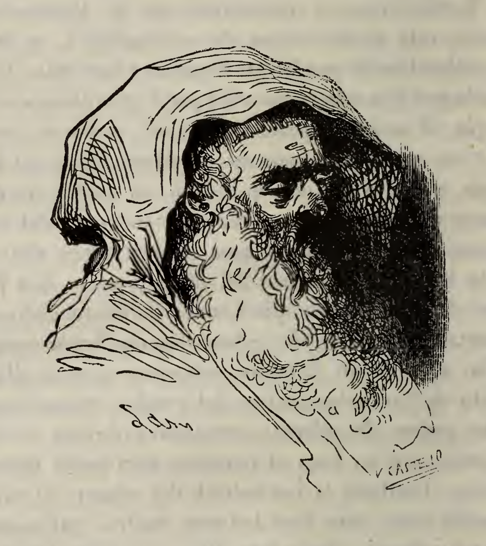
ducirlos del lenguaje antiguo al idioma castellano corriente, porque de no hacerlo así podria suceder que muchos de mis lectores no comprendiesen una porcion de cosas que estan interesados en saber, y defectos de esta naturaleza son los que menos se disimulan en obras como la presente. Esa licencia á que me refiero me la he tomado ya sin decirlo en todo lo que llevo contado; pero nunca he empleado en mi version la afanosa tarea que ahora, porque nunca es el texto de la crónica tan difícil de traducir como lo es en la actualidad. No parece sino que el autor queria hacer formar del vicario la idea mas siniestra posible, recurriendo para hacer su retrato á las voces mas sombriamente oscuras que entonces tenia la lengua.

Era, pues, ese cura un mal cura, y tanto, que jamás lo hubiera sido, á no haberle valido para ello la proteccion del conde de Irache. Este le hizo capellan suyo cuando metió á su hermana en el convento, enviándole poco despues al pueblo donde pasa la escena de esta curiosísima historia, en el cual permaneció constantemente, salvo alguna que otra ocasion, en que con pretesto de visitar á sus padres y á otros parientes suyos que él decia tener en Toledo, iba á hacer algunas visitas al conde, con los fines que los dos se sabian. El aspecto del flamante vicario era á primera vista el mejor, pudiendo solo un ojo ejercitado descubrir á través de su rostro rebosante en mansedumbre evangélica, la perversidad de

su alma. Poco á propósito los lugareños para hacer esta clase de observaciones, creíanle un santo varon, y por tal pasaba en la época á que nuestra narracion se refiere, salvo á los ojos del pobre alcalde, que por lo que ya vá contado, puede inferirse con facilidad que no le asistia motivo para tenerle en tan buen concepto. Emisario secreto del conde, uno de los motivos de su permanencia en el pueblo era al parecer indagar la verdadera causa de los ruidos y demas ocurrencias diabólicas de la casa de *Pero-Hernandez*, estando aquel muy interesado en saber qué clase de gente era la que allí se albergaba. Es el caso que entre los muchos rumores que corrian acerca de aquel palacio, se referia uno á la existencia de no sabemos que monederos falsos que se abrigaban en su recinto; pero el cura se convenció de que no podia ser eso, pues el mejor indicio en tales casos es ver moneda falsificada, y no hallándose de esta el menor rastro en ninguno de los pueblos de España por el tiempo á que nos referimos, era evidente que el rumor aquel carecía de todo fundamento. Mas crédito dió el cura á la voz de que en aquella casa sombría habia algun tesoro escondido; pero por mucha que fuese su avaricia, no se atrevió á penetrar en ella, y así se limitó meramente á ver si le era posible descubrir entre los vecinos del pueblo alguno que estuviese en relaciones con aquella morada, y sirviéndole tanto para esto la confianza que los pecadores depositaban en él como en su padre espiritual, no se descui-

dó en esta parte de adquirir todas las noticias posibles, escudriñando cuidadosamente las conciencias de todos ellos. Nadie le dijo en el confesonario nada que le pudiera dar luz sobre lo que anhelaba saber; pero en cambio supo otras cosas acaso mas interesantes, entre ellas la declaracion prestada por el oficial sobre la muerte de Leonor, cuando el tio Ramon y la tia Teresa fueron á confesarse con él. Pareciole al vicario esta noticia digna de ser esplotada, y participósela al conde por lo que le pudiera convenir. Agradecido este á su celo, aumentóle por de pronto la pension de que en su curato gozaba, dándole órden de proseguir en sus averiguaciones relativamente á su hermana, de cuya historia le indicó una parte, sin descender á ciertos pormenores que no creyó del caso revelar. Recordando entonces el cura haber visto en en la casa de los padres del oficial, pocos dias despues de la batalla en que Leonor habia quedado por muerta, una jóven de estraordinaria hermosura á quien apellidaban Catalina, sospechó si seria ella el objeto de las indagaciones del conde, y confesando á los padres del alferez, convencióse de que era así, sabiendo por su boca el paradero de aquella desventurada. Escitada la curiosidad del vicario al oir á aquellos decir que Catalina era madre, quiso averiguar lo demas; mas como ellos ignoraban los pormenores que les preguntó, y como por otra parte queria servir al de Irache, trató de conseguir lo uno y lo otro revelándole lo que sabia. Informado el conde

de todo, aumentó de nuevo al vicario su ya mas que pingüe pension, y apoderóse de Catalina, arrancándola de una ermita entre Cibdad-Real y Toledo, á donde habia sido conducida por el padre del oficial, permaneciendo oculta en aquel sitio todo el tiempo trascurrido hasta entonces, amparada por el ermi-



taño, por el virtuoso Domingo, anciano venerable y ejemplar que se habia retirado del mundo diez y ocho años habia, para no pensar sino en Dios morando en aquel santuario.

La caridad de este santo varon en dar acogida á la víctima, valióle por parte del conde un encierro en el castillo de Irache, donde hizo que le diesen tormento á fin de que confesase los secretos que acaso debia saber respecto del paradero del amante y la hija de Leonor; pero el anciano resistió al martirio, y si algo en efecto sabia, su lábio se negó á revelarlo. En cuanto á los padres del oficial, la primera intencion del conde fué apoderarse de ellos tambien: pero el cura, asustado algun tanto con lo sério que se ponia el asunto, le hizo observar que estos al confesarse con él no le habian dicho otra cosa sino que Catalina era una dama de la mas elevada alcurnia, y que cuando la recogieron habia dado á luz una niña, segun ella les



refirió, sin decirles otros pormenores, ni haber ellos querido preguntárselos por no afligirla con su indiscre-

cion; habiéndola sacado de su casa y llevádola al santuario, á fin de obligar á su hijo á no alimentar un amor que no podia ser correspondido. Así era completamente inútil pasar á proceder contra ellos, porque nada podrian añadir á lo dicho en la confesion. El conde conoció lo razonable de estas observaciones, y desistió de toda diligencia contra los padres del oficial. Este en tanto sabia mas que ellos, y habia por otra parte ocultado sus relaciones con Catalina despues de haberle sido mostrado el retrato de Leonor; y así el conde adoptó la resolucion de comprometerle en su muerte, tanto para castigar su silencio, como para evitar que sus padres pudieran algun dia atestiguar la acogida dada á la dama, cuyo asesinato debian estar interesados en ocultar, una vez en él mezclado su hijo, trás la declaracion prestada antes en union del tio Ramon y de la tia Teresa.

Cuando con motivo de la captura de Leonor supo el vicario todo lo demas que el conde le habia ocultado, confirmóse en la vehemente sospecha que desde la confesion de los padres del alferez habia comenzado á concebir de que la hija de Catalina no podia ser otra que Aldonza, atendida la estraña manera con que habia sido confiada al alcalde, obligándole á hacerla pasar por fruto de su matrimonio, y á hacerlo constar así en los libros de la parroquia. Él se habia perdido en conjeturas acerca de aquel misterio, y como los cien escudos de oro entregados al alcalde anualmente indicaban con lo demas de que ya está informado el

lector, que aquella muchacha debia pertenecer á una familia de elevado rango, y como el anuncio de reclamarla á su debido tiempo parecia decir claramente que trascurrido ese plazo desaparecian los motivos que sus padres pudieran tener para darle su nombre y sus riquezas, y tal vez algun título ilustre ó cosa por el estilo, todo esto habia contribuido á que el cura pensase desde muy antiguo en obligar al alcalde, como al fin lo verificó, á consentir en el casamiento de Aldonza con su sobrino, á fin de aprovechar la coyuntura de entroncar con alguna gran casa, esplotando en su pró las ventajas de un enlace de esta naturaleza, no perdiendo tampoco en el trato si por ventura se equivocaba, pues Toño, aunque pasaba por rico para mas obligar al alcalde á acceder á la proposicion, no tenia bienes ningunos, y así siempre se esponia á ganar llevándose á cabo el proyecto. Tales habian sido las razones del párroco para pensar en ese matrimonio. Cierto ahora, ó poco menos que cierto, de que Aldonza era la legítima heredera del condado de Irache, reflexionó detenidamente si debia decírselo al usurpador, y halló ser lo mas conveniente dilatarlo para mas adelante, toda vez que de revelárselo lo mas que le podia resultar era un tercer aumento en su pension, y esto siempre lo tenia seguro, al paso que callándose la especie, no solo continuaba disfrutando la mitad de los cien escudos anuales que el alcalde partia con él, sino que tales vueltas podian dar las cosas, que fuese su sobrino á la postre quien se

calzase con el condado. Por otra parte, entre los malvados hay siempre poderosos motivos para que mútuamente se teman, y el cura no las tenia todas consigo cuando consideraba las mañas de que el conde era capaz, si le daba algun dia la idea de tener un testigo menos en lo relativo á sus crímenes. Aldonza en este último concepto era una garantía y un arma que el vicario podia manejar segun le conviniese mejor, pudiendo llegar á servirle hasta para sincerarse de la parte que habia tenido en el asesinato de su madre venturosamente frustrado gracias al negro Astarot; cosa que tanto él como el conde estaban lejos de sospechar por el tiempo á que nos referimos.

Decidido á guardar silencio por todas estas consideraciones, y por alguna otra razon tanto ó mas poderosa tal vez aunque ahora no la diga la crónica, solo una idea le desazonaba, y era lo que el conde le habia dicho acerca de ser un perro moro el padre de aquella niña. Si esto era verdad, ¡á Dios condado! Aldonza era un sér ilegítimo que no podia nunca aspirar al honor de legitimarse; pero cuando el conde temia que la prole anatematizada pudiera arrebatarle la herencia, presunciones tenia sin duda de que no era del todo imposible semejante legitimacion. Así, aun bajo ese punto de vista, ratificóse el cura en la idea de que lo mejor por de pronto era estar en guardia y callarse.

El conde mientras tanto no se dormia, y ya que no podia averiguar el paradero de Aldonza puso todo su empeño en indagar el del padre. Un moro

á quien habian hecho los cristianos prisionero, dióle al mes de la captura de Leonor noticia de otro moro encarcelado en una de las torres de Granada, el cual hacia muchísimo tiempo que estaba encerrado allí por orden de su rey, sin permitirle comunicacion ninguna, en castigo, segun se decia, de haber sido la causa en otros tiempos de la pérdida de una batalla. Esto de *batalla perdida* llamó la atencion del conde, porque la que ganó el rey cristiano á seis leguas de Cibdad-Real, se habia en su concepto debido á faltar á los sarracenos la asistencia de alguno de sus gefes, y nada tendria de estraño que habiéndose alejado del campamento la noche anterior á la accion aquel Alhagib que sabemos, fuese ese Alhagib el caudillo á que el moro se referia, y que la ausencia de sus reales para arrebatar á Leonor, hubiera ocasionado la derrota que el rey granadino castigaba en él, condenándole á perpétua prision. Fué esto un rayo de luz para el conde, y una vez concebida tal sospecha, trató de apoderarse á todo trance del objeto que la motivaba. La empresa no era fácil en verdad, porque ¿cómo penetrar en Granada, y trás esto en el calabozo donde yacia preso Mulhacen, que era el nombre que el moro le daba? No pudiendo conseguir por la fuerza lo que era solo propio del ardid, trató de seducir al alcaide por medio de emisarios secretos; pero este resistió la seduccion, y en vez de hacer entrega del preso, avisó á su rey de las artes que los cristianos ponian en juego para apoderarse de él. Las cadenas

de Mulhacen redobláronse así en vez de romperse. No era hombre el conde entretanto para desistir de su idea porque este medio le saliese mal, y aprovechando la coyuntura de haber caido enfermo el rey castellano y de haberle confiado este la lugartenencia del reino, hizo con el rey moro un tratado cediéndole varias poblaciones en las faldas de Sierra Morena, y recibiendo en cambio á Mulhacen, el mismo que fué puesto en capilla en el torreon de Santa Leocadia, segun nos ha contado el escudero.

Grande fué la alegría del conde al tener en su poder al amante de la desgraciada Leonor, porque ese Mulhacen era en efecto aquel Alhagib disfrazado que la víspera de la batalla la habia arrebatado del convento, fingiendo traer el brebaje que el conde le tenia encargado. Este en tanto no se satisfacia con haberse apoderado de él, si no conseguia saber en donde existia su hija. Así, prometióle la vida, si le hacia esa revelacion; pero el moro le miró con desprecio, sin querer darle esplicacion ninguna, no ya precisamente en lo tocante á Aldonza, mas ni tampoco en lo relativo á sus amores con Leonor. Amenazóle entonces el de Irache con ejercer su venganza en esta, callándole que la habia ya tomado; pero el moro volvió á su desden, contentándose con decirle que queria morir como cristiano. De aquí la llamada de Jaime para que fuese á auxiliar al reo; pero el conde tenia un sacerdote mas al caso para sus miras, y de aquí haber cerrado á aquel las puertas del calabozo, para

abrirlas al padre cura, cuyo retrato, antecedentes y miras, son en el presente capítulo nuestro primero y principal objeto.

El vicario que anhelaba saber tanto ó mas que el conde de Irache los secretos del musulman, dirigióse exhalado al torreon; pero el moro comprendió la tramoya, y rechazó con indignacion el sacerdote que le enviaba. Despues de esto ocurrió la aventura referida por el escudero, la traslacion de Mulhacen al sub-



terráneo, su ejecucion secreta en él, la desaparicion del cadáver, y la de Jaime que no volvió mas despues de su visita á Astarot; misterios hasta ahora incomprensibles, y cuyo velo no debo yo alzar mientras no lo haga la crónica.

Grande fué la sorpresa del cura cuando se miró rechazado por el árabe, no solo en el calabozo de arriba, sino tambien en el del subterráneo, viéndose asi imposibilitado de saber lo que apetecia. En el primer momento de enojo, estuvo por decir al conde todo lo que sabia de Aldonza; pero reflexionándolo mejor, convencióse nuevamente de que esto merecia pensarse mas despacio, y presenció la ejecucion del moro envenenado por Astarot, sin poder conseguir del reo, que muriese reconciliado con nuestra santa Religion Católica. Cuando á la mañana siguiente divulgóse por la ciudad la noticia de la desaparicion del cadáver que al anochecer del dia anterior habia sido colgado en la horca, él y el conde quedaron como estátuas sin saber lo que les pasaba, y mas sabiendo que el centinela encargado de hacer la guardia al cuerpo, habia desaparecido con él. Incidente tan inesperado parecia no dar lugar á duda, de que en la ejecucion de Mulhacen habia alguna supercheria, y era necesario evitar las consecuencias de todo esto. El conde hizo mil indagaciones; pero no pudo averiguar nada. Una alcuza en vez de un cadáver: tal fué el único resultado que trás infinitas pesquisas vinieron ambos á sacar en limpio.

El rey convaleció de su dolencia, y el conde dejó de ejercer la lugartenencia del reino, aprobando aquel todos sus actos y dispensándole su favor y su confianza con el abandono que siempre. El cura se volvió á su lugar haciendo mil calendarios sobre lo que habia pasado, y con órden de distribuir

sumas considerables á los que se sintiesen con ánimo para entrar en la casa de Pero-Hernandez, recinto sospechoso para el conde desde muy antiguo, y ahora con particularidad ocurriendo lo que habia ocurrido. Para el conde era indudable que aquella endemoniada mansion encerraba mas de una víctima salvada de su persecucion entre las muchas que habia sacrificado; pero no se atrevia á proceder de una manera pública en sus indagaciones, por no esponerse á las consecuencias de esa misma publicidad, dando ocasion á que llegasen á los oidos del rey ciertas cosas que estaba en el interés del valido permaneciesen para siempre ocultas. El vicario en este concepto era el único que podia servirle sin dar lugar á esos inconvenientes, y ya hemos dicho que la razon principal de permanecer allí el cura era esa precisamente.

Este anhelaba como el que mas saber lo que allí dentro pasaba; y asi puso en ejecucion el mandato del conde, prometiendo secretamente cantidades considerables á muchos que pasaban por bravos en aquel pueblo y en los circunvecinos, si se resolvian á entrar en aquel palacio, dándole luego minuciosa cuenta de todo lo que viesen en él. Tres hombres penetraron en la casa á consecuencia de estas invitaciones, y ya saben nuestros lectores que entraron y no salieron.

Lleno de terror el vicario al ver el éxito de sus tentativas y al presenciar la espantosa escena de la

aparicion de los tres referida en otro lugar, con *item mas* la del esqueleto, resolvió desistir para siempre de esta clase de indagaciones, dejando en libertad al demonio de hacer lo que le placiese dentro de aquel maldito palacio, con tal que no se metiese con él de puertas afuera, ni le embarazase en sus planes relativos á la pobre Aldonza. El demonio á lo que parece escuchó la impía plegaria con que el malvado se lo suplicó, porque ningun espíritu infernal puso obstáculo á que el alcalde accediese á sus designios, ni en la casa del cura se oyeron por la noche los frecuentes ruidos que en las demas, ni sucedió á este, en fin, cosa alguna de la cual pudiese inferir que la casa de Pero-Hernandez debiera serle temible. Esto en el año y medio trascurrido desde la aparicion de los tres hombres, hasta el dia en que llegaron á aquella poblacion el alferez y el escudero. Con esto estaba el cura contentísimo, disfrutando en compañia del ama la crecida pension que le daba el conde, lo que habia sobrado de las sumas destinadas por este á premiar á los bravos que entrasen en la casa, los cincuenta escudos anuales de los ciento que una mano desconocida entregaba todos los años al alcalde para la subsistencia de Aldonza, los diezmos y primicias de los fieles, los productos de los bautizos y entierros, casamientos, misas, responsos y demás que era de cajon en el curato que desempeñaba, y que como es de inferir no se descuidaria en esplotar el que entre sus virtudes primeras contaba el egoismo y la avaricia.

Mas no era todo egoismo en él. Un ojo observador como el del árabe hubiera descubierto entre él y el ama relaciones un poco mas cordiales de las que convenian al decoro de esta y al estado á que aquel pertenecia. Al menos por lo que toca á Diego Perez, no cayó esta flaqueza en saco roto, ó díganlo sino sus maliciosas y picarescas alusioncillas la noche en que el cura y el ama dieron cuenta á sus refugiados de lo que les habia ocurrido con los conabidos fantasmas. Este primer anuncio de guerra á los proyectos del párroco, fué para él tan inesperado, que en el primer momento de estupor hizo propósito de arrepentirse de su mala vida pasada, renunciando á todo proyecto que pudiera perjudicar á Aldonza, ya que el cielo habia dispuesto que sus miras particulares fuesen hasta entonces la causa de no haberla entregado al conde cómo habia entregado á su madre. Tal era el estado de incertidumbre y tribulacion en que se hallaba su espíritu, cuando el alcalde y los demas fugitivos vinieron á acojerse á su casa. La relacion de lo que le habia pasado fué bastante ajustada á la verdad, y lo mismo las palabras del ama; pero uno y otro se callaron algo, y ese algo fué la prohibicion que los fantasmas les impusieron respecto á vivir separados. Por eso dijo el cura que en su cuento habia cosas que no podian revelarse, y por eso dijo su cómplice que ella tambien se pudria algo que á nadie podia decir sino en secreto de confesion.

La noticia del robo de la iglesia obligó al cura á dirijirse al templo, y ya hemos visto en otro lugar el efecto que produjo en su alma la vista de Zacatin unida á las palabras del alferez refiriéndose á Catalina. La que él habia creido en el primer momento de terror una escena sobrenatural dispuesta por el cielo para poner coto á sus crímenes, apareció á sus ojos desde entonces bajo otro punto de vista. Las palabras del alferez, aunque las pronunciase beodo, parecian indicar que Catalina habia jugado en la danza, y el recuerdo de la voz del fantasma tan parecida á la de Mulhacen, si bien desfigurada á propósito por lo que el cura pudo recordar, fué otro nuevo rayo de luz que hizo á este caer en la cuenta de lo que aquello podia ser, y de aquí, como ya tambien sabemos, la cita dada al alcalde.

Esa entrevista en tanto no nos dice sino lo que pasó entre los dos; pero ignoramos otros pormenores que dicen relacion al vicario, y que es preciso manifestar ahora.

Este, no bien dijo su misa, retiróse á se domicilio, y encerrándose en el cuarto bajo de que ya tenemos noticia, rompió el sello del pergamino que le habia entregado el fantasma. No habia dentro de él nada escrito, y esto frustró en gran parte, en su parte mas esencial, la curiosidad del vicario, viéndose precisado á contentarse con la llavecita que estaba introducida en el sello, sin comprender su significado, y con media medalla de oro asida á los dientes de la llave y acon-

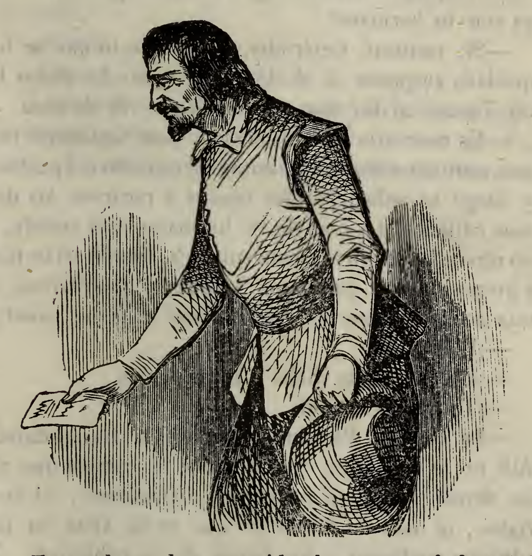
cavada por la opresion con que estaba rollado el pergamino. Esto le satisfizo algo mas, presumiendo que la que el alcalde tenia era la otra mitad de la medalla. Este en tanto tardaba bastante, y mientras acudia á la cita, subió el cura á prevenir al ama se trasladase con la pobre Aldonza á otra casa que le indicó como mucho mas á propósito para tenerla guardada, añadiéndole al oido algunas frases que se referian á Toño, y diciéndole *hasta la noche*. En esto vino el alcalde, y el cura volvió al cuarto bajo, teniendo con él la entrevista á que le habia citado, y llevándose el chasco de no hallar en la bolsa que tenia el alcalde, cosida en lo interior del jubon, sino una llavecita pequeña, en vez de la otra mitad de la consabida medalla. Esto le puso de mal humor, y así despedido el alcalde, volvió á encerrarse en el cuarto bajo, donde estuvo largo tiempo ocupado en hacer con el pergamino una buena porcion de esperimentos, recurriendo unas veces al agua y otras al calor de la lumbre; pero no consiguió lo que anhelaba, que era ver si por esos medios descubria lo escrito en él, pareciéndole inconcebible un pergamino dirijido al Rey sin una sola letra por dentro.

Cansado ya de perder el tiempo en pruebas infructuosas, quiso aprovecharlo mejor meditando detenidamente sobre lo que estaba pasándole, y vió que su posicion era realmente muy séria, pues si como ya no dudaba, se habia Catalina salvado y Mulhacen le hacia compañía en la casa de Pero-Hernan-

dez, era muy de temer que de un momento á otro llegase un dia triste para él, y así, era necesario escudarse, convenciéndose cada vez mas de que ese escudo no podia ser otro sino el que desde por la mañana estaba abroquelándole ya, que era tener en su poder á Aldonza. Su modo de discurrir era tan lógico y tan infernal como puede serlo un discurso largo y prolijamente meditado por una cabeza malvada. Si en la lucha que al parecer estaba próxima á entablarse, vencian Mulhacen y Leonor descubriéndose los crímenes del conde, podia él quedar en buen lugar, ó conseguir al menos clemencia, devolviendo Aldonza á sus padres: si era al revés, y vencia el conde, la ponia en manos de este, y hacia tambien su negocio, y tanto en uno como en otro caso nada perdia en realizar la boda, puesto que en el primero daba á su sobrino nada menos que una condesa, y en el segundo era fácil desembarazarse de una muger completamente inútil, una vez desvanecido el condado. ¿Y por qué no podia suceder que tanto el conde como su hermana se fastidiasen completamente, si él sabia manejarse de modo que las cosas llegasen a ese estremo? Bajo todos los puntos de vista, Aldonza era en las manos del cura un arma defensiva y ofensiva segun le conviniese manejarla.

Formó, pues, el vicario su plan; pero como podia suceder que á pesar de todo lo dicho, se hubiese equivocado el alferez en creer haber visto á Catalina entre los humos de la borrachera, ni mas ni

menos que él en encontrar parecida á la de Mulhacen la voz con que le habia hablado el fantasma, trató saber ante todo si aquella se habia salvado, y sin revelar nada al conde de lo que le convenia ocultar, escribióle una carta lacónica escrita con tinta simpática, diciéndole:



En este lugar han ocurrido algunas novedades. Ved si en el castillo de Irache existe aquello que escondió Astarot. Se dice que el demonio anda suelto, y con-

viene pisarle la cola. Dios os conserve en su divina gracia.

Hecho esto, cerró el pliego, y entregándolo al tio Ramon á quien habia hecho llamar, dióle órden de partir inmediatamente á ponerlo en las manos del conde. Pocos momentos despues, vino el ama. Era ya cerrada la noche.

—Y bien, Gertrudis! dijo el cura: ¿está Aldonza ya con tu hermano?

—Sí, contestó Gertrudis, y por cierto que se ha quedado suspenso el alcalde, segun me ha dicho la tia Teresa, al ver que nos habiamos ido de casa.

—Es necesaria esa precaucion. Esos fantasmas tienen comunicacion con las casas del estremo del pueblo, y luego se suben por los tejados y recorren los demas edificios. La casa de tu hermano está aislada, y no ofrece los mismos inconvenientes, siendo asi la mas á propósito para guardar á Aldonza y guardarnos, si esta noche vuelven los ruidos como la noche pasada.

—¡Dios mio!

—¡Eh! ya te he dicho que no temas.

—¡Tengo un miedo!

—La casa de Pacomio te volverá la tranquilidad. Allí no se han oido hasta ahora los ruidos que en las demás casas, ni ha habido apariciones, ni vestiglos, ni nada en fin de lo que se ha visto en los edificios contiguos á los demás de la poblacion. ¿Y Toño?

—Acaba de llegar ahora, segun se le tenia prescrito.

—¿No le ha visto nadie?

—Se ha hecho todo con la mayor precaucion, y además ya veis que es de noche.

—Es preciso que el oficial y el escudero no se aperciban de lo que pasa.

—Pacomio ha tranquilizado al alcalde, y están tomadas todas las disposiciones que hacen al caso.

—Cerremos, pues, la puerta de casa, y vayamos allá.

—Vamos.

—Vamos.

Y echaron á andar por la calle, dirijiéndose sigilosamente y sin que nadie los viera, á casa de Pacomio el sacristan, donde Aldonza habia sido llevada.



CAPITULO XV.

Toño, Aldonza, Gertrudis, Pacomio, el Cura y otros varios sugetos. Preparativos de boda.

La casa en que habitaba Pacomio era, como se ha dicho, un edificio enteramente aislado de los demas, y estaba situada cerca de la del cura en las inmediaciones de la iglesia. Era la mas alta del pueblo, esceptuando el Palacio de Pero-Hernandez, el cual tenia tres pisos y un minarete muy elevado, mientras aquella tenia solo dos y una boardilla en medio del

tejado, la cual, por lo mismo de estar en el centro, no se via desde la calle sino á bastante distancia. Dicha casa á primera vista parecia una especie de cuartel, y de tal habia servido por su mucha capacidad en las antiguas guerras con los moros. Andando el tiempo, el último dueño que habia tenido, hizo de ella donacion á la iglesia, habiéndola habitado desde entonces los curas anteriores al nuestro; pero este, á quien el conde de Irache habia proporcionado otra morada, aunque menos capaz, mas bonita y mas susceptible de comodidades, la cedió desde luego á Pacomio, que como buen hermano de Gertrudis, era acreedor á eso y mucho mas.

La planta baja de este edificio tenia cuatro departamentos, ocupados por lo general con utensilios viejos de la iglesia; el piso principal otros tantos, y una buena cocina ademas; y el piso segundo, tres solo, los cuales consistian en dos salas y en un oratorio, construido probablemente por alguno de los vicarios para sus ejercicios piadosos, y hasta para decir misa en él cuando hubiera necesidad. A Pacomio, siendo hombre solo, le sobraban como es natural las siete octavas partes de la casa, y asi no acostumbraba á ocupar sino uno de los cuartos del piso segundo inmediatos á la cocina, y esta última con particularidad. La boardilla, en los dias de invierno, le merecia tambien notable predileccion, pues sobre ser bastante cómoda, abriendo una ventana que tenia, entraba el sol de lleno en su recinto, y si no se movia

aire, se estaba allí lo que se llama bien, calentándose el individuo sin tener que gastar en carbon. Asi, lo mejor de aquella casa era entonces el cuarto del tejado, al revés de lo que en otras sucede, donde suele ser lo peor. Pacomio lo tenia aseado, mientras el resto de las habitaciones que no estaban ocupadas por él, eran todas basura y telarañas.

Cuando el cura llegó con el ama á la casa de que estamos hablando, estaba el sacristan á la puerta esperándolos impaciente.

—¡Gracias á Dios! esclamó al verlos: creia que vuesas mercedes no pensaban en venir nunca.

—¿Está todo dispuesto? dijo el cura.

—Aldonza, contestó Pacomio, está encerrada arriba, en la boardilla, y no hace mas que llorar al ver que la he dejado sola allí, cerrando la puerta con llave despues de tabicar la ventana.

—¿Y mi hijo? preguntó Gertrudis.

—¡Eh! repuso el sacristan, mas bajito! que hay gente cerca y nos puede oir.

—Siempre son las mugeres imprudentes, añadió el cura refunfuñando. Aqui no hay hijo que valga, sino Toño y no mas que Toño. ¿Dónde está ese muchacho?

—Durmiendo. Fastidiado de esperar á vuesas mercedes, y cansado ademas del viaje, se ha recostado sobre mi cama.

—Cerrad bien, dijo el cura, la puerta de la calle, echando la barra de hierro, y hasta que esto se ha-

ya concluido, cuidado con abrirla ni responder, aunque la hundan á golpes. ¿Está el oratorio dispuesto?

—Todo está corriente, padre vicario, respondió Pacomio atrancando la puerta.

—Disponed, pues, todo lo necesario, y haced que estén dispuestos esos hombres por si necesitamos su auxilio. Vos, Gertrudis, subid á ver á Aldonza, y consoladla lo mejor posible. Yo por mi parte voy á ver á Toño.

El ama subió á la boardilla, donde Aldonza estaba encerrada. Pacomio hizo salir de los cuartos bajos una porcion de hombres armados que el cura le había hecho traer, y los distribuyó por la casa en los sitios mas convenientes por si acaso le daba á algun fantasma la ocurrencia de venir á turbar el acto que se preparaba. El cura subió á ver á Toño, que como habia dicho el sacristan, estaba en el piso segundo, roncando á mas roncar en su cama.

Antes de seguir adelante, conviene que sepa el lector que el tal Toño acababa de llegar de la poblacion en que estaba, siendo introducido de noche en la casa del sacristan por órden espresa del tio, comunicada á Gertrudis cuando, segun hemos visto en el capitulo anterior, le habló aquellas palabras al oido. El prometido esposo de Aldonza era un jóven como de unos diez y siete años, y segun se parecia á Gertrudis, hubiera podido pasar por hijo suyo mas bien que por sobrino del cura. Su figura era gallarda; pero por una estraña fatalidad, todo

lo que era bello era tonto, siendo así una especie de busto sin pizca de meollo por dentro, añadiéndo-



se á esto lo grotesco y repugnante de sus maneras, nada en armonia tampoco con su agradable esterioridad. Sentado ó puesto en pié sin menearse, y sin

hablar sobre todo, tenia cuantas dotes se podian apetecer para fascinar á cualquiera; pero apenas movia un pié, ó empezaba á soltar la sin hueso, desvanecíanse las ilusiones y mostrábase tal cual era: una bonita bestia y nada mas. Habíase criado en un pueblo distante dos jornadas del cura, yendo este á visitarle algunas veces, y otras, aunque mas raras, el ama, sin consentir que viniese él á visitarlos á ellos, por razones que ellos se sabian. No tenia padre ni madre (esta historia está llena de huérfanos); pero hacian las veces de tales un pobre labrador y su muger, á quienes el vicario habia encargado la educacion de la criatura, reducida á dejarla comer, vestir, calzar, holgar y divertirse como mejor le placiese. Con esto á las prendas de estúpido, añadió tambien Toño las de vago. El cura daba lo exíguamente preciso para su manutencion y demas que era consiguiente, y el ama por bajo de mano aumentaba algunas cosillas, conociendo que la avaricia del vicario se quedaba siempre algo corta. Asi pasó el muchacho la infancia y los primeros años de su juventad, y asi hubiera llegado tal vez hasta la edad de la virilidad, á no haber ocurrido el incidente de existir una Aldonza en el mundo, y un cura empeñado en dar cima á su favorito proyecto de casar con ella á aquel zángano.

El vicario no dijo á su sobrino ni una palabra de ese consorcio, hasta que llegada la hora de realizar sus designios, resolvió enviarle á llamar. Para

que se presentase á la novia con todo el decoro posible, envióle un vestido nuevo, sin olvidarse de que le acompañaran dos mozos de su lugar en calidad de criados, para mas fascinar al alcalde á quien habia dicho que era rico. Todas estas y otros medidas tomadas con el mismo objeto, eran ahora enteramente inútiles, estando Aldonza en poder del cura, y habiendo este cambiado de idea en cuanto á realizar el matrimonio de una manera pública y solemne. La órden dada por el vicario á su sobrino, fué que viniese al momento, esperando sus ulteriores mandatos en una casita de campo que el mismo vicario tenia á media hora del pueblo donde pasa la escena de esta historia. Su objeto era prevenirle allí acerca de la manera con que habia de hacer su papel de muchacho bien acomodado, temiendo si no daba este paso, que enseñase el sobrino la pata y le hiciese quedar malamente ante la novia y sus padres. Merced al cambio de circunstancias que este dia habia ocurrido, no fué esto necesario tampoco. Toño llegó á la quinta, y con uno de los dos mozos que le acompañaban, hizo saber su arribo al vicario. Este entonces mandó á Gertrudis enviase á su hermano Pacomio á recibir al recien venido, trayéndole de noche á su casa y procurando que nadie le viese. El sacristan cumplió sus instrucciones, y mientras él iba á la quinta y el alcalde tenia con el vicario la entrevista que ya se ha referido, Gertrudis sacó engañada á Aldonza, diciéndola que iba á ver á sus

padres, consiguiendo de esta manera darle por prision la boardilla. Este último paso era arriesgado, porque los vecinos del pueblo podian ver la entrada de Aldonza en la casa del sacristan; pero el diablo dispuso las cosas en términos de que nadie notase la traslacion de la pobre muchacha, á pesar de hacerse de dia. A la hora del anochecer envió Pacomio á decir al alcalde que Aldonza estaba en lugar seguro en otra poblacion inmediata, y que no temiese por ella, pues el cura queria alejarla del alferez y del escudero, amparando como debia contra las artes de la seducion la inocencia y candor de la muger destinada á ser su sobrina.

Tenemos, pues, bajo un mismo techo á los dos futuros esposos, sin que nadie sepa de ellos sino el cura, el sacristan y Gertrudis. Dejemos ahora á esta con Aldonza, y á Pacomio repartiendo su gente por el interior de la casa y oigamos al sobrino y al tio.

—¡Eh! dijo el cura, acercándose á la cama en que Toño estaba roncando, y tirándole las narices: ¡eh! ¡buena pieza! ¿qué haces ahí durmiendo?

—¡Ay que barbaridad! esclamó Toño, abriendo un palmo de boca y dispertándose con dificultad. ¿Quién diablos me agarra la trompa?

—¿No me das un abrazo, Toñito?

—¡Ay que diantre! ¿Erais vos? Pues á fé que no me lo podia figurar, porque os tenia por menos bestia. ¡Tratar mis narices así!

—Vamos, Toño, eso no vale nada. Ponte en pié, y escucha.

—¿En pié? Nones. Para escuchar es diferente estar de cualquiera manera.

—Pero para casarse es preciso disponerse como corresponde. ¿No sabes que has venido á casarte?

—¡Toma! eso lo sé hace tres dias, pero hasta ahora no me ha dicho nadie si vá esto de burlas ó de veras.

—Va de veras, querido Toño. ¿No quieres ver la novia?

—¿Quién? ¿yo? ¡Vaya una pregunta!

—¿Por qué?

—Porque es claro que sí. ¿Quién se casa sin saber ante todas cosas si su muger es bonita ó fea?

—Y tambien querrás saber si te ama.

—Eso no me importa un comino. Con tal que sea bonita...

—Es rica.

—Eso importa menos aun. El que me ha mantenido soltero, seguirá manteniéndome casado aunque mi muger nada tenga.

—¿Cuentas siempre con la bolsa del tio?

—Pues ya se vé que cuento.

—Pues mal hecho, porque lo que te he dado hasta aqui ha sido una obra de caridad que no sé si podré continuarla en los términos que hasta ahora lo he hecho.

—¡Bueno! si vos no me manteneis, no faltará otra

alma caritativa que se encargue de esa incumbencia.

—¿Y quién ha de hacerlo, Toñito, el dia en que yo te falte? Eres huérfano; no tienes padres.

—¡Valientes majaderos los dos! ¡Morirse cuando yo vine al mundo! Pero en fin si vos me faltais, ahi está la tia Gertrudis que no se olvidará de su hijo, como me ha llamado mil veces.

—Enhorabuena; pero si yo me muero, ¿qué podrá hacer Gertrudis por tí? ¿No conoces que soy su sosten, lo mismo que lo he sido tuyo?

—¡Pues bien! me casaré con muger rica, ya que estais empeñado en ello. Pero hablemos claro: si es fea...

—Es bella como un ángel.

—Pues entonces no hablemos mas. Yo soy bonito, y quiero tener hijos que no desmerezcan de mí. ¿Cuando es el matrimonio?

—Ahora mismo. Límpiate el polvo del camino; aséate como corresponde, y lo demas corre de mi cuenta.

—El vestido nuevo, ¿no es eso?

—Yo en un principio habia pensado que el casamiento se verificase con toda solemnidad, y en ese caso estaria muy en el órden que te ataviases lo mejor posible. Habiendo cambiado de idea, y siendo el enlace sin ceremonia, no es tan preciso ese requisito; pero en fin... nunca está demás. Ponte el vestido nuevo.

—Corriente; pero traedme luego la novia, porque

como dice el tio Cantillo, estas cosas deben pensarse poco, pues si se piensan mucho...

—Es verdad, no se casaria ninguno. Mas tú no estás en el mismo caso, porque á tí no te toca pensar nada, sino á mí y á los padres de la muchacha, como autores del matrimonio.

—Pues mirad, me alegro muchísimo de no tener que discurrir yo nada, porque siempre que pienso en algo, no puedo remediarlo... me duermo.

—Hasta luego, Toño.

—Id con Dios; pero cuidado con que sea vieja.

Tal fué el diálogo que pasó entre el cura y el dignísimo idiota destinado para esposo de la víctima. Esta entretanto estaba en el desvan, lamentando la ausencia de sus padres, y el modo misterioso y siniestro con que habia sido allí conducida.

—Vos me habeis engañado, decia á Gertrudis. Me habeis dicho que mis padres estaban aquí, y Pacomio ha repetido lo mismo, y os habeis burlado de mí, dejándome encerrada en esta boardilla, donde no puede socorrerme nadie si me sucede alguna desgracia.

—¿Y qué desgracia te ha de suceder, hija mia? respondia Gertrudis. Yo soy tu buena amiga, ya lo sabes; y cuando te hemos traido aquí, es señal que así te conviene. ¿Dudas tambien del padre vicario?

—¡Ah! no, del padre vicario, no; y por eso me estraña mas que me hayan sacado de su casa, donde, aunque no muy contenta, porque al cabo no esta-

ba con mis padres, tenia menos miedo que aquí.

—¿Pero no te he dicho ya que el traerte habia sido disposicion del señor cura? Él te dirá para que lo ha hecho, y estoy segura que le agradecerás el cuidado que se toma por tí.

—Ya se vé que me lo agradecerá, dijo el vicario entrando en la boardilla.

—¡Ah! ¿Vos aquí? esclamó Aldonza, echándose á los pies del vicario. Entonces, ya no temo nada, porque vos no me quereis mal.... ¿no es verdad que no me quereis mal?

—¡Yo, hija mia! ¿Y por qué? Pero veo que has debido llorar bastante, cuando yo te habia hecho traer para hacer tu felicidad. ¿Te han tratado mal por ventura el ama ó su hermano Pacomio?

—No, tratarme mal, no señor; pero me han dejado aquí sola, y.... no sé.... desde que no veo á mis padres, me parece que todo lo que me rodea me amenaza con alguna desgracia. ¿En dónde estan mis padres?

—Una niña que vá luego á tener esposo, no necesita mas padres que él. Son palabras de la Escritura.

—¡Yo un esposo! ¿qué es lo que decís?

—¿Pues no sabes ya desde anoche....

—Sí, sí.... anoche me lo dijeron: pero luego dijisteis vos que una voz bajada del cielo habia prohibido ese enlace, y yo estaba tranquila ya, y era imposible figurarme esto.

—Pues no has pensado bien, hija mia, porque ni la voz que me habló era bajada del cielo, ni lo que yo

dije anoche tuvo otro objeto que sondear tu corazon y ver por las señales de tu rostro, si tenias algun amor escondido. Tú, hija mia, estás fascinada por un hombre á quien viste ayer.

—¡Padre vicario!

—Sí, por un hombre que acaba de llegar á este pueblo,... pero, Gertrudis, esperadme allá abajo, porque esta niña ante todas cosas tiene que confesarse conmigo.

El ama salió de la boardilla, y dejó al cura solo con Aldonza. La pobre muchacha empezó á temblar como la hoja en el árbol.

—Veo que estás temblado, dijo el cura; pero yo como sacerdote no puedo infundirte temor. Abreme tu corazon, hija mia, y confiésame todas tus culpas. Yo te absolveré compasivo si veo en tí señales de enmienda.

—Pero, padre vicario, dijo Aldonza derramando un torrente de lágrimas: este sitio en que estamos no es la iglesia para que yo me confiese, y ademas, para confesarse, es preciso ante todas cosas disponerse como corresponde.

—¡Aldonza! háblame como á Dios. Tú amas á otro hombre.

—¡Sí, padre! Le amo... desde el momento que le he visto, no he podido menos de amarle.

—¡A un villano, á un infame, á un inícuo!

—¿Qué decís? ¡Diego Perez!

—¡Ah! vamos, esclamó el vicario para sí: ya sabe-

mos que no es el oficial el preferido entre los recien-llegados.

Y luego, volviéndose á ella:

—¿Con qué es Diego Perez, le dijo, el que fascina tu corazon? Preciso será que ese hombre te haya dicho algunas palabras capaces de hacerte caer en la tentacion de quererle.

—No, padre, no me ha dicho nada. Sus ojos han hablado por él.

—¡Sus ojos! ¡Imposible! Algo mas.... algo mas que miradas ha habido.

—¡Padre!

—¿Nada te ha dicho?

—¡Nada.... nada! pero lo he comprendido todo. Ademas, cuando los ruidos de anoche, él era el único que tenia valor, él único que á todos daba ánimo. ¿Cómo quereis que yo no le amára?

—¿Ni aun siquiera te ha estrechado la mano?

—¡Padre!

—¡Oh sí! te la ha cojido, y algo mas.... algo mas que cojértela ha hecho.

—Es verdad! Me la besó tiernamente.... y despues me estrechó entre sus brazos.

—Hé aquí la razon por qué tus padres no podian consentir que permanecieses un instante mas á su lado; hé aquí por qué has venido á mi casa; hé aquí por qué has sido traida al sitio en que ahora te encuentras. Para penitencia á tu culpa, sino has cometido otra mas.....

—No, padre! os lo he dicho ya todo.

—Para tu penitencia, repito, basta el mal rato que has pasado aquí; mas para que yo pueda absolverte, es necesario algo mas.

—¿Y qué exijis de mí?

—Que al momento te dispongas á dar la mano á Toño.

—¿Qué decís?

—Que espera allá bajo, y que debes renunciar para siempre al amor de ese advenedizo, de ese infame, de ese vil escudero.

—Padre! me destrozais el corazon. Vos no conoceis á mi amado cuando de ese modo hablais de él.

—Por su clase es indigno de tí.

—Mi familia no es noble, señor; yo soy una muchacha de la plebe; el amor que yo tengo á Diego no puede sonrojar á mi padre.

—Tu padre tiene bienes de fortuna, y Diego no posee nada.

—¿No posee nada, siendo tan discreto, tan gallardo, honrado y valiente?

—Tus padres no le quisieron por yerno.

—Yo no aspiraba á darles un hijo: me contentaba solo con amarle.

—Tú no puedes amar á nadie, si tus padres se oponen á ello.

—Mis padres dispondrán de mi mano; pero no de mi corazon.

—Tú dictas tu sentencia, hija mia. Yo por ahora

no pido tu corazon; lo que reclamo en nombre de tus padres es tu mano, solo tu mano.

—Señor! tened compasion de mí. ¿Puedo ser yo esposa de un hombre, cuando mi corazon ama á otro?

—Le amas porque no hay un deber bastante poderoso á impedirlo. Casada, amarás á tu esposo; trás la mano vendrá el corazon. Venga inmediatamente la mano.

—¡Dios mio! Yo me voy á volver loca, esclamó Aldonza fuera de sí, al verse cada vez mas estrechada por las exigencias del cura: ¿es posible que un ministro de Dios se esprese de esa manera? Yo os tenia por bueno, Señor, y veo....

—No prosigas, insensata, dijo el cura sellándole los lábios: hasta aqui te ha hablado el amigo... el ministro de Dios viene ahora. Aldonza, en nombre del cielo, yo te mando renunciar á ese amor.

—Ah! esclamó Aldonza, eso es mas cruel que lo que antes me habiais dicho. Antes os limitabais á mi mano.... ¡ahora me arrancais las entrañas! Habladme como amigo otra vez.... ¡el ministro de Dios me dá miedo!

—Sin embargo, replicó el cura con espantosa solemnidad, es necesario oir al sacerdote. Esa pasion que te hace delirar es efecto de artes diabólicas empleadas por el escudero. No domina un hombre tan pronto en el corazon de una jóven sin el auxilio de Satanás. Los sucesos de anoche son horribles. Tu amor es caso de inquisicion.

—¡De inquisicion! ¡Ah! ¿qué decís?

—Sí, Aldonza. Recuerda el sacrílego robo que se ha verificado en la iglesia.... recuerda la tumba y las hachas que en tu casa se aparecieron... recuerda el perro de Diego Perez que tanto miedo te infundia anoche.... recuerda....

—¡Ah! ¡por piedad! yo me ahogo.

Y la pobre muchacha al oir estas espresiones del cura no pudo en el estado en que se hallaba resistir semejantes recuerdos, y cayó desvanecida á sus pies. El vicario se asomó á la escalera, pidiendo auxilio al ama y á su hermano. Estos no sabiendo á qué atribuir aquel inesperado incidente, dirijiéronse á la boardilla seguidos de los hombres armados. Toño, vestido ya como de fiesta, subió á la boardilla tambien.

—¿Qué ocurre? esclamó el sacristan, acercándose no sin recelo al sitio en que estaba el cura.

—¿A donde vá esa gente? dijo este. Haz que vuelvan esos hombres abajo, que no es necesario su auxilio.

—¡Cómo habeis llamado así tan....

—Está bien que se hallen dispuestos por lo que pueda ocurrir, mas repito que lo que es por ahora no hay nada que huela á fantasmas.

—¿A fantasmas? esclamó Toño mientras se retiraban los hombres y Gertrudis iba por agua para rociar la cara á Aldonza: si lo decís por mí, teneis razon, porque estoy hecho un fantasmon completo desde que os estoy esperando. ¡Pero calle! ¿Una niña con vos?

—Anda abajo, Toño, anda abajo.

—¡Toma! pues está desmayada. ¿Es esa por ventura mi novia?

—Repito que te marches de aquí, dijo el cura con tono enfadado.

—Y es bonita á lo que parece. ¿Pero qué diablos de patatús le ha dado?

—Aquí está el agua, dijo Gertrudis, entrando donde estaban los tres, es decir, el vicario, Aldonza y Toño.

—¿Agua? esclamó este último: ¡arre allá!

Y dió un puntapié á la vasija, haciéndola rodar por la escalera.

—¿Qué haces? dijo el cura.

—¡Pues es claro! contestó el animal del sobrino. Para que la pobre muchacha vuelva del desmayo en que está, el mejor remedio es el aire. Venga un sombrero; yo la haré volver.

—Eres un majadero, un animal.

—¿Animal? Ahora veremos.

Y sin pedir licencia al vicario, abrió la ventana de la boardilla, no sin costarle bastante esfuerzo, dando entrada á un viento fortísimo que á la sazon estaba soplando.

Fuese casualidad ó no lo fuese, Aldonza comenzó á volver en sí, no bien Toño abrió la ventana.

—¿No lo veis? dijo este.

—Enhorabuena, contestó el vicario; pero vuelve á cerrar al momento, y tú, Gertrudis, apaga la luz.

—No es necesario, dijo Gertrudis, porque el viento se ha encargado de hacerlo.

—Si, esclamó el vicario, es verdad; pero lo ha hecho demasiado tarde. ¿Oyes ladrar un perro?

—Con efecto. Parece el mismo de anoche.

—Si, el mismo es... ¡el perro nos ha visto! Vamos abajo inmediatamente.

Y cogiendo entre los tres á Aldonza, que estaba aun medio aletargada, dirijiéronse con ella al piso inmediato, previniendo á los hombres armados que estuviesen todos alerta.

Gavilan entretanto ladraba desde algun sitio alto al parecer, segun se oian claros los ahullidos que el viento enviaba. ¿Empezaba otra barahunda como la noche anterior? La poblacion estaba sosegada, y la casa de *Pero-Hernandez* no daba señal la mas leve de turbar su tranquilidad. ¿Por qué, pues, ladraba aquel bicho? Gavilan habia quedado en el cuarto del oficial, atado á los pies de la cama, y fuerza será trasladarnos á la casa del señor alcalde, para saber á que hemos de atenernos relativamente á este punto.



CAPITULO XVI.

¡A la casa de la boardilla!

Vestido medio de gala el alferez , y llana y lisamente el escudero como de costumbre tenia, bajaron á cenar con el señor Alcalde, segun se les tenia prevenido, á la hora del anochecer.

La mesa estaba puesta en la cocina, y tenia cuatro cubiertos. Despues de los saludos de costumbre, sen-

tóse el alcalde á la cabecera, la alcaldesa en el lado



opuesto, y el alferez entre los dos, quedando el otro asiento vacante, porque Diego se quedó en pié.

—¿No os sentais? le preguntó el alcalde.

—Como veo que no hay asiento para mí.... contestó el escudero.

—¿Cómo que no? dijo la alcaldesa. ¿Pues no lo teneis aguardándoos en frente del señor oficial?

—¿Es para mí ese sitio? ¡Mal negocio!

—¿Por qué?

—Porque no habiendo otro mas, es prueba de que la señora Aldonza no tiene á bien honrarnos esta noche.

—En efecto! esclamó el oficial, no sin sentir que Diego se le hubiese adelantado en hacer recaer la conversacion sobre aquella sensible ausencia. ¿No cena con nosotros mi prima?

—Está en casa del señor vicario, dijo el alcalde con acento bastante triste, no pudiendo disimular la pena que ocultaba en su pecho.

—¡En casa del vicario! ¿y qué hace allí? preguntó el oficial de muy mal humor con tan inesperado incidente.

—Son cosas de familia, dijo la alcaldesa con acento no menos triste del que habia usado su esposo. Cenemos, y no pregunteis mas.

—¿Cuanto apostamos, dijo Diego Perez comenzando á hincar el diente en la cena, á que adivino la verdadera causa de la ausencia de la señora Aldonza?

—¿Qué quereis decir? preguntó el alcalde.

—Nada: que siendo asunto de familia el que ha motivado esa ausencia, debe de ser tambien de la familia

el que ha motivado el asunto. ¿Qué os parece, amo mio?

—No os entiendo.

—¿No? Pues entonces me esplicotearé. La familia del señor alcalde constaba ayer de tres individuos, que eran él, la alcaldesa y su hija: luego vinisteis vos y fueron cuatro, no contándome yo en el número, porque no soy, como vos lo sois, deudo ó cosa por el estilo de ninguno de los tres. Ahora bien: ese aumento de uno, no entraba por lo visto en las cuentas de vuestros amabilísimos tios; y para corregir el esceso y evitar algun otro mas, que siendo tan gallardo como sois pudiera muy bien ocurrir, han dicho para sí: aqui sobra alguien. ¿A quién sacaremos de casa? ¿A nuestro sobrino? Eso no, porque sobre ser un desaire á que no es acreedor en manera alguna, nosotros le queremos demasiado para ni por sueños hacérselo. Aldonza, pues, y solamente Aldonza es la que se debe alejar. Y se ha marchado efectivamente, y la familia queda reducida al número *tres* como antes. ¿Eh? ¿qué tal? Me parece que he dicho algo.

—Y aun algos, dijo el alcalde enfadado: esa es una suposicion injuriosa, y estraño que el señor oficial os consienta tener tanta lengua.

—Con efecto, añadió el alferez, cubiertas las mejillas de carmin al verse convertido en protagonista de las alusiones del escudero: pecais mas de lo que es menester de atrevido y de deslenguado.

Y luego, queriendo apurar lo que pudiera ha-

ber de cierto en lo que Diego acaba de decir

—Mi tio, prosiguió, sabe bien que soy un hombre de honor, incapaz de faltar en lo mas mínimo á los respetos debidos á mi prima.

—¡Toma! contestó Diego sin alterarse: ¡como si fuera faltarla quererla como corresponde, no ya precisamente como deudo, sino como algo mas que simple primo!

—Eso es ya demasiado, Diego Perez, esclamó el oficial irritado.

—Demasiado, dijo el alcalde.

—Demasiado, añadió la alcaldesa.

—Y van tres demasiados, contestó Diego con la misma imperturbabilidad, y sin embargo tengo que añadir, que si no es mi amo la causa del incidente á que nos referimos...

—No señor, no lo es, dijo el alcalde.

—Entonces lo soy yo, dijo Diego, y este ya no es asunto de familia, como ha dicho la señora alcaldesa.

Un movimiento de sorpresa se dejó notar en los padres, y otro de alarma en el oficial.

—¡Vos! ¿y por qué?

—Porque tambien la quiero, y porque ella me corresponde.

—A tan brusca declaracion, levantáronse todos de sus asientos.

—¿Qué es lo que dice? esclamaron el alcalde y la alcaldesa, mirando á Diego Perez con desprecio.

—¿Qué habeis dicho? dijo el alferez, notándose en el tono de su voz el acento del amor propio ofendido.

—Digo, prosiguió el escudero sin alterar su acostumbrada calma ni dejar de seguir cenando, que la señora Aldonza por lo visto tiene hasta ahora tres adoradores: el sobrino del padre cura á quien está prometida, vos que teneis mas derechos que él á ser preferido en la boda, y yo que aspiro á lo propio, sin mas derechos para conseguirlo que los que ella me quiera conceder. ¿A qué tapujos, señor alferez? Vos me habeis dicho arriba que la amais; yo os he dicho que la amo tambien; sus padres la han sacado de casa para dejarnos á buenas noches.... La cosa merece la pena de romper las hostilidades y ver quien se come la breva.

Tanta audacia no era ya para sufrida, y así esclamó el alcalde:

—¡Habrá insolencia! ¿Y vos, sobrino mio, consentís que ni aun por via de broma se atreva á proferir esas palabras?

—¡Un escudero, dijo la alcaldesa, atreverse ni siquiera á soñar....! La culpa la tenemos nosotros por habernos familiarizado con él.

—En verdad, prosiguió el alferez, que si es broma es algo pesada, y si no lo es....

Unos golpes que á la sazon sonaron á la puerta interrumpieron al oficial.

—Señor alferez, dijo la criada: abajo hay un

desconocido que al parecer pregunta por vos.

—¿Por mí? que suba y entre en la sala. Tio, con vuestra licencia....

—Pues si señor, dijo Diego mientras el oficial salia á ver quien era el que le llamaba: he hablado con esta franqueza, no mas que para daros ejemplo. Vamos ahora á ver si el señor alcalde tiene á bien usarla conmigo. Cuando subisteis arriba, disteis á mi perro otro nombre del que yo le acostumbro á dar. ¿Tendreis á bien decirme quien os ha dicho que Gavilan se llama Zacatin?

El alcalde no se dignó contestarle.

—¡Ola! prosiguió Diego. ¿Callais? Entonces voy á ver si el padre cura me dá razon del misterio.

—El cura, dijo el alcalde asustado al oir aquella especie, no tiene nada que ver con eso. Vos fuisteis, y no os acordais, el que nos revelasteis á todos el verdadero nombre del perro.

—Tengo muy buena memoria, señor alcalde, y á mí no se me comulga con ruedas de molino. Podeis tomar asiento á la mesa. Yo dejo el mio vacante.

Y se levantó para irse á casa del padre vicario.

—¿Buscais, dijo el alcalde, un pretesto para presentaros á Aldonza? Enhorabuena; pero os cansais en vano, porque el cura no está en su casa y os será muy dificil dar con él, y sobre todo con ella.

—¡Ah! ¿Con qué no me engañaba? ¿La causa de

la ausencia era yo? Cierto que no se os puede negar que habeis tomado bien vuestras medidas, ó por mejor decir, el padre vicario, que segun decís no está en casa. ¿Y á dónde ha ido á pasar la noche?

—Señores dijó el oficial entrando. Esta noche tenemos novedades. El conde de Irache está para llegar de un momento á otro. El que ha venido es un enviado suyo que acaba de prevenirme disponga el



señor alcalde todo lo que sea preciso para alojarle como corresponde.

—¡El señor conde aquí! dijo el alcalde. ¿Pues qué ocurrencia le dá en venir á esta poblacion, y mas á hora tan desusada?

Nuevos golpes dados á la puerta, anuciaron que llamaba algun otro.

—¿Quién es? preguntó la criada.

—¿El señor Diego Perez? contestó una voz.

—Que suba quien sea, contestó el escudero, y salióse como el alferez á recibir al que preguntaba por él.

—¿Pero no estais asombrado, sobrino, dijo la alcaldesa al oficial, de la insolencia de ese escudero? Yo no quiero tenerle en casa.

—Sin embargo, dijo el alferez, esta noche le necesito, porque esa venida del conde.... Dejando, empero, esto á un lado, ¿qué ocurrencia ha sido esa, tia mia, de sacar Aldonza de casa? Yo, hablando ingenuamente, sentiria mucho que esa boda que teneis concertada....

—Es boda inevitable, dijo el alcalde; y espero que como hombre de honor, segun os acabais de llamar, me ayudareis á llevarla á cabo y á burlar los planes de Diego.

—¡Pues qué! ¿Diego.....

—Sí, él es la causa de haberla alejado de aquí.... pero silencio, que vuelve.

—Señores, dijo este: otra nueva. Ademas del conde de Irache, viene tambien el duque de Olmedo.

—¿El duque de Olmedo tambien? esclamó el al-

calde: no deja de ser cosa singular elejir este pueblo y esta hora para honrarnos con su visita. ¿Cómo me arreglo yo con dos huéspedes de tan alta categoría?

—¿Y quién os ha traido esa nueva? preguntó el oficial.

—Francamente, contestó el escudero, es cosa que no puedo deciros, porque él no me ha dicho quien era.

Al decir el escudero estas palabras, estaba como suspenso. El hombre que acababa de llamarle, despues de decirle que el duque iba á llegar de un momento á otro, le habia entregado una llavecita, diciéndole que abriese con ella la bolsa que la noche anterior habia visto sobre el altar en el sótano. El escudero obedeció la órden, y sacando la bolsa que siempre llevaba consigo, metió la llavecita en el candado, no sin recordar las palabras: «*esta bolsa que ves es para tí, y para otro lo que tiene dentro.*» Abierta, halló dentro otra bolsa, cerrada con otro candado, y en él estas palabras en letra minutísima como las anteriores: *Para entregarla al duque de Olmedo*. Sorprendido Diego al ver esto, volvió la vista para interrogar al hombre de la llavecita; pero este se habia marchado sin decir una sola palabra, y esta era la razon que el escudero tenia para estar pensativo cuando se presentó en la cocina.

El alcalde, la alcaldesa y el alferez no tuvieron tiempo de advertir en Diego inmutacion de ningu-

na especie, por haberles llamado la atencion otros golpes mas recios que los anteriores, dados nuevamente á la puerta.

—¡Qué demonios! dijo el alcalde: esta noche es todo llamar. ¿Tendremos broma como la pasada?

—Señora, dijo la criada: un hombre pregunta por vos.

—¿Por mí? dijo la alcaldesa.

—Sí por cierto, y os ruega que bajeis.

—¡Toma! que suba él, dijo el alcalde.

—Dice que bajeis vos con ella.

—¿Pero qué hombre es ese?

—Miradle.

El alcalde se asomó á la ventana, y vió á la luz de la luna un bulto que al momento reconoció, no sin estremecerse al mirarlo.

—¡Vírgen Santa! esclamó: ¡Vírgen Santa! ¿qué traerá ese hombre? Bajemos.

Y agarrando del brazo á la alcaldesa, precipitóse por la escalera, bajando á ver al desconocido. El alférez y el escudero se quedaron con la boca abierta.

Unos instanstes despues, empezaron á sonar en el patio desconsoladores gemidos. El oficial y Diego Perez precipitáronse escalera abajo ansiosos de saber lo que era.

El alcalde y la alcaldesa estaban lamentándose en el patio y retorciéndose las manos con dolor. El hombre que acababa de llamarlos, habia desaparecido.

—¡Tios! ¿qué es eso? dijo el oficial.

—Una calamidad, una desgracia, esclamaron ambos á una. ¿Dónde encontraremes á Aldonza? El cura es un infame! ¡Aldonza!... ¡Aldonza!....

—Pero.... ¿y bien?

—Vamos á arriba, sobrino.... vamos y te lo esplicaremos. El escudero no debe oir esta triste revelacion.

Y dejando á Diego hecho una estátua, subieron los tres á la sala, encerrándose con llave por dentro.

El escudero, cuyo corazon latia convulsivamente al oir pronunciar el nombre de Aldonza de una manera tan alarmante, no pudo permanecer pasivo, y lanzándose detrás de los tres y olvidando toda clase de consideraciones, dió una patada á la puerta, y echándola poco menos que á tierra, colóse en la sala tras ellos.

Cuando entró, ya el alcalde y la alcaldesa habian dicho al oficial lo bastante para que este pudiese inferir que podria ser conveniente oyese Diego lo demas. Así, en vez de oponerse á que entrára, instó á sus tios á que prosiguiesen sin recatarse del escudero.

Lo que habia ocurrido era grave. El hombre que acababa de venir era el sér misterioso que habia puesto en manos del alcalde y de la alcaldesa el precioso depósito de Aldonza; el mismo que todos los años les habia hecho entregar los cien escudos de oro para su manutencion; el mismo, en fin, que les habia anunciado que pasado cierto plazo vendria á reclamar aquella niña. Ese plazo habia llegado, y el hombre venia por ella. Esa devolucion entretanto era de todo

punto imposible. Aldonza no estaba en casa. El cura se la habia llevado, y ni el alcalde ni la alcaldesa sabian donde podrian hallarle, porque Pacomio les habia enviado á decir que se habia marchado fuera. Cuando oyó esto el desconocido, alzó al cielo tristemente los ojos, y diciendo á los dos: «¡desgraciados! ¡la habeis perdido y os habeis perdido!».... retiró la mitad de una medalla que habia mostrado al alcalde



al reclamar la devolucion, y embozándose hasta los ojos, se marchó por donde habia venido.

—Segun eso, esclamó el escudero cuando ellos acabaron de contar lo que les habia pasado: segun eso, ¿esa pobre muchacha... esa Aldonza no es hija vuestra?...

—Ya veis, Diego, dijo el alferez, que ahora no debemos pensar en ser rivales, sino en disputarnos la prez de salvar de las garras del lobo una inocente cordera. Esa niña....

—¡Ah! comprendo, comprendo! contestó el escudero inmutado. ¿Cuándo llega el conde?

—Sí, sí, esclamó el alcalde, creyendo comprender lo que Diego queria decir: nos presentaremos al conde, y él mandará que el cura nos la devuelva.

—¡No, no! de ninguna manera, dijo el alférez es-



tremeciéndose. El conde de Irache no debe saber nada. Silencio, tios mios, silencio.

—Pero.... ¿por qué?

—Porque conviene así; porque el secreto de esa pobre niña no lo debe saber ninguno, sino solamente nosotros.

—Es que el cura lo sabe todo, dijo la alcaldesa.

—¿Lo sabe? ¡Desgraciados! ¿Qué habeis hecho?

—En nombre del cielo, os juramos que no lo hemos podido evitar; pero esto no es ahora del caso. Lo que importa es hacer diligencias para recobrar nuestra hija...., la que hemos criado y querido como si fuera hija nuestra. ¿Qué haceis los dos aquí? Corred, volad.... Buscadla por todas partes; recorred las poblaciones circunvecinas; arrancadla de las manos del cura, traédnosla al momento, traedla.

—¿Estais seguro, dijo Diego despues de haber meditado un rato, que el cura ha salido del pueblo?

—Eso venia á preguntar yo, dijo el tio Ramon, colándose súbitamente en la sala, sin necesidad de llamar á la puerta de la calle, porque la habia encontrado abierta.

—¡Vos aquí, tio Ramon! dijo el alcalde. ¿Pues no ha dicho vuestra muger que habiais salido fuera?

—Sí, pardiez, y por el barro que traigo conocereis que no os ha mentido. Los caminos están intransitables. He terminado el viaje sin embargo antes de lo que creia. Mi marcha era nada menos que á Toledo á dar, de parte del señor vicario, una carta al conde de Irache; pero á cosa de una legua de aqui he dado con el conde de Irache en el camino,

y ha leído la carta del cura, y me ha dicho que me volviese y que dentro de breve tiempo vendria el mismo con la respuesta.

—¿Y cómo es eso de venir el conde, ó de haberle vos hallado en el camino? preguntó el alferez con marcadas señales de ansiedad.

—No sé, dijo el tio Ramon; pero he visto con él al duque de Olmedo, al capitan Rui-Gomez y que sé yo, un sin fin de hombres de guerra.

—¡El capitan Rui-Gomez! esclamó el escudero. ¿No estaba en la vanguardia del rey?

—Yo no entiendo, dijo el tio Ramon, de estas cosas que atañen á milicia, ni he tenido tiempo tampoco para hacerme cargo de nada, puesto que me he vuelto al instante cumpliendo con la órden del conde; pero al ir á ver al vicario, he hallado la puerta cerrada, y lo mismo la casa del sacristan. Visto esto, he venido aquí á ver si por casualidad estaban el uno ó el otro en compañía de vuesas mercedes, y veo por lo que he oido al señor Diego Perez.... ¿Pero qué es lo que noto en los semblantes de vuessas mercedes, que parece....

—Nada, no es nada, dijo el alcalde. El cura no está aquí, y no sabemos en donde podrás dar con él. Con que así, si no ocurre otra cosa....

—Habrá sabido acaso, dijo Ramon, que el conde estaba en marcha para aquí, y se habrá adelantado tal vez... Pero entonces, ¿cómo demonios no he dado yo con él en el camino haciendo una noche tan clara? En

fin, él volverá cuando le ocurra. Yo no le busco mas; me voy á casa. Dispensen vuesas mercedes, y queden con Dios.

—El os guarde.

Ido el tio Ramon, dijo Diego:

—Señor alcalde, señora alcaldesa, el cura no ha salido del pueblo.

—¿No? ¿De qué lo sabeis?

—Me lo figuro; pero esto es perder tiempo. Venga el señor alcalde conmigo, y venga tambien el señor alferez, y si el cura no responde en su casa, echemos abajo la puerta.

Al decir esto el escudero, empezó á ladrar Gavilan en el cuarto del señor alferez, siendo tan estraños sus ahullidos, que el escudero y el oficial no pudieron menos, en medio de la angustia que los poseia, de subir á ver que era aquello.

El alcalde y su muger, aterrados con los recuerdos de la noche pasada y con lo que el cura les habia dicho del perro, no se atrevieron á menearse.

Al entrar Diego Perez en el cuarto, vió á Gavilan, rotas sus prisiones, asomado á la ventana y ahullando, fija la vista en la boardilla de una casa que se elevaba sobre las demas, y en la cual pareció apagarse una luz repentinamente.

—¿Qué casa es esa de la boardilla? preguntó el escudero al alferez.

—Cuando yo estaba aquí con mis padres, dijo este, la habitaba Pacomio el Sacristan.

—¡Pacomio el Sacristan! esclamó Diego: entonces no se ha ido de casa como habia dicho el alcalde. En la boardilla han apagado una luz y esto prueba que hay gente dentro. Señor alferez, señor alcalde, añadió precipitándose por la escalera: ¡á la casa de la boardilla!!!



CAPITULO XVII.

El Conde y el Duque.

Mientras Diego, el alferez y el alcalde se dirigen á casa de Pacomio en el trance tal vez mas crítico para la pobre y desgraciada Aldonza, traslademonos nosotros un instante á cosa de una legua del pueblo, al camino que desde Toledo conduce á él, ocupado, como habia dicho el tio Ramon, por una procesion de hombres de guerra, cuyas armas, corazas y

cascos se ven reflejar á lo lejos los rayos de una luna clarísima que desde el centro del firmamento está iluminando la noche.

Grave debe de ser el motivo que conduce la hueste del rey en direccion tan inesperada, porque es el del rey con efecto el ejército que vá caminando en medio del silencio de la noche hácia la casa de *Pero-Hernandez*, ó por lo menos hácia la poblacion, en uno de cuyos estremos, el primero precisamente con que han de tropezar los que se acercan, se alza ese edificio nefando,

El ejército que ahora camina lleno de lasitud y cansancio, hallábase la noche anterior descansando en sus cuarteles de invierno cerca de Cibdad-Real, sin que la hueste de los sarracenos, acampada al otro lado de la Sierra y en cuarteles de invierno tambien, hiciese movimiento ninguno con ánimo de quererla pasar, hallándose por otra parte muy bien guardados sus desfiladeros, para que el rey castellano pudiera ni por sueños temer ninguna especie de agresion de parte de sus enemigos.

Un aviso misterioso dado al rey mientras S. A. se solazaba en una Granja inmediata á Toledo, obligó al monarca á dejar las diversiones que le emancipaban de todos los cuidados del reino, haciéndole montar á caballo y mandando al conde de Irache que le siguiese inmediatamente. Acostumbrado el conde á ver al rey no pensar ni obrar cosa alguna sino cuando él se la sujeria, debióle chocar y chocóle una órden tan

repentina, y atrevióse á preguntarle la causa de semejante determinacion.

—A la hueste, contestó el rey; vamos inmediatamente á la hueste: mi trono y mi reino peligran si permanecemos aquí.

Y el conde hubo de seguir al rey sin recibir mas esplicaciones, caminando toda la noche, y llegando al campamento los dos poco antes del amanecer del dia en cuya noche estamos ya, al mismo tiempo poco mas ó menos que el cura enseñaba á sus huéspedes aquel pergamino rollado, cuyo sobre decia así: *Para entregarlo á S. A. el rey el dia que venga á este pueblo.*

Encargado el duque de Olmedo de la direccion de la hueste por delegacion del conde de Irache, sorprendióse lo que no es decible cuando le dispertaron sus guardias, diciéndole que el monarca y el conde acababan, sin prévio aviso, de presentarse en el campamento.

—¿Qué novedad es esta? preguntó al rey.

—No lo sé, contestóle el conde, adelantándose á su soberano, y como si el duque de Olmedo le hubiera hecho la pregunta á él: S. A. no ha tenido á bien hacer confianza de mí para informarme de su secreto.

—Veo que el conde me reconviene, dijo el siempre débil monarca; pero él me permitirá que en vez de contestar á su pregunta, interrogue yo al duque de Olmedo. Decidme, señor duque: ¿qué noticias teneis de Almanzor?

—¡Pardiez! contestó el duque: ningunas, salvo

que se halla en Granada solazándose como de costumbre con sus consabidas huríes, y haciendo de su harems un trasunto del paraiso prometido á los moros por la voz carnal del profeta.

—Eso mismo he dicho yo, dijo el conde, asegurando á S. A. por las noticias que me comunicais constantemente, que no hay señal la mas mínima de que el moro intente moverse para invadir nuestro territorio.

—Es decir, repuso el monarca, que las seguridades del conde son las mismas que tiene el duque.

—Y tanto, contestó este, que nunca me he hallado tan tranquilo como lo estoy en la actualidad. Figuraos, señor, que mi hija, la bella y graciosísima



Irene, es lo que yo mas amo en este mundo despues

de vuestra régia persona, y que esa hija á quien tanto quiero....

—Y que vá á ser mi esposa, Señor, añadió el conde interrumpiendo al duque.

—Ya lo sé, dijo el rey; ¿pero á qué viene hacerme ahora mencion de vuestra hija?

—Viene á que se halla en la actualidad restableciéndose de la dolencia que la ha tenido enferma dos años, y á que el lugar en que se restablece por consejo de los facultativos, se halla al pié de la Sierra que Almanzor tendria que atravesar para estenderse por nuestras comarcas; y cuando mi hija está allí y en nada pienso menos que en traérmela hasta que se halle buena del todo, me parece, señor, que harto os pruebo el ningun motivo de alarma que debe haber en lo tocante al moro, al menos mientras siga tan cruda la estacion en que nos encontramos.

—Pues no hariais mal, dijo el rey, en retirar á vuestra hermosa hija del punto peligroso en que está, porque mucho será que á estas horas no haya Almanzor cruzado la Sierra.

—¿Cómo? esclamaron el duque y el conde.

—Como que he recibido esta mañana un aviso de cuya certeza me es imposible dudar, y el principal de los desfiladeros está infamemente vendido á esos perros mahometanos por el teniente Antolinez á quien confié su custodia.

—¿Qué decís? dijo el duque.

—¿Qué dice V. A. señor? esclamó el conde de Ira-

che con un cierto aire de triunfo. ¿Con que el teniente Antolinez, ese hombre de quien os dije yo que debiais indagar la conducta antes de confiarle ese puesto, ha faltado, como yo presagié, á vuestra real confianza?

—Es verdad, amigo mio, es verdad. Vos me previnisteis con tiempo: pero no hice caso y... en fin, ahí teneis la razon de mi silencio á las preguntas que me habeis hecho respecto á una marcha tan súbita como la que acabamos de hacer. Estaba avergonzado de veras al ver que me habiais ganado en esto de tener mejor ojo para conocer á los hombres, y temia que os enfadaseis por mi debilidad en ceder á otra clase de recomendaciones que las que me viniesen de vos. Mas no me reñireis, ¿no es verdad?

—¡Oh, señor! dijo el conde: ¡reñiros! ¿No me basta la honra de oir que en efecto os equivocasteis, pensando de otro modo que yo?

—Pero, y bien! dijo el duque: ese infame no hahabrá consumado su crímen. Mi hija me hubiera enviado aviso, á ocurrir la menor novedad.

—¿Y si no ha podido enviároslo? contestó el rey: ¿Y si ha sido sorprendida tal vez, ó ha caido en manos del moro, antes de poderos decir lo que haya ocurrido en la Sierra?

—Señor, despedazais mis entrañas, contestó el duque, con tan horrible suposicion.

—Y las mias, añadió el conde, porque Irene es mi

prometida, y es cosa espantosa pensar... ¿Quién os ha dado ese aviso?

—Mas despacio, contestó el rey, hablaremos sobre el particular. Lo que ahora importa es mover la hueste y encaminarnos hácia la Sierra, por si esa traicion se ha cumplido, tomando posicion inmediatamente en esa poblacion infernal...

—¿Qué poblacion?

—Esa en cuyas inmediaciones fueron vencidos los sarracenos cuando se dió aquella otra batalla... ese pueblo en que está la casa que llaman de *Pero-Hernandez*.

Al oir el conde un recuerdo para él tan inesperado, no pudo menos de estremecerse.

—¿Y qué objeto, Señor, os proponeis, dijo luego recobrándose un tanto, al ocupar esa poblacion?

—¡Pardiez! contestó el rey: ¿y vos me lo preguntais, vos que gozais la reputacion del primero de mis capitanes?

—El conde ha olvidado sin duda, dijo el duque un tanto picado del elogio que acababa de oir, la admirable posicion topográfica que todos los que le han visto atribuyen al pueblo á que alude S. A., y en verdad que si conseguimos apoderarnos de sus alturas antes que los moros lo hagan, no debe dar cuidado su invasion aunque hayan pasado la Sierra.

—Añadid á esa consideracion, dijo el rey, otra que no le cede en importancia, y es un auxilio que se me ha prometido, no ya solo para vencer, sino pa-

ra esterminar á los moros, en el momento que me poscsione del pueblo de que estamos hablando.

—¡Un auxilio! esclamó el de Irache, mostrándose cada vez mas inquieto, aunque esforzándose en disimular. ¿Quién os ha prometido ese auxilio?

—Ya os he dicho que este es asunto de que os informaré mas despacio. Lo que importa, repito, es marchar sin detenernos un solo momento, á ocupar esa poblacion.

—¡Oh sí! dijo el duque: al momento. La suerte de la Patria y de mi hija me tienen sin saber lo que me pasa.

—Yo tambien, repuso el de Irache, estoy con bastante zozobra como bien podeis conocer; pero si esa traicion fuese cierta, debiéramos saberla á estas horas por medio de la alarma general, máxime habiendo trascurrido una noche despues de recibido el aviso.

—En marcha al instante! dijo el rey por toda contestacion.

—Serán cumplidas inmediatamente las órdenes de S. A., dijo entonces el conde de Irache; pero una pregunta, Señor: ¿está decidido V. A. á hacer tambien esa correria? Para posesionarnos del pueblo, bastamos el duque y yo.

—No he salido yo de mi corte, contestó el rey, con el objeto de quedarme aquí, y menos siendo para la victoria y para el auxilio que espero, condicion absolutamente precisa que esté yo en ese pueblo mañana antes de la caida del sol. Vuestra observacion sin em-

bargo me parece muy oportuna, y así descansaré en este punto un breve espacio de tiempo con una mitad de la hueste, ínterin vos con la otra mitad os dirijis á marchas forzadas á ocupar esas posiciones. El duque me hará compañia mientras vos precedeis nuestra marcha.

—¡Oh señor! dijo el duque, sea asi, puesto que tal es vuestra voluntad; pero recordad que soy padre y que mi hija corre peligro.

—Entiendo, contestó el rey: ¿quereis vos mandar la vanguardia? Enhorabuena, quede el conde aquí, y poneos en marcha al momento.

—¿Es decir, señor, dijo el conde, que quereis quitarme la gloria de ser yo el que primero haga frente á los enemigos del reino?

—¡Oh! ¡cuerpo de Dios! dijo el rey: ¡y como interpretais este dia mis mas insignificantes palabras! Id entrambos en hora buena: no necesito mas compañia que la de mis fieles soldados.

Lo que el conde queria á todo trance era adelantarse al monarca en lo tocante á ocupar el pueblo cuya memoria le aterraba tanto, y así haciendo un respetuoso saludo que el rey interpretó como señal de agradecimiento á la honra que le dispensaba, salió acompañado del duque, y con la mitad de las tropas pusiéronse ambos en marcha con la celeridad consiguiente al peligro aparente ó real de que el rey habia sido avisado.

Lo precipitado del viaje, no impidió que el duque

y el conde entablasen interesantísimos diálogos todo lo que duró su camino.

—¿Sabeis, conde, dijo el duque, que me choca sobremanera el aviso que se ha dado al rey?

—Y á mí tambien, contestóle el conde. S. A. de unos dias á esta parte ha dado en mezclar con sus fiestas unos buenos ratos de éxtasis, retirándose á menudo á rezar, y pretendiendo mas de una vez que se le aparecen los santos, con otras niñerias así. Antes de anoche, sin ir mas lejos, me dijo que el glorioso San Roque le habia dado á besar su llaga, y que una voz salida de no sé donde le habia mandado quitar de una de las iglesias de su reino que no me quiso nombrar, un cuadro que pasaba por el del santo, sin serlo efectivamente. Asi, nada tendria de estraño que el misterioso aviso á que aludió, sea otro sueño parecido á ese.

—En todo caso, repuso el duque, poco tiempo podemos tardar en saber á que hemos de atenernos. A mí, conde, me da el corazon, que ese aviso tiene mas de real, que no de fingido ó soñado.

—No lo permita Dios, señor duque; y no lo digo precisamente por el riesgo que pueda correr el reino, porque este ya sabeis que está seguro mientras brillen nuestras espadas, sino por la deidad de mis sueños, por esa hija á quien tanto amais, y que sin duda por amarla tanto, no quereis que divida conmigo las afecciones de su corazon, segun va pasán-

dose el tiempo sin mereceros definitivamente que os decidais á darme su mano.

—Vos sabeis, señor conde, dijo el duque con forzada afabilidad, los motivos que he tenido para obrar así. Irene por lo que he podido ver, os estaba poco inclinada, y luego con esa dolencia que la ha puesto á las puertas de la muerte, he tenido que alejarla de vos para hacerla tomar los aires de esa maldita sierra que ahora me tiene con tanto cuidado. Asi, no ha podido trataros para poder aficionarse á vos como lo mereceis sin duda alguna, y ya sabeis que yo por mi parte no quiero imponerla un esposo que decididamente rehuse.

—Ni yo sueño en aspirar á su mano, si la inmensa dicha á que aspiro ha de costarle la menor violencia. En tanto permitid, señor duque, que os haga observar no ser ella la que me tiene entretenido asi sin saber á que debo atenerme, sino vos, solamente vos, que exajerando su enfermedad la habeis alejado de mi, despues que yo por mi parte he satisfecho todas vuestras dudas en aquel otro asunto que sabeis, y del cual buscasteis pretesto para alargar mas y mas el plazo de la felicidad á que aspiro.

—Siento que toqueis ese punto, dijo el duque con cierto embarazo; pero ya que lo haceis asi, no debo ocultaros que es cierta la sospecha que habeis concebido. Vos me honrais lo que no es decible con pretender la mano de mi hija, y será cierto, si así lo quereis, que ella no repugna el enlace. En consor-

cios de esta naturaleza, conoceis sin embargo que un padre, y mas un padre de mi gerarquia, no debe obrar con precipitacion, y por mas que vos hayais dicho que mis dudas sobre vuestro condado están enteramente orilladas, os debo decir que no hay tal.

—¿Cómo?

—Como que ese condado era de vuestra hermana Leonor, y esas voces que dieron en correr acerca de la probabilidad de que esa vuestra hermana viviese...

—¿Pero es posible que dudeis aun de la realidad de su muerte, cuando existe una declaracion no ya solo de haber fallecido, sino de haber sido enterrada?

—En efecto... y por cierto que los testigos eran naturales del pueblo á que nos dijirimos ahora. No habia yo caido en la cuenta de que el viaje que estamos haciendo puede acaso contribuir á que yo ponga término á mis dudas.

—¿Cómo? dijo el de Irache algo inquieto, fijando en el rostro del duque una penetrante mirada.

—Es muy sencillo, contestó este, hablando de un modo tan cándido, á lo menos al parecer, que calmó los recelos del conde. La declaracion judicial no contiene todos los pormenores que en mi concepto se necesitan para poner en toda su evidencia el hecho á que se refiere, si bien confieso que son suficientes para que á falta de reclamaciones, se os haya conferido el condado. Vuestra hermana, segun he oido decir, estaba en cinta y muy adelantada dias antes que su muerte ocurriese: yo no sé á quien he oido esto....

pero ese rumor ha corrido, y ya veis que me interesa muchísimo saber si en efecto es así, porque maldita la gracia que tendria que poseyendo vos el condado á nombre de vuestra hermana, viniera luego un descendiente suyo á reclamaros la herencia, echando por tierra el proyecto de unir vuestra casa á la mia con todos sus blasones y títulos, cuyo enlace es tan necesario para que pueda realizarse el consorcio que anhelais con mi hija.

—Me dejais asombrado, dijo el conde procurando disimular, con la anécdota que me habeis referido. ¿Leonor en cinta, decís? ¿Quién os ha referido ese cuento?

—Repito que he oido hablar de eso, porque tal ha sido el rumor que hace algun tiempo ha corrido, y estraño que habiendo llegado hasta mí, no hayais tenido vos noticia de él.

—Esa es una calumnia infame, dijo el conde con exasperacion: en la honestidad de mi hermana y en la casa de Dios en que vivia, no puedo suponer esa mengua. Pero si con efecto fuese así, añadió cambiando de tono; si ella hubiera manchado su memoria y el nombre y los laureles de su hermano con una conducta tan indigna....

—¿Y qué sabeis lo que pudo haber, dijo el duque sin dejarle concluir y hablando siempre con el mismo acento de real ó fingido candor, en la aventura de esa desgraciada, aunque fuese realmente cierta? Veo que he hecho mal en daros una noticia que acaso no

tiene ningun fundamento; pero vos me obligásteis á hablar, y ya no tiene remedio. Asi, pues, lo único que necesito para concederos mi hija es desvanecer esa última duda; y si con efecto no hay riesgo de que podais perder el condado, desde ahora os empeño mi palabra de concederos mi bella Irene, considerándola como muy honrada si al título de duquesa de Olmedo que pienso luego dejarle, veo que añade con unirse á vos el de condesa de Irache sin esposicion á perderlo; título que como sabeis me halaga tanto ó mas que el mismo mio, por ser fundacion de una dama á quien tanto debió mi padre en momentos de prueba y peligro.

—Yo creia, dijo entonces el conde, que por mucho que os pudiese halagar la consideracion de mi título, debia complaceros alguna otra infinitamente mas que esa.

—¿Qué cosa?

—Estraño que lo pregunteis, sabiendo el favor que gozo á los ojos de S. A.

—Ciertamente, contestó el duque, que vuestro valimiento es inmenso; ¿pero qué quereis? Soy ya viejo, y esa circunstancia que tanto podria fascinar á otro menos esperimentado que yo, es precisamente la causa que me hace proceder con mas cautela, ó si quereis con mas prevision. El favor de los reyes es instable, ó dígalo mi padre sino, tan lisongeado allá en tiempos por el antecesor de S. A. ¿Qué será de vuestra prepotencia el dia en que el rey se canse de vos,

como su padre se cansó del mio? Así, vuestro poder no me ilude, y por eso me atengo á lo único que S. A. no os puede quitar, si lo teneis adquirido en regla; á vuestro condado de Irache.

—Sois un inocenton, señor duque, dijo el conde con cierto desden. Vuestro padre, cayó de su altura porque no tomé bien sus medidas, y yo no me hallo en el mismo caso.

—Tanto mejor, contestó el duque con un énfasis difícil de esplicar.

—Vusstro padre, prosiguió el conde, era favorito del rey, pero no era su brazo en la guerra. ¿Confundireis validos de antesala con los que lo son de mi índole?

—¡Conde! esclamó el duque irritado, mi padre era un hombre de Estado, y no un mero valido de antesala.

—No os lo he dicho para que os enojeis, dijo el conde con afabilidad, sino para que concibais la diferencia que hay de su posicion á la mia. Hombre de Estado y hombre de consejo vienen á ser una misma cosa, y me parece injusto confundir á quien solo tiene esas prendas con los que ademas de ser eso, son primero que todo hombres de accion.

—Comprendo, dijo el duque, con el mismo tono de énfasis que acababa de usar; y veo que es negocio difícil derribaros de vuestra valimiento. Lo que es por mi parte, añadió con cierta desdeñosa sonrisa, me guardaria bien de intentar una empresa de tal natu-

raleza, porque os veo capaz de cualquier cosa contra quien quiera que se atreva á tanto.

—No lo he dicho por vos, señor duque, contestó el conde con afectada afabilidad, y mal pudiera haberos aludido, cuando todo mi afan es dividir con vos y con vuestra bellísima hija la alta posicion de que gozo.

—¿Y por qué no lo ha de ser tambien, repuso el duque, procuraros por medio de ese enlace, una alianza que os pudiera ser útil en el caso de no salir vuestros cálculos tan bien como os figurais?

—Sea lo que querais, dijo el conde. Lo esencial en lo que toca á este punto, es la palabra que acabais de darme, y en este supuesto, estad cierto de que Irene será pronto mia.

—Si es que no ha sucedido, contestó el duque, la desgracia anunciada por el rey con la irrupcion de los agarenos. Yo no sé lo que me sucede; pero á medida que nos acercamos al sitio en que Leonor pereció, se me figura que esta comarca es de funestísimo agüero. ¿No es aquella la poblacion donde está la casa fatal que llaman de *Pero-Hernandez,* y cuyo campanario dora el sol con su postrimero reflejo?

—Con efecto, contestó el conde, dirigiendo su vista al pueblo con involuntario terror. Dentro de una hora, á lo mas, si seguimos andando como hasta aqui, entraremos en esa aldea.

—Yo, dijo el duque, no tenia noticia de ella sino solo por relacion. El rey tiene razon en decir que me-

rece la pena de tomarse antes que el enemigo la ocupe. ¿Cómo descuidaron los moros esa posicion, cuando se dió la otra batalla?

—Fuí yo mas avisado que ellos, y les gané por la mano como lo vamos á hacer ahora, toda vez que á lo que parece, nadie la ocupa en la actualidad sino solo sus moradores.

—¿Cuánto dista la sierra de ese pueblo?

—Unas cuatro leguas lo mas.

—Entonces el aviso dado al rey, se ha anticipado notablemente á la traicion del teniente Antolinez, porque á no ser así, no concibo como no ondean en esas alturas las banderas del enemigo, habiendo trascurrido tanto tiempo desde que el aviso fué dado.

—Eso, duque, es lo que os he dicho: han querido asustar al rey con una alarma sin fundamento. Pero á bien que aunque sea real, estamos ya á la orilla del rio.

—Rio que vá muy crecido ahora, y que segun tengo entendido, mudó hace años de cauce.

—Veo que teneis mas noticias de las que yo creia en lo tocante á ciertas particularidades que dicen relacion á ese pueblo. ¿Quién os ha dicho esa mutacion?

—No sé que tenga nada de estraño saber yo lo que sabe todo el mundo. ¿Fué por estas inmediaciones dónde pereció vuestra hermana?

—Fué allá arriba.... mas adelante.

—Veo que ese recuerdo os aflige, dijo el duque con

intencion, y no lo estraño seguramente. Pero á bien que si vuelven los moros, ocasion tendreis de vengarla en el mismo teatro de su muerte. ¿No habeis podido averiguar aun la razon que tuvieron esos perros para arrebatarla del claustro, y llevársela consigo?

—No á fé; pero es natural inferir que siendo esos impíos tan carnales, quisieron honrar sus serrallos con las vírgenes consagradas á Dios, y de aquí la invasion del convento estramuros de Cibdad-Real.

—Muy buena observacion es la vuestra; pero cómo se limitaron á robar á Leonor y á la abadesa, perdonando á las demas vírgenes?

—No tuvieron sin duda tiempo para dar total cima á su empresa, por habérselo impedido yo cuando me lancé sobre ellos.

—Es muy probable que fuese así; pero fué desgracia la vuestra, puesto que conseguísteis salvar las monjas que os interesaban menos, y no á vuestra hermana querida que os interesaba algo mas.

Las palabras del duque iban al alma, y el conde juzgó necesario dar otro giro á la conversacion.

—Este rio, le dijo, vá crecido por alguna lluvia reciente, y sin embargo es fuerza vadearlo. Moved la hueste hácia la derecha, y veamos de hacérselo pasar por enfrente de aquella colina.

—Muda de conversacion, dijo el duque para sí, y yo peco ya de imprudente. ¡Oh! añadió fijando los ojos en él: ¡cuánta perversidad hay en su alma!

—¿En qué pensais que os veo tan suspenso? le dijo el conde.

—Estaba pensando, contestó el duque, que segun es la anchura del rio en el sitio en que nos encontramos, no debe ser su lecho tan profundo como en el punto en que me indicais, donde vá mucho mas estrecho, y así creo mas oportuno que lo vadeemos aquí.

—Como gusteis, contestóle el conde. Yo lo decia porque la corriente.....

—La corriente ha de ser mas rápida cuanto mas se estrechen lás márgenes.

La observacion del duque era tan justa, que el de Irache se avergonzó de no haber recurrido á otro espediente para dar otro giro al diálogo. Los soldados



pasaron el rio sin ninguna dificultad, siendo ya cerca del anochecer cuando acabaron la operacion. Trasladados á la orilla opuesta, emprendieron de nuevo

su marcha. El duque volvió á unirse con el conde, á fin de esplorar mas de cerca las sensaciones que esperimentaba á medida que iba aproximándose al sitio en que su hermana habia muerto. El de Irache no sospechó la intencion con que el duque se leacercaba, ó si lo sospechó, procuró hacer como que no lo notaba, y así, compuso su fisonomía en términos que no revelase sino el natural sentimiento que un hermano debia tener por la pérdida de su hermana. Hizo, pues, un esfuerzo sobre sí mismo; pero desgraciadamente fué inútil, porque á los poderosos motivos que le asistian para estremecerse al tener que pasar por el sitio del asesinato, añadiósele luego otro para acabar de desconcertarle: la llegada del tio Ramon con la carta del cura.

—¡Vos aquí, Señor conde! esclamó el mensajero: pues yo iba á Toledo en busca vuestra.

—¿En mi busca? contestó el conde, haciendo al tio Ramon una seña para impedir alguna indiscrecion.

—Sí pardiez, contestóle su interlocutor apeándose de la mula. El señor vicario me envia con este pliego que veis aquí. El pueblo fué un infierno ayer noche.

—¡Cómo! esclamó el duque. ¿Han entrado los sarracenos?

—Permitidme, repuso el conde qué vea lo que dice esta carta, y sabremos á que atenernos.

Y separándose á un estremo del camino, haciendo que le siguiese el tio Ramon á fin de que no hablase con el duque, dejó á este con el capitan Rui-

Gomez que acababa tambien de aproximarse, y á los últimos rayos del crepúsculo, leyó el pliego del padre Vicario:

En este lugar han ocurrido algunas novedades. Ved si en el castillo de Irache existe aquello que escondió Astarot. Se dice que el demonio anda suelto, y conviene pisarle la cola. Dios os conserve en su divina gracia.

Describir el efecto que estas líneas produjeron en el ánimo del conde, seria materia imposible. ¿Qué queria decir el cura al hablarle de lo que Astarot habia escondido en el castillo? ¿Habia sido arrebatado de allí el cadáver de Leonor? ¿Habia Astarot sido infiel? ¿Qué novedades eran las que ocurrian en el lugar, que así coincidian con el aviso dado al rey á la misma hora, obligándole á dirigirse á aquel punto? ¿Qué especie de demonio era el que el cura le decia que iba suelto, y cuya cola debia pisarse?

Lleno el conde de confusiones, hizo al tio Ramon mil preguntas para ver si podia adquirir alguna luz sobre lo que el cura le decia; pero aquel no le supo decir sino lo de los ruidos de la noche anterior y los sustos que habian pasado, siendo así inútil preguntarle mas, porque ninguna de sus contestaciones le daba la clave anhelada. Mas confuso el conde que antes, hizo volver al tio Ramon por el camino que habia traido, dándole orden de decir al cura que al momento estaria con él. Hecho esto, reunióse con el duque.

—¡Y bien! le dijo este: venís desconcertado... ¿qué es eso?

—No lo sé, contestóle el conde; pero el aviso que se ha dado al rey debe ser cierto desgraciadamente. Anoche hubo ruidos espantosos en el pueblo á que nos dirigimos.

—Pero, ¿y los moros?

—En la poblacion no hay hasta ahora noticia de ellos.

—Entonces llegamos á tiempo.

—Sí; mas yo debo adelantarme un poco por motivos que á su tiempo sabreis. Capitan Rui-Gomez, venid. Vos, duque, seguid con la hueste.

—¿Pero que determinacion repentina os obliga á esta separacion?

—Luego la sabreis, señor duque. Limitaos á obedecer, y no me pregunteis nada mas.

A palabras tan terminantes, encogióse el duque de hombros, y quedóse acaudillando la hueste, mientras el conde se dirijia á todo escape hácia el pueblo, yendo con él el capitan Rui-Gomez.

Un cuarto de hora habrian andado, cuando al pasar por el sitio en que fué asesinada Leonor, creyó el conde ver un fantasma que se le aparecia delante, y perdiendo la luz de los ojos, cayó al suelo desvanecido, arrastrándole el caballo un buen trecho, habiéndose quedado metido un pié en el estribo. Rui-Gomez que le vió en tal estado, llegó á tiempo de poder impedir el resto de la catástrofe.

—¡Señor! ¡señor! le dijo: ¿qué es eso?

El conde en los primeros momentos no daba seña-

les de vida. Rui-Gomez le roció la cara con agua, y con esto y con la ayuda de un elixir que llevaba siempre consigo, pudo al fin hacerle volver.

—¿En dónde estoy? esclamó el paciente cuando recobró sus sentidos. Ah...! sí.... ya lo veo.... donde ella....

—Señor, señor.... tened discrecion, le dijo Rui-Gomez. El duque de Olmedo se acerca, y no debe veros así.

En efecto: aquel inesperado incidente habia hecho perder al conde todo lo que llevaba de ventaja á la hueste que venia con el duque, y este le alcanzó antes que el capitan pudiera menearle del sitio, colocándole otra vez en el caballo.

—¿Qué es esto? dijo el duque al llegar.

—Nada, dijo Rui-Gomez; no es nada. El caballo del conde ha tropezado, y le ha derribado en el suelo.

—Vamos, vamos al momento de aquí, esclamó el conde lleno de terror.

Y echó á galopar nuevamente acompañado del capitan.

—¿Qué sitio es este? preguntó el duque á los que venian con él.

—Es el sitio, contestó un veterano, en que murió la hermana del conde.

—¡Y el asesino, dijo para sí, quiere que yo le conceda á mi hija! He visto mas de lo que necesitaba; pero disimulemos aun.

Y prosiguió adelante en su marcha acaudillando las tropas, en tanto que el conde se afanaba en adelantarse para conseguir ver al cura antes que la hueste real entrase en la poblacion.



CAPITULO XVIII.

Irene y el Conde.

La tormenta de la noche anterior no solo habia hecho salir el rio de sus márgenes, como el conde acababa de observar, sino que habia tambien producido una multitud de torrentes que derramándose por todos lados desde las alturas del pueblo al rio en que iban á morir, tenian en todos sus alrededores intransitables los

caminos que conducian á la poblacion. Conocedor el tio Ramon de la topografía del terreno y de todos los accidentes á que le sujetaban las lluvias, habia dominado con facilidad las dificultades opuestas á su tránsito, tanto al ir á entregar la carta al conde, como al volverse con la respuesta que este le habia dado para el cura. Menos afortunados los dos que con tanta solicitud procuraban adelantarse á la hueste, tropezaban en un arroyo tras otro á medida que se acercaban á la poblacion, dilatándoseles de este modo el momento de penetrar en ella, si bien, gracias á los caballos, saltaban fácilmente las barreras que se les interponian, dando los necesarios rodeos para conseguirlo mejor. La noche era en tanto clarísima, y la luz de la luna les mostraba á corta distancia la mole de la casa fatal, que como jigante amenazador levantaba su frente sobre el pueblo. Un cuarto de legua vendrian ya á distar solamente del término anhelado y temido de su viaje, cuando otro torrente mayor que los anteriores asustó al caballo del conde, cuya espuela se fatigó vanamente en hacerle pasar adelante. Al de Rui-Gomez le sucedió lo mismo.

—Por Cristo vivo! esclamó el conde de Irache: ¿estaremos toda la noche dando rodecs para llegar al pueblo?

—Este torrente, contestó Rui-Gomez, no se puede pasar por aquí.

—Y no obstante es necesario pasarlo, porque ya sabeis cuanto me interesa entrar antes que el duque en el pueblo.

—Y aun llegar antes que él á la Sierra, para tener el gusto de anticiparos á dar auxilio á su hija. No me parece eso dificil, porque el duque tendrá que luchar con mas dificultades que vos, yendo como vá con la hueste á través de estos trancos y barrancos.

—Marchemos paralelos á la márgen, y veamos de pasar el raudal por donde el agua haga menos ruido.

—Los caballos se asustan del agua, y vos os asustais de la sangre.

—Sí, Rui-Gomez: al llegar á ese sitio que en mal hora he tenido que atravesar, me ha parecido ver erguida en él, y mirándome con ojos amenazadores la sombra de esa hermana fatal que me persigue por todas partes.

—Veo, señor, que tengo mas ánimo, no obstante que me asisten para temer los mismos motivos que á vos. La primera herida fué vuestra; la segunda y tercera mias. Vos empezasteis el asesinato, y yo lo rematé. Sin embargo, ya veis que me hallo tranquilo.

—Eso consiste, Rui-Gomez, en que no sabeis lo que yo. La carta que me ha enviado el cura contiene especies siniestras.

—¿Y puedo yo saberlas, señor? Ya veis que nada os he preguntado respetando vuestro silencio.

—Vos presenciasteis en union con el cura la secreta ejecucion de Mulhacen, cuando fué envenenado en la cárcel por mano del negro Astarot.

—¡Ah! ya entiendo: volveis de nuevo al tema de la

desaparicion del cadáver cuando fué colgado en la horca; pero ya lo sabeis: respecto á eso, estoy descansado tambien. El veneno de Astarot era activo, y el cuerpo arrebatado á la horca lo único que prueba es que los moros que con capa de cristianos reconciliados habian quedado en Toledo, quisieron honrar el cadáver dándole sepultura á su estilo, para no dejarnos el gusto de enterrarle en un muladar, como lo hacemos con todos los suyos que caen en manos de la justicia. Os lo he dicho mil veces, señor: esos raptos son demasiado freecuentes, para que él á que ahora aludís, os deba dar el menor cuidado. Los judios y los gitanos suelen tambien buscar los cadáveres para hacer sus hechicerias, y ya sabeis que ni aun los cristianos están seguros en los cementerios cuando ven enterrar en ellos algun muerto que les apetece.

—Repito que ignorais muchas cosas, mi querido Rui-Gomez. No es el cadáver de Mulhacen el que ahora me llama la atencion, aunque confieso que desde que he leido la carta del cura no deja de inspirarme algun cuidado el recuerdo de su desaparicion. Lo que me preocupa es la idea de que mi hermana puede vivir aun.

—¿Vivir, y os ayudé yo á matarla?

—Y sin embargo resucitó despues.

—¡Resucitó! ¿Qué decís?

—Que fué preciso darle nueva muerte en el fondo de una prision.

—Nada me habiais dicho hasta ahora de ese ende-

moniado incidente. Por lo visto, seguís en vuestra táctica de no confiar sino á medias los secretos de vuestro corazon á vuestros mejores amigos.

—Merezco en parte vuestra reconvencion; mas yo esplicaré las razones que tengo á veces para obrar así. Por ahora no pregunteis mas, contentándoos con saber que Leonor resucitó como os digo, y que fué preciso dar órden al negro que dió el tósigo á su amante, para que hiciese otro tanto con ella.

—¡Y bien! Astarot es un hombre de asaz acreditada fidelidad, para que podais temer de él.

—Es precisamente la duda que me ocupa en este momento. El cadáver de Leonor ha de haber desaparecido del sitio en que quedó emparedado.

—¿Emparedado?

—Os choca la palabra, ¿no es eso? Yo sin embargo os la esplicaré cuando sea ocasion oportuna. Lo que ahora necesitamos es salir de esta duda horrible y para ello es preciso que el cura me esplique esa carta funesta. Mas veo que siguiendo la orilla de este maldecido torrente, nos vamos alejando del pueblo.

—Allá arriba suena menos el agua.

—Y es menos pendiente el terreno. Veamos por ahí si los caballos se espantan menos que antes.

Los dos ginetes llegaron al sitio que Rui-Gomez acababa de indicar, y aunque no sin dificultud, consiguieron pasar á la otra orilla.

—No será el duque tan afortunado como nosotros, dijo Rui-Gomez.

—Asi es necesario que sea, contestó el conde: necesito llegar antes que él para tomar mis disposiciones.

—Si en algo puedo serviros yo... ¿Mas que especie de bultos son esos que andan á través de estos charcos?

—¿Qué bultos?

—¿No los veis?

—En efecto: son un hombre y una muger.

Rui-Gomez no se habia equivocado. Un ginete montado en un caballo parecia tantear el terreno á fin de pasar un arroyo, viniendo en direccion de la Sierra, y llevando una dama á la grupa.

—¿Quién va allá? preguntó el conde, no sabiendo á que atribuir aquella repentina aparicion.

—¿Es la voz del conde de Irache? esclamó la dama: entonces estamos ya salvos.

—¡Irene! dijo el conde: ¿es Irene?

—Sí, conde, esclamó el ginete con voz ya algo cascada por la edad: ella es... ¿cómo estais vos aquí?

—Gran novedad es esta, dijo el conde, dirijiendo la palabra á Rui-Gomez. Punto en boca, y dejadme hablar á mí.

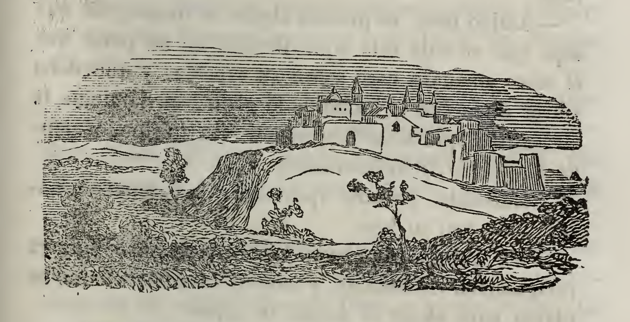
Dicho esto, se adelantó y llegó hasta donde estaba la dama, la cual, no bien le vió cerca de sí, echóle los brazos al cuello con una pasion tan frenética que sería imposible describirla.

—¡Ah! sois mi salvador, esclamó. Los moros han pasado la Sierra; y apenas hemos podido salvarnos mi fiel criado Laynez y yo.

—¡Ah! ¿es Laynez el que os acompaña? dijo el conde. ¡Oh que felicidad es la mia al encontrar á mi hermosa! Pero venís asustada, Irene. ¿Con que es cierto? ¿han pasado la Sierra?

—Sí, amado mio, sí; la han pasado: ¿pero cómo es que os hallo aquí?

—He tenido noticia anticipada de la traicion que se urdia, y venia á marchas dobladas á ver si podia libertaros. La hueste del rey está cerca. ¿Podrá llegar



á esa poblacion que tenemos en frente ganando por la mano al enemigo?

—Oh pardiez, dijo Laynez, no es posible que por largas que tengan las piernas, puedan esos perros correr como lo hemos hecho nosotros. Ademas que todos esos caminos están intransitables con lluvias,

y un ejército no se mueve con la facilidad que un caballo.

—¿Y mi padre? preguntó Irene.

—Está en Cibdad-Real, dijo el conde; pero permitidme un momento. La noticia que acabais de darme, exije que sin perder tiempo envie un aviso á la hueste.

Y separándose el conde de su amada, llegóse á Rui-Gomez que habia quedado detrás, y le dijo al oido:

—Amigo mio, es preciso alejar al duque, sin que sepa que su hija está aquí. Decidle de mi parte que el moro amenaza caer sobre su espalda, y que debe volver atrás con la mitad de la gente, enviándome la otra mitad que acaudillareis por vos mismo, viniendo al pueblo inmediatamente.

—Entiendo: ¿deseais aprovechar la ocasion de haber dado con su hija?

—Me habeis comprendido, Rui-Gomez. Vuestra imaginacion es fecunda, y sabreis inventar cuanto os plazca para alejar al duque de aquí.

—Es favor que no merezco, señor: procuraré corresponder á él como mejor me sea posible.

Esto dicho, alejóse Rui-Gomez, marchando apresurado hacia el duque cuanto el terreno lo permitia.

Entretanto habia Irene cambiado de alazan y de compañero, pasando de la grupa de Laynez, al caballo y á los brazos del conde. El criado los seguia silencioso y á cierta respetuosa distancia.

—Y bien, hermosa mia, dijo el conde á su compañera: ¿seguís siéndome fiel como siempre? ¿pensais en mí como á todas horas estoy yo soñando con vos? ¿es vuestro amor tan puro y tan ardiente como me habeis manifestado en vuestras cartas todo el tiempo que ha durado esta ausencia?

—Oh sí, contestó ella, sí, sí... y vos me amais tambien, ¿no es verdad? Ah decidme que sí, querido conde, decidme que no ha pasado un momento sin acordaros de mí. Yo no podria sobrevenir á la idea de que otra muger hubiera podido ocupar, ni por un instante siquiera, un lugar en vuestro corazon.

—¡Ah! ¿por qué nos hablamos de *vos* cuando tanto nos adoramos? Duda, hermosa mia, de todo, hasta de tu propia existencia, menos del amor que te tengo. Yo hasta ahora no he dudado de tí.

—Ni yo de tí tampoco, amado conde... ¿pero de qué nos sirve este amor, no mereciendo la aprobacion de mi padre? Tú eres libre, y yo no lo soy; tú no tienes un autor de tus dias á quien deber respetar, mientras yo, desgraciada de mí, tengo que obedecer sus mandatos, sin tener siquiera el derecho de preguntarle el por qué de su oposicion decidida al amor que siento por tí. ¿Qué le has hecho tú, conde mio, para que así nos haya separado? Porque yo estaba enferma, es verdad, pero enferma solamente de amor, ¡y para curar mi dolencia me ha robado tu vis-

ta un año! ¡un año que en mi ardiente pasion hubiera sido la eternidad, si tus cartas no hubieran venido á sustituir tu presencia!

—¿Y por qué, amada de mi corazon, no te resuelves á arrostrar por todo, como tantas veces te he dicho? ¿Es una condicion tan esencial el consentimiento de un padre, que sin él...

—¡Oh! por piedad, no me hables de esa manera. Yo no seré tuya jamás sin la bendicion de mi padre.

—Una vez enlazada conmigo, no ha de faltarte esa bendicion. Piénsalo bien, Irene: mi vida, la salvacion de mi alma, dependen de un *sí* de tus lábios.

—No, conde, no... Yo seguiré adorándote como tú me adoras á mí, porque me es imposible hacer otro, porque tu amor es fascinador, y cuando clavas en mí esos ojos tan llenos de pasion y de fuego, no hay en mi alma resistencia posible á su poder sobrenatural. ¡Oh! mi padre ha querido curar el frenesí que me devoraba, y solo ha conseguido con la ausencia hacerlo doble ardiente que antes. Bástete ese triunfo, y no pidas un enlace que es imposible, mientras mi padre no consienta en él.

—Tu padre no ha dado hasta ahora una sola razon que justifique esa inconcebible aversion que muestra á tu ventura y la mia. Tu padre no ha tenido otro pretesto para resistir nuestra union, que el temor de que yo pierda un condado en que tú, lo

sé, amada mia, no has puesto una vez sola los ojos.

—No, ni en tu poder, ni en tu gloria, ni en el favor que gozas en la corte. Al amarte he pensado en tí, en tu sola persona no mas, como tú has pensado en la mia, sin acordarte de vanos títulos, de riquezas que son inútiles para hacer la felicidad. ¿No es así como me lo has dicho mil veces? Pues bien, yo te podria dar un *si* esenta de todo cuidado por esta parte, porque lo mas que podria hacer mi padre seria declararme exheredada y tú me amarias así... y eso no obstante, no te daré ese *si*... no, conde, porque no es la exheredacion lo que me hace titubear, es la idea, solamente la idea de desagradar á mi padre y atraerme su maldicion.

—Tú te atormentas, hermosa mia, con fantasmas que solamente existen en tu imaginacion acalorada. Tu padre no te puede exheredar sino solo en sus bienes libres; tu padre no te puede maldecir porque prescindas de su consentimiento para unir tu mano á la mia, como has prescindido ya de él para entregarme tu corazon.

—Conde, vas á volverme loca. Tus palabras caen sobre mi corazon lo mismo que un hierro candente. La serpiente, no hablaba á Eva con la fascinacion que tú á mí. Laynez... amigo Laynez... yo me ahogo.

Y esto diciendo, inclinó su cuello, deslizándose casi del sitio que ocupaba entre el conde y el arzon

á no haberla aquel sostenido, estrechándola con el brazo derecho, en tanto que con la riendas en la otra mano seguia dirijiendo el corcel.

Al oir la esclamacion de su señora, acercóse Laynez con un frasco. Cuando llegó, estaba desmayada.

—Eres, Laynez, un fiel servidor, le dijo el conde apretándole la mano, y veo que no has olvidado las intrucciones que te tengo dadas.

—No á fé, contestóle el criado, y menos cuando vos por vuestra parte no os habeis tampoco olvidado de ser agradecido conmigo. Sin embargo, á deciros la verdad, me remuerde ya la conciencia. Tanto y tanto darla brevajes puede poner en peligro su vida, acabando á la postre con ella, como ha dado fin con su juicio.

—¡Oh! lo que es por su vida, no temas. Quiero yo á tu señora demasiado, para que me complazca en arriesgar existencia que me es tan preciosa.

—¿Y por qué si tanto la amais, no conquistais su correspondencia por otros medios que esas bebidas y esos polvos endemoniados? Dos años hace ya que se los doy, y repito que estoy asustado al ver sus espantosos efectos. Si el duque lo llegara á saber, me mandaria descuartizar. Es horrible la traicion que le hago.

—Esta noche será la última en que ejerzas tu ministerio. Cuando lleguemos á la poblacion, mezclarás una doble dosis de los polvos que te mandé última-

mente, y la echarás en lo primero que coma, ó en lo primero que beba. Ahora, venga ese frasco y que huela, que me asusta no verla volver.

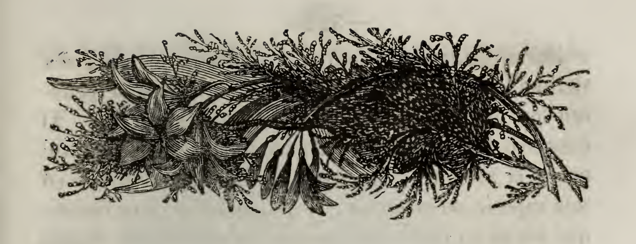
El conde dió á oler á Irene el consabido frasco de Laynez, y la hermosa volvió de su deliquio, aunque para caer nuevamente en el frenesí de su amor.

¿Cómo podia sospechar el duque la traicion del viejo criado, habiéndole enviado con su hija por creerle precisamente el mas leal y esperimentado de todos sus antiguos domésticos? El conde con sus artes diabólicas pudo mas que la prevision paternal, y la ausencia de la pobre Irene solo sirvió para redoblar la triste pasion que sentia. Vanamente se esforzaban los médicos en curar su delirio febril: sustituidas todas sus recetas, ó modificadas al menos, con las que el conde le propinaba, era inútil esperar que la hermosa consiguiera restablecerse. El último remedio, tomar aires, le habia probado peor. Laynez, fiel á las instrucciones que el de Irache le habia dado, prosiguió en su tarea infernal de maleficiar á su ama, pudiendo en él la avaricia, escitada sin cesar por el conde, mucho mas que el remordimiento, al cual, como acabamos de ver, no era aun del todo insensible. Unidos á estos medios diabólicos los interesados consejos que comprados á peso de oro daba incesantemente á la enferma aquel hombre desnaturalizado, fomentando con sus palabras la pasion que el incauto duque le habia encargado calmar, Irene al volver de la Siera era una verdadera demente, pa-

reciendo dispuesto por el infierno, por si se necesitaba algo mas para acabar de perderla, su encuentro casual con el conde. Solamente por tales medios podia este haber conseguido que la desgraciada le amase de tan delirante manera, siendo entre todos los hombres el mas indigno de ser amado. Y no porque al de Irache no asisten prendas físicas dignas de atencion; pero era bello como la serpiente, ó gallardo como la pantera, no siendo asi posible que los ojos se recreasen con su figura, sin esperimentar al mismo tiempo aquel secreto é indefinible horror que inspira al alma instintivamente el mal que ciertas cosas naturales encubren bajo formas hermosas y que parecen convidar á él con su máscara misma de belleza. Y véase entretanto la mision, la horrible y espantosa mision á que el conde era siempre llamado. Una sola muger le queria, y era preciso dementarla antes para hacerla caer en sus redes. El conde no sabia ni aun amar, sin ejercer su oficio de asesino cuando no en el cuerpo en el alma.

¿Habrá algun ángel que avise al duque el peligro que corre su hija? El duque tiene en su criado Laynez un infame traidor que le vende, y para acabar de iludirle, vá á añadir Rui-Gomez sus artes. ¿Conseguirá la maldad su intento? Cuestion es esta en la actualidad de importuna resolucion, y así dejaremos al conde proseguir su camino al pueblo con su bella y preciosa carga, pasando nosotros á ver lo

que sucede en casa de Pacomio, la cual hace ya mucho rato que reclama nuestra atencion, segun es interesante la escena del sacrificio preparado alli para la perdicion de otra víctima no menos digna de compasion que la infeliz y fascinada Irene.



CAPITULO XIX.

En que por dos palabras solamente no se lleva á cabo un enlace.

La oposicion de la pobre Aldonza á contraer el repugnante enlace que el vicario le proponia, habia no desaparecido, porque esto era de todo punto imposible amando como amaba á Diego Perez, pero sí convertídose en pasiva de enérgica y activa que era antes, quedando agotadas sus fuerzas en una lucha desigual é inútil en que todas las probabilidades de éxito estaban por las artes del cura. Hostigada, amenazada, aterrada por aquel sacerdote infernal, protestó tierna

y desconsoladamente contra la violencia de que era víctima; pero la protesta es un arma á que solo recurren los débiles, y los débiles acaban por ceder. Al desmayo á que habia estado rendida, siguióse el estupor y el asombro, quedando la infeliz convertida en una especie de máquina, sin otros bríos para resistir que los de su fuerza de inercia, la cual ya es sabido que al fin tiene que seguir el impulso que otra fuerza cualquiera superior le quiere comunicar. Arrastrada mas bien que conducida desde la boardilla á un sillon, y de este al lecho de Pacomio por no poder estar ni aun sentada, hubo el cura de transijir con una dilacion inevitable, y dejóla descansar lo preciso para reponerse algun tanto.

Toño entre tanto, con la boca abierta, estaba contemplando á su novia, sin saber que juicio formar sobre la escena que presenciaba. Puesto en pié delante de ella, parecia un autómata de palo que estaba contemplando á otro autómata; pero tanto la contempló, que la rara hermosura de Aldonza, mas interesante tal vez cuanto mas triste resplandecia, ejerció al fin su influjo en el idiota, convirtiéndolo de autómata en hombre, y lo que es mas en hombre enamorado, como lo hubiera sido en su lugar otro sér racional cualquiera. Pero decimos mal, otro en su puesto habria comprendido lo horrible del sacrificio que se imponia á aquella celestial criatura, y por mucho que la hubiera adorado, habria renunciado desde luego á una posesion tan costosa y tan inmerecida sobre todo.

En Toño sucedió lo contrario, bastándole ver que la



joven se habia tenazmente resistido á aceptarle por esposo suyo, para que anhelase ese nombre de la ma-

nera mas desesperada. Así, en vez de aguardar como el cura á que Aldonza tuviese algun aliento para ser conducida al oratorio, daba prisa y mas prisa al enlace, cual si comprendiese aquel bárbaro que hay plazas imposible de tomar sino solo por via de sorpresa, ó estando la guardia dormida. Al fin llegó la hora de obrar, y Aldonza recibió del vicario la órden imperiosa y terrible de seguirle imediatamente.

A pesar del mandato del cura, Aldonza siguió quieta en el lecho. Entonces Pacomio y Gertudris la agarraron cada cual por un brazo. A esto era imposible resistirse, y Aldonza se dejó conducir á donde la querian llevar. Llegados al oratorio, donde el cura esperaba revestido con los ornamentos sagrados, íbase ya á empezar la ceremonia, cuando Toño dió de pronto un respingo cual si hubiera pisado una sierpe, y con asombro del padre vicario, esclamò de la manera mas brusca, y saliendo del oratorio.

—Pues señor.... no me quiero casar.

—¿Qué demonios es esto? esclamó el cura.

Y salió precipitado trás Toño, siguiéndole Pacomio y Gertudris, no menos asombrados que el cura de un incidente tan inesperado.

—Toño.... Toño.... ¿qué ha sido eso? preguntáronle á un tiempo los tres.

—¿Qué ha de ser? contestó, que usarcedes querian engañarme por lo visto, y yo no me dejo engañar. La chica es bonita, eso sí; pero yo no habia advertido lo que acabo de ver ahora.

—Pero y bien, ¿qué has visto?

—¡Ahi es nada! que usarcedes me la dan casi calva, y yo no quiero muger sino tiene un moño magnífico.

Nuestros lectores recordarán que Aldonza y la criada de Aldonza habian la noche anterior perdido cada cual su cabellera, cuando quedaron en el patio á oscuras y á vueltas con los fantasmas. El cura que en el miedo que tenia, á pesar de tener gente armada, se habia figurado otra cosa, no pudo menos de echarse á reir cuando vió la salida de tono de su estravagante sobrino.

—Mira, Toño, le dijo, eres mas bestia de lo que yo me habia figurado. ¿Qué tiene que ver que tu novia esté con cabello ó sin él, para que hagas esos aspavientos?

—¿Qué no tiene que ver? ¡Jesucristo! Pues ahí es un comino el horror que tengo á las mugeres rapadas.

—¿Pero por qué?

—¡Canario! ¿Por qué? Porque me es imposible remediarlo, porque me rechinan los dientes cuando veo cosas así, porque en fin.... yo no sé por qué, pero he dicho que no me caso, y de aqui no me mueve nadie.

Y era como Toño decia. Así como á otros les hace daño ver cortar el paño con un cuchillo ó pasar la mano por encima del terciopelo, á Toño le era horripilante ver mugeres sin cabellera, por una de aquellas manías de que el hombre no se sabe dar cuenta y que dependen de su organizacion, tal por ejem-

plo como la de La Mennais (esto no lo dice la crónica, pero lo digo yo para apoyar las razones que dá el autor de tan peregrina leyenda), tal, repito, como la de La Mennais, á quien solo le gusta ir vestido con levita de color de castaña y que esté bastante raida, ó como la que se cuenta de Eugenio Sué, que llevado de un horror innato á los rayos del sol, no quiere nunca luz en su casa, salvo solo la artificial, preferida por él á la del dia. En materia de amores hay algunos que se han dejado fascinar de un pié, lo cual no tiene nada de particular; pero sí lo tiene y muchísimo que otros se hayan decidido á casarse por llamarles la atencion unos codos. Cuando esto se ha visto en el mundo, no es estraño que una mata de pelo fuese en el sobrino del cura condicion para enamorarse.

El vicario volvió á tomar á broma la observacion estraña de Toño; pero este siguió erre que erre en que no se queria casar con muger sin largo cabello, y fué inútil querer empeñarse en curarle de su aprension.

Entonces cayó el cura en la cuenta de que el fantasma ó quien quiera que fuese el que habia robado el pelo á Aldonza, debia de saber sin duda alguna la manía de su sobrino, cuando habia apelado á aquel medio para desbaratarle la boda.

Aflijido con esta consideracion, y mas convencido que nunca de que los tales fantasmas eran séres de carne y hueso que pretendian burlarse de él, apelando para lograr su objeto hasta á medios que por lo rui-

nes podian llamarse ridículos, hizo esto cuestion de amor propio, y volvió de nuevo á la carga haciendo reflexiones al sobrino.

¡Afan inútil! Toño persistió en que no queria casarse, y lo único que pudo conseguir fué la promesa de que lo haria cuando volviese Aldonza á tener moño.

Para eso era fuerza que trascurriesen mas dias de los que el vicario podia buenamente esperar, y esto echaba sus cálculos por tierra. El cura se echó á discurrir el espediente á que recurriria para sacar partido de Toño, y al cabo de mil ruegos y súplicas interpoladas oportunamente con una buena porcion de amenazas, recabó de él que se casaria en aquella mismísima noche, con tal de no vivir en compañía de la que iba á ser su muger, hasta que se presentase á sus ojos con su rubia y antigua cabellera.

El fantasma no sabia sin duda que la estravagancia de Toño podia admitir transaciones, y sino apelaba á otro obstáculo para destruir el enlace, lo que es este estaba vencido.

Tal fué la reflexion que hizo el cura cuando triunfó de la tenacidad que su sobrino le habia opuesto; pero recordando que Aldonza habia quedado sola en el oratorio, asaltóle la terrible idea de que si el fantasma acechaba el momento de arrebatársela, podia conseguirlo tal vez aprovechando aquella soledad. Alterado con este pensamiento, corrió á ver si la víctima estaba donde todos la habian dejado, y estaba con efec-

to, ¡estaba allí! sin que nadie hubiese intentado prestarle el mas leve auxilio.

Esto aseguró mas al cura en la idea que tenia de que la casa del sacristan no tenia comunicacion con el consabido Palacio. En el júbilo que le causó la observacion que acababa de hacer, estuvo casi por despedir á los hombres que tenia con armas prevenidos á todo evento.

Cuando entró el cura en el oratorio, estaba Aldonza orando de rodillas delante de una imágen de la Vírgen á quien su altar se hallaba dedicado.

El vicario se acercó á ella con afabilidad:

—Ya has tenido tiempo bastante para alzar tus plegarias al cielo. Ahora, prepárate á lo que falta.

—¿A lo que falta? preguntó Aldonza. ¿Pues no ha dicho vuestro sobrino que rechazaba este matrimonio?

—Ha mudado de parecer, como tú habrás trocado sin duda en obediencia tu obstinacion.

—¡Cúmplase la voluntad de la Vírgen! contestó Aldonza desconsolada. Yo estaba pidiéndole aquí hiciese persistir á ese hombre en su resistencia al enlace, y no me ha querido escuchar. Muy pecadora debo ser cuando de una manera tan triste se muestra el cielo sordo á mis ruegos.

—Cúbrete esa cabeza, muchacha, un poco mas que la tenias antes, le dijo el cura por toda contestacion, temiendo que Toño volviese á fijar la vista en el pelo.

—Yo se la cubriré, dijo Gertudris, comprendiendo la intencion del vicario.

Y cubrió la cabeza de Aldonza del modo que crey ó mas á propósito para el objeto que se proponia. La diligencia en tanto fué escusada, porque Toño estaba resuelto á no fijar los ojos en su esposa al tiempo de darla su mano, temiendo retirarla otra vez y exasperar de nuevo á su tio si no adoptaba esta precaucion.

Seguro ya de la docilidad de los dos futuros consortes, hizo el cura subir al oratorio la mitad de los hombres armados, para hacerles servir de testigos. El párroco no queria que nunca se pudiese atribuir á aquel acto la nota de clandestino, y Pacomio y su hermana Gertrudis los podian parecer sospechosos, si ellos solos lo presenciaban.

Al entrar en el oratorio dejaron los hombres sus armas arrimadas á la pared en el rellano de la escalera, quedando uno allí de centinela mientras se realizaba el enlace.

—Señores, dijo el cura á los hombres: sed testigos del matrimonio de mi sobrino con la hija del señor alcalde, verificado á puerta cerrada por muy poderosas razones, pero sin violencia ninguna por parte de los contrayentes.

Y luego, dirigiendo la palabra á su sobrino:

—¿Aceptais Toño, por esposa vuestra como lo mandan Dios y la Santa Madre Iglesia á la señora Aldonza Jimeno?

—Parece tio, contestó Toño, que oigo ruido á la puerta de la calle.

—No se trata ahora de eso, contestó el cura sobre-

saltado al oir golpear la puerta. Aceptais por esposa...

—Pero tio, ¿quién será el que llama á estas horas?

—Esa voz, dijo uno de los hombres, parece ser la del capitan que está alojado en casa del alcalde.

—Sea quien quiera, dijo enfadado el cura, no se abre á nadie la puerta hasta que acabe la ceremonia. ¿Aceptas, Toño....

—¡Oh! dijo este: *sí*.... ¡pero qué porrazos, Dios mio!

—Y vos Aldonza, prosiguió el cura, aceptais por esposo....

—¡Eh! esclamó Toño: contestad presto y decid que *sí*, que quiero ver en qué para esto.

Brusco Toño siempre que hablaba, lo fué mas en esta ocasion, llevado de su impaciencia por saber quien estaba llamando. El centinela que los hombres habian dejado en la escalera guardando las armas, lanzó al mismo tiempo una voz, y los testigos se precipitaron con el fin de empuñarlas otra vez. Los que aporreaban la puerta parecian querer echarla al suelo, segun eran los golpes que daban. Barreada aquella entretanto, podia resistir bastante tiempo, y así lo dijo Pacomio al cura despues de haber bajado á examinarla. Los hombres de la escalera tornáronse con esto al oratorio armados con sus lanzas y sus picas, dejando á sus compañeros de abajo el cargo de resistir la primera agresion, y al centinela el de avisar al punto si necesitaba su auxilio. De este modo volvieron las cosas al mismo ser y estado que antes.

—Por última vez Aldonza, esclamó el cura con mal disimulado furor: ¿aceptais por esposo....

—*Sí*, dijo ella con voz mas que apagada, espirante, espantada y sobrecogida con la vuelta de los hombres armados, y creyendo que las lanzas y picas iban á dirigirse contra su pecho.

—Entonces, dijo el cura satisfecho haciendo la señal de la cruz, yo os uno en nombre del Padre, y del Hijo, y del...

Un estrépito, al cual se abrió de par en par la ventana impidió al cura terminar la fórmula. Mientras el capitan y el alcalde procuraban hacer astillas la puerta, Diego, harto mas sagaz que ellos, sacó de la casa de este una escala que tenia en el patio, y arrimándola á la ventana del oratorio, descargó tal puñetazo sobre esta, que no pudo menos de abrirse, colándose él dentro de súbito y plantándose entre Toño y Aldonza, diciendo al cura:

—Sí! en nombre del Padre, y en nombre del Hijo tambien.... pero no en el del Espíritu Santo.

—¡Oh! ¡mi salvador! dijo Aldonza, echándole los brazos al cuello.

—¡Muera! ¡muera el raptor! esclamó el cura.

—¡Atrás! dijo Diego furioso y echando mano á la espada: atras, ó... perdóneme Dios! no respeto el sitio en que estamos.

—Habeis llegado tarde, repuso el cura: Aldonza es ya esposa de Toño.

—No mientras yo viva, esclamó el escudero; y

por Dios que si vuestro sob rino no renuncia inmediatamente....



—¿A qué? dijo este: ¿á la novia? Pues valiente sacrificio exijís de mí. ¡Si yo me casaba por fuerza!

—¿Cómo por fuerza?

—¡Toma! mi tio me ha hecho ceder quieras que no quieras, y si no que lo diga él. Pues no ha sido mala pelotera la que hemos tenido hace poco.

—Señores.... mi sobrino está loco, dijo el cura: no le creais.

—¿Qué no me crean? esclamó este: juro por la Vírgen Santísima que nos mira desde ese altar.... Pero calle! continuó, mirando el cuadro con la boca abierta: esa Vírgen no es la misma de antes.

Todos dirigieron la vista al sitio donde estaba la imágen, imágen en la cual hacia rato que no reparaban, vieron con sorpresa que Tño tenia razon. El cuadro del altar era otro, y el cura vió en la imágen sustituida una cosa que no esperaba.... las facciones de Catalina.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó: huyamos, señores, huyamos.

Y se precipitó hácia la escalera, siguiéndole los demas maquinalmente, á tiempo que subian por ella los hombres que estaban abajo, atropellados por el capitan que habiendo derribado la puerta cargaba furioso sobre ellos, haciendo lo mismo el alcalde con una tranca desmesurada.

El escudero que habia quedado solo con Aldonza, reconoció cierta semejanza entre las facciones de esta y las de la imágen del cuadro, y con los antecedentes que tenia por lo que el capitan le habia dicho, comprendió la razon del terror con que el cura acababa de huir. Ocupada su imaginacion hasta entonces solamente en libertar á su amada, habia enteramente olvidado la distancia que le separaba de ella, y aquella imágen se la recordó. Triste y sombrío con esta consideracion,

hizo un esfuerzo sobre sí mismo para separarse de Aldonza que proseguia abrazada á él, cuando ella que notó su actitud....

—¡Cómo! amado mio, le dijo: ¿habeis roto las cadenas con que iban á atarme á otro hombre, y vais tambien á romper los vínculos de vuestros amantísimos brazos?

—¡Aldonza! ¡Aldonza! esclamó el escudero: arrodilláos ante esa imágen que debe ser sagrada para vos lo mismo que lo era la otra.

—¿Qué otra? dijo Aldonza, estrañando las palabras del escudero como habia estrañado las de Toño y la súbita huida del cura: esa Vírgen es la misma de antes, la misma á quien oré largo rato cuando querian arrebataros mi mano y mi corazon. Yo no hallo en ella mutacion ninguna.

—¿No? pues entonces.... ¿Habeis estado sola algun tiempo en este sagrado recinto?

—Sí, amado Diego, mas de media hora.

—¡Ah! entonces esa imágen ha querido que la viérais vos solamente, y despues ha desaparecido para presentarse otra vez. Adorad los secretos del Eterno, y arrodillaos nuevamente.... ¿Veis?

A esta palabra *veis*, volvió Aldonza sus hermosos ojos al cuadro, y vió en él otra imágen diferente, la de la Vírgen que constantemente habia estado en aquel altar. El asombro que produjo en los dos mutacion tan inesperada dió bien pronto lugar á otro susto, al menos, en el escudero, al oirse en la escalera entre el

ruido del combate, y los gritos y la algarabía, una voz que decia: *Paso al conde: paso al señor conde de Irache.*

—¡El conde! esclamó el cura en la escalera: entonces nada hemos perdido.

—¡El conde! esclamó Diego Perez: el peligro es mas grande que antes.

—¿Qué decís? dijo Aldonza.

—Nada.... nada: que antes de llegar hasta vos, pasará quien intente ultrajaros por encima de mi cadáver.



CAPITULO XX.

En el cual se complica mas y mas el enredo de esta leyenda.

Despues de una porcion de rodeos ocasionados por los torrentes que se le oponian al paso, habia el conde de Irache llegado á la poblacion trayendo á Irene sobre su caballo, siguiéndole Lainez á corta distancia, y con él diez ginetes mas, pertenecientes á los soldados que acababan de ser sorprendidos en el desfiladero

de la Sierra, los cuales habian conseguido escapar lo mismo que Lainez é Irene.

El aviso que se habia dado al rey era cierto desgraciadamente. El teniente Antolinez habia vendido á los suyos, y Almanzor con treinta mil infieles hacia ondear sus pendones en los límites divisorios de la Mancha y Andalucía. El conde se perdia en conjeturas discurriendo no ya precisamente sobre la traicion de aquel gefe, sino sobre el estraño misterio y la notable anticipacion con que el rey habia sido avisado. En vano hizo á los fugitivos mil preguntas encaminadas á aclarar sus confusas ideas: los soldados, Lainez é Irene no pudieron decirle otra cosa sino que habia habido una sorpresa, siendo solo individuos contados los que habian conseguido fugarse. En cuanto á lo demas, los ginetes acabaron de asegurarle que lo que es por aquella noche podia estar descansado en cuanto á intentar Almanzor pasar adelante en su marcha, pues la que acababa de hacer para verificar la sorpresa tenia fatigadas sus tropas, y lo que menos presumia el moro era que la hueste del rey hubiera soñado en moverse de sus estancias de Cibdad-Real.

Tranquilo el conde en cuanto á este punto y mas estando tan cerca los bravos que debia traerle Ruy-Gomez, volvió de nuevo á sus cavilaciones sobre el consabido mensaje, y recordando las palabras del rey relativas á la condicion que se le habia puesto para el triunfo y para recibir cierto auxilio, que era ve-

nir su alteza en persona al pueblo que tenia delante, no pudo menos de estremecerse á la idea de que aquel aviso hubiera podido venirle de la Casa de Pero-Hernandez. Sus ojos se fijaron en ella como ansiosos de interrogarla; pero el siniestro edificio no dió muestras de responderle con ninguna señal de mal agüero, estando el pueblo al parecer tranquilo y apaciblemente bañado por la luz de una luna clarísima, sin mas ruido que el de un viento algo recio que acababa de levantarse.

En medio de esto el cura le decia en su carta que el demonio andaba suelto en el pueblo, y que lo que Astarot habia escondido en el castillo de Irache, podia no estar allí. Esto volvia á desatinarle, y lo único que calmaba algun tanto su incertidumbre, era la consideracion de que tenia consigo á Irene, á Irene cada vez mas perdida por él, y cuya posesion anhelada estaba decidido á conseguir antes que viniese su padre.

Combatida de este modo su alma por mil diferentes afectos, llegó á la poblacion dando un último rodeo, no ya causado por los torrentes, sino por su deseo de evitar aproximarse mas de lo preciso al palacio de Pero-Hernandez.

La del cura estaba cerca de la iglesia al otro estremo de la poblacion, y el campanario le sirvió de guia para dar con la casa anhelada.

Llegado á la puerta del párroco, hizo que Lainez llamára; pero á pesar de hacerlo largo tiempo, nadie

contestó á sus porrazos. En cambio resonaron otros golpes que retumbaban á corta distancia, y eran los de la casa de Pacomio, cuya puerta estaban haciendo astillas el alcalde y nuestro amigo el alferez, mientras



el escudero á la parte opuesta arrimaba una escala á la pared y se colaba por la ventana.

Estrañando el conde aquel ruido, dejó á Irene en

compañía de Lainez, haciéndola guardar por ocho ginetes, y dirijióse con los dos restantes hácia donde sonaba el estrépito, llegando á casa del sacristan cuando el capitan y el alcalde habian hecho trizas la puerta, cayendo sobre los de adentro, este con su tranca terrible y aquel con su temida tizona, mientras los otros en la escalera defendíanse con chuzos y lanzas.

Las voces *¡muera el cura!* que oyó el conde proferidas por el oficial, le hicieron conocer que estaba allí el que no habia hallado en su casa, y no sabiendo á que atribuir un incidente tan inesperado, precipitóse trás el alferez, dando orden á los demas ginetes que se reuniesen con él, guardando siempre á su amada Irene, y cercando al mismo tiempo la casa.

A la voz del conde de Irache que llamaba al oficial por su nombre, cesó el aferez de descargar mandobles, quedando como petrificado. Los que adentro se defendian, pusieron tambien término al combate, siendo solo la voz de *paso al conde* la que sucedió en la escalera á la algarabía anterior y á los gritos de *muera el cura*, con los de *¡hija mia! ¡hija mia!* que daba por su parte el alcalde.

A estos últimos y tristes acentos, la pobre Aldonza que con la confusion no habia oido la voz de su padre ahogada por la mas estentórea del oficial y por la babilonia de arriba, precipitóse escalera abajo, saliendo del oratorio y siguiéndola el escudero.

El cura gritó al conde:

—¡Señor! Venís como bajado del cielo. Prended

á ese oficial y al escudero, y prended al alcalde tambien. Querian asesinarme los tres, y debeis castigar esa infamia.

—¡Oh no! esclamó el alcalde.

—Callad, le dijo el oficial en voz baja: callad ó perdeis vuestra hija.

—¡Señor! esclamó Aldonza.

—Callad, dijo Diego apretándole la mano: callad ó perdeis vuestro padre.

—¿Pero qué es esto? preguntó el conde cada vez mas maravillado al ver al cura con sus ornamentos como si estuviera en la iglesia.

—Prendedlos, replicó el cura, y luego sabreis lo demas.

—Dense á prision los tres, contestó el conde; mas sin necesidad de decirlo, ya los hombres de las lanzas y picas, envalentonados con el auxilio de los dos ginetes que desmontando de los caballos habíanse internado en la casa, mientras sus compañeros quedaban en la calle, parte de ellos guardando á Irene, y parte cercando el edificio, tenian agarrado al alferez sin darle tiempo para menearse, aherrojando igualmente al alcalde y quitando á entrambos sus armas. En cuanto á Diego, inseparable siempre de Aldonza, vióse rodeado tambien; pero se revolvió en tales términos y empezó á sacudir cintarazos de un modo tan diestro y terrible, que no ya los hombres aquellos y los soldados recienvenidos, sino hasta el mismo conde de Irache se vió forzado á retroceder. La lucha

sin embargo no era igual, y Diego hubiera al fin sucumbido, á no venir en refuerzo suyo un inesperado auxiliar, Gavilan, que escapado de casa y siguiendo por el olfato á su amo, voló á reunirse con él, y viéndole en tan grave peligro, precipitóse sobre sus contrarios, ahullando y repartiendo mordiscos cual si estuviera espirituado. Los paisanos que vieron al perro, á aquel diablo en figura de can lanzarse como un rayo sobre ellos, no pensaron ya desde entonces sino solamente en huir, arrastrando en su confusion á los recienvenidos soldados, los cuales, no sabiendo á que atenerse, creyeron aquello otra cosa de lo que era en realidad, y salieron en tropel á la calle. Diego, en vez de contener á su perro como lo habia hecho por la mañana, gritaba y silbaba azuzándole, y entretanto descargaba fendientes sosteniendo el cuerpo de Aldonza desmayada por segunda vez, y cargando sobre los fugitivos. Libres el oficial y el alcalde, merced á aquel incidente, lanzáronse sobre ellos tambien, consiguiendo salir á la calle, donde se les unió la alcaldesa que habia acudido á los gritos, no siéndole posible resignarse á permanecer quieta en casa, como el alcalde le habia mandado. La algarabía y la confusion llegaron á su último colmo. Los ladridos de Gavilan se mezclaban con los lamentos de Irene, con los gritos que daba Lainez sin poder contener su caballo, con el galope de los dos corceles que habiendo quedado sin dueño al subir los ginetes á la casa, corrian por la poblacion desbocados; con las

maldiciones de los desmontados que iban trás los caballos que huian, con la confusion de los soldados restantes que no sabian si acudir á Irene, ó seguir guardando la casa, ó volar en auxilio del conde, y en fin, con el terror de los paisanos dispersados en todas direcciones, mientras los vecinos del pueblo acaban de coronar la fiesta, alzando sus plegarias al cielo y rezando el *Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal,* lo mismo que la noche anterior.

Entretanto el vicario en la escalera hostigaba al conde de Irache á volar tras los raptores de Aldonza, no atreviéndose sin embargo á revelarle el fatal secreto que se callaba tanto tiempo habia, temeroso de que interpretára en su contra en aquellos primeros momentos la clandestinidad del enlace. Así su único grito era *prendedlos, y luego os diré lo demas*; pero Toño, asustado á la idea de tener que cargar con una esposa que tanto le repugnaba, y mas amedrentado todavía con la del terrible escudero que tan malas pulgas tenia, abrazó las rodillas del conde, apretándolas con todas sus fuerzas y diciéndole:

—¡No, no señor! Mi tio se ha empeñado en ser loco: yo no quiero que prendan á nadie.

—¡Pero y bien! esclamaba el conde: ¿á qué me he de atener?

—¡Oh señor! contestó el cura desesperado: esa jóven es la esposa de Toño, y se la llevan robada.

—¿Robada? No es verdad, dijo Toño. Yo se la regalo á quien quiera que me haga el favor de llevársela.

—¿En qué quedamos? esclamó el conde irritado al ver tantas contradiciones; y sobre todo ¿qué me importa á mí que se la lleve ó no? Otras cosas de mas interés son las que aquí me han traido. ¿Esa carta que acabais de escribirme....

—¡Oh! esclamó el cura medio demente ya, al ver perderse un tiempo tan precioso: ¿no os digo que vayais trás Aldonza.... trás la hija de Leonor?

—¡La hija de Leonor! ¡Maldicion! ¿Y aguardais ahora á decírmelo?

Y loco tanto ó mas que el vicario, lanzóse el conde precipitadamente en direccion de la calle, haciendo rodar por la escalera á Toño, cada vez mas empeñado en detenerle y en no querer soltar sus rodillas. Era esto á sazon que Ruy-Gomez llegaba á la poblaion con la gente que el conde le habia dicho.

—¡Y bien! le dijo este: ¿qué es del duque?

—Le he engañado completamente, contestó Ruy, y están cumplidos vuestros mandatos.

—Bien, mi fiel servidor, está bien! y llegais ademas muy á tiempo. Haced subid á Irene á esa casa, y escusadme con ella. Luego vuelvo.

Y dirigióse trás los fugitivos, seguido de unos cuantos caballos, consiguiendo apoderarse del capitan y del alcalde y de su muger cuando ya se metian en su casa; pero sin poder dar con Diego ni con su pasgraciada pareja.

—¿En dónde está esa jóven? preguntó el conde con voz de trueno, despues de registrar la casa del alcalde

hasta el último rincon, creyéndola escondida en ella.

—Señor, señor, contestó el alcalde: ¿qué mal os ha hecho mi hija, que la perseguís vos tambien?

—¿Dónde está? volvió el conde á preguntar, dirigiendo la palabra al alferez.

—¡Hombre infame! contestó este: si supiera yo donde está, ¿crees acaso que te lo diria? No lo sé; nos hemos perdido en medio de la confusion producida por la tropa que entraba, y el corazon me dá que son inútiles tu desesperacion y tu furor, porque Diego proteje á Alonza, y el cielo está velando por Diego.

—Prended al oficial, dijo el conde á los suyos, y prended tambien á esos dos, colocando á cada uno en departamento distinto.

La resistencia era de todo punto inútil, y el oficial quedó aherrojado, lo mismo que el alcalde y la alcaldesa, no sabiendo estos á que atribuir el interés que el conde tenia en apoderarse de Aldonza.

Presos los tres y cuidadosamente guardados en la misma casa del alcalde, envió el conde en todas direcciones ginetes que persiguiesen á Diego, siendo todo su afan inútil, porque ninguno pudo dar con él, á pesar de haber recorrido todos los alrededores del pueblo en el radio de mas de una legua.

Era evidente que Diego Perez estaba escondido en el pueblo con la jóven objeto del furor y de las persecuciones del conde. Convencido de que era así, hizo este que Ruy-Gomez acordonase la poblacion, sin consentir salir de ella á ninguno de sus ha-

bitantes, procediendo él despues en todas las casas al mas escrupuloso registro. ¡Empeño inútil! En ninguno de ellos pudo dar con la presa anhelada.

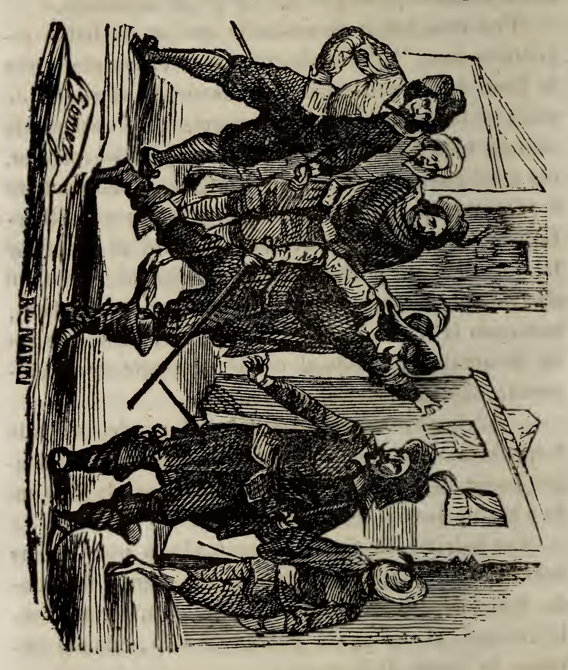
Una casa habia no obstante que no se habia registrado aun, habiéndolo sido hasta el templo, y era la Casa de Pero-Hernandez. Devorado el conde de rabia al ver lo inútil de sus pesquisas, y ansioso de salir de toda duda respecto á aquel palacio maldito, dió á los suyos la órden de allanarlo, obligándolos á vencer su pavor con amenazas y juramentos. Ruy-Gomez, el mas bravo de todos, sintió al escuchar tal mandato que le flaqueaban las piernas; y eso no obstante obedeció y marchó hácia aquella casa fatal, temiendo la iras del conde. Los demas, visto este acto de arrojo, y viendo al conde al frente de la empresa, siguieron detrás de los dos.

—¡Adelante, valientes! gritaba el conde: adelante y seguid á vuestro gefe como lo habeis sabido siempre hacer. Esa casa no puede infundir miedo sino solo á los necios ó á los niños.

Los ladridos de Gavilan, asomado á una de las ventanas del palacio, contestaron á la arenga del conde. Sus soldados, helados de pavor, detuviéronse súbitamente, al ver aquel perro siniestro, cuando estaban ya cerca de la puerta.

—¡Cobardes! gritó entonces el conde: ¿oís al perro del escudero, y cuando sus ladridos os dicen que su amo se halla con él, temeis entrar donde otro hombre ha entrado?

Estas palabras reanimaron aquellos desmayados corazones, y depuesto todo temor, se abalanzaron hácia la puerta. Esta entonces se abrió de por sí, co-



mo en señal de que los de adentro no temian la acometida, saliendo luego por ella y lo mismo por todas sus ventanas un sin fin de dardos de muerte acompañados de espantosos ruidos, entre ellos los de grillos

y cadenas, junto con multitud de relámpagos. Los del conde, incluso Ruy-Gomez, no pudieron sobreponerse al miedo, á la sorpresa y al horror de una escena tan espantosa, y menos viendo en el minarete que se alzaba sobre el edificio los tres hombres desfigurados y el horrible y descarnado esqueleto de que ya tiene noticia el lector. Así, la dispersion fué completa, quedando solo y abandonado el conde sin saber lo que le pasaba, entre diez ó doce cadáveres que los dardos tirados desde la casa habian dejado tendidos. En esto vió salir del edificio otros tantos ensabanados. A esta vision no pudo resistir, y echó á correr hácia la poblacion. Parado luego en medio de la calle, tuvo aun aliento para volver la vista al terrible y misterioso palacio, y vió á los diez ó doce ensabanados ocuparse con mucha flema en levantar del suelo los cadáveres, cargando cada cual con uno de estos, y volviendo á meterse en la casa. Los truenos y relámpagos cesaron; los tres hombres desfigurados y el esqueleto del minarete desaparecieron tambien con las hachas que los alumbraban; todo, en fin, quedó quieto y tranquilo, helando aquella paz al de Irache mucho mas que la escena pasada.

—¡Ah! esclamó el conde: voy á volverme loco; pero mañana será otro dia. Entretanto aprovechemos la noche, ya que los séres de ese palacio han tenido la insensatez de no tenderme entre los cadáveres que han caido á mi alrededor. Irene me espera: esta niña me consolará de la otra.

Dijo, y fingiendo una serenidad que no sentia seguramente, dirijióse á la casa de Pacomio donde Irene habia sido llevada, lo mismo que antes la pobre Aldonza. El Cura, Pacomio y Gertrudris estaban espantados aun con la noticia de lo ocurrido. Solo Irene parecia agena á la general turbacion; pero Irene en aquella sazon estaba mas demente que nunca, merced á la última pócima que Laynez le acababa de dar en la escesiva dósis prevenida.

Despues de un amoroso coloquio con ella, durante el cual notó el conde con indecible satisfaccion los progresos por la pócima hechos, retiróse este con el vicario, y este le dió minuciosa cuenta de todo lo que habia pasado durante la noche anterior.

Al llegar á la noticia del pergamino que le habia entregado el fantasma, quedó el conde maravillado.

—¿Dónde está ese pergamino? le dijo.

—Lo he dejado en casa, contestó el cura, despues de haberme esforzado en vano por ver si habia en él algo escrito.

—Segun eso, ¿lo habeis abierto?

—¿Queriais que lo presentase al rey, sin tratar de averiguar primero si habia en él alguna especie que pudiera perjudicaros?

—Gracias, gracias, habeis hecho bien. ¿Y el sobre decia que debia entregársele cuando viniera á esta poblacion?

—*Para entregarlo á su alteza el rey el dia que venga á este pueblo*: estas son sus terminantes palabras.

—Entonces el fantasma que os lo dió sabia sin duda que el rey debia venir aquí, y esto acaba de confirmar mis presunciones de que el aviso que el rey ha recibido, le ha venido de esa casa maldita. ¿Y decís que Leonor está en ella?

—Eso es una sospecha no mas, nacida de lo que oí decir al alferez hallándose medio embriagado; y por eso os decia en mi carta que viéseis de averiguar si Astarot habia cumplido las órdenes que le dísteis en el castillo.

—Yo no sé que haya novedad en él, ni que Astarot haya faltado á mi confianza. Hace diez dias seguia allí, y despues no he sabido nada de él. La única novedad que ha habido en mi casa relativamente á este punto, ha sido la desaparicion del retrato de Leonor que tenia en mi gabinete; pero de esto hace ya mucho tiempo.

—Entonces, bien pudiera suceder que fuese su retrato y no ella, el que se apareció al oficial, y aun juraria que lo he visto yo en esa capilla inmediata.

—¿Cómo?

—Como que hay en él una Vírgen, cuyo rostro me ha parecido que se habia trocado en otro; pero ahora poco he vuelto á mirarla y la he visto lo mismo que siempre, y no sé si seria ilusion lo que antes me pareció ver. El recuerdo de vuestra hermana me tiene dados muy malos ratos, y mas de una vez he creido que se me aparecía su sombra en medio del silencio de la noche.

—A mí me los ha dado tambien, y he creido lo mismo que vos, y no hace mucho seguramente. ¿Por qué me puso en la necesidad de ser tan inhumano con ella? Hubiérame cedido el condado, y todo habria terminado bien. Toquemos, empero, otro punto. ¿Habeis dicho que la voz del fantasma se parecia á la de Mulhacen?

—Oh sí.... era la suya misma, y me parece que la escucho aun. Al pronto no cai bien en ello; pero despues vi el perro del moro. que es el mismo que ha ocasionado la algarabia de la escalera. y no me es posible dudar.

—Yo no ví que en el torreon tuviese Mulhacen perro ninguno.

—Abajo no, pero lo tenia arriba, antes de ser llevado al subterráneo.

—En el momento que brille el dia, saldremos para siempre de dudas. No ha de quedar piedra sobre piedra de ese palacio. Vamos ahora á lo mas importante, si es que en esto puede haber algo que no lo sea como lo demás. ¿Cómo habeis sabido que la jóven que el oficial se llevaba robada, es la hija de Leonor?

El cura pareció vacilar para dar al conde respuesta, por mas que la tuviese prevenida. ¿Cómo decirle que lo sabia hacía muchísimo tiempo? Esto hubiera sido esponerse á hacerse sospechoso al de Irache, dándole lugar á creer que guardando silencio tanto tiempo , tenia alguna mira vedada ó in-

tereses aparte del suyo, como efectivamente sucedia. Sin embargo, era fuerza esplicarle lo que deseaba saber, y asi decidióse á mentir lo mejor que le fuese posible.

—Os habeis quedado suspenso, le dijo el conde.

—Si, á fé, contestóle el vicario, porque me estraña veros preguntar lo que podeis vos mismo inferir sin necesidad de respuesta.

—No os entiendo.

—¿No? Pues entonces, ¿á qué ha venido el oficial aquí?

—¡Ah! vamos, ¿os ha dicho él que le habia enviado yo á hacer nuevas indagaciones en lo relativo á esa niña?

—No me lo ha dicho, contestó el cura, aprovechando esta revelacion para hacerla servir de base á la respuesta que anhelaba el conde; pero en los humos de la borrachera se le escaparon ciertas palabras, por las cuales caí en la cuenta de que le habíais dado una mision, y de que os era desleal á mas, y así resolví chasquearle. No es del caso referiros ahora las palabras que le escuché, bastándoos saber que le oí lo necesario para convencerme de que la que pasaba por hija del alcalde no lo era en realidad, sino la jóven que buscabais vos. Asi valiéndome con su pretendido padre del ascendiente que me daba con él mi autoridad como sacerdote....

—Y bien!

—Y bien, la trasladé á este sitio, para hacer como que la casaba....

—Como en efecto la habeis casado, y por cierto que en vez de robarla para vuestro sobrino, la debiérais haber robado para entregármela á mí.

—¿Pero no conoceis, señor conde, que esto era un simulacro de boda, una mera farsa no mas para asegurarla mejor? Por lo que habeis escuchado á Toño, os podeis convencer....

—Acabáramos. ¿Quien habia de comprender.... Sin embargo, volviendo á esa jóven, vos no estais cierto de su procedencia, sino por las palabras de un beodo.

—¿Y no os prueba que dijo verdad su venida á arrebatarla esta noche? ¿Qué interés podian tener el alferez y el escudero en verificar ese rapto, sino consumar el primero la traicion que contra vos meditaba?

—¿Y por qué no me habeis dicho ese secreto, cuando estaban los dos en la escalera?

—Queríais que os lo dijese habiendo gente estraña delante? Yo os dije *prendedlos, prendedlos*, y no tuvisteis á bien oirme.

—Dejemos esto para despues, dijo el conde con displicencia. Habeis dicho tambien que ha habido un robo en la iglesia de esta poblacion, y que entre los objetos robados se halla el cuadro del glorioso San Roque.

—Sí por cierto, contestó el cura; pero yo dudo mucho que ese cuadro represente á ese Santo glorioso.

—¿Cómo?

—Como que ese cuadro fué hallado el dia de aquella batalla, y pudiendo servir para un altar, le hice

yo colocar en la iglesia, ahorrándome asi comprar otro.

—¿Y me habeis callado hasta ahora esa circunstancia? ¡Oh! ¡vais á hacer que me vuelva loco!

—Pero señor.... ¿por qué?

—Porque ese cuadro lo estoy yo buscando hace tiempo, y sin él es en vano cuanto he hecho para asegurar mi condado.

—Me dejais estupefacto, señor conde. ¿Cómo podia presumir yo....

—¡Y el rey, continuó el conde para sí, me hablaba estos dias de un cuadro que se hacia venerar á los fieles profanando una iglesia del reino! ¡Oh! no hay duda.... el rey sabe algo. Ese santo que se le apareció, que él dice que se le apareció y que le hizo besar su llaga.... ¡Oh! nunca mas que ahora es preciso adoptar una resolucion. ¡Irene! ¿por qué tienes un ducado?

El conde, al revolver en su interior todas estas confusas ideas (confusas no para él, para nosotros, que no estamos en sus antecedentes), paseábase por la estancia con inquietud y desasosiego. Al fin cayó sobre una vieja silla que casi se rompió al recibirle, y dirigiendo la palabra al cura que estaba observándole absorto,

—Hablemos de otra cosa, le dijo. La dama que está en esta casa es la hija del duque de Olmedo. En vez de una farsa de boda como la que hace poco preparabais, vais á proceder al momento á una boda

real y efectiva. Esa dama vá á casarse conmigo, y solo espera vuestra bendicion.

—¿Mi bendicion? dijo el cura.

—¿Y por qué no? le contestó el conde. Habeis hecho servir tantas veces el ejercicio de vuestro ministerio á maldades de igual naturaleza, que por un crímen mas....

—Es que esta noche es de mal agüero para esto de matrimonios.

—Podrá ser de agüero peor dejar el mio para mañana. Es preciso que Irene sea mia, sin que sepa nada su padre.

—Ya sabeis que estoy siempre á vuestra órdenes, y lo único que deseo es que esta nueva barbaridad, sea, si es posible, la última.

—Revestíos con vuestros ornamentos, y si hace Irene alguna resistencia, que á decir verdad no lo espero, ayudadme en calidad de ministro, no sé si de Dios ó del diablo, pero en fin de cura ó de clérigo ó como quiera que os querais llamar, á convencerla como corresponde.

—Se hará todo como ordenais. ¿Estais satisfecho entretanto de mi lealtad hácia vos?

—No deja de ser algo estraña esa boda que preparabais: pero en fin.... estoy satisfecho. Ruy-Gomez.

El teniente subió, mientras el cura se retiraba.

—¿Qué mandais, señor? dijo aquel.

—En el momento que se verifique mi enlace, os

apoderareis del vicario. Quiero desvanecer ciertas dudas; pero mientras tanto, silencio.

Ruy-Gomez hizo al conde un saludo, y se retiró de la estancia entre absorto y despavorido.



—¡Oh! dijo el conde cuando quedó solo; por muy diestro que sea el cura, no lo es tanto que llegue á iludirme. Esa boda de su sobrino me parece bastante sospechosa, y el vicario por otra parte posee hartos secretos mios para que yo dilate por mas tiempo lo que exige mi tranquilidad.

¡Oh, sí! prosiguió, despues de un rato de meditacion: es fuerza que el servicio de esta noche sea el último que me preste. Entretanto no he visto el pergamino que el fantasma le dió para el rey, y es necesario hacer otro registro en la casa de ese bribon con el objeto de recobrarlo.

Dicho esto salió de su estancia, pasando por delante del oratorio, donde el cura estaba vistiéndose, ayudado del sacristan.

—¡Y bien! decia este al vicario: ¿qué es lo que ocurre que os vestís de nuevo?

—Es un último servicio, Pacomio, respondió el cura, que esta noche prestamos al conde. Tenemos ya bastante dinero. Mañana, si Dios es servido, nos alejaremos de aquí. Preven todo lo necesario para realizar nuestra fuga.

—¡Pues qué! ¿temeis que el conde....

—Sí, Pacomio. He sabido que el robo del cuadro ha sido una desgracia para él, bien que nada ha querido esplicarme acerca del particular, y he notado sobre todo otra cosa.... he notado que no le han satisfecho las esplicaciones que le he dado relativas al casamiento de Toño, y habiendo Diego salvado á Aldonza, estoy mal con su madre y con el conde. Anda, y con las debidas precauciones, dile á Ruy-Gomez que venga.

—Ruy-Gomez está aquí, dijo este, entrando en el oratorio: ¿qué se os ofrece, señor vicario?

—Nada mas, contestóle el cura, sino traeros á la

memoria el trato de auxiliarnos mútuamante que tenemos concertado hace tiempo, con arreglo al refran aquel : *cuando la barba de tu vecino veas pelar....*

—*Pon la tuya á remojar*, ya lo sé, y por eso cabalmente venia. ¿Sabeis la órden que me ha dado el conde?

—La presumo, porque os ha llamado cuando yo me alejaba de él. Os mandó prenderme, ¿no es eso?

—¿Cómo diablos lo habeis adivinado?

—He visto al salir de su estancia la sombra de su mano en la pared, y el movimiento que ha hecho esa mano no es dificil de traducir á quien posee la clave, como yo, de todas sus actitudes. Esa mano me ha señalado á mí.

—Con efecto; y de aquí infiero yo que cuando vos, tan buen servidor suyo, acabais de caer en su desgracia, la gracia que conservo yo aun no puede durar mucho tiempo.

—Entonces pues, ¿no me prendereis?

—Si por cierto, ¿por qué no he de hacerlo?

—¿Para mejor disimular? Muy bien. Nos hemos entendido, Ruy-Gomez. Ahora volveos abajo, y dejadme arreglar mis cosas.

—¡Oh! prosiguió el cura para sí desnudándose de sus ornamentos despues de haberse ido Ruy-Gomez: por muy diestro que el conde sea, está muy lejos de igualarme á mí, y no seria malo aconsejarle que otra vez que se ponga á hacer señas, apague primero la luz, ó al menos las haga de modo

que no envien su sombra á la pared, porque esto tiene sus inconvenientes, y las paredes tienen otra cosa, ademas de tener oidos.

El cura sin embargo olvidaba que las paredes del oratorio podian venderle á él tambien, á pesar de hablar en voz baja, y que cualquiera que fuese su destreza comparada con la del conde, podia haber alguno por allí que la tuviera mucho mayor, dando al traste segunda vez con sus cálculos mejor combinados.



CAPITULO XXI.

En el cual se verá que á las veces no hay mejor medio de evitar la cárcel, que meterse uno mismo en ella.

Nuestros lectores se figurarán que tanto Diego como la bella Aldonza, se habian acojido al Palacio juntamente con Gavilan, y debemos sacarlos de este error, pues no habia semejante cosa.

En el escrupuloso registro que el conde habia mandado hacer, habia perdonado una casa ademas de la de Pero-Hernandez, y era la de Pacomio el sacristan,

porque ¿cómo habia de presumir que la interesante pareja que tanto anhelaba cojer, pudiera haber buscado su asilo bajo el techo en que él mismo se albergaba? Sin embargo, nada era mas cierto. Diego, que en los momentos de peligro tenia un golpe de vista maravilloso para distinguir lo mejor, calculó que saliendo á la calle como lo habian hecho el capitan, el alcalde y la alcaldesa, lo único que podia conseguir seria dilatar breve tiempo su prision y la de su compañera, sin conseguir por eso libertarse y liberbertarla de la persecucion, y mas oyéndose sonar al mismo tiempo los clarines de la gente de guerra que venia en auxilio del conde. Así en vez de seguir el camino que le marcaban sus compañeros, dejólos salir á la calle, y aprovechando él la confusion que reinaba en aquellos momentos, ladeóse al llegar al zaguan hácia el pasillo de la derecha que conducia á uno de los cuartos bajos, verificando esta conversion al mismo tiempo que Toño iba rodando por la escalera, merced al puntapié que le dió el conde cuando oyó al cura la revelacion relativa á la pobre Aldonza. De este modo, mientras el conde, el vicario, Pacomio y Gertudris dejaban desierta la casa para abalanzarse á su presa, Diego Perez en el pasillo buscaba un sitio donde guarecerse, y viendo abierta de par en par una de las estancias destinadas á los muebles y trastos viejos de la Iglesia, metióse en él con su preciosa carga. A la vista de aquellos trebejos, sintió el corazon dilatársele pareciéndole quela providencia los tenia allí preveni-

dos para que le sirviesen de escudo. En el cuarto ardia una luz que habian dejado encendida los hom



bres prevenidos por Pacomio, y esto le vino muy bien á Diego para verifiar su escondite detrás de aquella multitud de trastos, sin causar en ellos desórden que pudiera llamar la atencion del ladino y suspicaz sacristan, si por suerte entraba en el cuarto.

Dejó á Aldonza, pues, con cuidado sobre una vieja

tarima, mientras él emprendia la faena de remover todos aquellos muebles con la diligencia posible, y hecho esto y habiendo abierto un hueco donde tener oculta la jóven, puso en él un sillon de baqueta que por casualidad estaba allí, colocándola en él con el mismo cuidado, sin que ella tuviese conciencia de nada, por seguir todavía en su deliquio. Situóse él despues á su lado de la mejor manera posible, sirviéndole de escudo con su cuerpo, y teniendo la precaucion de dejar abierta una calle por entre aquel monton de trebejos, en términos de poder salir de ellos removiendo una mesa y un banco que tenian cubierta la entrada. Ocurrióle despues la idea de salir á apagar la luz y á entornar la puerta del cuarto; mas pensándolo mas despacio, conoció que esto podia infundir sospechas si alguno penetraba en aquel sitio, y así permaneció en el escondite aplicando atentamente el oido á todo cuanto afuera ocurria, al mismo tiempo que su mirada se fijaba en la hija de Leonor, lleno de inquietud al contemplarla rendida á aquel sueño de muerte, y sin tener á su disposicion ni siquiera una gota de agua con que poder humedecer su rostro y restituirla á la vida.

—¡Oh! esclamó: yo te amaba, hermosa Aldonza, y no sabia que tu nacimiento alzaba entre los dos una barrera imposible de superar! Mi deber es ahora salvarte sin esperanza de ninguna especie, y yo cumpliré ese deber, ó pereceré junto á tí, si es tu salvacion imposible.

Unos pasos como de gente que se aproximaba á la casa, llamaron la atencion del escudero. Eran el vicario y Gertudris que volvian con Laynez y Ruy-Gomez, acompañando á la hija del duque de Olmedo y conduciéndola á las habitaciones de arriba, segun el conde habia prevenido.

—¿Dónde está el conde? decia ella.

—Vendrá inmediatamente, respondióla Ruy-Gomez: subid con nosotros arriba.

El escudero no pudo oir mas, salvo los pasos de los recien venidos que sonaban por la escalera, y el ruido de la puerta de la calle que Gertudris cerró al parecer á una insinuacion del vicario.

Despues de unos momentos de silencio, llamó el sacristan á la puerta.

—¡Albricias, esclamó este, albricias! El conde ha cojido al alcalde, al alférez y á la alcaldesa.

—¡Oh! esclamó Diego: ¡los han cogido! ¡Dichoso desmayo el de Aldonza que le impide saber tal noticia!

—¿Y los demas? preguntó Ruy-Gomez, que volvia á bajar la escalera, despues de cumplido su encargo de dejar arriba la dama.

—Los demas, respondió Pacomio, no han podido ser habidos aun, pero el conde ha determinado hacer un registro en el pueblo, y ni él ni ella se escaparán.

—¡Así sea! dijo Ruy-Gomez; pero ¿quién es ese majadero?

—Es Toño, el sobrino del padre vicario, que no quiere subir arriba por no sé que miedo que tiene.

—Y con mucha razon, dijo Toño. ¿Despues de lo que ha pasado con una, quiere el cura casarme con otra?

—¿Con qué otra?

—¡Toma! ahí es nada. ¿No he visto yo á vuesarcedes subir arriba con una señora, para hacer otra vez de las suyas?

—No es para tí, contestó Ruy-Gomez, un tan esquisito bocado. ¡Vaya una ocurrencia! ¡Ja! ¡ja! ¿La hija del duque para tal pollino?

— ¿La hija del duque aquí? esclamó Diego : entonces se prepara otra víctima.

Hecha esta reflexion, volvió á aplicar el oido cada vez con mas atencion; pero le fué imposible saber mas, porque solo oyó las carcajadas que Ruy seguia dando en la calle, mientras el sacristan se esforzaba en vencer la resistencia de Toño en lo tocante á subir arriba, como á la postre pudo conseguirlo, no sin grandes dificultades. Con esto quedó todo en silencio, aunque solo por poco rato, puesto que no habia hecho Pacomio sino apenas subir arriba, cuando volvió de nuevo á bajar, y el sobrino del cura con él.

El escudero se estremeció, porque segun sonaban las pisadas, la marcha de los dos era al pasillo.

No se equivocó: el sacristan tardó poco en entrar en el cuarto, siguiendo Toño con una luz. Era esto en el crítico momento en que Aldonza empezaba á volver lanzando un ahogado suspiro.

—Tú tienes la culpa de todo, decia Pacomio á su compañero; tú, que con tu resistencia á casarte has dado lugar á que ellos aprovechasen la dilacion, y ya vés lo que ha sucedido.

—¿Con qué todo ha sido por mí? repuso Toño: pues entonces me alegro y me realegro. ¡Canario con la novia y qué alhaja! ¿Enamorada del oficial y á mas de eso del escudero? ¡Que se la lleven enhorabuena! y antes que el señor conde la encuentre, permita Dios que se rompa el cuello.

—¡Amen! esclamó Diego para sí.

—Eres un bestia, dijo el sacristan; ¿pero dónde está ese sillon? Esos hombres, á mas de no servir para lo que se les habia llamado, han revuelto todos los trastos, y para dar una silla á esa señora tendremos otra vez que revolverlos.

—¡Jesucristo! volvió á decir Diego, viéndolos empezar la faena.

—¿Y me llaman bestia á mí? dijo Toño: pues no me trocaria por vos, á lo menos en este instante.

—¿Por qué, animal? contestó Pacomio.

—Porque si esa señora no tiene silla, buen remedio! que se siente en el suelo. Yo por mí, no busco ya mas, ni meneo un trasto siquiera.

—Mira en ese otro rincon, dijo Pacomio, mientras él revolvia los trastos por la parte del centro.

—Lo que ha de haber en este rincon, respondió Toño, es no sillas, sino ratones, segun el ruido que hacen. ¿Oye vuesarced?

Al hacer Toño esta observacion, estaba estremeciéndose Aldonza, y por mas que el escudero procuraba hacerla comprender su peligro, no pudo evitar que su cuerpo se estremeciese sobre el sillon que el sacristan estaba buscando. Gertrudis entró al mismo tiempo, impidiendo con el sonido de su voz y con el ruido que hizo al entrar que se oyese el otro á que Toño acababa de referirse.

—¡Y bien! dijo Gertrudis. ¿Hasta cuando estaremos esperando ese asiento? Mas breve hubiera sido ir á casa, y traer el del padre cura, con la media docena de sillas que tambien se han de ir á buscar.

—¡Gracias á Dios, esclamó Toño, que veo una muger razonable. Eso mismo decia yo; pero se ha empeñado este hombre en que yo me rompa la crisma, y lo vá á conseguir por lo visto.

No podia ser mas á tiempo la nueva observacion del idiota, porque en uno de los movimientos que nuestro Diego se vió forzado á hacer para contener á su hermosa, tropezó sin querer con un mueble, el cual, comunicando su movimiento á los demas que tenia delante hasta un pedazo de ángel de madera que se hallaba á bastante altura, hízolo caer sobre Toño, bien que sin hacerle daño, puesto que solo le rozó una oreja.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! esclamó: ¡confesion! ¡socorro! ¡la uncion! que me han muerto.

—¡Hijo mio! ¡hijo mio! gritó Gertrudis, corriendo despavorida hácia él, creyendo ser aquello otra cosa. ¿Qué ha sido eso?

—¡Si es un torpe! dijo Pacomio. ¿Te has hecho mucho mal? Vamos, vamos...., eso no merece la pena.

—¿Con qué no merece la pena, replicó Toño dando berridos, y casi me he roto los cuernos?

—Tiene razon, esclamó Gertrudis, mirando enfurecida á su hermano. ¿Quién te manda á tí disponer del pobre muchacho, como si fuera criado tuyo? Vamos, Toño, vamos arriba, y que llamen á un mozo de cordel si están empeñados en ello.

—No hay que enfadarse, hermana, dijo Pacomio; yo queria ese sillon para la hija del duque porque tiene adornos dorados, pero traeremos el del padre cura. No disputemos mas sobre esto.

Y cojiendo entre ambos á Toño que seguia con la mano en la oreja, dando siempre los mismos berridos, dirijiéronse arriba con él, llevándose consigo la luz y cerrando la puerta con llave.

—¡Gracias á Dios! esclamó Diego Perez. Al fin hemos salido del riesgo.

—¿Es su voz? dijo Aldonza.

—Sí, mi voz, contestó Diego estremecido aun del susto que habia pasado. Creí que ibais á dar algun grito, y por eso os tapé la boca; creí que ibais con vuestros movimientos á revelar el sitio en que os hallais, y por eso os tuve sujeta: perdonad mi atrevimiento, señora.

—Pero... ¿dónde estoy?

—Por el cielo, no levanteis la voz, no os movais. Vuestro padre y vuestra madre están libres, y yo es-

toy acechando el momento de salvaros tambien á vos.

—¡Ah! esclamó ella reanudando sus interrumpidas ideas. ¿Estoy amenazada todavía?

—Pero velo yo por vos, dijo él: silencio, Aldonza, y no me tengais miedo.

—¡Miedo á vos, Diego Perez! ¿Por qué? Lo único que me infunde temor es esta oscuridad en que me veo. ¿Qué sitio es este en que nos encontramos?

—Esperad un momento, y no os movais. La luna esta noche es clarísima. Voy á hacer llegar hasta vos un rayo de esperanza y de luz. Enfrente ha de estar la ventana.

Dijo, y saliendo de entre los muebles con el mas esquisito cuidado, dirigióse Diego á la puerta, y palpando en la oscuridad halló que el pestillo de aquella podia correrse por dentro. Acercándose luego á la ventana, quitó la barra que tenia detrás, y entreabriéndola sin hacer ruido, dió paso poco á poco á la luz del astro de los desgraciados, el cual en aquellos momentos brillaba mas claro que nunca. Tras esto se internó nuevamente por aquel promontorio de trastos, y sacando de entre ellos á Aldonza, cayó esta bien pronto en la cuenta del sitio en que se encontraba.

—¡Ah! esclamó: esta es la casa de Pacomio. ¿Cómo es que estamos en ella aun?

—¿Conoceis, dijo Diego, este cuarto?

—Estuve en él cuando me trajeron, mientras me

disponian la boardilla. ¿Cómo es que estamos aun en esta casa?

—En ninguna parte, señora, estais mas segura que en ella. Están buscándoos por todo el pueblo, y el único sitio que al conde no se le ocurrirá registrar, es el que os sirve ahora de guarida. Así os sucederá lo que al otro, que perseguido para ser encerrado en la cárcel, no halló medio mejor de evitarla que ir él mismo á meterse en ella.

—¡Ah gracias, Diego, gracias! esclamó Aldonza; comprendiendo con su ponetracion de muger lo que él le queria decir: ¿pero por qué me persigue el conde? ¿qué mal le he hecho yo, para que él me lo haga á mí?

—El conde es amigo del cura, dijo Diego cortando esplicaciones que eran entonces inoportunas: el conde es amigo del cura, y como os acabamos de robar....

—¡Ah! comprendo, comprendo, dijo ella, engañada con estas palabras: quieren ambos llevar adelante ese abominable consorcio; pero vos no lo consentireis... ¿no es verdad, amado mio, que no? ¡Ah! vos me quereis demasiado para que consintais en perderme.

Una especie de nube sombria eclipsó la luz de los ojos en el bravo y honrado escudero, recordándole las palabras de Aldonza el elevado nacimiento de esta, y la inmensa distancia á que él se hallaba del objeto de su adoracion.

—¡Señora! esclamó, perdonad.... mas no son pa-

labras de amor las que deben ocuparnos ahora, cuando os hallais todavia en riesgo. Mi deber ante todo es salvaros, y despues....

—Y despues, prosiguió ella sin dejarle continuar presentaros conmigo á mis padres, y decirles: «Aldonza me ama y yo le correspondo como debo. ¿No llorabais su pérdida? Aquí la teneis. Ya en vez de un hijo solo, teneis dos.»

—¡Aldonza! ¡Aldonza! contestó Diego: vuestros padres me miran sin duda con mejores ojos que antes; mas no por eso pueden acceder á que sea yo vuestro esposo. Renunciemos para siempre á este amor.

—¡Diego! ¿qué decís? ¡Renunciar! Entonces, ¿á qué ha sido arrancarme de las garras de mis opresores?

—Señora.... por piedad....

—¡Diego Perez! van tres veces si no me equivoco, que me habeis llamado *Señora*. ¿Qué quiere decir ese título? Ayer me llamabais Aldonza, y me parecia mejor. Una pobre muchacha del pueblo no puede ser señora de nadie sino del corazon de su amado, y solamente en este concepto puedo y debo pensar que me dais semejante denominacion.

—¡Aldonza! Yo queria espresaros el respeto que me inspirais en la soledad en que os veo, y esa era la voz mas á propósito para no infundiros temor.

—¡Ingrato! si era ese vuestro objeto, ¿por qué no me llamabais hermana?

—¡Ah! teneis razon. Sí, sí, hermana: ese es el nombre que os debo dar.

—Hasta que llegüe el dichoso dia en que sea reemplazado por otro. ¿No es cierto, hermano mio?

—¡Aldonza! ¡Aldonza! esclamó el escudero con dolor: ¿os ha dado el cielo palabra de realizar vuestras ilusiones, que asi estais soñando con ellas?



—¿Qué quereis decir? preguntó Aldonza , sorprendida cada vez mas al oir tan estrañas palabras.

—Nada , nada, contestó Diego, disimulando el hondo sentimiento que despedazaba su alma: queria solamente advertiros que estamos en peligro todavía, y que hasta quedar libres de él, es tentar á Dios entregarse á soñar en dichas futuras.

Mal satisfecha con esta esplicacion, disponíase Aldonza á pedir otra al hombre á quien tanto adoraba, cuando sonaron en sus oidos los ruidos espantosos con que la Casa de Pero-Hernandez recibia á sus acometedores despues de hecho el registro del pueblo. Poco despues se vieron por la calle los soldados del conde de Irache corriendo en total dispersion, mientras los vecinos alzaban al cielo las plegarias de costumbre, nunca mas justificadas que ahora, porque nunca como en esta ocasion parecia venirse abajo el mundo, segun era espantoso el estrépito con que se anunciaba el palacio. El escudero entornó la ventana que tenia entreabierta, temiendo no le viesen desde la calle los soldados que corrian dispersos, y ansioso de saber la razon de aquel inesperado incidente, aplicó el oido y la vista á lo que estaba pasando fuera. Aldonza llena de pavor cual nunca, colgóse del cuello de Diego, apretándole fuertemente con sus hermosos y torneados brazos, brazos ay! que le ahogaban de placer al mismo tiempo que de desesperacion, haciéndole gozar y sufrir lo que puede bien inferirse del secreto que ella ignoraba y él tenia sepultado en el pecho. Aquel abrazo de inocencia y miedo merecia sin embargo pagarse, y él lo pagó estrechando tiernamente la hermosa cintura de Aldonza, é imprimiendo un beso en su frente. Era el beso del hermano á la hermana, el abrazo del padre á la hija. Para atestiguar su pureza faltaba solamente una lágrima, y Diego la vertió tristemente sobre la huella ardiente del ósculo, cual si desease apagarla, como es-

taba apagada en su corazon la esperanza de poseer aquella celestial criatura.

Trascurrido asi un breve rato de inesplicable delicia y de indefinible suplicio, vino á sacar á Diego de su éxtasis misto de pesadilla y fruicion la figura del conde de Irache, que huyendo del palacio infernal pasó súbitamente por la calle, rozando con el ala del sombrero el marco de la ventana que el escudero acababa de entornar, pero sin cerrarla del todo. Al aspecto de aquel hombre siniestro, estuvo par lanzarse sobre él saltando furioso á la calle; pero la consideracion del peligro á que iba á quedar espuesta Aldonza si se malograba la empresa, hizo que Diego se contuviese, y el de Irache entró salvo en casa.

—Ah! dijo Diego á su compañera: ¿por qué habrá decretado el cielo que os tenga en este instante á mi lado?

—Estais incomprensible, contestó ella, desasiéndose de él con dolor: ¿tan pesada os es esta noche la carga que os ocasiono, que asi os contemplo rehuir mis brazos como si os ahogara con ellos?

—Oh sí, Aldonza! me ahogan.... me ahogan... mas no lo decia por eso, sino porque me habeis impedido lanzarme sobre ese hombre que ha pasado por delante de la ventana.

—Pero, y bien! ¿quién es ese hombre?

—¿No le habeis conocido? ¡Ah! sois feliz.... Mas silencio, Aldonza, silencio, que veo otros dos hombres

embozados acercarse sijilosamente, y al parecer hablan en voz baja.

Diego decia bien. Dos embozados acababan de entrar en la calle, siguiendo al parecer la misma senda que el conde habia traido. El modo recatado con que andaban arrimados á la pared, y la cautela con que se acercaron á la puerta que el conde acababa de cerrar, llamaron la atencion del escudero.

—Y bien! dijo soplando las palabras el uno de los dos bultos: la puerta está cerrada por dentro, y ès de todo punto imposible penetrar sin ruido en la casa.

—Retirémonos á este lado, contestó el otro: á la luz de la luna estamos mal, y si nos descubriesen desde arriba, iria todo por tierra.

—El conde está harto ocupado para que piense ahora en otra cosa que en el susto que acaba de llevar; pero vamos en buen hora á la sombra.

Diciendo esto, desandaron ambos, siempre pegados á la pared, el camino que habian traido, parándose precisamente en el sitio de la ventana, sitio que la luz de la luna acababa de abandonar, trasponiéndose detrás de una casa que el escudero tenia enfrente, es decir, tras la casa del cura.

Con esto podia oir Diego Perez por entre la estrecha rendija que la ventana hacia con el marco, todo lo que hablasen los dos; pero le fué imposible conseguirlo, porque al mismo tiempo que ellos se acababan de parar junto á él, oyó ruido de gente en el pasillo, y hubo de cerrar la ventana y volver á esconder-

se entre los muebles, arrastrando á Aldonza consigo.

Un momento despues entró Pacomio con el sobrino del cura, siguiendo á los dos un criado que venia con un jergon.

—¡Toma! dijo Toño: ¡esta es buena! ¿Este es el sitio que me destinais?

—Es preciso, contestó el sacristan. Los aposentos de arriba se necesitan todos para el conde y para esa señora que ha venido. Ademas, hay otras razones para que te acuestes aquí, ya que eres tan poltron que no quieres resignarte á pasar en vela lo poco que resta de noche.

—¿Poco, y faltan todavia seis horas para que se haga de dia?

—Y sin embargo, habrás de levantarte sin dormir mas que dos ó tres, porque tenemos que marcharnos luego de esta poblacion maldecida.

—¿Quién? ¿Yo? Usarced se guardará muy bien de dispertarme hasta que yo lo haga. Ahí es nada lo molido que estoy para dejar así como así la cama en que una vez me repantingo. Trabajo les mando á las ratas que corren á millares por ahí si piensan turbar mi modorra, aun cuando se me coman las narices. Sin embargo.... aa! aah! no fuera malo.... ¡ay que sueño, Virgen Santísima!

—Y bien! ¿qué?

—Que miraseis con cuidado todos los rincones del cuarto y que tapaseis todos sus agujeros, por si acaso.... aa! aah!

—Ciertamente que tengo el tiempo ahora para eso.

—Ya lo veo: el Padre vicario se ha puesto la estola otra vez, y sin duda.... ¡achí! achí! Este estornudo os prueba que estoy constipado. Arropadme bien, tio Pacomio, porque seria lástima en verdad, morirme ahora de una pulmonía.

—Vamos! ya estás tapado. ¿Ocurre mas?

—Lo dicho: que hagais otro tanto con esos maldecidos agujeros, ó que á lo menos me envieis el gato, por si acaso las ratas.... aaah! aaah! aaah!

Este triple bostezo fué el último que dió el ex-marido de Aldonza, quedando en seguida hecho un leño, habiéndose acostado vestido. Un momento despues entró Ruy-Gomez.

—Os he visto bajar, dijo este. ¿Sabeis lo que ocurre?

—Si á fé. El cura me lo ha dicho todo.

—Pero no sabeis lo demas. Acordonada la poblacion, las órdenes del conde son tan rígidas que es imposible la escapatoria, y yo no veo aquí otro remedio sino que el padre vicario procure dilatar su bendicion, pues lo que retrase el enlace, eso es lo que le resta de vida.

—Cómo!

—Tengo órden del conde para dar buena cuenta de él apenas pronuncie la fórmula.

—Pero vos no lo hareis; eso es horrible.

—Sí, lo es efectivamente; pero mas lo seria aun, que por no cumplir yo el mandato, me hiciese el con-

de perecer á mí, sin por eso salvar al cura.

—Y á nosotros ¿qué suerte nos reservan?

—¿A quién?

—¿A Gertrudis y á mí, y á ese pobre jóven que ronca.

—El conde no me ha dicho una palabra relativa á ninguno de los tres. Su ojeriza es con el vicario, y por lo que respeta á ese mozo, creo que ha conocido que es un sandio, y entiendo que no corre peligro.

—Muy bien; pero Gertrudis y yo no nos hallamos en el mismo caso, y así desearia que vos....

—Yo no puedo hacer otra cosa que avisaros de lo que hay, para que como Dios os ayude adopteis vuestras precauciones. A Dios: yo me vuelvo alla arriba.

—Pero oid, atended, escuchad....

Ruy-Gomez no se quiso detener, y dirigióse escalera arriba, dejando estupefacto al sacristan, que bien pronto le siguió por su parte, cerrando el cuarto como la otra vez, es decir, echando la llave.

Asombrados Diego y Aldonza con lo que acababan de oir, no sabian á que atribuir aquella horrible revelacion, particularmente la última, ignorante de los antecedentes que su compañero tenia. Este en tanto no podia resignarse á estarse quieto en el escondite, y apretando la mano á Aldonza, y diciéndola en voz baja al oido que prosiguiese inmóvil en su puesto, dejó sin hacer ruido su guarida, lo cual no evitó que al salir dirigiéndose á la ventana, tropezase con las

piernas de Toño salidas largo trecho del jergon, merced al mal dormir que entre otras cosas caracterizaba al tendido. Este no obstante prosiguió roncando, recogiendo maquinalmente las piernas, y llevándolas al lado opuesto. Dadas gracias á Dios por la ventura con que el tropezon terminaba, abrió Diego la ventana otra vez, anhelante de ver si los dos bultos permanecian en el mismo sitio; pero halló la calle desierta. Los embozados habian oido sin duda la entrada de Pacomio en el cuarto y habian desaparecido.

Lleno de incertidumbre el escudero, encaminóse entonces á la puerta, y corriendo la cerraja por dentro, atrevióse á salir al pasillo. Allí estuvo escuchando largo rato, y no oyendo en las gentes de arriba sino palabras ininteligibles á consecuencia de la distancia y de lo tortuoso de la escalera, resolvió llegar al pié de esta y aun á subir algunos escalones, consiguiendo informarse entonces de todo lo que pasaba. El conde y Laynez estaban ocupados en vencer la resistencia de Irene, resistencia harto débil por desgracia para no presumir el escudero que se desvaneceria muy pronto, á poco que el conde insistiese en desvanecer con sus artes el último destello de razon que se observaba en ella todavía.

Diego en tanto siguió un breve rato aplicando atento el oido, consiguiendo enterarse con esto del alejamiento del duque y de todos los demas pormenores de aquella infernal intriga. En esto oyó á alguno bajar y notó ademas una luz que empezaba á ilumi-

nar la escalera, visto lo cual, se alejó de allí internándose otra vez en su guarida, donde Aldonza llena de miedo no sabia á que atribuir una ausencia tan prolongada.

Poco despues volvió á sonar la llave, y nuestra interesante pareja viò entrar nuevamente á Pacomio.

La primera diligencia del sacristan fué cerrar la ventana del cuarto que por un descuido de Diego habia quedado sin barra. Luego hizo otro tanto con la puerta echando la llave por dentro. El escudero lleno de ansiedad, vióle despues mirar á todos lados con afanosa solicitud. ¿Era que habia sospechado algo? No, porque á ser así, no era probable que hubiera bajado solo. ¿Qué era, pues, lo que Pacomio miraba? Sus ojos fijos en la pared, dirigiéronse despues al techo, y así estuvo un buen rato examinándolo, cuando cambió de actitud, y fijó su mirada en el suelo.

¡Cómo duerme ese necio! esclamó. Pero al fin mejor es que duerma, porque así no se enterará de lo que tengo de hacer. Es tan bestia, que si lo viese, seria capaz de decirlo.

La ansiedad del escudero, escusado es decir hasta que punto quedaria escitada al oir las palabras del sacristan.

—¡Ah! prosiguió este: el vicario me ha dado un encargo bien triste; pero, ¿qué remedio? Veamos el paraje mas á propósito para ocultar este fatal papel. ¡Quiera Dios que no sea preciso tener que sacarlo de

aquí! Ese conde es capaz de cualquier cosa; pero el cura sabe mas que él, y es de esperar que aunque apurado el caso, pueda conjurar la tormenta, sin tener que recurrir á ese estremo.

A pesar de haber oido el escudero una buena porcion de cosas mientras atisvó en la escalera, ninguna de ellas le dió la clave para comprender el sentido de las palabras del sacristan.

Este prosiguió:

—¡Y bien! El cura me ha dicho que lo esconda por aquí; pero no me ha dicho en que sitio. El techo es bastante elevado, y no hay escalera en la casa; las paredes tienen agujeros, pero esto mismo lo descubriria; alzar una baldosa es peligroso, porque al momento se caerá en la cuenta de que el suelo se ha removido. Ocultémoslo provisionalmente en la caja que tengo por aquí enmedio de estos trebejos, y despues pensaré mas despacio....

Aquí Diego y Aldonza sobre todo sintieron flaquearles las piernas, y mas cuando vieron al sacristan empezar á quitar los muebles, haciendo perder el equilibrio á los que servian de calle, y obligándolos á desmoronarse con el mas espantoso estrépito.

—¡Huy! ¡huy! ¡qué pesadilla! dijo Toño, dispertándose despavorido á pesar de dormir como un leño. ¿Quién anda por ahí?

—¡Eh! dijo Pacomio. Ya se ha despavilado este podenco.

—¡Ah! ¿sois vos? esclamó el tendido. Pues á fé

que me habeis dado un susto, porque me figuré que erais rata.

—Mira, Toño, vuelve á dormirte, y me harás un singular favor.

—¿A dormirme? No quiero.

—¿Por qué?

—Porque no gano aquí para sustos. Mejor quiero cojer una vihuela, y salir á rondar por la calle.

—¿Y sabes tú tocar la vihuela?

—No señor; pero canto muy bien. Oiga vuesarced:

Y mientras Pacomio, introduciendo un papel, metia la mano por entre la abertura del jergon que el idiota acababa de abandonar, entonó este la cancion siguiente con una gracia tan particular, que era para morirse de risa.

Con un pié estoy en tu calle
Y con otro en tu tejado:
Mira si por tus amores
Estoy bien despatarrado.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! esclamó Pacomio riéndose á pesar de tener mas de un motivo para no tener gana de reir: si hay ratones por ahí como dices, y como sin duda es verdad, seguro es que se atrevan á salir despues de haberlos espantado tú en los términos en que lo has hecho.

—¡Bah! eso es envidia: en el pueblo donde me ha hecho criar el tio, no habia una sola moza que no se divirtiera en oirme. ¿Entiende vuesarced?

—Ya, ya, entiendo; mas lo que es por lo que toca

al presente, harás bien en coserte la boca, porque no estamos para oir tus cantos.

—Hace bien en cantar, dijo Gertrudis entrando en el aposento: ¡qué felicidad! ¡qué alegría!

—¿Eh? ¿qué es eso? preguntó Pacomio.

—¿Qué ha de ser? ¡Ay! yo lloro de gozo: que el conde acaba de resolverse á llamar á Toño hijo suyo.

—¿Estás loca? repuso el sacristan.

—¿Yo hijo de un conde? ¡Ay qué gusto! esclamó Toño dando zapatetas.

—No estoy loca, dijo Gertrudis. Ven, hijo mio, ven: el señor conde quiere que te presentes al momento.

—Pero tia Gertrudis, vamos claros: ¿me engaña vuesarced? dijo Toño.

—No te engaño, Toñito, ven, ven, y tanto peor para ese que se reia de oirte cantar, si no quiere creer la noticia.

—¡Es cosa singular! dijo Pacomio, saliendo detrás de los dos; pero habla tan formal esta muger, que la nueva tiene trazas de cierta.

El sacristan en su aturdimiento no cerró la puerta esta vez; pero el silencio que reinaba en el cuarto, no dejó duda á los escondidos que podian salir sin riesgo, y salieron efectivamente, aunque no sin dificultad por hallarse obstruido el paso con la nueva caida de los muebles.

—¡Ay! dijo Aldonza á Diego: por piedad! sacadme al momento de aquí.

El escudero sin contestarle, dirijióse via recta al jergon, y sacando de él un papel que Pacomio habia escondido, abrió á continuacion la ventana á fin de ver al rayo de la luna el misterio que contenia. Al hacerlo, oyó pasos en la calle, y vió un bulto que se retiraba, reconociendo en él no sin sorpresa al anciano duque de Olmedo.



—¡Oh! dijo: el duque está por aquí: el duque ha sabido sin duda la intriga que arriba se trama. Pe-

ro este papel.... ¡Cielo santo! ¿Sueño... ó estoy despierto?

—Y bien, Diego, esclamó Aldonza, ¿qué papel es ese, ó qué cuidados pueden ocuparos, fuera de los que debeis en justicia á esta Aldonza que tanto os ama?

—¡Ah, señora! esclamó el escudero: no trateis en vuestra inocencia de saber secretos horribles que os contaminarian para siempre; pero dad las gracias al cielo por concederme el placer de salvar esta noche á la hermosa hija del duque.

—¿Hermosa? dijo Aldonza tristemente. ¡Ay! harto lo será cuando os veo pensar en ella mucho mas que en mí!

—Señora, esclamó el escudero lanzando un profundo suspiro: mis servicios á la hija del duque son tan puros y desinteresados, como desinteresados y puros, y escentos de toda esperanza son los servicios que á vos os presto. No me tengais celos, Aldonza: tenedme compasion solamente.

Dijo, y volvió á mirar á la calle, anhelante de ver si descubria el bulto que acababa de escurrirse, y que si era en efecto el del duque, estaba sin duda en acecho. Vano fué entretanto su afan, porque en vez del padre de Irene, lo que vió fué varios vecinos los cuales con algunas mugeres y varios oficiales del conde llamaron á la puerta de la casa, dándoles entrada Pacomio en union con Gertrudis y Ruy-Gomez y volviendo á echar á la puerta su acostumbrada barra de hierro.

¿Qué significaba esa gente? Diego se deshacia en conjeturas y ansioso de saber á qué atenerse, fué otra vez á escuchar en la escalera; mas siendo peligroso estar alli, y anhelando por otra parte ver si descubria los bultos que le habian llamado la atencion, volvióse á la ventana de nuevo.



CAPITULO XXII.

El convenio.

Entretanto habia el conde conseguido vencer de la manera mas completa la débil resistencia de Irene. Dispuesta en consecuencia á ser suya sin el consentimiento de su padre, solamente faltaba que el vicario procediese á la ceremonia; pero avisado este por Pacomio del peligro que le amenazaba terminado que

fuese el acto, resolvió ante todo escudarse contra el golpe que el conde le asestaba, aunque comprometiese á Ruy-Gomez. Su fuga de la poblacion era de todo punto imposible, estando interceptadas las salidas y vigiladas las inmediaciones, siendo igualmente irrealizable enviar un aviso al duque, como á trueque de librarse del conde pensó en un rapto de desesperacion, porque los soldados de este detendrian al mensajero, y era ademas muy difícil que aun cuando pasase la línea, consiguiese arribar á su destino tan pronto como el cura necesitaba, debiendo el duque estar bastante lejos con arreglo á la órden de alejarse que el de Irache le habia dado. El medio discurrido por Ruy-Gomez de dilatar con cualquier pretesto la celebracion del enlace, era bien fácil seguramente, pudiendo el cura finjirse enfermo; pero semejante recurso podria diferir muy poco el plazo, y los ojos perspicaces del conde descubririan pronto la trampa.

Cerrados así todos los caminos á la salvacion de su vida, resolvió el cura desafiar el riesgo con audacia y serenidad, conociendo con su perspicacia de serpiente que era este el único medio de salir de una manera definitiva del horrible apuro en que estaba. Adoptada esta resolucion, dirijióse á su departamento, acercóse á una mesa vieja, tomó una pluma y escribió en un papel unos renglones que firmó y selló, sacó luego una copia de ellos, y guardándosela en el bolsillo, entregó el orijinal á Pacomio, con órden de enterrar-

lo en un sitio que al efecto le designó. El sacristan se estremeció al leer lo que aquel papel contenia; pero el cura le hizo observar que era ese el único medio de salir con bien del peligro, ó de morir vengado si el conde se atrevia á atentar contra él, y Pacomio obedeció sin chistar, ocultando en el cuarto bajo el misterioso y estraño escrito que como ya ha visto el lector, fué á caer en las manos de Diego.

Hecho esto, sentóse el cura, y cruzándose friamente de brazos, permaneció tranquilo en su poltrona.

Unos cuantos segundos despues, entró el conde en el cuarto del cura, que era uno de los cuatro principales, bajando del piso segundo donde se hallaba aposentada Irene.

—¡Albricias! dijo al cura, albricias. Ya Irene consiente en ser mia, y solo falta vuestra bendicion.

—Muy bien, Señor conde, muy bien, respondió el cura sin levantarse. Veo que sois feliz esta noche. La dificultad está ahora en que yo me decida á casaros.

—¿Cómo? esclamó sorprendido el conde.

—Señor, dijo el cura con calma: antes de proceder á este enlace, es preciso que hablemos claros.

—No os entiendo.

—Por eso es necesario que tengamos una esplicacion. Sentaos un momento y oid.

—No me siento.

—¡Ah! ya: ¿teneis prisa? Pues yo no la tengo maldita, y así, conde, no me levanto.

Tal audacia, tal tono, tal desden, tal falta de respeto en un hombre que no le habia jamás hablado sino con la consideracion mas sumisa, causaron en el conde una impresion tan estraordinaria que no le fué posible contenerse, y esclamó irritado:

—¡Insolente! ¿qué manera de hablar es esa?

—¿Os encolerizais, señor conde? contestó el cura con la misma calma. Muy pronto perdeis los estribos, no habiendo yo aun entrado en materia. Esto ha sido solo el preámbulo.

Aquí el conde sintió que el corazon le palpitaba convulsivamente, no sabiendo á qué atribuir, en fuerza de su mismo asombro, aquel exabrupto del cura.

—¿Estais loco? le preguntó con acento menos entero del que habia acompañado su voz en la explosion primera de su ira.

—¿Loco? dijo el vicario: la espresion es ya un poco mas aceptable; mas no la conveniente todavia. Ni insolente ni loco, señor conde. Lo primero, añadió sonriéndose, sentaria muy mal con mi carácter y con mi mansedumbre evangélica, y en cuanto á lo segundo, os aseguro (y aquí el cura volvió á su gravedad primitiva), que estoy completamente en mi juicio.

—Vamos, vamos, dijo entonces el conde, aprovechando la sonrisa del cura para dar otro to-

no á su voz: estais hoy de broma, ¿no es eso?

—Pst! Lo mismo que vos lo estais conmigo. ¿Cómo es posible que la irritacion que os han ocasionado mis palabras pueda ser real y efectiva?

El conde devoró este sarcasmo con una mansedumbre infinita, y entornando la puerta del cuarto, y tomando junto al cura el asiento que acababa de rechazar,

—Vaya, hablemos claros, le dijo: ¿qué significa esto, ó á qué viene ese ambiguo modo de hablar que estais usando conmigo?

—Veo, contestóle el vicario sonriéndose interiormente del triunfo que acababa de conseguir, que convenís al fin en que es preciso espresarnos sin ambigüedades, y habiéndoos yo traido á este terreno, justo es que yo sea tambien quien dé el primer ejemplo de franqueza. Vos, conde, no estais satisfecho de mi equívoca y reciente conducta.

—A franco, franco y medio: no lo estoy.

—¿No? Pues á franco y medio, franco y doble. Yo tampoco lo estoy de la vuestra.

—¿Cómo?

—¡Eh! ya volveis á irritaros, y si no ha de haber calma, he concluido: buscad otro cura que os case, y en lo tocante á mí, dejadme en paz.

—Padre vicario, abusais de mí, ó para decirlo mejor abusais de la necesidad que tengo esta noche de vos.

—Es para que vos no lo hagais de mi precipitacion en serviros cuando ya no me necesiteis. Creo conde, que os doy otro ejemplo de franqueza y sinceridad.

—¿Qué quereis decir?

—Que os conozco, y que hallándoos resentido conmigo, seria yo muy necio en serviros, sin asegurarme primero de vuestra conducta ulterior respecto á mi pobre persona.

—¿Pues qué temeis de mí?

—Nada ahora; pero algo y mas que algo despues, una vez dueño por mi bendicion de la hermosa mano de Irene. Esta nueva complicidad que buscais en mí para el crímen, podria haceros caer en la tentacion de dañarme, y he creido oportuno advertiros que á nadie mas que á vos perjudicaria hacerme por ejemplo.... asesinar.

—¡Yo! ¿quién os ha dicho....

—¿Qué seña es la que habeis hecho á Ruy-Gomez cuando yo salì de este cuarto?

—No os entiendo.

—Ved, señor conde, que faltais á vuestra palabra de ser franco y claro conmigo. Yo ví la sombra de vuestra mano haciendo un ademan en la pared, y para el que os conoce como yo, no pueden ser dudosas ciertas señas.

—¿Os ha hablado Ruy-Gomez?

—Señor conde, vos estais olvidando sin duda que esa es una pregunta que os delata.

—Pues bien, le mandé aseguraros: nada me importa que os lo haya dicho.

—¿Y á qué habia de decírmelo él? ¿Qué cuenta le tenia á Ruy-Gomez indisponerse con el poderoso, con el terrible conde de Irache, en pró de un pobre hombre.... mal digo, en pró de un pobre diablo como yo?

—No está eso del todo mal dicho, aunque el tono con que lo decís tenga pretensiones de chunga; mas sea de esto lo que se quiera, y os haya ó no hablado Ruy-Gomez, la òrden de arrestaros es cierta. ¿Qué tiene todo eso que ver con un proyecto de asesinato?

—Repito que os conozco, señor conde, y mal por cierto os conoceria, si no supiera que en vuestro genio se reduce todo á empezar. ¿Qué os proponiais con arrestarme?

—Obligaros á confesar cuales eran vuestros designios al casar á Aldonza con Toño.

—Para eso, querido conde, no era necesario el arresto. Yo os los diré paladinamente, sin necesidad de obligaros á hacerme confesar en el potro. Complicado con vos cada vez mas en una multitud de delitos, queria, francamente, tener algun arma que esgrimir contra vos, si os daba la ocurrencia algun dia de hacerme desaparecer, con el simple y sencillo objeto de tener un testigo de menos que pudiera perjudicarnos. Fuera de eso, yo estaba cansado de tan repetidas maldades hechas siempre en obsequio de

otro, sin haber cometido una sola en mi solo y esclusivo provecho, y esta vez quise obrar por mi cuenta, como suele vulgarmente decirse. Mi empresa naufragó, lo confieso; mas no me negareis, señor conde, que hice cuanto estuvo en mi mano para darle cumplida cima, y que solo haberla intentado me hace digno de que vos me mireis con alguna mayor consideracion de la que hasta aquí os he debido, sustituyendo á las relaciones que han unido al amo y al súbdito, otras que nos nivelen algo mas, no entendiéndonos en lo sucesivo como superior é inferior, sino tratando.... dispensadme, conde, como de potencia á potencia.

La audacia y arrogancia del vicario traspasaron aqui todos los límites, y el conde quedó absorto, espantado, al oirle espresarse asi.

—¡Miserable reptil! esclamó, levantándose de su asiento. ¿Yo he de descender hasta tí?

—Nada de eso, contestó el cura con insultante solemnidad: transijiremos como corresponde, y me elevaré yo hasta vos.

—¡Hasta mí! ¿qué hay de comun entre ambos?

—¡Graciosa pregunta por cierto, despues de tantos años de crímenes!

—¡Ah! ¿piensas espantarme sin duda con la amenaza de delatarlos?

—No á fé: ¿que haria yo por ese medio? Yo no puedo perderos sin perderme, y mis denuncias por

otra parte no serian de nadie creidas, no teniendo en favor de mis asertos sino solamente mi dicho, habiendo vos procedido conmigo con precauciones tan esquisitas, que teniendo mil prendas de mí, yo no tengo una sola de vos:

—Entonces te lo dices tú todo, y siendo asi, ¿á qué viene tu propuesta?

—Si no estoy engañado, señor conde, van ya dos veces que me tuteais, y debeis permitirme que os diga que si seguís hablando de ese modo, me obligareis á hacer otro tanto, tuteándoos tambien yo.

—¿Esto mas, voto á Cristo?

—Flema, conde. El *tú* os hace bajar hasta mí: el primer tratamiento es mas al caso para que yo suba hasta *vos*.

—¡Acabemos! dijo entonces el conde, subyugado, anonadado á pesar suyo por la estraña firmeza del cura. ¿Qué pretendeis de mí?

—Es muy sencillo. Espuesto como os encontrais, segun van indicando las señas, á perder de un momento á otro el condado usurpado á vuestra hermana, necesitais indispensablemente uniros á la hija del duque para compensar esa pérdida con la adquisicion de un ducado, y no ya solamente para eso, sino para escudaros tambien contra las consecuencias del crímen, si un dia, que tal vez no está lejos, perdieseis el poder de que gozais junto con el favor del monarca.

—Padre cura, ese modo de hablar me hace ahora caer en la cuenta de que me debisteis mentir cuando dijisteis que no sabiais el contenido del pergamino que el fantasma os entregó para el rey.

—¿Mentiros? No á fé: el pergamino, os lo puedo jurar, estaba en blanco. Dejando, empero, el juramento á un lado, porque habiéndoos prometido ser sincero, os debe bastar mi palabra, ¿tendreis, conde, la bondad de decirme á que viene ahora hab'ar de eso?

—Viene á que mentís otra vez, porque ese pergamino estaba escrito, y despues de lo que de él me dijisteis, me he apoderado de él en vuestra casa.

—¡Ah! vamos, recelabais de mí, y tratasteis como es natural.... Es cosa muy puesta en razon, y colocado yo en vuestro lugar, hubiera á no dudar hecho otro tanto. Sin embargo, lo dicho está dicho. Yo no ví nada en el pergamino, y bien conoceis, señor conde, que á haber visto letras en él, y á haberme convenido ocultároslo, lo hubiera puesto donde no lo hallaseis, como no hallareis de seguro otras cosas que yo me sé.

—Yo no sé los proyectos diabólicos que revolveis en vuestra imaginacion, pero repito que me habeis mentido, porque el pergamino está aquí, y por cierto que lo que contiene está escrito con tinta roja.

—Entonces han salido las letras, despues de haberlo dejado yo cansado de intentar pruebas y pruebas para hacerlas aparecer. ¿Me haceis, conde, el favor de mostrarme el pergamino á qué os referís?

—¿Para qué?

—No quiero tocarlo; no quiero tampoco leerlo. Quiero solo ver si las letras son rojas como decís.

—¡Voto á brios! ¿No os he dicho que son rojas?

Y apartándose á cierta distancia, mostró el conde al vicario el pergamino desarrollado, y ¡oh prodijio! las letras eran negras, no rojas como el conde decia.

—Por Dios que estoy pasmado, dijo este. Qué estraordinaria transformacion....

—Yo podria deciros ahora, dijo el cura con sonrisa sarcástica, que el que habia mentido érais vos, mas no quiero imitar vuestra conducta en mostraros injusto conmigo, y así creo de buena fé que las letras que visteis eran rojas y despues han cambiado de color. Esto no es cosa para maravillaros, siendo como es un fenómeno producido por los ingredientes que empleé para sacarlas á luz. Lo estraño, lo raro seria que se hubiera cambiado el contenido como se ha trocado la tinta.

—No á fé; el manuscrito es el mismo, y la firma tambien: «*Pero-Hernandez.*»

—No queria yo saber tanto; pero os doy gra-

cias por la confianza. Y.... ¿qué dice ese *Pero*?

—Leed.

El cura murmuró estas palabras que vió escritas en el pergamino:

«*Señor.*

La llave que acompaña á este escrito es, aunque pequeña, muy grande. Con ella podreis penetrar en este misterioso palacio y recibir el prometido auxilio, mas no ha de acompañaros el conde.

Sellado con mi perro infernal á los doscientos años de mi pena y primero de vuestra ventura.

PERO-HERNANDEZ.»

—Me parece, dijo el conde cuando el cura acabó de leer, que no os quejareis ya de mí, cuando os hago esta confianza.

—Confianza, contestó el cura, que me prueba bien poco á fé.

—¿Por qué?

—Porque me habeis dado á leer lo que en vuestra invencible sospecha creeis que habia leido ya. No, conde, otras son las señales con que habeis de probarme que de hoy mas, es comun vuestra causa y la mia.

—¡Pues bien! ¿qué señales quereis?

—El que ha escrito ese pergamino es por de contado un farsante en todo lo que dice relacion á los

doscientos años de su pena, al sello del perro infernal y al envio de la llavecita; pero no se puede dudar que en medio de eso es enemigo vuestro, como bien lo indica la especie de querer separaros del rey en esa misteriosa entrevista. Esto corrobora lo que antes he tenido el honor de deciros; que vuestra privanza está en riesgo, y que Mulhacen y Leonor, probables fautores del pliego, esperan á veros caido para declararos la guerra. En semejante estado de cosas, me parece muy acertado vuestro emparentamiento con el duque; pero he de haceros una observacion, y es que ese plan os favorece á vos prescindiendo enteramente de mí, y para que yo me interese en él, es preciso que me toque una parte del beneficio que os reporte á vos.

—¡Y bien!

—¡Y bien! Yo os casaré con ella, con la hija del duque de Olmedo, y vos adoptareis á mi hijo.

—¿A Toño? ¡Sacerdote infernal!

—Bajad, conde, un poco la voz, no sea que las gentes se enteren de la debilidad de Gertrudis.

—Sois el hombre mas repugnantemente único que mis ojos han visto hasta ahora.

—Efecto, señor conde, sin duda de no haberlos fijado en vos.

—Esto es ya demasiado, y necesito acabar de una vez esta entrevista. Vuestra propuesta es inadmisible.

—Entonces, remediaos como podais. Buscad otro cura que os case.

—Lo buscaré.

—Lo que es en este pueblo os será difícil hallarle, sobre todo antes que el duque de Olmedo se aperciba de lo que pasa.

—Le traeré del que se halle mas cerca.

—¿Y creeis encontrar sacerdote capaz de prestarse á esa infamia? No, conde; aprovechad la ocasion de tenerme propicio á mí, y dad gracias á Dios ó á satanás de que me haya hecho tan malo, que sin eso es pedir imposibles hallar quien autorice ese enlace.

El conde acarició convulsivamente el escondido puño de su daga; pero vió que hundirla en el cura cuando mas le necesitaba era echar por tierra su plan, y hubo de diferir su venganza, concentrando nuevamente en su pecho el furor que le poseia.

—Os habeis quedado suspenso, dijo el cura con la calma que siempre.

—Está aceptada vuestra propuesta, contestó el conde con ahogada voz. ¿Cuando se verifica mi enlace?

—¿Cuando firmais la adoptacion de Toño?

—Hacedle venir: en el acto.

—Gertrudis, gritó el cura.

—Señor, contestó el ama entrando.

—Haced que suba al punto nuestro Toño, y dad las gracias al poderoso conde de Irache, que pone

fin á la oscuridad que rodea su nacimiento, adoptándole esta noche por hijo.

El lector sabe ya la alegria con que Gertrudis anunció su dicha al afortunado babieca. Falta ahora saber en que para este laberinto de cosas, á lo menos en una buena parte, y esto es lo que vamos á ver en los dos siguientes capítulos.



CAPITULO XXIII.

La adopcion.

A pesar de la prisa del conde en proceder inmediatamente al acto de la adopcion, á trueque de que el cura por su parte no difiriese el del matrimonio, el vicario juzgó prudente no conducirse con precipitacion. Sabia que el de Irache era hombre á quien era preciso atar con toda especie de solemnidades, y no quiso

que la ceremonia pudiera estar sujeta á dudas. Así, su primera diligencia fué llamar al notario del pueblo, y hacer venir á varios vecinos, que fueron los que Diego vió entrar, atisvando por la ventana para que atestiguasen el acto, teniendo el conde que pasar por todo devorando interiormente su ira, y exijiendo en justo retorno que los testigos de la adopcion lo fuesen igualmente de su enlace, siéndole á él no menos preciso evitar que el padre de Irene pudiera inventar sutilezas para argüir á aquel de problemático.

Juntas ya mas de treinta personas de los moradores del pueblo, dirijiéronse todos á la sala mas capaz de las cuatro que existian en el piso principal de la casa, y en cuyo estremo opuesto á la puerta se via una mesa con un tapete verde, dos luces y recado de escribir, con el sillon del cura en el testero, y cuatro sillas mas alrededor. Una araña traida de la iglesia alumbraba lo demas de la estancia.

Los testigos puestos en pié por no haber para ellos asiento, esperaban con ansiedad que empezase la ceremonia, y mientras los protagonistas venian, estaban hablando entre sí.

—¿Qué ocurrencia, decian por lo bajo, le habrá dado al señor conde de Irache, para adoptar por hijo á ese jóven?

—Dicen que es un muchacho muy gallardo, observó uno que como la mayor parte de los que se hallaban presentes, no tenia noticia de Toño sino solamente de oidas.

—Y ademas es sobrino del cura, dijo el tio Ramon presente allí con su cara mitad la tia Teresa, y el cura es amigo del conde.

—Lo que es amigo no, dijo una vieja que con otras seis ó siete individuas formaba parte de la reunion, pero el conde es muy buen cristiano, y quiere mucho á los sacerdotes.

—Pues yo tengo para mí, dijo uno que tenia atravesada la vista, que aquí debe haber gato encerrado, pero gato grande, muy grande.

—Yo me encojo de hombros en esto, dijo haciendo reir á los demás, un quidam cargado de espaldas.

—Lo que observo, esclamó con impaciencia otra de las del corro femenil, es que la ceremonia vá despacio, segun tardan estos señores.

—Yo digo que vá muy de prisa, saltó el de los ojos torcidos, segun el poco tiempo que ha habido para adornar mejor esta sala. ¡Vaya una mesa la del escribano!

—A bien, dijo el de la corcoba, que no le vá en zaga la silla. ¿Si será todo esto una broma?

—Mala chanza seria esa, esclamó uno que hasta aquellos momentos no habia desplegado sus lábios, habiéndonos hecho levantar cuando libres de sustos y ruidos estábamos ya en la cama.

—¡Huy! dijo la vieja: ¡Jesus! ¡qué recuerdo tan espantoso! Persignémonos por si acaso.

Y tanto ella como las demas mugeres hicieron la

señal de la cruz, imitándolas todos los hombres, incluso el bizco y el de la joroba.

—¡Eh! señores, dijo entonces el tio que habia ocasionado la alarma: no hay que asustarse por lo que he dicho. Estamos en la casa de Pacomio, y ya sabeis que nunca ha habido en ella motivo para tener miedo.

—¡Sí! ¡buen negocio! esclamó la vieja: y dicen que esta noche ha habido aquí....

—Eh, ¡silencio! dijo el bisojo, que parece que bajan ya.

Las miradas de la concurrencia fijáronse en la entrada de la sala, y en breve penetraron por su puerta el cura, el escribano y Pacomio, seguidos de unos cuantos oficiales de la comitiva del conde, y cuyos estupefactos semblantes parecian indicar la sorpresa que aquel acto les ocasionaba.

—¡Bravo! dijo el cura al entrar, dirijiendo la palabra á Pacomio: lo que es por falta de gente, no podrá decirse que el acto carece de publicidad; ¿pero á qué haber traido mugeres?

—¡Eh! señor, contestó Pacomio: son la tia Teresa y la tia Trápala, y la tia Carantoña.... y en fin, las amigas de mi hermana Gertrudis, que ha querido como es natural, compartiesen con el tio Ramon, con el tio Corneja, Blas el bizco, Celedonio el jorobado y demas, la honra de presenciar este acto.

—O no habia de ser muger, replicó el cura: solo falta que en la ceremonia se eche á llorar de pura

alegría, revelando lo que no es menester. ¿Y Toño?

—Está acepillandose. Como tiene tan mal dormir, se ha puesto que es una miseria, y Gertrudis le está arreglando.

—¡Pues qué! ¿se ha echado vestido?

—Tenia mucho frio y mucho sueño.

—Y era el traje nuevo. ¡Voto á....

—Ya parece que baja, señor.

—Entonces, marcha á avisar al conde.

Pacomio se salió de la sala, y al mismo tiempo vióse entrar á Toño con su flamante traje de boda, tan finchado y con tal prosopopeya , que á no tropezar cual lo hizo con una descomulgada baldosa removida del pavimento, no hubiera tenido rival su solemne y marcial paseo del uno al otro estremo de la sala. Por desgracia aquel incidente le hizo dar en mal hora un traspies que vino á ponerle en ridículo , escitando la risa general, sobre todo en los oficiales. Gertrudis que venia detras de él rebentando de orgullo y vanidad con mas de una señal de haber llorado en fuerza de su mismo gozo, acudió presurosa á impedir que su Toño cayese en tierra, y este lo consiguió con efecto, mas no por el auxilio del ama , sino por haberse interpuesto la mesa del escribano entre el suelo y su humanidad, que dió sobre ella de bruces.

—¡Ah torpe! dijo el cura por lo bajo, sudando de vergüenza y de ira.

—Poco á poco, respondió Toño, alzando furioso la voz: poco á poco, padre vicario, y usarcedes cuidado

con reirse. La culpa de esto no la tengo yo, sino los que me han dicho que entrase con la cabeza muy levantada, sin mirar donde ponia los pies.

—Tiene razon, esclamó el bisojo, soltando nuevamente con los demas una carcajada tras otra.

—¡Eh! ¡silencio! dijo el cura irritado, dirijiéndose á los lugareños, y á esta voz se callaron estos, esforzándose los oficiales en hacer por su parte otro tanto.

—Toño, ¿te has hecho mal? dijo Gertrudis.

—¡Toño, Toño!.... contestó él: no soy Toño ya, soy don Toño, y no consentiré, voto á cribas, que me falte nadie al respeto.

—¡El señor conde! anunció una voz, y los ojos de los circunstantes volviéronse de nuevo á la puerta.

El conde entró en la sala con Ruy-Gomez, llevando su atavío de costumbre y siguiendo Pacomio detrás. El silencio y la gravedad volvieron á reinar en la estancia. Los que parecian dudar de que fuese formal aquel acto, fijaron su mirada en el conde como para interrogarle con ella si era verdad lo que estaban viendo. El sombrío aspecto de este, el sério continente del vicario, y el no menos grave y formal del notario que tenian delante, les hicieron conocer que la cosa tenia señales de cierta.

Ocupada por el padre cura la silla de la presidencia, no sin notarse en él al hacerlo cierta especie de satisfaccion, sentóse á su derecha el de Irache y á su izquierda el que iba á ser prohijado, ocupando las

dos sillas restantes Pacomio y la orgullosa Gertrudis, que hacian de padrino y madrina. El notario se quedó en pié á cierta respetuosa distancia.

Despues de un breve rato de silencio, durante el cuál no es posible decir quien se mostraba mas estupefacto entre el grupo de los militares que era el mas cercano á la mesa y el mas numeroso de los vecinos agrupado en el centro del salon, púsose en pié el vicario y dijo así:

—Señores, el conde de Irache, llevado de su sola bondad y del deseo de hacer feliz á mi caro y amado sobrino huérfano de padre y de madre, ha determinado adoptarle por hijo, con la debida solemnidad, y el notario vá á leer el acta.

El vicario volvió á sentarse, y el notario acercándose á la mesa, leyó casi pegado al candelero, no sin trompicar varias veces, un largo y monstruoso papel, reducido todo á decir con los consabidos rodeos de protestas y formas jurídicas, lo que el cura sin tanta hojarasca habia en cuatro palabras clara, breve y solemnemente dicho.

Faltaba ahora oir la viva voz del prohijante y del prohijado.

—¿Adoptais, dijo el notario al conde, al señor don Toño por hijo?

—Le adopto, dijo este con voz firme, pero notándose en él la violencia que se hacia para contestar.

—¿Y vos, señor don Toño, continuó el notario,

dirigiendo la palabra á este, consentís en recibir al señor conde en calidad de padre adoptivo?

—El prohijado no contestó: con la larga lectura del papel se habia quedado dormido.

—¡Eh! le dijo el cura en voz baja, dándole un terrible codazo que casi le hundió una costilla: ¿es hora esta de dormir, belitre?

—¡Aaaaah! dijo Toño desperezándose, y abriendo media cuarta de boca. ¿Se ha acabado ya todo, eh?

—Falta, respondióle el vicario, que conteste vuesamerced á la pregunta que el notario le vá á dirigir.

—¿Consentís, dijo este otra vez, en aceptar por padre....

—¡Dale bola! respondió Toño, sin dejar concluir al notario: ¿cuántas veces he de decir que sí?

—Entonces, prosiguió el notario, lo único que falta es firmar. Señor conde....

El conde tomó la pluma que el notario le ofrecia, y firmó sin titubear, aunque no sin notarse en su semblante cierta indefinible espresion que hizo al cura gozar en su triunfo, y para el resto de la concurrencia pasó del todo desapercibida.

El notario alargó la pluma á Toño.

—¿Os burlais de mí? dijo este, tirándole la pluma á la cara y manchándole la golilla.

—¿Por qué? esclamó el notario sorprendido.

—¿Sé yo acaso escribir? dijo él. Pero á bien que para hacer garrapatos como los de mi caro papá.....

—Pacomio y el tio Ramon, dijo el cura, firmarán

por él y por ellos y por los demás que no sepan.

El tio Ramon se adelantó del corro en que estaba con sus compañeros, y llamando el notario por su nombre á cada uno de los concurrentes, pasaron todos uno tras otro por delante de la mesa, firmando por ellos los dos á medida que iban pasando. Ruy-Gomez que entre los suyos era el único que sabia escribir, firmó tambien por sí y por todos ellos. El cura se quedó para lo último, y habiendo firmado igualmente, se dió el acto por terminado.

—Ahora bien, esclamó entonces el conde, hablando en voz baja al vicario: ¿estais satisfecho?

—Señores, dijo el cura á la concurrencia: no es esta ceremonia la única que sois llamados á testificar: el poderoso conde de Irache vá á dar su mano ahora en el altar á la bella y preciosa hija del ilustre duque de Olmedo.

Dijo, y se salió del salon, á fin de dirijirse al oratorio. El de Irache, devorándole con la vista, siguió detrás de él silencioso, dirijiéndose á la estancia de Irene. Toño, ocupado en hacer saludos á los lugareños que le felicitaban, no advirtió que el conde se iba hasta que traspuso la puerta, visto lo cual, lanzóse en pos suyo atropellando á sus felicitantes, y gritando: Papá, Papá, Papá!... pero por mucha prisa que se dió, no le fué posible alcanzarle, por estar ya aquel con su amada cuando él pisaba el último escalon lindero con el cuarto de esta. Allí, viendo la puerta cerrada, empeñóse en abrirla á coces; pero Paco–

mio y Gertrudis le advirtieron que era aquello descortesía, y hubo de desistir á pesar suyo, dirijiéndose á la cocina, donde mientras se hacia la boda, ocupóse en freir en la sarten un magnífico trozo de jamon que por suerte halló en la dispensa, embaulándoselo lindamente y con el mejor apetito, bien que con la desgracia terrible de haber de recurrir al agua pura para remojar la palabra.

Entretanto la gente del salon, es decir, los tios y tias (porque los oficiales del conde se habian marchado tras él), se ocupaban en hacer mil calendarios sobre el solemne acto concluido y el otro que iba á empezar.

—Pues señor, esclamó Blas, digo que á veces los señores condes tienen manías bien estravagantes. ¿Han visto usarcedes al chico?

—Y bien gallardo que es, dijeron las mugeres, fijando su atencion esclusivamente en lo que suelen fijarla todas: en las prendas esteriores del mozo.

—Y bien mostrenco, replicó Celedonio; pero hay hombres que nacen con fortuna y....

—¡Calle el jorobado! ¡calle el mico! contestaron todas á una.

—¡Eh! no hay que enfadarse, señoras, esclamó Blas con tono conciliador: transijamos la diferencia, y convengamos en que el señor don Toño es el animal mas bonito entre todos los que....

—¡Calle el bizco! volvieron á gritar las mugeres.

—Bueno, dijo él, callaré; pero convengamos al

menos en que tuve razon cuando dije que aquí habia gato encerrado.

—Pues no hay tal, replicó el de la giba: lo que habia encerrado era gata.

—Tanto monta, dijo el primero. El hecho es que el padre vicario casa al conde con la hija del duque, y cuando lo hace con tanta prisa, es prueba que esa ilustre señora....

—¿Qué? interrumpió Ramon.

—Nada, nada, contestó el de los ojos torcidos: observen vuesarcedes el talle con que se presenta la novia, y verán....

—Calle el muy deslenguado, esclamaron las mugeres en coro. Esa señora es muy recatada.

—Pues entonces repuso el maldiciente, esta boda indica otra cosa, y es que esa señora es la madre del sobrino del padre cura, y por eso....

—En efecto, en efecto, interrumpió maese joroba: por eso ha sido el reconocimiento que el señor conde ha hecho de su hijo.... es decir, del hijo de ella, para.... pues! para casarse despues con la madre del hijo de.... ¿estamos?

—A bien, esclamó Blas, que á mí me importa todo eso un comino. Lo que estraño es que el alcalde no haya asistido á la ceremonia, siendo tan amigo del cura.

—En verdad, esclamó el tio Ramon, que yo tambien he estrañado esto. Anoche fuí yo á verle y le ví triste, y ví tambien llorosa á la alcaldesa, y me pareció....

—¡Toma' ¡toma! dijo el de la joroba interrumpiéndole: entonces ya caigo en la cuenta de lo que puede ser todo esto.

—¿Cómo? esclamaron los demas del corro.

—El cura, dijo él, tenia arreglado el casamiento de su sobrino con la hija del señor alcalde, y ahora sin duda se ha vuelto atrás, sabiendo que el señor conde de Irache adoptaba al novio por hijo. ¡Oh! no falla, y por eso sin duda no ha venido el alcalde aquí, y por eso el tio Ramon le vió, como dice, tan triste.



—¡Qué! dijo la tia Teresa. Yo sé en esto mas que ninguno, y mas que mi marido tambien, y la triste

za del señor alcalde consistia en que el padre vicario se habia marchado de casa para llevar á Aldonza á otro pueblo.

—¿A otro pueblo? Pues auto en mi favor: si el vicario la sacaba fuera, claro está que queria alejarla para evitar que la viese Toño.

—¿ Pero cómo se compone eso con buscarla despues el conde, registrando todas las casas? observó



muy oportunamente el que habia asustado á la vieja en el anterior conciliábulo. No señor, aquí hay otra cosa, porque yo por mi parte he oido, que el escudero aquel que vino ayer con aquel descomulgado perrazo....

—¡Huy! esclamó la tia Carantoña, persignándose

nuevamente: ¡qué diantre de hombre! no habla sino para decir cosas tristes.

—Y aun por eso, dijo el tio Ramon, le llaman el tio Corneja. ¿Quién le manda asustar de ese modo....

—¡Arriba, señores, arriba! sonó en esto una voz en la puerta: el conde os concede la honra de estar presentes á su casamiento, y podeis subir ya.

—¡Viva el conde! esclamaron los lugareños.

—¡Vivan la condesa y don Toño, dijeron por su parte las hembras.



CAPITULO XXIV.

El casamiento y..., (aqui la crónica no quiere que adivine el lector lo que no conviene que sepa hasta el momento oportuno, y por eso hay puntos suspensivos.)

Un momento despues estaba la sala vacia, dirijiéndose todos al oratorio, donde por ser estrecho su recinto, no cabian sino una mitad, teniendo los demás que quedarse en el rellano de la escalera. Los

de atrás, empujando á los de adelante, estiraban un palmo de cuello con el fin de ver á la novia, y no siéndoles posible conseguirlo, seguian empujando mas y mas, resultando tal algarabía, que costó á los oficiales trabajo restablecer la quietud y el órden. Al fin sucedió lo que siempre acontece en semejantes casos, que es ponerse delante los mas fuertes y quedarse los débiles atrás. Estos hubieron, pues, de contentarse con oir las palabras del cura y las de uno y otro contrayente, ya que nada podian ver, reservándose para despues satisfacer su curiosidad, cuando estos casados ya, saliesen del oratorio.

El acto sin embargo merecia la pena no de oirse, de verse. El último brebaje de Laynez habia puesto á la pobre Irene poco menos que al borde del sepulcro, y al verla el conde en tal disposicion llegó sériamente á temer que la escesiva dósis propinada convirtiese en lecho de muerte el que por unos medios tan inicuos destinaba para su himeneo. Al fin cedió un tanto la fiebre que devoraba el cuerpo de la víctima... ¡la del cuerpo, no la del alma! y frenética de amor como nunca, pidió ella misma por piedad al conde pusiese fin á sus padecimientos, conduciéndola al punto al altar. La infeliz en aquellos momentos no tenia conciencia de nada sino solo de su ardiente pasion, habiéndosele borrado enteramente el recuerdo de su anciano padre, y no teniendo en su corazon latidos sino para el conde. Así, loca, estenuada, moribunda, pero hermosa á pesar de todo, porque Ire-

ne tenia que ser bella aun cuando estuviese en la tumba, colgóse del brazo del conde cuando este la dijo: ¡al altar! y apoyada en él y besándole la mano que anhelaba hacer suya, la impia mano que la asesinaba, entró en el oratorio por su pié, pudiendo decirse de ella que no la sostenia la vida, sino solamente el amor y la esperanza de la inmensa dicha que unida para siempre á su esposo creia poder encontrar.

Abrumado este entre tanto por la magnitud de su crímen, entró pálido y desfigurado, dirijiéndose al altar con Irene, al modo que el reo al suplicio. Al pasar el lindar sagrado, sintió un súbito temblor en sus miembros, y casi estuvo por retroceder; pero Irene dió un paso adelante, y siguiéndola él maquinalmente, ó cediendo tal vez al empuje del invisible espíritu infernal que le comunicaba su impulso, precipitóse en el oratorio, doblando antes de tiempo las rodillas cual si le flaqueasen las piernas, y postrándose en union con su víctima á los pies del siniestro vicario. Este, pálido como él y como él destrozado interiormente por la terrible voz de la conciencia, sintió que le abandonaban las fuerzas cuando vió á los dos á sus plantas. En aquel momento supremo, faltóle poco para volverse atrás del compromiso horrible contraido; pero no se sintió con valor para producir el escándalo que le era necesario arrostrar hasta llegar al arrepentimiento, y habiendo cedido el de Irache á la exijencia de la adopcion, le

era ya del todo imposible resistirse él á esta otra, sin atraer sobre su cabeza todo el peso de las iras de conde. ¿Estaba sin embargo seguro de poder evadirse á ellas, dada que fuese la bendicion? Un infausto presentimiento le decia que su poder iba á acabar en el momento mismo en que el conde no le necesitara; ¿pero cómo negarse á complacerle sin apresurar la catástrofe? Envuelto el cura en sus propias redes, una sola consideracion le hizo cerrar los ojos á todo, y fué que cualesquiera que fuesen los proyectos alevosos del conde, tenia todavía contra ellos un arma de poder irresistible, arma de que debia usar solo en un momento desesperado; pero de éxito infalible, seguro, con solo darle el conde dos minutos para hacerle frente con ella, obligándole á implorar su compasion como imploraba su bendicion ahora prosternado delante del altar.

Ignorante la concurrencia de las causas que motivaban la visible agitacion del vicario, la inquietud mal disimulada del conde y el triste estado de la desposada, fijaba la vista en los tres como ansiosa de interrogarles, no siendo los soldados del conde los que menos dejaban advertir en sus miradas y en su silencio la estrañeza que les producia el espectáculo que presenciaban. La malignidad que en el hombre toma con frecuencia á su cargo esplicar lo que menos comprende, atribuyó la palidez de Irene y la precipitacion del enlace á causas que á poder ella caer en la cuenta de tales comentarios, hubiera allí espirado de

rubor aun mas que de su triste dolencia. Para los mas de los circunstantes era aquella solemne ceremonia un acto de reparacion debido al honor de la hermosa, y no un acto así como quiera, sino tanto mas necesario, cuanto tenia trazas de ser bastante posterior á su falta. Esto redobló el interés de los que discurriendo de este modo la estaban devorando con la vista, y esto les dió tambien esplicacion del estraño aspecto del conde y de la actitud del vicario, cediendo en su concepto el primero á la necesidad imperiosa de obedecer á alguna penitencia que le habia impuesto el segundo, penitencia que no podia ser otra sino la de enlazarse á su amada, y de aquí la inquietud del cura en tanto que el *sí* del de Irache no le acabase de tranquilizar llamando esposa á la seducida, de quien era protector por lo visto aquel santo ministro de Dios, pues tal concepto merecia á todos el sacerdote que los enlazaba.

Mientras la concurrencia discurria de un modo tan distante de lo cierto, el notario, presente allí lo mismo que en el acto anterior, tomó los dichos á los desposados, diligencia innecesaria en verdad, ó al menos no del todo precisa, como no lo habia sido horas antes para el sacrificio de Aldonza; pero que el conde quiso que se hiciese, ya que tenia á su disposicion este medio de hacer mas solemne el enlace que tanto anhelaba. La firmeza de voz con que el de Irache manifestó su libre voluntad respecto á celebrar el contrato, echó por tierra una buena parte de los ma-

lignos cálculos forjados sobre la índole de aquel matrimonio: pero al oir á la bella Irene responder á la pregunta del notario antes que este la acabase de hacer, y esto en un tono el mas encarecido de la pasion mas viva y mas frenética que muger ha abrigado jamás, volvieron oficiales y paisanos á afirmarse en su idea primitiva. Grande era por precision la urgencia que la hija del duque tenia en ver su honor reparado, cuando tanto se adelantaba y tales estremos hacia al dar la respuesta anhelada. ¡Infeliz! Estaba demente y la suponian culpable.

El enlace era ya contrato, y faltaba que fuese sacramento. El cura recibió de Pacomio el libro de las preces sagradas, y murmurólas confusamente como quien pronuncia un conjuro, rociando luego con el hisopo al desposado y á la desposada. Concluidas las oraciones, disponíase á echar su bendicion sobre los dos contrayentes, cuando mirando el cuadro de la Vírgen, creyó que esta desde el altar fijaba en él sus ojos irritados, y tuvo que apoyarse en el ara para no dar en tierra consigo.

—Señor vicario, dijo entonces el conde: ved que esperamos vuestra bendicion.

Lleno el cura de remordimientos pareció como que vacilaba.

—Señor vicario, le repitió Irene, ved que esperamos vuestra bendicion. ¿Por qué dilatais el instante de hacerme eternamente feliz?

El cura se esforzó por obedecer á la peticion de la

hermosa, y sin embargo vaciló otra vez, hasta que la mirada del conde se encontró con la suya de un modo



tan sangrientamente feroz, que sobrecojido de espanto, y temiendo mas á él que á la imágen, pronunció temblando la fórmula, uniendo á los dos contrayentes

de una manera irrevocable, eterna, sin que el sagrado rostro de la Vírgen ni otra señal adversa le indicase la temida saña del cielo que al autorizar tal enlace se habia atrevido á arrostrar.

La concurrencia cuyos atentos ojos habian advertido bien clara la vacilacion del vicario, dió nuevas vueltas á su imaginacion para esplicarse aquel incidente, y hubo de encojerse de hombros, no sabiendo á que atribuirlo.

—Y bien, dijo el cura, al de Irache, concluida la ceremonia: ¿estais vos satisfecho tambien?

—Señores, dijo el conde á los testigos: el acto se halla ya terminado. Dad fé de él, y guardeos el cielo.

Al decir el de Irache estas palabras, miró siniestramente á Ruy-Gomez, llevándose la mano á la barba. El cura no advirtió esta actitud, ocupado como se hallaba en desnudarse de sus ornamentos, ayudándole el sacristan. Ruy-Gomez pareció estremecerse.

—Señor, dijo una voz al conde desde el grupo de los lugareños: en el rellano de la escalera hay gente que no ha visto á vuestra esposa, y quiere tener el honor de contemplarla antes de marcharse.

—Querida Irene, dijo el conde á esta; la peticion de esas pobres gentes me parece muy razonable.

Y volvió á mirar á Ruy-Gomez, reiterando la siniestra señal de llevarse la mano á la barba. Ruy-Gomez tornó á estremecerse. Aquella actitud le indicaba que debia lanzarse sobre el cura, y no sabia á que atribuir una orden tan espantosa, despues de haber

quedado amigos los dos, á lo menos al parecer, hecha la adopcion y el enlace.

—Querido esposo, dijo Irene al conde, contestando á su invitacion: yo quisiera poder obedecerte; pero desfallecen mis fuerzas, y no puedo mostrarme á nadie, si no me sostiene tu brazo.

—Dame el brazo, pues, dijo el conde, y *acabemos de una vez*! añadió, pronunciando las últimas palabras con un acento tal, que Ruy-Gomez hubo de conocer que su autor le dirigia á él aquel apóstrofe, y mas viendo su mirada siniestra y el acto nuevamente repetido de llevarse la mano á la barba. Era ya peligroso para él resistir mas tiempo la órden, y cuando asustado el vicario volvia la faz al oir la voz y al notar el ademan del de Irache, dirigióse sobre él daga en mano, arrastrándole á un corredor interior, decidido á sacrificarle. Pacomio y su hermana Gertrudis que estaban aun en el oratorio quedaron helados de espanto al ver escena tan inesperada.

—¡Ruy-Gomez! ¡Ruy-Gomez! ¿qué es esto? preguntóle el cura temblando, mientras los lugareños en la escalera llenaban de vivas á Irene.

—Esto, dijo Ruy-Gomez, es cumplir una orden irresistible. Ved de encomendaros á Dios mientras alzo y bajo el puñal.

—Pero.... ¿y vuestra promesa?

—¡Padre cura! no puedo ya salvaros sin perderme.

—Ved que estais en lugar sagrado.

—Mejor para poneros bien con Dios.

—Un momento, Ruy-Gomez, un momento. Este papel....

Y sacó temblando el escrito, cuyo original habia dado á Pacomio.

—¡Ea! acabad, dijo en voz alta el conde, afectando dirigir aquel grito á los victoreantes de su esposa, cuando su único objeto era impulsar el brazo harto remiso de Ruy.

—Ya lo oís, esclamó entonces este. No hay papel que valga. ¡Morid!

Y esto diciendo, sepultó el puñal en el corazon del vicario que se habia abrazado á sus rodillas, dejándole tendido en el suelo, lo cual no impidió que la víctima se arrastrase hasta el oratorio, pidiendo venganza.

Los lamentos del ama y de Pacomio hicieron conocer al de Irache que estaba ejecutada su órden.

—Esperad, esperad, dijo entonces á la gente que se retiraba. Oigo gemidos en el oratorio y esto es una desgracia sin duda.

Y haciendo que Laynez acompañase á Irene á su cuarto, dirijióse al lugar bañado en sangre, siguiéndole los que ya se marchaban, ansiosos de saber qué era aquello.

—¿Qué es esto? dijo el conde á Ruy-Gomez, penetrando en el oratorio y afectando compasion por la víctima que le habia mandado inmolar. ¡Vuestro acero teñido en sangre! ¿Habeis asesinado al vicario?

Los vecinos se estremecieron de horror.

—Señor.... contestóle Ruy-Gomez. ¿No habeis sido vos....

—¡Miserable, dijo el conde sin dejarle acabar. Tu crímen pide un pronto castigo, y vas á acompañar á tu víctima.

Y sin que Ruy pudiese defenderse en fuerza de su mismo asombro, hundió á la vez el conde en su pecho la punta de su daga hasta la cruz, dejándole privado de vida sin tener que secundar otro golpe.

—¡Bravo! dijo para sí: me he vengado, y ademas estoy libre de este otro.

Y luego volviendo la faz á los estremecidos lugareños y á los no menos absortos oficiales,

—Sed testigos, les dijo en voz alta, de este acto terrible de justicia, y de que he sido mas veloz que el rayo en castigar ese sacrilegio.

—Pacomio.... el papel.... el papel.... dijo el vicario no acabado aun, pero próximo ya á espirar.

—¡Ah! vive todavía, esclamó el conde, y tiene un papel en la mano.

Y con achaque de socorrerle, dirigióse al vicario para ahogarle y para arrebatarle el papel.

—¡Asesino! pudo aun decir el cura; pero no importa.... moriré vengado.

El conde devoró el contenido de aquel documento siniestro, y maldijo su precipitacion en vengarse tan pronto del cura, porque aquel papel aludia á otro igual firmado por él, y el cual debia presentarse al duque, si el vicario moria asesinado.

El conde se lanzó sobre Pacomio, viéndole en actitud de salir, sospechando no sin razon que su idea tenia por objeto poner tal vez en ejecucion los siniestros designios del cura.

—¿Huyes? le dijo: ¿huyes? Tú eres cómplice del crimen cometido por Ruy; pero morirás como él.

Y hundió el puñal dos veces en su pecho, deseando evitar con su muerte la revelacion que temia, llenando nuevamente de horror á todos los que estaban presentes aquel súbito y triple asesinato.

A este tiempo el altar de la Vírgen hundióse repentinamente como si fuera por escotillon, quedando abierto en la pared un hueco que aquel tenia oculto tras sí, y asomando por él tres fantasmas cubiertos con horrible antifaz, é iguales al que el cura habia visto, blancos de la cabeza á la cintura, y negros desde esta á los pies.

—¡Gracias, conde de Irache, gracias, gracias! esclamaron los tres á una con horrenda y fúnebre voz: nos estaba vedado entrar aquí mientras fuese sagrado este sitio, y tú lo has regado de sangre.... tú nos has abierto el camino. ¡Gracias, conde, otra vez! gracias, gracias!

Y salieron uno tras otro con direccion á los tres cadáveres, cargando cada cual con el suyo, como lo habian hecho en la plaza los que habian salido del palacio; hecho lo cual solemne y gravemente, volvieron á meterse en el nicho, alzándose otra vez el altar y ocultándolo como antes.

Helada de pavor la concurrencia, no sabia si aquello era sueño ó era hecho efectivo y real, quedando como el conde hecha una estátua, sin poder menear mano ò pié en fuerza de su mismo espanto. El conde fué el primero en sacudir aquella pesadilla horrorosa, al ver en el altar otro cuadro diferente del de la Vírgen, el cuadro que él buscaba hacia tiempo y que las gentes de la poblacion creian ser la imágen de un santo.

—¡Ah! dijo, el infierno me ayuda; el infierno pone en mis manos el retrato que tanto busqué, el infierno me asegura el condado.

Y dirijióse á arrebatar la efigie en cuya posesion consistia la seguridad de su herencia, cuando advirtió otro cambio en el altar, sucediendo el retrato de su hermana al de aquel pretendido santo.

El de Irache no pudo resistir esta nueva é inesperada vision, mas triste y espantosa para él que todas las anteriores, y encaminóse huyendo hácia la puerta, cuando tropezó con Irene que huia de su cuarto con Laynez á refugiarse en el oratorio.

—Irene, Irene mia, ¿á dónde vas? preguntóle el conde asustado.

—Esposo, esposo mio, dijo ella, fijando en él sus ojos delirantes. Defiéndeme, me quieren robar.... quieren arrebatarme á tus brazos.

—Señor, añadió Laynez, señor.... El duque de Olmedo está aquí.

—¡El duque! exclamó el conde: y bien! ¿qué im—

porta? Su hija es ya mi muger, y llega tarde. ¿Pero quien le ha avisado lo que pasa, ó cómo ha llegado hasta aquí?

El duque penetró en el oratorio, precedido de Gavilan, que esta vez no pudo anunciarse con ladridos de ninguna especie por tener la boca ocupada como veremos á continuacion, y seguido del alcalde, la alcaldesa, el alferez, Diego y Aldonza.

A la vista de tantos objetos como á un tiempo y de tantas maneras y despues de lo demas ocurrido llamaron la atencion del de Irache, sintió este gastados del todo los resortes de su alma de hierro, y tuvo que apoyarse en la pared para no dar en tierra consigo. Los demas hacia ya tiempo que no sabian lo que les pasaba, y así apenas les causó sensacion la vista de los nuevos entrantes.

—¡Vil raptor! dijo el duque de Olmedo, fijando su mirada en el conde. ¿Preguntas quién me ha dado el aviso? Mírale, y señaló á Gavilan, el cual llevaba en la boca un pliego con el que habia sido enviado desde la Casa de Pero-Hernandez á noticiar al duque el grave riesgo en que se encontraba su hija. ¿Preguntas quien me ha dado entrada aquí? Mírale, y señaló á Diego Perez, cuya estancia en el cuarto bajo le habia dado por la ventana la entrada que de otra manera no le hubiera sido fácil hallar, sin allanar la casa á viva fuerza. ¿Por qué no preguntas tambien cómo he pasado sin ser sentido el cordon que tenias dispuesto? El cansancio y la fatiga

de los tuyos ha podido mas que tus òrdenes, y la mano providente de Dios ha adormido tus centinelas. Pregunta ahora lo único que falta, quien ha libertado á esos tres que habias reducido á prision, y te responderé que los mismos que estaban encargados de guardarlos, los mismos, conde, porque tù tambien tienes traidores en tu campamento como yo los tengo en mi casa, ó sino que lo diga ese inicuo, ese Laynez que se oculta de mí, como si yo no lo supiera todo, ó no hubiera una providencia encargada de velar por tus víctimas.

—¡Y bien! esclamó el conde con voz trémula, no pudiendo á despecho suyo darle su sonido de trueno. ¡Y bien! ¿cuáles son los designios con que habeis penetrado aquí?

—¡Cuales! ¿Y lo puedes dudar, estando entre tus garras mi hija?

—Vuestra hija es mi esposa, señor conde.... vuestra hija no os pertenece ya.

—Irene, amada Irene, esclamó el duque, ¿es cierto lo que dice ese hombre?

—Padre, padre.... contestó ella, mirándole con ojos de loca: ¿osareis arrebatarme á mi esposo?

—Ya lo veis, dijo el conde.

—Sí... ya veo, contestó el duque lleno de dolor, que vuestra victoria es completa. ¡Hija de mi alma! ¿en qué estado ha venido á ponerte ese mónstruo, que no tienes en tu corazon un latido para tu pobre padre, para un padre que tanto te ama?

Aquella tierna voz, aquel acento, aquella elocuencia infinita con que el duque pronunció estas palabras, y sobre todo el llanto de sus ojos con que dándola un estrechísimo abrazo y besándola amoroso en la frente acompañó su sentida queja, parecieron volver á Irene una parte de su razon, empezando tambien la concurrencia, al ver aquella escena tiernísima, poco menos que á resucitar del estupor que hacia largo tiempo la tenia mas muerta que viva.

—¡Padre mio! ¡padre mio! esclamó Irene, rompiendo en amargo llorar, y cayendo postrada á sus piés: los que crucificaron á Cristo no sabian lo que se hacian, y yo no he sabido tampoco el mal que estaba haciendo á mi padre.

Y luego, levantándose de pronto y cediendo nuevamente á su vértigo,

—Esposo, esposo mio, añadió, volviendo al lado del conde y colgándose de su cuello: esposo mio, ven.... es mi padre. No tengas celos.... le amo como á tí; pero le amo de otra manera. Ven, ven á recibir su bendicion.

—Ya lo ois, señor duque de Olmedo, se atrevió el conde á decir aun.

—¡Ea! acabemos contestó el duque separando á su hija del conde. ¿Dónde está ese sacerdote infernal, que ha osado enlazar con un monstruo una muger privada de razon?

—¡En el infierno! contestó una voz desde el fondo del altar de la Virgen: y casi al mismo tiempo

cayó este, viéndose salir por el hueco no ya un fantasma como los anteriores, sino un venerable eclesiástico, cuyos cabellos blancos como la nieve parecian resplandecer con una aureola de luz, y en cuyo rostro bañado de santidad reconoció el escudero á Jaime, en tanto que el alcalde y la alcaldesa vieron en él al hombre misterioso que habia confiado á sus manos el precioso depósito de Aldonza.

A la vista de aquella aparicion, cuantos estaban en el oratorio cayeron de rodillas en el suelo, cediendo á un mismo y espontáneo impulso. Solo el conde se quedó en pié, apoyándose para sostenerse en el antepecho de la ventana.

—Hijos mios, esclamó Jaime, dirijiendo su voz dulce y suave á los que se postraban ante él. ¿Por qué doblais vuestras rodillas á los pies de un pobre mortal?

—¡Jaime! ¡Jaime! gritó Diego Perez, corriendo á abrazarse con él. ¿Sois vos? ¿sois vos?

—Sí, Diego, yo soy: ¿no te dije que hay una providencia en el cielo, y que ella me volveria á tus brazos cuando determinase cumplir sus inescrutables designios?

—Sí, padre mio, sí, contestó Diego, y recuerdo bien que añadisteis: *Dios es justo y proteje la inocencia, y sabrá volver á su tiempo por la causa de la justicia.*

—Y volverá no tengas que dudarlo. ¿Has dado al duque de Olmedo el saquillo que ayer se te entregó?

—¡Ah! perdonad señor.... mi cabeza está como fuera de sí; pero voy á dárselo ahora.

—¡Tu cabeza! Dí mas bien, querido Diego, que las gracias de una muger han trastornado tu corazon. Sin embargo, es preciso resignarte. Yo reclamo de los padres de Aldonza el depósito que les confié. ¿Dónde está la otra mitad de esta medalla?

—Señor, dijo el alcalde, ya sabeis que el vicario me la arrebató.

—No llameis sacerdote á ese malvado: ese monstruo pasaba por tal; pero el conde de Irache que está ahí, sabe bien, como yo, que no lo era.

—¡Ah! dijo el conde dando un suspiro, y haciendo mil pedazos el papel que habia arrebatado al vicario.

—¿Entonces, dijo el duque, este enlace ha sido esencialmente nulo?

—Sí, duque, contestó Diego Perez, sacando del bolsillo el documento que el cura habia entregado á Pacomio y este habia escondido en el jergon. Yo habia dilatado el decíroslo, porque el triste estado de Irene bastaba á anular el enlace, y porque este papel es de tal índole que vá á espantar á los que me escuchan: mas ya que Jaime lo ha revelado todo, oid y estremeceos, señores. El conde ha hecho pedazos un papel, y ese papel es copia de este otro.

Y leyó á continuacion lo siguiente:

«*Yo el abajo firmado, confieso haber casado á la señora hija del duque de Olmedo con el conde de Ira-*

che, pero sin facultades ningunas, puesto que no soy eclesiástico, ni he recibido jamás las órdenes sagradas, siendo solo un cura supuesto, y asi es nulo de toda nulidad el casamiento de la hija del señor duque, como todos los demas enlaces que sacrilegamente he autorizado desde el dia en que vine á este pueblo. Y para no morir sin venganza de la muerte que temo del conde, firmo y sello este documento, despues de dar á aquel una copia.»

Y á esto seguia el nombre del cura, y tras él su rúbrica y sello.

Todos los que escucharon la lectura se quedaron como es de inferir, y mas habiendo entre los circunstantes diez ó doce personas casadas por el infame seudo-sacerdote.

El conde no oyó la lectura: un vértigo espantoso que le dió, le habia hecho dar consigo en el suelo.

—¡Oh Providencia! exclamó el duque, alzando las manos al cielo. Vos me devolveis á mi hija, continuó abrazando á Diego Perez, ¿mas quién le volverá la razon?

—Dentro de ese saquillo, esclamó Jaime, hallareis acaso los medios. Ahora, Diego Perez, tú que tienes en el corazon de tu amada mas poder y ascendiente que yo, ¿unirás tu voz á la mia para que se decida á seguirme?

—Aldonza, esclamó Diego, venid, abrazad al alcalde y á su esposa, y seguid á ese sacerdote.

—Pero.... ¡y bien! dijo Aldonza: yo no entiendo....

—Id, hija mia, id, esclamó el alcalde, dándola un estrechísimo abrazo.

—Id, hija mia, dijo la alcaldesa, haciendo por su parte otro tanto, y bañándola con sus lágrimas. Id, y no os olvideis en vuestra dicha de los que con tanto cariño han hecho hasta ahora con vos las veces de padre y de madre.

—Id, dijo el oficial, que hasta entonces no habia desplegado los labios, lleno de asombro y de melancolía: id, y si veis en donde vais á entrar la muger que fué el angel de mis sueños, decidle que al despedirme de vos os he invocado por intercesora, para que me dé su perdon en lo que pueda haberla faltado.

—Y que yo, añadió el duque de Olmedo, tengo siempre una espada dispuesta á defender la causa del honor, de la inocencia y de la justicia.

Aldonza mas confusa que nunca, no entendiendo una sola palabra, conoció sin embargo que era fuerza ceder á la insistencia general, y dirijióse hácia el sacerdote, preguntándole:

—Y bien, señor: Diego me ha mandado que os siga. ¿Viene él tambien?

—No, respondió Jaime; pero á su tiempo volvereis á verle. Despedíos de él, hija mia.

—Diego.... Diego.... A Dios: dijo ella, bañados los ojos en lágrimas, y esperando del escudero un abrazo de despedida.

—A Dios, Aldonza, á Dios, esclamo él, besándo-

le la mano con respeto, y tendiendo sus brazos á Jaime, diciéndole: cuidadla como á hija.

Un momento despues volvió el altar al mismo ser y estado que antes, viéndose solo, en lugar del cuadro de la Santa Virgen Maria, un letrero con estas palabras:

Conde, todavia no es tarde para reparar tus delitos. Los ruegos de tu hermana Leonor, han abogado ante Dios por ti, y su misericordia es infinita.

El conde en aquellos momentos no pudo enterarse de nada, por continuar privado de sentido tendido sobre el cuerpo de Laynez y no lejos del de Gertrudis, que tambien parecia sin vida. El duque se alejó de aquel sitio con todos los que estaban en él, salvo Toño que habiendo entrado el último cuando Aldonza desaparecia, quedóse sin saber lo que le pasaba, viendo rastro de sangre en el suelo y tres cuerpos tendidos en él á bastante distancia de aquella, sin que se viese señal en ellos de ser suya la sangre vertida.

Y aquí termina, como vé el lector, La Casa de Pero-Hernandez, al menos hasta donde llega el manuscrito de que está sacada; pero yo no me puedo figurar que leyenda tan peregrina tenga un fin tan estraño como ese, dejando ciertas cosas pendientes y no habiendo esplicado hasta ahora la clave principal del misterio del palacio que le sirve de título.

Yo tengo para mí que el cronista debió de escribir (si son ciertas las noticias que he podido adquirirme) una segunda y circustanciada parte en la cual se aclaraba todo: pero por mas diligencias que he hecho, no me ha sido posible dar con ella, á pesar de haber registrado un sin fin de bibliotecas y archivos. Los lectores de El Semanario y los de la Semana Pintoresca habrán por tanto de contentarse con lo buenamente posible, con lo que hasta aquí va contado, y si algun dia llego á dar con ella, es decir, con la parte segunda, como espero poderla hallar, estén firmemente seguros de que haré cuanto dependa de mí por darla á luz inmediatamente, siempre que esos señores por su parte crean que merece la pena de promover una suscricion para cubrir siquiera los gastos de tintero, papel, pluma é imprenta.

44[1]

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

44